NOELIA LIOTTI

ALGUIEN MORIRÁ



ESTA NOCHE



Liotti, Noelia
Alguien morirá esta noche, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2023.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-57-9

1. Novelas Policiales. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2023.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-57-9
Primera edición en libro electrónico (epub): Noviembre de 2023

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi esposo, mis padres y mi hermano,

por quienes cometería cualquier crimen.

Nota al lector

A continuación, se exhibe una serie de documentos que contiene fragmentos de declaraciones, correos electrónicos, cartas, postales, mensajes de telefonía móvil y todo tipo de intercambio que implica a los sospechosos con el único fin de esclarecer los sucesos que acontecieron el invierno pasado en el condado de Cumbria.

Primera parte

Aquí se exponen los escritos preliminares que fueron recogidos durante la investigación policial del homicidio perpetrado en el Hotel Lansbury, Ambleside, distrito de South Lakeland, Cumbria. Corresponden al día previo al hallazgo de la víctima.

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida hermana:

Acabo de llegar a la ciudad de Ambleside. ¡Hay tanto que quiero contarte! Cumbria es un condado maravilloso y el distrito de South Lakeland parece ser el mismísimo paraíso. He recorrido parajes de tanta belleza que no puedo describir con simples palabras la hermosura que se dibujó ante mis ojos. Los pueblos, repletos de peculiaridades, son sumamente pintorescos. Todas las casitas están techadas con pizarra, la piedra de construcción es típica de la localidad. ¿Sabías que Cumbria tiene un fuerte lazo con la literatura? Leí que el poeta William Wordsworth y mi amada escritora Beatrix Potter se inspiraron en los increíbles valles glaciares, las montañas y los animales del Distrito de los Lagos. El Mundo de Beatrix Potter es una encantadora atracción que da vida a sus icónicos personajes y cuenta con exhibiciones, obras de teatro, un café extraordinario y una regalería que ha liquidado mi tarjeta de crédito. Tal vez no debí hacerlo, pero ¡qué más da! Me compré una tetera de porcelana que he cuidado durante el viaje como si fuera un bebé; debo admitir que me convertí en el bufón de mis compañeros de viaje. Este lugar está repleto de magia, tienes que visitarlo alguna vez. He caminado por largos senderos naturales que coquetean con lagos y montañas. El verde paisaje se entremezcla con el color blanco de la nieve y genera una acuarela de extravagante belleza.

Te seguiré escribiendo más tarde. A pesar de mi emoción, ansío llegar al hotel para descansar. ¡Ya casi no siento las piernas y necesito una buena taza de té en compañía de un libro! Ahora haremos una excursión por Ambleside, pero no podré conocer todos los rincones en tan pocas horas, así que creo que regresaré otro día. El cielo esta tan gris como solía ser el cabello de la abuela Carmen. Una tormenta se avecina.

¿Cómo están todos en casa? Cuéntame de ti. Prometo sacar muchas fotos.

Los amo, Hope.

Lynelle Pendleton a James Pendleton

Estimado hijo:

Sé que estás muy ocupado inaugurando el edificio en Kensington, pero es de suma importancia que vengas de inmediato. He tenido un nuevo ataque de asma esta mañana. Por fortuna, la hermana Mitzi me brindó ayuda y fue en busca de un doctor con presteza. Ahora estoy mucho mejor; creo que ayer, cuando llegué a South Lakeland, estaba un poco desabrigada. ¡Ni siquiera el clima es lo que era! Estamos teniendo un enero de lo más frío y desabrido; el servicio meteorológico advirtió sobre la posibilidad de fuertes tormentas y nevadas inminentes. Pero no te envío este correo para hablar de nimiedades.

Debo decirte que estoy en completo desacuerdo con la nueva encargada del hotel que has contratado. ¿La has visto? ¿Han hablado en persona? Sabes que siempre apoyo todas tus decisiones –eres un gran hijo y un empresario brillante–, pero esta vez has errado; habría sido preferible contratar a alguien por nuestros propios medios y no dejar todo librado a los ineptos de recursos humanos.

La mujer se llama Suzanne Hinchcliffe; quiero creer que ya lo sabes. Debe de pasar los cincuenta años, es alta y algo robusta. En primer lugar, no me gusta su aspecto: el cabello corto, rojizo y con bucles, siempre alborotado como un nido de palomas y, sin lugar a dudas, no tiene la menor idea de cómo combinar los colores. ¡Su manera de vestir es una derrota para la moda! Más allá de su aspecto de vándala, no estoy de acuerdo con su forma de manejar el hotel. He visto polvo en varias estanterías; el pan del desayuno estaba duro; encontré el *jacuzzi* frío y descuidado, y muchas veces la recepción carecía de personal, lo que hacía exasperar a los turistas. ¡Lo que está sucediendo aquí es inaudito! Jamás una persona tan incompetente estuvo al frente de este prestigioso lugar. Pero eso no es todo, querido hijo. Otro de los desaciertos fue contratar a una mujerzuela como empleada del hotel. Se trata de una muchacha de unos treinta años llamada Lorianne Miller. ¿Qué puedo decirte de ella? Ya la verás en persona; solo puedo advertirte algo: ten mucho cuidado. Eres rico y divorciado; apostaría a que serás su próxima presa. En primer lugar, se viste con unas escandalosas minifaldas que incitan a la lujuria. Todo el mundo está como loco con ella; he visto la forma en que los hombres la miran: se puede leer el deseo en sus ojos y el olor a pecado a millas de distancia. No quiero que me malinterpretes, James, no creas que soy una anciana anticuada. Si yo fuera una treintañera de piernas largas y de exultante belleza, también usaría los mismos trajes y vestidos que Lorianne. No obstante, estoy convencida de que ese no es el comportamiento más adecuado para la empleada de un hotel. ¡Esto no es un burdel; debemos guardar las apariencias y no confundir a

nuestros huéspedes! Insisto, debes echar a Suzanne y a la corista de teatro. Si vieras cómo la pobre hermana Mitzi la contempla, me figuro que debe de rezar un Padrenuestro cada vez que se la cruza. Mitzi es una mujer sensacional, siempre dispuesta a ayudar a quienes la necesitan sin reparar en sus propios intereses o en los prejuicios que puedan existir en su cabeza. Pero volvamos al asunto que nos compete, no quiero desvirtuarme.

¿Sabes qué otro error cometió Suzanne Hinchcliffe? No vas a creer lo que sucedió esta mañana luego de almorzar. Estaba regresando a mi habitación cuando me encontré a una chiquilla jugando con un *bulldog* inglés en medio de la recepción. ¡No puedo explicarte las ganas de acogotar a Suzanne que sentí! La niña, una impertinente turista italiana llamada Antonietta Di Benedetti, me explicó que aquella peluda criatura era su mascota.

—Su nombre es Scully. Es un miembro más de la familia —me dijo con la inocencia de los niños.

—¿Acaso no sabes que en este hotel no están permitidos los animales? —le pregunté, intentado doblegarla.

—La señorita que nos recibió, esa del cabello rojo, nos dijo que no había ningún problema. Mi padre me hizo prometer que cuidaría a Scully todo el tiempo, y que así demostraría lo responsable y madura que puedo ser. ¿Quiere acariciarlo? ¡Le juro que no muerde! —repuso la niña mientras el *bulldog* se echaba en el piso con la barriga blanca para arriba.

Antonietta, con su carita de ángel, los cachetes de melocotón y los rizos despeinados, casi logró reducir mis niveles de indignación. Al parecer, Suzanne no solo está descuidando mi hotel, sino que también ha atacado nuestras reglas y principios más ancestrales. ¡Esa mujer va a escucharte!

Regresa ya, hijo querido. Despide a esa mujer o ponla en su lugar con una buena reprimenda. Mis nervios no me permiten enfrentarme en persona con ella, podrían empeorar mis niveles de glucemia y generarme una descompensación diabética.

Más allá de todo lo que te he contado, debo ponerte al corriente de algo de suma importancia, pero no puedo hacerlo por este medio. Tenemos que hablar en persona. Puedo asegurarte que mis temores no son infundados. Más nos vale que me esté equivocando.

Date prisa.

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida hermana:

Después de recorrer las maravillosas tiendas y algunos sitios icónicos de Ambleside, me detuve a almorzar en un pequeño restaurante atendido por sus propios dueños. Allí probé un plato típico de Cumbria: salchichas Cumberland, un embutido de cerdo en forma de espiral aderezado con una buena cantidad de especias, acompañado de un huevo frito, guisantes y patatas fritas. ¡Delicioso! Mientras estaba terminando de almorzar, una ligera llovizna se desató. Me dije entonces que ya era hora de ir a descansar.

Por desgracia, cuando llegué al Hotel Lansbury, la tenue llovizna se había convertido en una lluvia torrencial. Por ende, no pude apreciar la fachada del lugar ni recorrer los sitios aledaños. En cuanto pueda explorar los exteriores, te describiré cada detalle del sitio. Por lo pronto, solo puedo contarte un poco sobre los otros huéspedes. Sé que te encanta chismorrear.

Al llegar, me atendió la administradora con quien había hablado por teléfono hacía unas semanas para reservar mi estadía. Su nombre es Suzanne Hinchcliffe; es una mujer de lo más cordial y simpática. Se interesó mucho cuando le conté que era de Alaska, estuvimos conversando brevemente y me invitó a tomar una taza de té para reponerme del frío. La gente de este condado es tan amable y bondadosa que siento que una parte de mi corazón se quedará aquí para siempre. Una de las empleadas del hotel, Lorianne, me ayudó a llevar mi vasto equipaje hasta la habitación. Quiero ser muy honesta en este punto: jamás en mis veintinueve años he visto a una mujer tan hermosa. Su piel posee la blancura inmaculada de la nieve, tiene el cabello dorado y semejantes ojos turquesa solo los he visto bajo la pluma de algún escritor de literatura romántica. En conclusión, no entiendo por qué esta joven trabaja en un hotel cuando podría ser la musa de cualquier magnate o el rostro más bello de la historia. Yo no soy tan bonita como ella: no poseo la nariz respingada, apenas llego al metro cincuenta y cinco, y sé que ni mi piel ni mis piernas son perfectas, sin embargo, debo admitir que me amo tal y como soy, jamás modificaría un solo centímetro de mi cuerpo. Volviendo al tema del que te hablaba, esta muchacha tiene a todos los hombres comiendo de la palma de su mano.

También conocí a un señor italiano que está de vacaciones con su hija pequeña. Son un dúo muy particular: Luciano es un joven alto y apuesto, de tez muy bronceada y penetrantes ojos verdes, Antonietta, una encantadora criatura de apenas once años, es tan diablilla como angelical, pues nunca se sabe para qué lado inclinará la balanza. Parlotea incesantemente; como habla fluidamente inglés e italiano se

ha convertido en un número lleno de simpatía con el resto de los huéspedes. Se la pasa corriendo de un rincón al otro con su perro Scully, un *bulldog* que apenas ha alcanzado la edad adulta. Tú sabes que adoro a los niños, aunque no debe de ser sencillo ser el padre de esa niña: es todo un terremoto de destrucción. ¡Ah! Y sus disfraces están dando vueltas por todo el hotel.

No sabes lo que le sucedió al italiano. Nos contó la administradora que sufrió un robo mientras caminaba por la ciudad y se quedó sin billetera y sin pasaportes, obviamente, no pudo hacer el ingreso formal en el hotel y tuvieron que hacer una excepción porque el hombre estaba al borde del escándalo; tenía ya todo pagado para él y para la niña. Al parecer no llevaba mucho dinero, pero sí todas las tarjetas de crédito. Obviamente hizo la denuncia de inmediato. Cuando estás de paseo en un lugar de ensueño, lo último que imaginas es que hay un pillo dispuesto a arruinar tu viaje por unas cuantas libras.

Por último, también conocí a una señora llamada Lynelle Pendleton, que es la excéntrica dueña del hotel y de las propiedades aledañas. ¡Qué mujer tan irritante! ¡Piensa que es el centro del universo por el simple hecho de ser la propietaria! Pasa las horas dando órdenes a los cuatro vientos y reprocha todas las decisiones que toma Suzanne. De veras no sé cómo hace esa mujer para no renunciar. En su lugar, yo habría abandonado el puesto hace meses. Pobre mujer, tal vez precise el dinero. Además, la señora critica o, mejor dicho, pone en duda la educación que recibió la pequeña Antonietta, e intenta convencer al señor Di Benedetti de que un *bulldog* no es una buena mascota para una niña. ¿Qué sabrá ella de animales? ¿Acaso, además de reina, también es veterinaria? Insisto, alguien tiene que poner a esa anciana en su lugar. No sabes la forma en la que se le transfiguró el rostro en cuanto me vio. No puedo precisar si el disgusto se debió a que llegué mojada al hotel, a que mi forma de vestir le resultó vulgar o al simple hecho de que mi simpatía se le antojó singular.

La hermana Mitzi, una monja de unos cincuenta y tantos años, vela por su salud y bienestar. Por lo que oí, Lynelle solicitó su presencia por el tiempo que durase su estadía en el hotel. Esa monja ya se ganó el cielo; te aseguro que la señora Pendleton la está volviendo loca. La religiosa es una mujer de gran belleza; me figuro que su decisión vocacional habrá roto varios corazones.

¡Oh! Ya casi son las cinco de la tarde, la hora del té. Debo dejarte por ahora, te volveré a escribir más tarde para darte una descripción más precisa del lugar. Espero con ansias tu respuesta. Envíale mis

cariños a la familia.

Los quiero, Hope.

Luciano Di Benedetti a Lyla Di Benedetti

Lyla:

Ya no puedo seguir con esta tensa situación. Deberás decidir qué es lo que deseas para nuestro futuro. No debes preocuparte por Antonietta; ella está feliz de viajar por Inglaterra. Hemos visitado lugares de belleza exuberante y conseguí un hospedaje en las afueras de Ambleside que acepta mascotas. Como imaginarás, Scully la sigue a dondequiera que vaya.

Si quieres el divorcio, muy bien, es tuyo. Tal vez encuentres un hombre que consiga hacerte más feliz de lo que yo he podido. No quiero ser un estorbo en tu vida, y sabes que hablo en serio. Si consideras que tu felicidad está lejos de mí, estoy dispuesto a aceptar la decisión que tomes. Sin embargo, si me permites revivir por un momento al joven romántico y empedernido que algún día he sido, debo decirte que aún no me doy por vencido, sigo soñando un mundo contigo.

Queda a cargo mi abogado, y dejo mi vida en tus manos, a tu total disposición; confío en que tomarás la decisión más acertada.

Tuyo, Luciano.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Muy querida hija, ¿cómo están todos en Birmingham? Espero que los niños se estén portando bien y estén haciendo progresos en el jardín de infantes. ¡Es increíble lo rápido que crecen! No olvides prepararles abundantes guisos y ensaladas de frutas, así se desarrollarán fuertes y sanos como tú. Espero visitarlos el próximo mes, cuando pueda pedir vacaciones en mi nuevo trabajo. Te contaré las novedades del Hotel Lansbury. Tal vez creas que tu madre se ha convertido en una anciana loca, pero déjame decirte que estoy más lúcida que nunca.

Esto de administrar hoteles es algo de lo más divertido. Sé que este lugar es un tanto periférico, que tiene baja demanda y que posiblemente yo esté sobrecalificada para el puesto. Pero la belleza que rodea el lugar hace que valga la pena. ¿Recuerdas a la vieja

Lynelle Pendleton, la presumida dueña de la que te he hablado? La anciana apareció ayer sin aviso y ya tiene mis nervios de punta. Merodea por los pasillos ostentando un costoso prendedor con piedras preciosas. Solicitó tres habitaciones, una para ella, otra para su hijo, que llegará de un momento al otro, y otra para la hermana Mitzi. ¿Te hablé de ella? Junto al hotel hay una pequeña capilla privada llamada "María Reina de la Paz". Por lo que oí, la religiosa se encarga del mantenimiento de la pequeña iglesia y de suplir todas sus necesidades. Vive en un pequeño cuarto junto a la sacristía, sin embargo, Lynelle quiso que la hermana se instalara en el hotel en una habitación contigua por puro capricho.

Mitzi es una mujer de gran bondad e indiscutible paciencia. Su hábito negro siempre se encuentra perfectamente planchado y pulcro. Al parecer, existe un viejo vínculo entre ella y la familia Pendleton, aunque no pude averiguar cuál. Todo lo que sé es que ella es la responsable de la capillita, un sitio que apenas tiene capacidad para cincuenta peregrinos.

Hoy, hace apenas unas horas, ha llegado un nuevo huésped al hotel: Alistair Haydock, flamante tasador, es dueño de una importante firma de bienes raíces londinense. Pocas veces he visto un hombre tan galante. Si bien no posee una gran estatura, exhibe un porte muy fornido incluso para alguien de su edad. Es rubio, de frondosa melena y presume unos ojos azules que solo podría imaginar en la paleta de un pintor. En su breve estadía, ya ha causado revuelo. Te contaré los motivos: en primer lugar, no me alcanzan las palabras para describir lo donjuán que es este señor. No voy a negarlo, como dije, es realmente muy atractivo. Sin embargo, ese no es el único néctar que atrae a sus abejas. Haydock posee un humor delicioso y avasallante, es divertido, carismático y está repleto de comentarios mordaces. Al parecer, su ingenio y su debilidad por las mujeres alcanzan en él niveles exorbitantes. Y, en segundo lugar, se dice que su cuenta bancaria desborda de ceros. La cocinera está como loca: cree en esa ridícula fantasía de que hombres como él pueden enamorarse de mujeres carentes de belleza, juventud o poder. Qué ilusa es la pobre. Pero ella no es la única víctima. Todas las mujeres del hotel le sonríen con dulzura como si el mismísimo Henry Cavill estuviera frente a ellas. Entonces, me vi obligada a prevenir a Lorianne sobre este tipo de galanes. ¿Recuerdas quién es ella? Es la nueva empleada. Estoy muy satisfecha con su trabajo, es muy dedicada y laboriosa, no deja ningún detalle librado al azar. Pero me temo que su belleza puede guiarla hacia caminos erróneos si no se deja encauzar por el raciocinio. Ella me recuerda mucho a ti, por eso surge en mi espíritu

maternal la necesidad de protegerla.

En fin, como te decía, Haydock ha sacudido la bonanza de este sitio como un maremoto. Las lenguas viperinas andan diciendo que no está aquí de vacaciones, sino con el propósito de tasar las propiedades de la señora Pendleton a un precio inmejorable. La cocinera, que no ha cambiado el tema de conversación desde la mañana, asegura que Lynelle quiere demoler el hotel y las propiedades aledañas. No sé si eso será cierto; me cuesta creer que destruyan un lugar tan bello. La capillita es una joya arquitectónica que no puede ser reducida a ladrillos por un simple capricho. Creo que el Estado debería intervenir en pos de conservar las raíces y cultura de su tierra. Pero ya sabes cómo es la gente de hoy en día: prefiere viajar por el mundo y vestir con las marcas más caras y extravagantes antes que mirar a su alrededor para valorar el suelo que le dio la vida.

Me pregunto qué opinará James, el hijo de Lynelle, sobre la venta del hotel. ¿Estará de acuerdo? ¡Yo estaba tan feliz de trabajar en Cumbria! No querría perder este empleo. El pueblo de Ambleside tiene tanta magia como un cuento de los hermanos Grimm. Haría lo que fuera por conservar este trabajo hasta mi retiro.

Perdona si te he aburrido con los asuntos de este lugar. Pero, como bien sabes, adoro esta bella relación de amistad que tenemos. Tal vez me esté poniendo algo vieja, pero mi corazón solo sabe amarte. ¡Cuéntame de ti y envíame fotos de los niños!

Los abrazo a la distancia.

Con amor, mamá.

Hope Mellark a Ann Mellark

¡Hola de nuevo, hermanita! ¿Cómo están todos en casa? ¿Mamá se porta bien? ¿Toma sus medicamentos? Espero que estén pasando un invierno tan fantástico como yo. Por desgracia, ha estado lloviendo desde que llegué, por lo que no pude salir a conocer las inmediaciones. ¡Tengo tantas ganas de explorar cada rincón de este mágico lugar!

Esta tarde, cuando bajé a tomar el té, conocí a otros tres huéspedes del hotel. De forma repentina, y bajo circunstancias que desconozco, la señora Pendleton comenzó a tratarme con mayor simpatía, hizo uso de una verborragia que de veras me sorprendió. ¿Se sentiría bien? ¿A qué se deberían esos cambios de humor? Tal vez la anciana necesite a alguien que la escuche y, como la hermana Mitzi se fue a la capilla y Suzanne no le resulta muy simpática, no tuvo más

remedio que contentarse conmigo.

Ambas estábamos sentadas en los sillones de la recepción mientras contemplábamos la lluvia caer a través de los ventanales cuando un hombre se presentó frente a nosotras.

—Alistair Haydock, para servirles.

Con delicadeza, tomó nuestras manos y nos besó con galantería. ¡No sabía que aún existían hombres que saludaban a las mujeres de ese modo! Haydock parece una persona de lo más inusual, posee unos modales deliciosos y su compañía resulta en extremo agradable e interesante. Vestía un traje de Boggi Milano que debería de costar una fortuna. ¿Recuerdas el concepto de "hombre gris", que postula que debes mimetizarte con el entorno para pasar desapercibido? Pues, claramente, a este caballero no le interesa y prefiere destacar entre los viles mortales.

—Yo soy la señora Lynelle Pendleton. Me alegro mucho de que haya elegido mi hotel. Y ella es la señorita Hope Mellark, que nos visita desde Alaska.

—Vaya, con que vienes de la tierra del sol de medianoche, del cofre de hielo y de la nevera de Seward —repuso Haydock, embriagándonos con su vasta cultura—. He tenido la oportunidad de conocer tu tierra hace un par de años. He quedado fascinado con la hospitalidad de sus pobladores y la imponente y salvaje belleza de su naturaleza, sin mencionar el peculiar encanto de las jóvenes alasqueñas. Tal vez tú seas una referente en la materia.

—¿Qué puedo decirte? No soy *miss* Alaska, pero me amo tal como soy —repliqué, sorprendiendo a la señora Pendleton.

—Creo que usted es una joven encantadora. Tiene las mismas oportunidades de ganar un concurso de belleza que la más aclamada de sus compatriotas.

—No me interesa ser alabada por mi aspecto físico, sino por mis facultades mentales. Nada me resulta más atractivo que un cerebro bien dotado de sustancia gris. La belleza puede resultar engañosa o traicionera, y no siempre es sinónimo de felicidad, pero la astucia es, sin lugar a dudas, la clave del éxito.

—Veo que la señorita Mellark posee una inteligencia tan atractiva como peligrosa. Mujeres así no se ven todos los días.

Haydock me robó una sonrisa y me hizo sonrojar. Mientras Suzanne ingresaba sus datos en la recepción, Haydock y yo continuamos charlando sobre las particularidades de Alaska. Tranquila, hermana, no me estoy enamorando de él, te doy mi palabra. Haydock debe tener, al menos, veinte años más que yo, y ese es un detalle que me cuesta obviar.

—Alguien morirá esta noche, ¿adivinan quién? —nos dijo de pronto la pequeña Antonietta Di Benedetti, haciendo uso de una combinación de inglés e italiano.

—¿Qué dices, preciosa? —le pregunté, observando cómo le brillaban los dulces ojos turquesa.

—Oh, por favor. Disculpen a mi hija —se apresuró en decir Luciano, quien apareció de prisa tras su hija—. Antonietta está muy entusiasmada con un juego de mesa llamado *Alguien morirá esta noche*. Es un juego de misterio similar al *Clue*, con la diferencia de que, en esta versión, hay que adivinar quién será la víctima y quién el asesino.

—No creo que eso sea un entretenimiento adecuado para una niña de su edad —intervino Lynelle Pendleton sin que nadie le haya pedido opinión—. Si Antonietta tiene buen dominio de su idioma, debería estar aprendiendo otra lengua o algún patrón de ganchillo.

—Pues yo no creo que ese juego sea tan terrible —discrepé, y la hice enfadar—. En definitiva, las incógnitas detectivescas fomentan la imaginación y reclaman un sofisticado nivel de ingenio para desenredar las tramas más complejas. No veo en ese tablero más que un excelente pasatiempo.

—¿Quién es esa mujer? —nos preguntó Haydock, interrumpiendo nuestro pequeño dilema moral sobre la recreación de Antonietta.

En ese momento, dos señoritas aparecieron en la recepción. Por un lado, bajando las escaleras, se encontraba Lorianne Miller; con una forma de caminar tan armónica y sensual, parecía que levitaba sobre los escalones de madera. Llevaba un traje de mucama blanco y negro, de esos que se ven en las películas o en las fiestas de disfraces, y unas medias de *lycra* negra que resaltaban la perfección de sus piernas. Haydock no tardó ni un segundo en hacer contacto visual con ella, que lo correspondió de inmediato. Su perfume dulce llegó hasta mí como un golpe, pero no voy a quejarme; cada mujer tiene sus armas. Por otro lado, una muchacha de unos treinta años acababa de ingresar envuelta en un abrigo de pana rojo con botas altas de cuero negro acarreando una pequeña maleta. El cabello castaño claro le combinaba a la perfección con los ojos verdes, que miraban a su alrededor con desconfianza y recelo.

—Si se refiere a la joven que se encuentra al pie de la escalera —comenzó a explicar Lynelle—, es Lorianne Miller, la nueva empleada del hotel. La mujer que se encuentra en la recepción junto con Suzanne es Carla Webster. Envió una solicitud de hospedaje hace unas cuantas semanas. Vive en Ambleside, no sé si sola o acompañada. Trabaja en una escuela local.

—¿Y por qué se hospeda en un hotel si vive en la ciudad? —se

preguntó Haydock.

—Al parecer tiene un grave problema de humedad en su apartamento que la obligó a ausentarse por unos cuantos días mientras los dueños reparan las instalaciones. ¡Nada más detestable que las filtraciones de humedad!

Carla se mantuvo de espaldas a nosotros, completando los formularios que Suzanne le entregaba. Me percaté entonces de que todos los presentes vestían con suma elegancia; yo era la única que lucía como para jugar con la nieve.

No recuerdo con exactitud qué sucedió después. Lynelle, Haydock, Luciano y yo seguimos conversando unos minutos cuando un nuevo huésped entró al lugar.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —le dijo el peculiar caballero a Lorianne.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó la joven con evidente malestar.

—Soy un huésped más como cualquier otro, un simple visitante que busca desconectarse de los deberes laborales en las paradisíacas tierras de Cumbria —replicó el hombre de traje, moviendo con gracia un particular bastón.

—¿Cuál es su nombre, señor? —le preguntó Suzanne, lista para buscar al misterioso huésped en su registro informático.

—Soy Raymond Collins, pagué mi estadía completa por adelantado —replicó con altanería y con una sonrisa que relucía encanto.

—¿Acaso ustedes dos se conocen? —indagó la señora Pendleton, buscando un nuevo motivo para quejarse.

—¡Por supuesto que sí! —respondió el joven con regocijo—. La señorita Miller y yo somos pareja.

—¡Claro que no! —repuso la muchacha con desdén; el rostro se le transfiguró—. Jamás existió algo entre nosotros y jamás existirá. Solo eres un demente que me sigue a todas partes. Si no moderas tus palabras y tu comportamiento, llamaré a la policía de inmediato y te denunciaré por acoso. ¡Te lo advierto! ¡Pondré una restricción perimetral!

—Oh. Vamos, cariño, no seas tan ruda conmigo. Solo quiero ganar tu corazón limpiamente. ¿Acaso es un delito estar enamorado? ¿Está penado por nuestra constitución?

—No sé por qué razón te has obsesionado conmigo. Eres muy adinerado y tienes a decenas de mujeres suspirando por ti. No deberías estar perdiendo tu tiempo pisando mi sombra.

—A mí no me interesan otras mujeres. Tú eres la única que me ha

eclipsado por completo. No hay forma de arrancarte de mi corazón —respondió el romeo británico, empalagando nuestros oídos.

—Señor Collins, le suplico que no interrumpa a nuestros empleados en horario laboral —intervino con prontitud Suzanne antes de que a la anciana Pendleton le diera un ataque cardíaco—. Lorianne, por favor, acompaña al señor Haydock a su habitación.

—Sí, señorita Hinchcliffe. Ya mismo.

Contorneando la silueta como una modelo de pasarela, Lorianne pasó al lado de Collins para demostrarle lo cerca pero inaccesible que ella estaba de él. ¿Qué clase de juego era ese? Desconozco cuál es la verdadera historia entre ambos, solo puedo decirte lo siguiente: a Lorianne le encanta tener a los hombres en su radar. Suzanne estuvo muy astuta en sacarla con presteza de la línea de fuego. Te juro que Lynelle estaba a punto de estallar contra ellas dos por haber convertido su hotel en el escenario de una telenovela romántica.

—Vámonos, señor Haydock, le mostraré las instalaciones de su habitación —le dijo Lorianne al londinense con una sonrisa sugestiva.

—Me encantaría que me acompañaras —afirmó Haydock, devorándola con la mirada.

Con una sonrisa en los labios, ambos se dispusieron a dejar la recepción. Raymond Collins desvió la vista de inmediato y salió del hotel para buscar el equipaje que había dejado en el automóvil. Me resulta curioso que, a pesar de la declaración de amor que acababa de hacer, no parecía importarle que un hombre tan avasallante y adinerado como Haydock se fijase en la mujer de sus sueños. Quizás Collins está demasiado seguro de sí mismo o no sufre torturas por celos. De veras es un joven muy apuesto, tiene el cabello negro azabache y unos preciosos ojos azules. Ambos parecen ser dos partidos interesantes para Lorianne, con la única salvedad de que el tasador es bastante mayor.

En fin. Mientras Lorianne y Haydock abandonaban el lugar, Lynelle, Suzanne, Carla, Luciano y yo los contemplamos en silencio como si no quisiéramos perdernos ni un minuto de su historia. ¡Creo que estos pueblerinos me han convertido en una chismosa! La administradora tomó la valija de Carla y la condujo hacia su habitación antes de que Lynelle pudiera interceptarla para quejarse de la escena de Lorianne. Más tarde, Luciano fue en busca de Scully, quien estaba en el parque, y yo decidí sentarme a jugar con Antonietta a los pies del hogar a leña. Admito que el juego *Alguien morirá esta noche* me resulta en extremo atractivo; es como pasar la tarde desenredando los mejores enigmas de Agatha Christie. Ahora, Antonietta está repartiendo las cartas mientras yo te escribo este

correo electrónico. Estoy junto a la ventana, en cuanto pare de llover, iré corriendo en busca de aventuras silvestres.

¿Y tú qué opinas, Ann? ¿Alguien morirá esta noche en el hotel? ¿Quién sería la víctima? Las opciones son Lynelle Pendleton, la anciana quejumbrosa que luce un carísimo prendedor de piedras; Alistair Haydock, el potentado carismático; Lorianne Miller, la musa más hermosa; Suzanne Hinchcliffe, la laboriosa administradora; Raymond Collins, el galán enamorado; la hermana Mitzi, la monja devota; Carla Webster, la maestra antipática; Luciano Di Benedetti, el turista italiano; y Antonietta, su pequeña y revoltosa hija. Y yo, claro, Hope Mellark.

¿O sería, tal vez, alguien que aún no ha llegado? ¿Y quién será el asesino? ¿Quién de nosotros podría llevar piel de cordero?

Piénsalo, a ver si, en una de esas, aciertas.

Hope Mellark a Ann Mellark

¡Hola otra vez! ¿Cuatro correos electrónicos en un día? Nada mal, ¿eh? Como verás, debo extrañarlos; o quizás solo extrañe tenerte a mi lado para hacerte un millón de confidencias. Ann, no quiero que lean esto en casa. ¿Puedo estar tranquila de que será nuestro secreto? Me dedico a tipear este mensaje mientras espero a que sea la hora de la cena. ¿Lista para oírlo todo? ¡Aquí vamos!

Luego de tomar el té con Antonietta mientras jugábamos a *Alguien morirá esta noche*, me asomé a espiar el mundo exterior a través de los empañados ventanales. Para mi sorpresa, me percaté de que la lluvia se había detenido, por lo que tenía luz verde para salir de paseo. ¡Mi alegría fue desbordante! Corrí a la habitación en busca de la campera *softshell*, la bufanda y los guantes, y salí del hotel con entusiasmo.

Un viento helado me saludó. A pesar de las numerosas capas de abrigo, podía sentir el frío colarse entre la ropa hasta llegar a mis huesos. Pero el clima no resultó ser un impedimento; nada ni nadie podía trastocar mi entusiasmo o, al menos, eso creía. A mi alrededor, la nieve cubría todo a su paso. El cielo se había desteñido a un color ceniza y el sol comenzaba su lenta retirada. Los últimos vestigios de los rayos lumínicos acariciaban la nieve con debilidad, pues la noche se acercaba a South Lakeland a paso agigantado. El susurro del viento tarareaba una bella melodía que nacía entre los álamos y moría en mis oídos.

En aquel mágico contexto, bordeé las afueras del hotel a fin de

contemplar su belleza arquitectónica. La construcción, del siglo *xix*, ostenta un estilo neogótico victoriano que me dejó embelesada. Mientras observaba las numerosas molduras y las gárgolas que me recordaban a la catedral de Notre Dame de París, sentí por un momento que estaba viajando en el tiempo. Los muros de piedra caliza amarilla contrastan con el color negro azulado del tejado. Las cornisas están rematadas con almenas en toda su extensión. Las torres, que se alzan como centinelas infranqueables, están totalmente cubiertas de nieve. Me siento tan afortunada de estar aquí; este sitio es la fantasía romántica de una construcción medieval. ¿Sabes a qué me recuerda también? Al castillo de Neuschwanstein en Alemania. De hecho, leí que los arquitectos se inspiraron en él para diseñar este hotel. ¡Búscalo en Google; será amor a primera vista!

Seguí caminando alrededor del lugar, dejé que los ojos se me llenaran de esplendor, cuando un extraño sonido quebró la ensoñación del momento. Me costó definir si se trataba de un gemido o de un aullido. Miré a mi alrededor en busca de respuestas. Una gran escalinata conducía a la entrada trasera del hotel, desde donde se podía observar el estacionamiento techado y, a lo lejos, un inmenso invernadero. En los gruesos muros del Hotel Lansbury, las ventanas estaban cerradas y no había personas en los balcones. Yo estaba sola, de eso no había dudas. Entonces ¿de dónde vendrían esos peculiares quejidos? ¿De alguna habitación? ¿Del bosque que nacía a mis espaldas?

Caminé unos metros más a través del colchón de nieve, intentando acercarme al foco de los sonidos. Entonces, alcé la vista y me encontré con un pequeño cachorrito que temblaba de miedo sobre una cornisa.

—¿Se puede saber cómo llegaste hasta allí? —le pregunté sin poder salir de mi asombro.

Como respuesta, obtuve un lastimoso aullido que expresaba a la perfección la inmensa desesperación que albergaba aquel animal. El perrito tenía un profuso pelaje negro que se encontraba salpicado con diminutos copitos de nieve. Era adorable y frágil; si daba un paso en falso, sería su ruina. Los pequeños ojitos color caoba imploraban que lo auxiliara y las orejitas le trepidaban por el frío. El pobre apenas tenía energías para sollozar.

—Voy a bajarte. Solo quédate quieto un minuto —le dije, respondiendo a su desconsolado llanto.

Analicé rápidamente la situación. La cornisa estaba a más de dos metros de altura desde el suelo y no podía trepar por la pared. Miré entonces hacia la escalera y hallé la solución al problema, no era la

más segura, pero sí la más eficaz. Subí los numerosos escalones hasta llegar al rellano, que se hallaba al mismo nivel que la cornisa, a lo largo de la que se extendía una fila de pequeñas ventanas altas y estrechas que culminaban en forma arqueada. Cada ventana poseía una columna central que separaba las hojas de la celosía. Mi estrategia era un tanto demente, pero aun así, no tenía intención de desistir.

Con el corazón latiéndome con violencia, subí a la cornisa desde la escalera y me sostuve de una de las columnas. Procurando dar pasos cortos y certeros, comencé mi camino hacia el cachorro. Debí de estar loca para arriesgar mi vida así, pero puedo jurarte que no podía dejar que esa inocente criatura acabara en un trágico final. Debía pasar por nueve ventanas para alcanzarlo. La nieve tornaba mis pasos resbaladizos. Por fortuna, los guantes térmicos permitían que me aferrara a las columnas con mayor tenacidad, pero aun así estaba al borde del abismo. El viento no ayudaba; la luz del sol me abandonaba y la temperatura continuaba descendiendo. No era mi intención detener mi viaje de forma prematura por culpa de un accidente, pero ese cachorrito me necesitaba y yo no podía hacer oídos sordos a su suplicio.

—Ya voy, mi amor. Estoy en camino —le decía.

Despacio, caminé por la cornisa intentando imitar la precisión de un gimnasta. Las columnas eran la clave de mi proeza, pues no habría podido emprender mi camino sin su ayuda. Minutos más tarde, alcancé al perrito. Sin soltarme de la columna, me incliné hacia él y lo alcé lentamente con la mano derecha. No quería asustarlo más de lo que ya estaba y desconocía cuál sería su estado de salud.

—Ya estás a salvo, amigo mío. Te llevaré a casa, bien cerquita del hogar a leña.

Fue entonces cuando cometí el grave error de distraerme. Había estado tan concentrada que había olvidado por completo que estaba paseando por la cornisa de un viejo hotel. Un nuevo sonido llegó hasta nosotros. El cachorro se sintió amenazado y comenzó a moverse en mi mano con impaciencia.

—Tranquilo. Voy a bajarte, ¿sí?

He aquí un final que debes de haber anticipado: resbalé con la nieve mojada, perdí el equilibrio con torpeza y me solté de la columna. Pero este es solo el comienzo de mi historia. No vas a creer lo que sucedió.

Grité presa del terror, creyendo que acabaría con un par de huesos rotos, y caí con un golpe seco sobre el espejo lateral de una camioneta. No me había percatado de que alguien acababa de aparcar junto al hotel. Adolorida, me retorcí sobre la nieve mullida mientras

me aferraba al cachorrito. Fue entonces cuando lo vi: un hombre vestido con un largo sobretodo negro me miraba boquiabierto y con el ceño fruncido. No sé si el fuerte golpe me causó algún tipo de trance o si la mirada de aquel extraño surtía efectos hipnóticos en mí. Sea como fuera, me perdí en sus ojos oscuros, que actuaron como un néctar celestial para mis sentidos. El cabello castaño oscuro, frondoso, lucía un tanto despeinado. Una delgada barba le enmarcaba los gruesos labios. Todo configuraba una apariencia varonil, un tanto intimidante. Su belleza se me antojó extravagante, inusual, avasallante. No tenía aspecto de modelo o galán de telenovela, sino más bien de un indiscutible antihéroe que podría hacer sin problemas el papel de Batman.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡Acabas de destrozar mi automóvil! —exclamó enfurecido al ver el espejo de su Range Rover sobre el suelo.

—Oh, discúlpame, pero me importan mucho más mis huesos que tu maldito automóvil —repliqué, incorporándome en la nieve.

—¿Tienes idea de lo que cuesta esta camioneta? Acabas de arrancar el espejo de la puerta. Déjame decirte que me has sorprendido: no sabía que en esta parte del país caían ángeles del cielo. Vamos, levántate. —Extendió su mano enguantada. Dudé unos instantes si debía o no confiar en él. Aquel hombre era enorme, podía haberme ahorcado con una sola mano. Al fin acepté su ayuda y me levanté.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo?

—Encontré este cachorrito en la cornisa y decidí bajarlo.

—¿Pusiste tu vida en riesgo por un perro? ¿Acaso tienes diez años? —me regañó como si fuera mi padre.

—Eres un desalmado —espeté iracunda—. ¿Tú no habrías hecho lo mismo? El pobre estaba llorando y muerto de miedo. ¡No podía dejarlo allí! Está anocheciendo y puede comenzar a nevar en cualquier momento. Para que sepas, a mí me importan más los animales que un maldito automóvil.

—¡Qué carácter, por Dios Santo! ¿Cómo está tu brazo? —me preguntó, intentando en vano calmar mi mal humor.

—Estoy bien, no te preocupes. Podré seguir por la vida rompiendo automóviles costosos. Te pagaré la reparación del espejo.

—No me interesa tu dinero —respondió al tiempo que se quitaba la bufanda negra—. Toma. Abriga a tu pequeño amigo antes de que se pesque un resfrío —me dijo y me extendió la bufanda.

Podía sentir el peso de sus ojos sobre mí. Mientras yo envolvía al cachorro en la gruesa chalina, percibía la fuerza de su posesiva

mirada.

—Te pagaré —insistí.

—¿Te hospedas en este hotel? —indagó, esquivando mi terquedad de mula.

—Sí. ¿Y tú?

—Me quedaré aquí un par de días.

—Bien, entonces tendré tiempo para saldar mi deuda.

Me marché. Tal vez creerás que tuve una regresión a la adolescencia o algo por el estilo, pero no puedo explicarte lo nerviosa que ese sujeto me puso. Caminé hacia la entrada principal cobijando a mi nuevo amigo entre los brazos. Pero había algo en ese hombre que no me cerraba, algo que llamaba poderosamente mi atención. Eché un rápido vistazo hacia atrás, dominada por una curiosidad galopante, y me encontré con una imagen que se me ha quedado grabada en las retinas. El hombre de sobretodo tenía las manos en los bolsillos y su mirada clavada en mí. La vestimenta de color negro contrastaba con la blancura de la nieve y con la palidez de los muros de piedra caliza. De pie como un soldado invencible, frenaba el viento que le chocaba sobre la ancha espalda sin perturbarle el semblante.

Hay algo en él, algo que el ojo humano no puede captar. Es difícil de explicar, no encuentro las palabras. Te juro que, al toparme con él, me sentí frágil, vulnerable, subyugada. De inmediato, volví mis ojos hacia el frente y me escabullí en el hotel como si estuviera huyendo de un incendio. Pero las llamas ya se habían expandido, llamas invisibles que se apoderaron de mí sin consultármelo.

No lo he vuelto a ver desde entonces y espero no encontrármelo en la cena. Le explicaré lo sucedido a Suzanne, le hablaré del hombre y le dejaré el dinero del arreglo del automóvil para que se lo entregue ella; dudo de que haya otro huésped en el hotel que pueda ajustarse a su descripción. Aún no puedo descifrar qué fue lo que vi en él que me ha dejado tan perpleja. Pero estoy segura de que hay algo inquietante detrás de todo esto. En otras palabras, estoy segura de que hay un buen motivo para que me aleje de él. Ya no quiero equivocarme.

Te quiero, Hope.

Lynelle Pendleton a James Pendleton

Por un demonio, ¡ven urgente! Deja todo lo que estés haciendo en Londres y ven de inmediato. Tenemos que hablar en persona. Esto es serio; no podemos hablar por teléfono porque alguien podría oírnos. Y no confío en los mensajes del móvil, sabes que soy muy despistada con

mi teléfono, suelo perderlo constantemente. Si eso pasara, cualquiera podría leer nuestras conversaciones. No puede ser que estés gozando de brindis y reuniones empresariales cuando yo estoy en Cumbria, tapando con mis viejas manos la boca de un volcán.

Apresúrate, esto puede estallar de un momento a otro. Y me temo que entonces no solo será demasiado tarde, sino que las consecuencias serán terribles.

Ven urgente. Después no digas que no te advertí.

Anónimo a Lorianne Miller

Debo decir que estoy rendido a tus pies. Tu belleza me abruma y me arrebata el raciocinio. No puedo pensar con claridad, no puedo obrar con razón. Todo lo que hago es pensar en ti noche y día; soy tu prisionero. Por favor, despójame de esta cárcel y devuélveme el alma al cuerpo. Creo que ya sabes quién soy, no es necesario que lo diga. Dame una señal y lo nuestro será eterno.

Búscame, te estoy esperando.

Luciano Di Benedetti a Lyla Di Benedetti

¿Esto es en serio? ¿Te has detenido a pensar en Antonietta? Estoy indignadísimo, anonadado, ¡furioso! ¿Por qué actúas como una niña inmadura? Para serte honesto, me siento muy decepcionado. La vida se ha vuelto insípida desde que nos separamos, ya no tengo motivaciones ni proyectos a futuro. El único motivo por el que despierto cada mañana es esa preciosa niña, fruto de nuestro amor, que ha heredado tus ojos y lo mejor de cada uno de nosotros. Ella es lo único que tengo, lo único real. Por ella dejé de beber, por ella conseguí un mejor empleo y por ella sigo luchando cada día con mis fantasmas. ¿Por qué me tratas con tanta frialdad y desprecio? ¿Tan poco valgo para ti? ¿Mis sentimientos no te conmueven en lo más mínimo?

Tu egoísmo ha llegado demasiado lejos. Creí que, por los buenos momentos y por lo felices que algún día fuimos, nuestra ruptura sería pacífica y menos dramática. Pero ya me quedó claro que lo único que buscas es jugar con la poca dignidad que me queda.

Lamento que hayas perdido tu tiempo conmigo. Te pido que, a partir de ahora, te comuniques exclusivamente con mi abogado. Ya no

esperes nada de mi parte.

Luciano.

Carla Webster a desconocido

Ya no puedo soportar esta situación. Me siento completamente desahuciada e indispuesta. ¿Qué más pretendes de mí? ¿Qué más quieres que haga? Esta farsa que estamos viviendo me está devorando por dentro. Siento que nunca tienes tiempo para mí, que no soy tu prioridad ni te interesas por mis problemas. Y, sin embargo, sigo embaucada por tus malditos embrujos que me han dejado tan ciega como un desventurado eclipse solar.

Quiero que seas honesto conmigo por una vez en tu vida y que me respondas: ¿solo soy una pieza más en tu tablero de ajedrez? Si así fuera, ¿soy tu reina o un peón desechable? Me has mandado a la línea de fuego en más de una ocasión y, aunque soy esclava de mis propias decisiones, ya no sé si me conviene fiarme de ti. Bien se dice que el que juega con fuego acaba quemándose. Pues yo hace años que estoy ardiendo en este infierno, mi infierno. Tú apareciste en mi vida cubierto con un manto de intriga y suspenso. Nunca supe si definirte como un ángel caído o como un mesías. Lo cierto es que, hace ya varios meses, noto que no has hecho más que avivar las llamas que me tienen prisionera. Solo sabes exigirme cosas, te aprovechas de que te consiento demasiado. Pero no podré seguir así eternamente. Me estoy asfixiando, mi vida está envuelta en un bucle repulsivo que no tiene rumbo ni sentido. No siento lástima ni empatía, me he convertido en un ser abominable. ¿Estás seguro de que quieres estar con alguien así? No estoy a gusto con lo que hago. Ya no quiero hacerlo más.

No pienso quedarme demasiado en este hotel. Cumple tu parte del trato; yo pienso esfumarme en cuanto pueda. Eres mi adicción y te detesto por ello. Dame una buena razón para seguir con esta relación. Somos un par de tóxicos envueltos en la humareda de nuestros propios cigarrillos. Convénceme, esfuérzate y, tal vez, me termine encariñando con los demonios de este averno.

Con amor y odio, Carla.

Hermana Mitzi a James Pendleton

Estimado James, que la paz de nuestro amado Dios esté contigo.

Te envío estas líneas para ponerte al corriente de la salud de tu madre. Una leve tos la ha estado aquejando desde su llegada. Consultamos con un doctor de la ciudad, quien nos bendijo con palabras tranquilizadoras. A pesar de que la glucemia de Lynelle se encuentra dentro de valores normales y de que me ocupo personalmente de que sus inyecciones de insulina sean aplicadas de manera correcta, he notado que tu madre está un poco extraña. La noto nerviosa y preocupada, como si una gran pena la estuviera carcomiendo por dentro sin darle respiro. Por tal motivo, te ruego que abrevies tu estadía en Londres tanto como puedas. No soy nadie para decirte cómo debes manejar tus tiempos, pero bien sabes lo mucho que aprecio a tu madre.

Por otro lado, si me permites la intromisión, quería preguntarte qué resolución han tomado con respecto al hotel y a la capillita. Sea cual fuese su decisión, la respetaré sin convertirme para ustedes en un motivo de disgusto. No quise tocar este tema con tu madre; cuando la veas, entenderás por qué lo hice.

Que nuestro padre celestial derrame abundantes gracias sobre ti y tu familia.

Te saludo afectuosamente, Mitzi.

Leonard Hutcherson a Adele Grant

Llegué al Hotel Lansbury con las últimas luces del crepúsculo. Mi estadía no inició como esperaba, puesto que una joven que se hallaba caminando por una cornisa cayó sobre mi camioneta y destrozó el espejo de la puerta. Sí, leíste bien. Según el relato de la acróbata, había un cachorro perdido en medio de la cornisa. Esto es una muestra de que la humanidad aún no está perdida, tal vez debamos mantener las esperanzas y aferrarnos a la idea de que no todas las personas son corruptas. Pero yo, en lo personal, me reservo el beneficio de la duda.

La noche me brindó la grata oportunidad de confraternizar con los huéspedes del hotel. Sabes que adoro ser antisocial, pero las circunstancias me obligaron a hacer a un lado mi frialdad. La cena resultó ser un choque de personalidades. Me bastaron un par de horas de estadía para notar que aquí hay muchas cosas podridas ocultas bajo la alfombra. Te venden este lugar como un paraíso neorrománico y gótico escondido entre los bosques y lagos de South Lakeland, un sitio ideal para transportarse a los armoniosos años medievales de antaño. Pero aquello no son más que palabras de marketing y estrategia

publicitaria. Las sombras no rodean al Hotel Lansbury; el hotel *es* las sombras.

Suzanne Hinchcliffe es la encargada; pocas veces he visto a alguien tan comprometido con su trabajo. Durante toda la cena, permaneció de pie junto a la gran mesa de roble que nos reunía a fin de asegurarse de que no hubiera platos o copas vacíos. Su actitud altruista me ha impactado. No tiene anillo de casada, pero del cuello le cuelga un guardapelo que debe de contener la fotografía de un ser amado. Por desgracia, la pobre debe lidiar con los mil y un caprichos de la dueña del lugar: Lynelle Pendleton. Su paciencia y vocación son admirables, pues la señora no hace más que quejarse de todo lo que hace su empleada. Que la comida está fría, que el mantel está arrugado, que la cristalería está opaca… ¿Cuánto tiempo más podrá soportar Suzanne semejante situación?

Por el momento, somos nueve huéspedes en el hotel, sin contar a Suzanne y a su empleada, Lorianne Miller. La joven Miller presenta una belleza exótica que atrae todas las miradas. Es, me atrevo a afirmarlo, tan peligrosa como encantadora. Especialmente vulnerable a sus encantos resulta un hombre llamado Raymond Collins, quien asegura haber viajado hasta aquí con el único propósito de ganar su corazón. Pobre muchacho, la joven debe de estar muy lejos de su alcance. ¿Qué opinas tú, Adele? ¿Crees que el verdadero amor existe? ¿Será algo que nos sucede a todos o tan solo a algunos pocos afortunados?

Al estar sentado en un extremo de la mesa, me fue imposible dialogar con la joven que cayó sobre mi camioneta; ella se ubicó lo más lejos posible de mí; hizo bien. La noté exultante; parloteaba muy a gusto con la monja que cuida a Lynelle y con la pequeña Antonietta, una niña italiana que está fascinada con el lugar. No sé cuál es el nombre de la mujer, la rescatista de perritos, pero hay algo en ella que me arrebata la quietud. Hay algo que no comprendo, que no logro descifrar, es como si ella no fuera real, como si fuera un artilugio, una quimera peligrosa. ¿Será un fantasma, la dama de blanco de Wilkie Collins? Por lo pronto, es un acertijo. Mi acertijo.

La cena transcurrió en serenidad. Lynelle se la pasó regañando a la cocinera por ponerle demasiada sal especiada a la comida. La hermana Mitzi intentó conversar una y otra vez con Carla Webster, una maestra local que decidió mantenerse taciturna e inaccesible. Todo lo que dijo fue que su apartamento estaba en reparación. En lo personal, creo que Carla no solo está huyendo de los problemas de humedad, sino de algún monstruo silencioso que la arrastró al Hotel Lansbury. Puedo notar el peso de los problemas sobre sus ojeras y

sobre sus ojos enrojecidos, señal de que el llanto la ha perturbado por las noches. Debe de haber algún lobo que le araña la ventana mientras ella intenta quedarse dormida. Una mirada similar reconocí en los ojos de Luciano Di Benedetti, el padre de Antonietta. Ambos mantuvimos una conversación sobre economía y política, discutimos las estrategias de mercado de Italia e Inglaterra, y sumamos a Haydock a nuestra aburrida plática. Me dio la sensación de que, por breves intervalos, Luciano se perdía en los laberintos de su mente. Mientras su hija reía a carcajadas con Mitzi y con la joven que rompió mi Range Rover, él hacía breves pausas en las que se desconectaba del entorno. El hombre debe de tener una buena dosis de vitamina D, pues su piel luce bien bronceada. Pero en el dedo anular de la mano izquierda hay una evidente marca de un anillo. El pobre italiano debe de estar pasando por una separación.

Durante la cena, Haydock fijó todo su interés en Lorianne Miller, quien repartía sonrisas por doquier. Aquí tiene dos candidatos evidentes: por un lado está Collins, un joven de su edad que disfruta de acaparar la atención contando chistes y anécdotas alocadas. Por el otro lado, Haydock, que, a pesar de ser bastante mayor que ella, tiene una billetera bien abultada. Fíjate lo que sucedió horas más tarde. Una vez acabada la cena, la joven que rompió mi camioneta y Antonietta se sentaron en la sala a jugar a *Alguien morirá esta noche* mientras Mitzi, Lynelle, Suzanne y Luciano compartieron una copa de sherry y una partida de *bridge*. Lynelle no quería pasar su tiempo de esparcimiento con Suzanne; se lo leí en el rostro. Pero como el *bridge* se juega de a cuatro en parejas y el resto de los huéspedes declinó su invitación, no tuvo más remedio que hacer equipo con su empleada. Un tiempo después, luego de haber estado leyendo un buen rato en la biblioteca, me dispuse a regresar a mi habitación. En eso, me crucé con Antonietta, quien, sollozando, me dijo que no lograba encontrar a su perro Scully.

—Tranquilízate, tan solo debe de estar haciendo alguna travesura —le dije, inclinándome hacia ella—. ¿Dónde está tu padre?

—Fue a acompañar a la señora Pendleton a su habitación. Sí, ella misma: la que no quería aceptar a mi Scully. Y no quiero que se entere de que mi mascota está en problemas. Le abrí la puerta para que saliera a hacer pipí y ya no regresó. Tengo miedo de que no vuelva.

—¿Y la hermana Mitzi no estaba con ella? —le pregunté con curiosidad—. Siempre la acompaña.

—No, salió del hotel hace un rato —me sorprendió la niña, con su indiscutible franqueza.

—Mira, este es el plan. Está haciendo mucho frío allá afuera, así

que haremos lo siguiente. Ve a tu habitación y procura tener una manta caliente para Scully mientras yo voy a buscarlo. ¿Trato hecho?

La niña asintió con la cabeza y corrió escaleras arriba en busca del abrigo para el perro. Al salir del hotel, una ráfaga gélida advirtió mi imprudencia de salir en camisa y chaleco. Solo debía recuperar a un *bulldog* que estaría haciendo un pozo junto a algún arbusto, ¿qué podría salir mal? Cuando el impetuoso aullido del viento se detenía, podía percibirse el suave murmullo de las copas de los árboles que se mecían con parsimonia. Una inmensa luna llena salpicada de nubes iluminaba mis pasos sobre la nieve con mayor vigor que los escasos faroles que rodeaban el hotel.

Caminé despacio a fin de no asustar al animal y miré con detenimiento cada rincón de la vasta arboleda que se alzaba como muralla infranqueable junto a la vieja construcción Lansbury. Todo permanecía en quietud, hechizado por una serenidad que se me antojó ficticia. ¿Y si Scully ya estaba lejos de nuestro alcance? Un sonido extraño captó mi atención. Me adentré unos pasos en el bosque y oculté la linterna para pasar desapercibido. Procuraba no hacer ruido al pisar el colchón de hojarasca y nieve cuando un claro de luna se apiadó de mí en aquella noche cerrada. ¿Sabes lo que vi? A Alistair Haydock, a quien reconocí de inmediato por su abrigo de diseñador y su estructura mediana pero fibrosa. Se lo veía enredado en un abrazo desenfrenado con una mujer que no llegué a reconocer. Podría haber sido cualquiera de las del hotel, ya que todas tienen una estatura similar. La luna apenas iluminaba la espalda de Haydock, pero su pareja permanecía oculta en las tinieblas. Tan sumidos el uno en el otro, jamás notaron que estaban siendo observados. ¿Qué te parece? Veo que aquí hay personas que no pierden el tiempo.

Minutos más tarde, al retomar mi camino, encontré al bulldog. Mientras regresaba al hotel echando vistazos hacia atrás, me pregunté una y otra vez quién podría haber sido la musa que sucumbió a los encantos de Haydock. O tal vez mi razonamiento era erróneo, tal vez era Haydock quien había caído en la trampa de una bella ninfa.

Las personas de este lugar no se cansan de aparentar, de mostrar máscaras que ocultan su miseria, de usar maquillaje barato para camuflar sus cicatrices. Aquí seguiré, desde las sombras, desde la soledad y el olvido. Viajé hasta aquí con un objetivo claro, y no descansaré hasta alcanzarlo. ¿Qué somos los humanos sino un cúmulo de sueños y recuerdos? A mí ya no me quedan anhelos, ya no creo en los cuentos de hadas y mi corazón se ha secado por completo; solo me quedan los recuerdos de la felicidad que algún día supe abrazar. Soy cautivo de las cenizas de mi pasado, aunque aún brilla alguna dulce

remembranza en mi mente. Y mientras aquellas añoranzas vivan en mí, hallaré un buen motivo para despertarme por las mañanas.

Te saludo con afecto a ti, que aún me recuerdas con cariño. No me olvides.

James Pendleton a Lynelle Pendleton

Madre, te imploro por lo que más quieras que hagas un esfuerzo por controlar tus emociones. Un escándalo en el hotel sería una conmoción para los inversionistas. Todo está marchando de maravilla; nuestras acciones están subiendo y la imagen pública de la familia se encuentra en alta estima. Hemos trabajado durante años por cuidar nuestro apellido, hemos hecho todo lo necesario para ganarnos el respeto y la confianza de esta nación. No voy a permitir que tus vanas preocupaciones lo echen por la borda. Ni una encargada inepta, ni una mucama infame, ni una niña con un perro representan un problema para mí o para nuestra reputación. No sé qué es aquello tan urgente de lo que quieres hablarme en persona; solo te pido que mantengas la calma y recurras a Mitzi para lo que precises. Sabes que ella es un ángel y te cuida como a una madre.

Deseo que estés en paz y ruego que puedas tener una gran estadía en Cumbria. Sabes lo mucho que te adoro. Disfruta la vida, porque es muy corta.

Te quiere con el alma, tu hijo James.

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida hermana, ¿cómo están todos en casa? Hoy me desperté antes de la salida del sol. Como sabrás, aquí hay muy pocas horas de luz, así que planeo aprovechar cada momento. Me tomé una taza de té de limón junto con unos bollos saborizados con queso y cebolla, y salí a caminar por el lugar, dispuesta a dejarme hechizar por la belleza de la naturaleza.

Luego de una hora de caminata, y de hacerle algunas consultas a Suzanne, quien siempre está predispuesta a solventar cualquier necesidad de los huéspedes, pude hacerme una imagen mental de la disposición de la propiedad. Te lo explicaré. Por un lado, tenemos el Hotel Lansbury con su ostentosa arquitectura que nos transporta al siglo *xix*. Pero no vayas a creer que el hotel es una enorme

construcción; por el contrario, apenas cuenta con dos pisos superiores y una capacidad para quince huéspedes. Si caminas hacia el este, te encontrarás con una pequeña capilla con influencias neogóticas. En otro correo me esmeraré en describirte su belleza, solo puedo adelantarte que es tan romántica y mágica que ya puse su foto en el fondo de pantalla de mi móvil.

Detrás de la capilla hay un pequeño cementerio, lóbrego y aversivo. Pasando ese escalofriante conjunto de tumbas y hiedras que crecen como maleza alrededor de las lápidas, se halla una antigua construcción olvidada por todos y que los lugareños suelen llamar “las ruinas”. Por lo que me contó Suzanne, allí residía una pequeña familia que se ocupaba del mantenimiento de la capilla y del bosque del predio. Con el paso de los años, cada miembro de la familia partió de este mundo hasta que no quedó ninguno. Si bien la casita estaba dentro del terreno de los Pendleton, la construcción tenía su propio dueño. Como nunca se halló un heredero que reclamara la titularidad, el lugar padeció las consecuencias de la desmemoria y el desamparo hasta transformarse en las ruinas que hoy quedaron. Además del olvido, las tinieblas y las alimañas, ya nadie se atreve a habitar lo que algún día supo ser un verdadero hogar.

Entre el hotel y el cementerio, se encuentra un gran invernadero. Aún no entré a conocer el sitio en detalle, pero Suzanne me adelantó que la mayoría de los vegetales que nos sirven a diario son de producción local. ¿No es fantástico? Así podemos alimentarnos sin conservantes ni excesivos pesticidas. Por último, la finca cuenta con un maravilloso bosque de coníferas que comienza en el sector oeste de las ruinas, rodea el invernadero y llega hasta la parte trasera del hotel. Aunque dibujar no es uno de mis dones, intenté hacer un plano del lugar para que te sientas partícipe de este viaje. Espero que te guste.

Ahora que estás situada geográficamente en este rinconcito de Cumbria, quiero contarte lo que sucedió cuando volví al hotel. El viento envolvía las copas de los árboles y mecía el follaje bajo algún tipo de encantamiento que solo los hermanos Grimm habrían podido descifrar. Aquella idílica danza de las hojas desparramaba en el aire la nieve que dormía sobre las ramas. A pesar de no estar nevando, la magia era auténtica. Unos tímidos rayos de sol se colaban entre la vasta arboleda mientras yo me deleitaba con la melodía que me obsequiaban las aves más madrugadoras. En eso, una voz masculina interrumpió mi soledad.

—¿Sabías que en este hotel no están permitidas las mascotas?

Giré sobre mis pasos un tanto asustada y me encontré con la inconfundible figura del hombre de sobretodo negro. Con aire

despreocupado, se posicionó a mi lado y continuó la caminata a la par mía.

—Para que sepas, yo no fui la única en infringir la ley, puesto que los turistas italianos han traído a su *bulldog*. Y me parece perfecto que lo hayan hecho. Scully es el compañero de la niña. Todos los niños, y las personas en general, deberían tener un amigo canino que los ayude a soportar la existencia.

—Parece que el bosque te llama a la introspección. —Me miró de soslayo por encima de las solapas del saco que le flanqueaban el cuello —. ¿Qué has hecho con el cachorro? No creo que la señora Pendleton apruebe que su amado hotel se haya convertido en un refugio de animales.

—Suzanne y la cocinera se han encargado de ocultarlo de los ojos de Lynelle. Entre las tres nos ocupamos de alimentarlo y mantenerlo abrigado. Al principio, lo escondimos en el invernadero, pero como es un cachorro y requiere atención lo trasladamos a la lavandería, más cerca de la cocina. La cocinera se ha encariñado con él, prometió adoptarlo.

Una sonrisa iluminó el rostro de aquel hombre; tal vez yo estaba confundida, tal vez él sí sabía sonreír.

—Nunca me has dicho tu nombre —añadió más tarde, mientras el sol demandaba el trono en el firmamento y yo me perdía en la intensidad de sus ojos oscuros.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Para enviarme la cuenta de la reparación de la camioneta?

—Qué pena que no puedas confiar en las personas. A veces, y solo a veces, te podrías encontrar con gente desinteresada e inofensiva. Pero claro, no es la mayoría.

—Me llamo Hope Mellark. ¿Y tú? —le pregunté, convencida de que él no era ni desinteresado, ni inofensivo.

—Leonard Hutcherson. Ahora que no estás destruyendo nada de mi propiedad, puedo decir que es un gusto conocerte —replicó, y me robó una sonrisa.

—¿Y qué te trae por aquí, Leonard? ¿Eres un turista fascinado con estas tierras?

—En realidad, vine a visitar a mi familia, que vive en Ambleside. Como no encontré alojamiento en la ciudad, decidí hospedarme aquí un par de días. Suelo quedarme varias semanas con ellos desde la Navidad. Pero ahora, como la familia de mi futura cuñada está de visita, ya no hay espacio para mí en la casa. Así que aquí estoy. Soy un simple bioquímico que ha regresado a su hogar, pero que ya no acapara la atención como cuando era un niño. Entre los consuegros y

la boda venidera, mis padres están en extremo atareados.

—¡Qué divertido planificar una boda! ¿Cuándo será?

—Muy pronto, en febrero. En la iglesia Santa María de Ambleside. ¿Qué hay de ti? ¿Qué te trajo hasta South Lakeland?

—Bueno, demasiadas cosas en realidad. Conocer Inglaterra siempre fue una de mis mayores fantasías. Recorrer la tierra de escritores como Austen, Tolkien, Rowling y tantos más se me ha antojado fabuloso desde que era una adolescente.

—¿No eres inglesa? Tu acento no es muy delator —repuso con cierto asombro.

—No, no lo soy. Vivo en Haines, Alaska. Por lo que la nieve, el frío y la niebla no son una novedad para mí.

—¿Y qué más te ha impulsado? Dijiste que fueron demasiadas cosas.

—Tal vez tengas razón, este bosque blanco me llama a la introspección. —Lo dudé por unos segundos, pero al final decidí ser honesta con aquel extraño—. En primer lugar, terminé una relación que creí que sería como esas historias de amor eterno que solo son posibles en los libros. Luego perdí a mi padre de la noche a la mañana y, sin que pudiera evitarlo, caí en un estado depresivo que jamás en mi vida había siquiera imaginado. Más tarde decidí tomarme un descanso, planear un viaje soñado y así recargar energías para continuar mi vida. Esa es, en resumen, la razón por la que estoy aquí.

—Siento oír lo de tu padre. Aunque no puedo decir lo mismo de tu ruptura amorosa porque no sé cuál de las partes se vio más beneficiada con la separación.

Intenté objetar que mi expareja se había portado como un verdadero desgraciado y enumeré en mi mente todos los motivos por los que nuestra relación se había bifurcado. Sin embargo, un inesperado cambio de rumbo de Leonard me obligó a tragarme mis protestas sobre el tema.

—¿A dónde estás yendo? —indagué descolocada.

—Al hotel, ¿tú no?

—Claro que sí, muero por desayunar. Pero ese no es el camino. Es por la izquierda.

—No, no lo es. Hay que doblar por aquí, a la derecha.

—Estás confundido, tengo un plano mental en la cabeza. Si giramos a la derecha, nos toparemos con el invernadero —afirmé sin titubear.

—El invernadero está más al este. Por aquí cortaremos camino y llegaremos más rápido al desayuno. Pero no tienes que seguirme. Puedes tomar la ruta que prefieras. Solo espero que no te topes con

ningún lobo.

—Eres detestable —espeté luego de un breve período dubitativo —. Iré contigo solo para verte la cara de decepción cuando te encuentres con el invernadero y no con el hotel. Me darás la razón y te sentirás un idiota. Esa es mi prerrogativa.

Leonard sonrió muy animado, encantado con mi ofuscación. Mientras el canto de las aves se enlazaba con el del viento, caminamos bajo los árboles nevados. Es una obviedad afirmar que un halo misterioso y siniestro envuelve a aquel extraño hombre. Sus facciones rectas le confieren un aspecto rudo y poco amigable. Incluso podría afirmar que hay algo inquietante en su mirada, algo que roza la insania y coquetea con la malicia. Yo no podía descifrar qué era lo que su mente tramaba mientras recorríamos la nieve en silencio. Su presencia era tan fuerte como intimidante, y yo no podía dejar de sentir una atracción descomunal por el enigma que él implicaba. No sé qué clase de persona se aloja en su interior ni qué clase de moral maneja. Su andar ligero y arrogante me tenía fascinada. Todo en él exhalaba masculinidad y hombría; y yo no logro ser inmune a sus encantos.

—¿Y a qué te dedicas en Haines? —me preguntó de pronto, disipando la nebulosa de pensamientos que acechaban mi mente.

—Tengo un pequeño criadero de perros *husky* siberianos. Es un proyecto familiar que fue pasando de generación en generación. No nos hace ricos, pero es un trabajo que disfruto a mares. Tenerlos desde que nacen y brindarles un hogar de contención y cariño es fundamental para nosotros.

—Eso explica tu predilección por los canes.

—¿Qué puedo decirte? Al menos ellos no lastiman ni traicionan como lo hacen las personas. No tienen maldad, solo te exigen amor y, en lo posible, un buen plato de alimento.

Mi peculiar compañero asintió con la cabeza y continuó la marcha con una ligera mueca en los labios. Minutos más tarde, como si acabara de deliberar con su propio inconsciente, indagó:

—¿Nos hemos visto antes, alasqueña?

Me miró de soslayo sin detenerse, me atravesó con los ojos y las palabras. Aquella pregunta me resultó tan sorprendente y descabellada como quien acababa de formularla.

—Eso no es posible —afirmé, apretando el paso—. Venimos de dos mundos diferentes. Hay alrededor de siete mil kilómetros de distancia entre nuestros países.

Leonard no quedó conforme con aquella respuesta. Se detuvo de pronto y me tomó del brazo con brusquedad. Me obligó a mirarlo fijo

a los ojos mientras me escrutaba con la mirada. Quedé completamente indefensa, sin voluntad para huir o para romperle la nariz. ¿En qué demonios estaba pensando?

De repente, me encontré perdida en medio de un bosque helado, en un lugar desconocido y lejos de mi hogar. Me cuestioné quién sería aquel hombre y si su salud mental estaría debidamente equilibrada. Tuve miedo, no voy a negarlo. Toda la blancura de la nieve se tornó oscura en cuanto me hallé indefensa en manos del hombre de sobretodo negro.

—Qué curioso —manifestó luego sin despegarse de mi lado—. Apostaría a que ya nos hemos visto en alguna otra ocasión. No eres una mujer que pueda olvidarse fácil.

Todo lo que obtuvo de mi parte fue un silencio de ultratumba, puesto que me sentí incapaz de hilar una oración con sentido. Yo misma comencé a dudar sobre lo que él aseguraba. ¿Sería posible que nos hubiéramos conocido en otro tiempo y lugar?

Entonces, un sonido captó nuestra atención. Algo no andaba bien. Leonard frunció el ceño y adoptó un estado de alerta que me estremeció. Antes de que pudiera reaccionar o idear un plan de contingencia, el suelo en el que estaba parada se quebró en dos como si intentase engullirme. Habíamos estado tan absortos en nuestra extraña atracción que no nos habíamos percatado de que estábamos de pie sobre una gran placa de hielo.

Sin que pudiera evitarlo, caí en las oscuras aguas. Antes de que me sumergiera por completo, Leonard me sujetó de los brazos y me levantó en el aire. Un grito desesperado se escapó de mi alma y resquebrajó el silencio del bosque. No puedo describir lo desesperante que es sentir que la tierra te traga.

—¡Hope! ¿Estás bien? —gritó.

Me abrazó en un intento fallido por transmitirme su calor. Lo miré sin capacidad de responder. Todo mi cuerpo temblaba sin control. Podía sentir cada una de mis células trepidar con violencia, sentenciada a convertirme en un témpano. El agua helada se apoderaba de todo mí mientras intentaba aferrarme a la mirada de Leonard para no desconectarme para siempre del mundo que me rodeaba. Él era mi única esperanza de sobrevivir. Los primeros rayos del sol se tornaban confusos y mi vista comenzaba a nublarse. Solo veía halos imperfectos alrededor del hombre de sobretodo negro. A pesar de haber caído en un peculiar estado de trance, noté que él se inclinó hacia mí, me tomó de la espalda y las piernas, y me alzó en brazos. Podía sentir el fuerte impulso de cada uno de sus pasos y el latir desacompasado de su corazón. Todo en mí se congelaba, pero él

no estaba dispuesto a dejarme ir.

En un tiempo impensado, llegamos al Hotel Lansbury. Las gárgolas de la fachada se abalanzaban sobre mí como orcas en una cacería. Todo me resultó babélico e impreciso; solo recuerdo imágenes borrosas sin lógica ni conexión. Se me cerraron los ojos por completo, al borde del final, cuando sentí un calor abrasador.

Me desperté con brusquedad y ahogué un grito. Estaba en la bañera de mi habitación, sumergida en agua caliente. El grifo estaba abierto: el sonido del golpe del agua me resultó molesto y ensordecedor, por lo que me apresuré en cerrarlo y a analizar el entorno. El cuerpo comenzaba a entibiárseme y mis manos recobraban de a poco su color habitual. Las burbujas y la espuma me rodeaban con suavidad. A mi derecha, inclinado sobre mí y mirándome con preocupación estaba el hombre de sobretodo negro.

—Todo esto es mi culpa —dijo de pronto, gobernado por el remordimiento—. Si no hubiésemos regresado por el camino que yo escogí, no nos habríamos topado con el lago congelado. Además, es mi responsabilidad que el hielo se haya partido, yo tengo el doble de tu peso. Todo es fruto de mi imprudencia. Ruego que me perdones.

—Creo que me lo merecía por haber roto tu preciada camioneta. ¿Estamos a mano entonces?

Nos miramos en silencio. Todo lo que se oía era el sonido del agua que goteaba. Intenté permanecer serena, en un intento por actuar con prudencia. Entonces me pregunté quién sería realmente Leonard Hutcherson.

—Te dejaré un té caliente sobre el escritorio —agregó con arrebato y se puso de pie.

En un par de segundos, desapareció de mi vista. Permanecí con los ojos fijos en la puerta del cuarto de baño unos minutos. Más tarde, movida por el nerviosismo y el intenso vaho que me estaba asfixiando, salí del agua y me abrigué con una bata para mantenerme caliente. Sobre la mesa me esperaba la taza de té de bergamota humeante. El equipo portátil estaba apagado, lo encendí para escribirte este correo. Todo ha sucedido muy rápido. ¿Qué opinas? Aún hay más que quiero contarte, pero necesito ir a desayunar.

Espera un minuto. Acabo de escuchar un grito de la habitación de al lado. Agudo, desahuciado, funesto. No logro precisar si fue de un hombre o una mujer. Otra vez un ruido. Algo acaba de romperse, algo de cristal, un vidrio o un jarrón. Dios mío, ¿qué está pasando?

Tengo que ir a ver qué está sucediendo. Lo siento, pero algo me dice que las cosas en este hotel no son lo que parecen. Debo irme.

Hope Mellark a Ann Mellark

No puedo tranquilizarme. Necesito contarle a alguien lo que vi; no puedo llevarme este secreto a la tumba. Santo Dios, ¿en dónde me he metido? Aleja este mensaje de mamá, no quiero que se entere; nadie más que tú debe saberlo. Alguien acaba de morir, el juego de la niña italiana se hizo realidad. Alguien murió hoy en el Hotel Lansbury.

Alguien perdió la vida en la habitación de al lado, y yo creo saber quién fue el asesino. No puedes ni imaginarte lo que he visto; no me atrevo a escribirlo. Solo de algo estoy convencida: este lugar está lleno de secretos.

Segunda parte

A continuación, se exhibe el resto de la evidencia recogida desde el primer trágico episodio y el descubrimiento que cambió el curso de la investigación.

Con respecto a las declaraciones de los sospechosos y testigos, solo se han incluido aquellos fragmentos que fueron considerados de relevancia para la resolución del caso.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Muy querida hija, cuánto lamento escribirte para transmitirte noticias desagradables. Espero que sepas entenderme; esta situación me tiene muy alarmada y necesito desahogarme. Te explicaré por qué me encuentro tan turbada y comprenderás lo desdichada que soy.

Esta mañana, la cocinera estaba llegando con demora, por lo que me dispuse a preparar el desayuno con Lorianne. De pronto, oí un sonido que llamó mi atención: parecía un grito o un quejido. En principio, le resté importancia y continué con mi labor. Sin embargo, segundos más tarde, la hermana Mitzi llegó corriendo con las mejillas enrojecidas y la voz entrecortada.

—Haydock… Algo sucede con Haydock —exclamó casi sin aliento.

No comprendí cuál era el problema ni lo que estaba sucediendo, pero la alarma que el rostro de la muchacha reflejaba me resultó suficiente para salir corriendo a la habitación del tasador junto a ella. La puerta estaba abierta y entramos sin dilación. Ingresé con cuidado y entonces lo vi. Sobre la alfombra yacía el cuerpo de Alistair Haydock tendido boca abajo.

Ahogué un grito de espanto y lo llamé varias veces por su nombre, pero no obtuve respuesta. Finalmente, me incliné hacia él, lo volteé y le tomé el pulso.

—¡Está muerto! ¡Alistair Haydock está muerto! —exclamé mirando a Mitzi con espanto.

—Dios santo —murmuró la hermana mientras se persignaba.

—¿Cómo lo encontraste? —indagué sin poder comprender.

—Entré a la habitación porque aquí se alojaba la señora Lynelle, yo tengo una copia de la llave. Siempre la asisto por la mañana, la ayudo a vestirse y controlo que lleve el pastillero al desayuno. Al entrar, noté que no estaban sus pertenencias y fue entonces cuando me encontré con Haydock tendido en el suelo. Grité de espanto y corrí a buscar ayuda.

—Qué extraño. Debieron de haber cambiado de habitación luego de la cena —deduje confundida.

Intempestivamente, la señora Pendleton apareció en la puerta junto a un hombre cincuentón, alto, con un frondoso cabello lacio castaño. El traje y el paletó gris eran tan impecables y vistosos como sus ojos azules.

—¿Qué está sucediendo? Escuchamos un grito —exclamó.

—Oh, James. ¡Cuánto me alegra que hayas regresado! —le dijo Mitzi al hombre, y se fundieron en un abrazo.

—Permítanme presentarme. Mi nombre es James Pendleton. Tú debes de ser Suzanne Hinchcliffe; creo reconocerte por la foto de tu currículum —explicó y me tendió la mano.

—Así es. Es un placer conocerte.

—Yo también oí un grito, no puedo sacármelo de la cabeza —añadió Hope Mellark, que apareció por detrás de Lynelle.

—¿Alguien podría explicarme qué está sucediendo? —solicitó James, con evidente confusión ante la repentina aparición de Hope.

Mitzi relató brevemente los hechos acontecidos. La señora Pendleton quedó muy conmovida con todo el relato.

—Tranquila, madre. Todo estará bien —aseguró su hijo, y sentó a la anciana en un sillón.

—Mírenlo —nos instó Hope, señalando al difunto—. Hay una araña horrible sobre Haydock.

Efectivamente, un arácnido repulsivo y bastante grande caminaba sobre el tieso cuerpo del hombre. Luego de aplastar al insecto y de cerrar la puerta de la habitación para que nadie más pudiera oír, James resolvió:

—Escúchenme. Lamento mucho llegar a mi amada Cumbria y recibir esta abominable bienvenida. Llamaré al médico particular de mi madre para que examine a este hombre.

—Debemos avisar a la policía —opinó Hope sin la afabilidad que solía poseer.

—No, no llamaremos a la policía hasta que nuestro médico de confianza lo examine. Además, no quiero que los otros huéspedes se enteren. Aquí la gente viene a desconectarse de la rutina y a pasar una formidable estadía junto a la naturaleza. No podemos arruinar su descanso por este fallecimiento sin tener más información. Por ende, no es necesario que la policía intervenga. Al menos, no por el momento.

—Por supuesto que sí, la policía debe saberlo —insistió Hope.

—Señorita, no es necesario. El señor Haydock debió de haber muerto por un paro cardíaco como la mayoría de las personas de su edad. —James intentó tranquilizarla en vano.

—Creo que Haydock fue asesinado —aseguró Hope, y se me congeló la sangre.

—Pero ¿qué cosas estás diciendo? —la reprendió Lynelle—. ¿Cómo puedes sugerir semejante atrocidad? El señor Haydock se hospedaba aquí sin compañía. ¿Quién podría haberlo asesinado?

—Es cierto, perdónenme. No diré nada a nadie. Con permiso.

Hope se marchó de la habitación a toda prisa. Luego, la hermana Mitzi acompañó a Lynelle a su habitación para tranquilizarla, procurando que lo sucedido no le alterase los nervios ni la estabilidad de la diabetes. James, por su parte, prometió comunicarse con el doctor y me solicitó que me encargara de los quehaceres del hotel sin ningún cambio. ¿Cómo puedo actuar como si nada hubiese sucedido? Hay un cadáver en una de las habitaciones y todo lo que le importa al dueño del hotel es que guarde la compostura. ¿En dónde tiene la cabeza ese hombre? James quiere conservar la imagen del hotel, y eso es comprensible. Pero, aun así, creo que no estamos haciendo lo correcto. Querría saber qué pasó con Haydock. ¡Qué tristeza...! Era tan divertido y buenmozo. Te volveré a escribir en cuanto tenga novedades del médico. Adiós por ahora.

Hope Mellark a Ann Mellark

Ahora que estoy más calmada, puedo decirte qué es lo que sucedió. Todo comenzó cuando oí ese estremecedor grito proveniente de la habitación de al lado. Me dirigí enseguida a la que creí que era la habitación de Lynelle Pendleton. Al salir al pasillo, vi que la puerta de la habitación estaba entreabierta. Me asomé procurando no hacer el menor ruido. Alistair Haydock se hallaba en pijama parado junto a la cama, sosteniéndose del poste de pie del dosel. Parecía que estaba a punto de perder el equilibrio. Pero no estaba solo. A unos cuantos metros, junto al escritorio, estaba Leonard Hutcherson. No sé qué hacía allí, todo fue rápido y confuso. Entonces, Haydock le pidió con voz de ultratumba:

—Ayúdame... Por favor, ayúdame.

En un susurro lastimoso, Haydock dejó ir todo lo que le quedaba de vida. Pero Hutcherson no hizo nada. Tan solo lo contempló sin inmutarse, sin mover un solo centímetro del cuerpo ni alterar siquiera uno de sus nervios. Lo dejó morir con desprecio. Un segundo más tarde, Haydock perdió el dominio de sí mismo y cayó al suelo inerte.

¿Cómo pudo mantenerse indiferente? No puedo comprender cómo pudo actuar bajo tanta frialdad. Luego de que Haydock se desplomara, Leonard volvió a centrar la atención en el escritorio. No tengo idea de qué era lo que el hombre de sobretodo negro estaba haciendo en esa habitación, solo sé que dejó a alguien morir.

Espantada por lo que acababa de ver, me apresuré en regresar a mi habitación sin que Leonard lo notase. Cuando llegué a la puerta de

mi alcoba, una mano se posó sobre mí. Con la llave temblando en la mano, a punto de desmayarme, volteé.

—¿Está todo bien? Creí escuchar un grito.

Carla Webster estaba frente a mí como una figura fantasmal. Unas profundas ojeras le surcaban los bellos ojos verdes, tan opacos como una noche sin estrellas.

—Yo no oí nada —mentí con habilidad—. Debió de ser Antonietta, debe de haber hecho algún berrinche.

—Claro, es cierto. Todo está bien entonces —afirmó Carla sin poder ocultar su desilusión.

¿Acaso quería oír que algo terrible acababa de ocurrir? Decepcionada por mi respuesta, desapareció sin agregar más palabras.

Me escabullí entonces a mi habitación, cerré con llave la puerta y tomé el móvil para escribirte. Por favor, no le cuentes nada de esto a mamá; ella no necesita más disgustos. No quiero distraerme, vine hasta aquí por una buena razón y no pienso irme sin las respuestas que estoy buscando. Pero debo admitir que lo que ha sucedido esta mañana me tiene muy perturbada. Querría saber qué estaba haciendo la hermana Mitzi en la habitación de Haydock, ¿será verdad que había ido a buscar a Lynelle? ¿Por qué Leonard lo dejó morir sin prestarle ayuda? Estoy convencida de que él no es la clase de persona que se paraliza ante las dificultades. No logro entender por qué actuó de esa manera ni qué estaba buscando en el escritorio del difunto. ¿Y qué me dices de esa repugnante araña? ¿Habrá sido ella la asesina?

Tampoco puedo dejar de pensar en la reacción de James y Lynelle Pendleton; ambos me resultan demasiado herméticos, encriptados. Me pregunto qué estarán tramando. ¡No puedo creer la hora que es! Debo irme ahora, voy a encontrarme con alguien en el centro de Ambleside. Me dará información sobre lo que ya sabes. Te llamaré más tarde.

Leonard Hutcherson a Adele Grant

Alistair Haydock está muerto. Vamos por buen camino, estamos progresando. Aquí tuvimos una mañana muy vertiginosa. Cuando estaba a punto de salir hacia el pueblo, me encontré con un rastro de sangre que me llamó la atención. Me alejé de la camioneta, seguí la huella de esas pequeñas gotas que se destacaban en la nieve. Eran de color rojo rutilante, frescas, muy recientes. No había nadie más en derredor, o al menos yo no vi a nadie.

Seguí la sangre como lo habría hecho el mejor de los sabuesos,

bordeando el invernadero. Aquellas pistas me tenían encandilado; ver la sangre salpicada en la nieve me resultó tan aterrador como sugestivo. Quería saber a quién pertenecía, por qué estaba allí, qué había sucedido. Mientras estudiaba aquel peculiar rastro, venía a mi mente la imagen de Hope Mellark. Me cuesta admitirlo, pero debo hacerlo. Podría asegurar que esa mujer me había embrujado. Si es una bruja, es una muy buena, pues su disfraz de ángel inmaculado es tan verosímil. Tú no tienes de qué preocuparte, soy el antídoto viviente para cualquiera de sus hechizos; no pienso caer en sus redes.

Entonces, me percaté de que el rastro de sangre llegaba hasta el frondoso bosque de abetos que se extiende entre el hotel, el invernadero y la capilla. Estaba decidido a perderme entre aquellos inmensos árboles cuando oí unos quejidos de mujer. Aún no había discernido si continuar mi camino o guiarme por las voces, cuando reconocí que la mujer que gritaba era Lorianne Miller.

—¡Esto es terrible, terrible! ¡Alistair Haydock está muerto! —clamaba la hermosa doncella fuera de sí—. ¡Muerto!

—Por favor, Lorianne. Debes guardar la compostura. Todo estará bien, lo juro —le decía Raymond Collins para intentar tranquilizarla.

Al parecer, el señor Pendleton no logró mantener oculto el cadáver de la habitación ciento diez. Me acerqué a ellos para ponerme al tanto de las últimas novedades, haciendo a un lado la sangre rutilante, muy a mi pesar.

—Lorianne, ¿qué te está sucediendo? —dijo de pronto Suzanne Hinchcliffe, quien apareció en escena con Luciano Di Benedetti—. Oímos tus gritos desde el invernadero.

—¿Qué me está sucediendo? ¡Hay un hombre muerto en el hotel! ¿Cuándo pensaban decírmelo? Creo que todos deberían estar al tanto de la situación.

—¿Un hombre muerto? ¿Quién? —indagó Luciano.

—El señor Haydock. Un médico de confianza del señor Pendleton ha venido a examinarlo —explicó Suzanne con la mayor calma que pudo.

—¡No solo ha venido un doctor; la policía ya está aquí! —proclamó Lorianne, como si estuviera anunciando el fin del mundo.

—¿La policía? ¡Qué extraño! James nos dio expresas órdenes de que no dijéramos nada —confesó Suzanne, quien pareció arrepentirse al instante—. Lo siento. Todo este asunto me ha sacado de las casillas. Me pregunto quién habrá hecho la denuncia.

—La cocinera acaba de renunciar —continuó Lorianne mientras Collins y el turista italiano la contemplaban turbados—. Tomó sus cosas, el cachorro y se largó de aquí. Dice que no tiene edad para

andar lidiando con crímenes e investigación policial. ¡Investigación policial! ¿Qué quiso decir esa horrible mujer con eso? ¿Acaso somos sospechosos de un asesinato? ¿Qué es lo que saben de Haydock y nos están ocultando? Creo que yo también debería presentar mi renuncia.

Te resumiré el resto de la conversación para no aburrirte. Lorianne desató una crisis de nervios que mantuvo a todos consternados y comiendo de la palma de su mano. Esa mujer es la reina de la manipulación, así que no me sorprende que un hombre joven y rico como Collins esté perdidamente enamorado de ella. Pero Collins no es ningún idiota, es de esa clase de personas que aman tener el control y ser la envidia de todos. No digo que su moral sea cuestionable, solo que su vanidad es imposible de ocultar. Puede que también sea un inescrupuloso, pero aún no tengo pruebas suficientes para llegar a esa conclusión. ¿Qué estaban haciendo solos esos dos en el bosque?

Por otro lado, debo destacar la fingida sorpresa que mostró Luciano al enterarse de la muerte de Haydock; ese hombre sí que es un mal actor. Con los años que llevo a cuestas, puedo notar sin dificultades cuando alguien está simulando una reacción. Vaya sorpresa acabo de llevarme con el italiano. ¿Por qué hizo el papel de turista anonadado cuando en realidad no lo estaba? Ya sabía que Haydock había muerto, ¿cuál era la necesidad de ocultarlo? Este hotel, mi querida Adele, está plagado de mentirosos.

El italiano me parecía un hombre de perfil bajo, siempre pendiente de las travesuras de su hija y el diablillo que tiene de mascota. Una notable amargura lo obliga a vivir con el ceño fruncido y los labios deprimidos. La nostalgia habita en él y lo encierra en una mazmorra de abulia y apatía. Es evidente que, por más lejos que haya viajado desde su tierra natal, no ha podido dejar atrás la zozobra que lo atormenta. Pero hoy he visto en él una nueva faceta, la de un hombre que es capaz de mentir, aunque tenga un pésimo talento para ello. Me propongo descubrir por qué lo ha hecho.

Lorianne continuó entonces con su estridente escena y todos regresamos al hotel, más por curiosidad que por responsabilidad civil para con los uniformados. Abandoné el rastro de sangre por el momento, pero planeo ir tras aquella pista en cuanto pueda. Aún no sabemos quién de nosotros ha llamado a la policía, pero quien lo hizo procuró mantenerlo en secreto. Para terminar, te pondré al tanto de la última novedad. Estábamos llegando a la puerta del hotel cuando nos topamos con la señorita Webster. La joven estaba envuelta en un costoso abrigo negro y lucía unos enormes lentes de sol con los que intentaba ocultar su tempestuoso estado de ánimo. Acarreaba una

pequeña maleta rojo oscuro que acusaba un equipaje muy liviano.

—Disculpe, señorita. Me temo que por el momento nadie podrá abandonar el Hotel Lansbury.

La detuvo un hombre delgado, de estatura mediana y prominente calvicie. Llevaba un traje a cuadrillé gris, que por poco me hace viajar en el tiempo, y una burlona expresión en su rostro de galleta. Creo que Carla se vio tentada de ponerle la cartera como peluca.

—¿Es usted un artista del circo o qué le sucede? Yo iré a donde me plazca —le espetó la muchacha sin refinamiento alguno.

—En nombre del poder que me otorga la ley, le ruego que coopere con las fuerzas policiales. Una vez que nuestra labor haya concluido, podrá dirigirse a donde usted desee.

—¿Quién demonios es usted?

—Oficial Nicholas Harbord, señorita —respondió el policía, inclinándose hacia ella.

Harbord ha comenzado a interrogar a todas las personas del lugar, ya veremos qué podrá obtener de mí. Al parecer, Carla Webster planeaba abandonar el hotel a gran prisa, pero la oportuna intervención policíaca ha frustrado sus planes. ¿Por qué deseaba marcharse con tanta presteza? ¿De qué estará huyendo?

No me he olvidado de la sangre sobre la nieve. Uno de nosotros está sangrando; su olor me convoca como a un tiburón hambriento en altamar. Pero tú ya lo sabes, siempre estoy donde está la sangre.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Querida hija, gracias por ser tan buena y comprensiva conmigo. En momentos como este, tener con quien charlar es ciertamente invaluable. Aún no hay novedades sobre la causa de muerte de Haydock. Pero ¿sabes cuál es la última noticia? Un oficial de policía ha llegado. Su nombre es Nicholas Harbord. Es un hombre de unos sesenta años. Tiene una importante calvicie, aunque no total, y una barba completa de tonalidad pelirroja. Es de escasa estatura, aunque muy enérgico, y posee varios tics nerviosos que lo caracterizan. Luce un traje gris y lleva las manos en los bolsillos como si todo le importara un bledo. En suma, es un hombrecillo exasperante e inquieto, que te observa con ojos de lechuza y te analiza con soberbia, sin empatía, como un psiquiatra sin vocación.

En primer lugar, debo decirte que aquí los ánimos están bien alterados. Noté a Luciano y a Hope sumamente abstraídos, preocupados, casi asustados. Entiendo que no es grato que muera

alguien cuando estás vacacionando. Sin embargo, ambos tienen un aura demasiado sombría y perturbada. Está claro que algo los altera, algo los persigue sin tregua.

Los Pendleton, por su parte, han hecho lo imposible para que los huéspedes se sientan lo más a gusto posible en su preciado hotel. Han comprado delicias para el té en las mejores confiterías, habilitaron el *jacuzzi* en horario nocturno e incluso están regalando boletos para las excursiones más caras. La hermana Mitzi reparte el tiempo entre la capilla y la señora Lynelle, siempre se encuentra aferrada a su vocación de servicio y su compromiso con la comunidad. Leonard Hutcherson se mantuvo inalterable, tal vez tenga nervios de acero o la muerte no lo espante. Lorianne está desequilibrada, quizás es demasiado joven para lidiar con estos desventurados sucesos, y Collins no para de hacerle atenciones; jamás conocí a un enamorado tan solícito como él. Es maravilloso saber que el amor aún tiene esperanza en este mundo corrupto y plagado de traición. Y Carla Webster, quien se vio forzada a permanecer en el hotel contra su voluntad, se ha mantenido tan distante y lúgubre como el primer día en que la vi. Fíjate lo que ha sucedido hoy, luego del almuerzo: la señora Pendleton había olvidado el pastillero, por lo que la acompañé a la habitación para recogerlo. Cuando estábamos caminando por el corredor de la planta alta, apareció el regordete *bulldog* de Antonietta con un peculiar objeto en su boca. Lorianne estaba limpiando la habitación de Luciano y el perrito estaba en la puerta.

—Suzanne, ¿qué es eso que brilla entre los dientes de ese animal? —me preguntó Lynelle mirando a Scully con curiosidad a través de sus gruesos lentes.

El mofletudo nos miró divertido, zarandeando su grueso cuerpo con sincera alegría. Lo que estaba bañando con baba no era precisamente un juguete. Lynelle comenzó a palpar con desesperación las solapas de su saco en el preciso instante en que distinguió cuál era el objeto con el que el perro estaba jugando.

—¡Mi prendedor! ¡Mi querido prendedor! ¡Va a destruirlo! —clamó la mujer con aspaviento.

Por los gritos, Lorianne salió de la habitación con la aspiradora en la mano y la hermana Mitzi, Luciano y Antonietta subieron desde la recepción. En cuanto la niña vio la travesura que su mascota estaba haciendo, corrió a quitarle el prendedor antes de que el estómago se le llenase de piedras preciosas.

—¡Esa criatura infernal no debería estar en este hotel! —exclamó furiosa Doña Rezongos—. ¿Cómo llegó mi prendedor a esa bestia?

—Le ruego nos disculpe, señora Pendleton. No volverá a suceder.

Luciano le devolvió la joya a su dueña. Antonietta, con Scully en brazos, se escondió tras su padre.

—Pero ¿qué hacía mi prendedor en su habitación? —Lynelle nos observó a todos con desprecio, escrutando nuestras almas—. Oh, ya veo. Ahora comprendo.

—¿De qué hablas? —inquirió Mitzi sin comprender.

—¿Acaso no lo ves? Esta mujerzuela lo ha robado —afirmó con enfado, señalando a Lorianne Miller—. Con todo lo que ha sucedido esta mañana, no noté que me faltaba el prendedor.

—¿Cómo se atreve a acusarme de ladrona? —La indignación se pintó en el bello rostro de Lorianne—. Jamás he tomado algo que no me perteneciera. Además, ese perro no es mío. No entiendo por qué me acusa con tanta ligereza.

—¿Quién más pudo haberlo robado? ¿También mataste a Haydock para quitarle dinero? Creo que aquí tenemos a la viuda negra en persona.

Ante semejante declaración, todos nos sumimos en un silencio impregnado de perplejidad. ¿Quién se cree que es esa mujer para andar catalogando a las personas con estoica frialdad?

—Lynelle, por amor de Dios —la reprendió Mitzi, horrorizada con lo que acababa de oír—. Debes calmarte de inmediato.

—Señora Pendleton, no voy a tolerar tal denigración —consiguió responder Lorianne con voz quebrada.

—Por favor, les ruego a todos que se calmen —intervine con intención de poner paños fríos—. Hoy es un día muy difícil y maltratarnos no mejorará la situación. La violencia nunca es la solución, siempre es un gesto de debilidad.

—Olvidé a Scully en la habitación. Es que estaba muy dormido y no quise despertarlo. —Se oyó la dulce y tímida vocecita de Antonietta.

—En mi defensa, deseo aclarar que yo solo estaba limpiando la habitación del señor Di Benedetti, de donde el perro tomó la joya. Por lo tanto, creo que es evidente que yo no soy la ladrona, sino el dueño del animal —arremetió Lorianne.

—Eso es absurdo, ni siquiera estaba enterado de que Scully tenía el prendedor —replicó Luciano enfurecido.

—Eres una mentirosa —agregó Lynelle—. La joya debió de haberse caído de tus bolsillos mientras limpiabas y ahora le echas la culpa al señor Di Benedetti.

—Papi, ¿qué sucede? —La niña tenía las mejillas coloradas y los ojos inundados de lágrimas.

—Nada, cariño. Tan solo es un pequeño malentendido de adultos.

—¿Esto es culpa de Scully?

—Claro que no. Él encontró el prendedor. Fue un excelente guardián.

—Ese perro siempre está causando problemas. ¡Eres una chiquilla revoltosa y tú, una vulgar ladrona! Es más, apostaría a que tú, Suzanne, te complotaste con ella para robarme.

Juro que tuve ganas de arrojar a Lynelle por las escaleras.

—Les ruego que disculpen a la señora Pendleton. Hoy los nervios le están jugando una mala pasada —aseveró Mitzi, arrastrando a Lynelle hacia su habitación sin poder ocultar la vergüenza.

—Tú lo has robado —le espetó Luciano a Lorianne.

—Estaba en *tu* habitación —le respondió la acusada.

—Por favor, ¡ya es suficiente! —exclamé al fin, para callarlos a todos—. El prendedor ha regresado a su dueña. Como dijo el señor Di Benedetti, solo ha sido un malentendido.

Por ventura, la discusión finalizó y cada uno tomó un rumbo diferente. La hermana Mitzi se llevó a Lynelle antes de que continuara diciendo más barbaridades; Lorianne se esfumó ofendida y Luciano se llevó a cuestas a la pequeña Antonietta y su arrugada mascota. ¡No puedo entender a estas personas! Un hombre ha muerto y todo lo que hacen es discutir por un estúpido prendedor. Que vale una fortuna, lo sé, pero prendedor al fin.

No sé qué fue lo que pudo haber sucedido realmente. Es obvio que Luciano no lo robó y, si Lorianne fuera tan adepta al culto del dinero, ya se habría casado con uno de sus tantos pretendientes millonarios. Ella no tiene necesidad de andar robando cuando podría ser más rica que todos los Pendleton juntos. Tal vez el perro encontró la joya tirada en algún rincón del hotel y la llevó hasta la habitación. ¿Por qué las personas siempre tienen que pensar lo peor?

Lynelle está muy desequilibrada, no puede andar por la vida tratando a las personas como objetos desechables y sin sentimientos. Pobre Antonietta; me apena que haya presenciado esta disputa. Iré a buscar a Lorianne, espero que no esté llorando como Cenicienta. Mitzi parece ser una de las pocas personas cuerdas y sensatas de este lugar. Me temo, hija, que un negro crespón se está expandiendo sobre Ambleside. Y no lo digo tan solo como una metáfora; se ha emitido una alerta meteorológica por fuertes lluvias y nevadas.

Un homicidio, un robo, una tempestad… ¿Qué más puede suceder en este hotel?

Declaración de Lynelle Pendleton al oficial Harbord

—Señora Pendleton, según los reportes de la recepción del hotel que la señora Hinchcliffe nos suministró, Alistair Haydock estaba hospedado en la habitación ciento once. Sin embargo, el hombre fue hallado en la habitación ciento diez. ¿Podría explicar por qué?

—Por supuesto, oficial. Le contaré lo que sucedió. No recuerdo la hora con exactitud, pero podría afirmar que eran entre las once y las doce de la noche. Desafortunadamente, yo no lograba conciliar el sueño, puesto que estaba siendo víctima de unos dolores de cabeza tremebundos. Entonces, me percaté de que mi humidificador no estaba funcionando porque no se había renovado la carga de agua.

»Debo informarle, detective, que tengo una salud muy frágil y requiero de ciertos cuidados diarios que no pueden tomarse a la ligera. El humidificador me ayuda a paliar mis alergias, mis ataques de tos, a mejorar mi piel seca y, por supuesto, los dolores de cabeza; de hecho, los he mandado a poner en varias habitaciones. Por ende, salí de mi habitación a fin de cargar el pequeño aparato con agua en la cocina.

»En cuanto salí, me topé con Alistair Haydock. Se veía contrariado. Su actitud llamó muchísimo mi atención; durante la cena lo encontré muy afable y de un exquisito buen humor, por lo que no comprendía su repentino cambio. Me interesé de inmediato por sus necesidades y quise saber qué andaba mal. Para mi sorpresa, el enfado del señor Haydock era con mi hotel. ¡Qué decepcionante!

—¿Cuál fue el problema? —indagó el oficial.

—Me avergüenza decirlo, pero mi responsabilidad con mi patria y la justicia son más fuertes que mis emociones. La piedra del escándalo fue una incesante gotera que había en su habitación. Pero lo peor de todo era que estaba justo encima de la cama, por lo que el colchón de nuestro huésped se estaba mojando. Imagínese el sentimiento de desazón que me invadió. ¡Mi querido hotel estaba sufriendo un bochorno inigualable! Todo esto es culpa de esa mujer que mi hijo ha contratado —proclamó la señora Pendleton airada—. Ella es la responsable de todo.

—¿A quién se refiere, señora?

—A Suzanne Hinchcliffe. Esa mujer incompetente y desabrida ha dejado que este lugar se convierta en el hazmerreír de los hoteles.

—¿Por qué lo dice?

—Tengo demasiadas razones, detective. Podría escribir una larga lista de todas sus falencias. Ella ha contratado a esa sirvienta de apellido Miller que ha transformado este sitio en un sucio burdel. Es evidente que no sabe cómo se barre un piso ni cómo se tiende una

cama. Ya veo que con su forma estrafalaria de vestirse solo podremos aspirar a tener huéspedes masculinos. Usted me interpreta, oficial. Creo que no es necesario que sea más clara. Además, esa mujerzuela es una vulgar ladrona, solo Dios sabe qué ilícitos arreglos habrá hecho con Suzanne.

—Señora Pendleton, le ruego que sea más ordenada en su declaración. Por favor, explíqueme en primer lugar qué sucedió con Haydock luego de que usted vio la gotera.

* * *

Aquí se omite una breve pausa en la que la señora Lynelle Pendleton sufre una pequeña crisis de ansiedad, alegando que su salud es débil, que sufre por sus nervios y que no está acostumbrada a que la policía invada su hotel. El detective logra tranquilizarla y la mujer continúa el relato.

* * *

—Al ver la gotera, mi indignación fue total. Pensé en despertar a la hermana Mitzi para solicitarle ayuda, pero ya era muy tarde y no quería ser descortés con ella, por lo que decidí resolver el asunto por mis propios medios. Después de todo, yo soy la dueña. Le propuse a Haydock cambiar de habitación por esa noche. Él no estaba de acuerdo, pero, luego de mucho insistir, logré convencerlo. Cada uno tomó sus pertenencias y así hicimos el intercambio.

—Por lo tanto, solamente usted sabía que Haydock dormiría en la habitación ciento diez y no en la ciento once.

—En realidad, no. Creo que hay otra persona que estaba al tanto. —La señora se ruborizó, bajó la cabeza y comenzó a jugar con el lazo de su cárdigan—. No sé si hago bien en decirlo, pero, evaluando las circunstancias, creo que lo mejor será que lo diga.

—Permítame tranquilizarla, puedo asegurarle que todo lo que usted exprese es de carácter confidencial.

—De acuerdo. —Luego de una breve pausa, la señora declaró—: Después de haber cambiado de habitación, noté que mi cefalea no mermaba. Entonces me percaté de que, por el asunto de la gotera,

había olvidado bajar a la cocina para cargar mi humidificador. Eran más de las doce de la noche, recuerdo haber revisado la hora en mi móvil. Puesto que no quería despertar a nadie con mis idas y venidas, abrí despacio la puerta, apenas unos centímetros, cuando vislumbré una escena que me dejó helada. Cerré la puerta y decidí no volver a salir. Vi a Haydock y Carla Webster envueltos en una situación lujuriosa. Le ruego que no me obligue a ser más gráfica; soy una persona recatada. Ellos se besaron con una pasión desbordante propia de las telenovelas y luego ingresaron a la habitación de él sin despegarse ni por un segundo.

—Le agradezco mucho su tiempo y sus palabras. Eso es todo por el momento.

—Aguarde, señor Harbord. Insisto en que debe investigar a Suzanne Hinchcliffe y a Lorianne Miller. Ellas robaron mi preciado prendedor. Es una invaluable joya de zafiros y turmalinas que ha pertenecido a varias generaciones de Pendleton. Estoy convencida de que esas dos mujeres tramaron hurtarlo desde que lo vieron. Por fortuna, el prendedor ha regresado a mi poder. Usted ya está al tanto de lo sucedido –he mandado a la hermana Mitzi a que se lo informara–, pero es mi deber apuntar los ojos de la ley hacia el centro de la tormenta.

—Muchas gracias por su colaboración, señora Pendleton. Tendré en cuenta sus sugerencias.

* * *

Una vez concluida la indagación, el señor Harbord abandonó la biblioteca y la señora Pendleton mandó a llamar a la hermana Mitzi. Así concluye el primer interrogatorio.

Declaración de James Pendleton al oficial Harbord

—Señor Pendleton, le agradezco que dedique unos minutos de su tiempo para esta conversación. Tan solo quiero hacerle un par de preguntas —comenzó el oficial, utilizando nuevamente la biblioteca como sala de interrogatorios—. ¿A qué hora llegó usted al hotel?

—En primer lugar, deseo aclarar que mis empleados y yo estamos dispuestos a responder todas sus inquietudes en pos de la verdad. Lo

que ha sucedido impregna mi apellido con una odiosa mancha que será difícil de borrar. Seguramente usted ya lo sepa, estoy comprometido con mi carrera política y no querría que un escándalo que nada tiene que ver conmigo estropee mi reputación.

—Lo comprendo perfectamente. Le repito la pregunta: ¿A qué hora llegó al hotel?

Tras unos segundos de pausa, el hombre respondió.

—Llegué a las diez de la mañana, lo recuerdo con precisión puesto que el olor a pan recién horneado podía sentirse desde la recepción. Todo estaba listo para el desayuno. Estuve un rato en mi habitación, la doscientos diecinueve, y luego me dirigí al salón comedor. Me encontré con mi madre en la planta baja, crucé unas pocas palabras con ella y fue entonces cuando oímos ese grito que nos estremeció.

—¿A qué hora fue eso?

—Debían de ser cerca de las once. No estoy seguro.

—Cuando interrogué a Suzanne Hinchcliffe, ella me comentó que el hotel se cierra a las doce de la noche. Esto incluye la puerta principal, las entradas traseras, las rejas que circundan la propiedad y todo aquello que aísla al hotel del exterior.

—Sí, es cierto. Es una medida de seguridad básica a la que se adhieren la mayoría de los establecimientos de la zona. Si bien South Lakeland es un distrito no metropolitano que goza de un envidiable sosiego, debemos tomar medidas precautorias. Suzanne, por ser la encargada, se ocupa de cerrar los accesos, que se vuelven a abrir a las siete de la mañana.

—Muy bien, señor Pendleton, no tengo más preguntas por el momento —afirmó el oficial, se puso de pie y se abotonó el saco.

—Le ruego que disculpe mi impertinencia, Harbord, pero tengo que admitir que este suceso me tiene muy alarmado. Deseo que esto se resuelva con la mayor presteza y cautela posible.

—Es curioso que lo urja que arribemos a una resolución, porque, si no me han informado mal, quien aconsejó no hacer la denuncia de manera inmediata fue usted. ¿A qué se debió?

—Yo soy el responsable de todo lo que aquí sucede, ¿sabe cómo podrían reaccionar los medios si se enterasen de que hay un cadáver en mi hotel? Mi carrera política podría verse seriamente afectada. Sé que debimos hacer la denuncia al instante y me disculpo por la omisión, pero en verdad lo que pasó me dejó anonadado. Supongo que la denuncia fue anónima, pero ustedes deberían de tener medios para saber quién hizo la llamada. Eso podía ayudar a esclarecer el caso. ¿Quién fue? —El dueño del hotel se notaba muy interesado en conocer

más detalles sobre el informante.

—Lo lamento mucho, señor Pendleton, pero no puedo brindarle esa clase de información. Con su permiso.

El oficial Harbord abandonó la biblioteca y el señor Pendleton permaneció sentado en el sillón, sumido en sus propios cuestionamientos.

Hope Mellark a Ann Mellark

Hola de nuevo, hermana. Tengo que decir que lo que comenzó siendo el viaje de mis sueños acabó convirtiéndose en una historia de terror. En el Hotel Lansbury, la situación está lejos de mejorar, muy lejos. La policía nos ha interrogado a todos; al parecer, de la noche a la mañana nos hemos ganado el título de sospechosos de homicidio. Nadie nos ha dicho una palabra sobre lo que sucedió en verdad con Alistair Haydock. Como te imaginarás, las conjeturas abundan. Hay quienes creen que murió por la picadura de la araña encontrada en la escena; otros apuntan a un crimen pasional, y yo, en secreto, estoy convencida de que fue el hombre de sobretodo negro. Por supuesto que se lo informé a la policía. Ese sujeto no es de fiar. Hay otra cosa que quiero contarte, algo que sucedió esta noche. Antes de cenar, me encontraba en la sala leyendo un libro de Tolkien. Antonietta estaba viendo la película *Minions* y Lynelle estaba jugando un solitario. Cuando iba llegando al final del capítulo, el hombre de sobretodo negro apareció en el lugar, nos inundó con su dulce perfume y se sentó con su *laptop* a la mesa de roble en la que estaba Lynelle. Alegó no tener buena señal de internet en su habitación y la dueña del hotel se lo atribuyó al mal clima.

Me miraba de soslayo, y yo también lo hacía. Él estaba oyendo la canción *Last Christmas*, de Wham! Pero qué lejos estamos hoy de la bonanza de aquellos días. Entonces, Luciano se presentó un tanto exaltado, se acercó a mí y me pidió que le hiciera un favor.

—Estoy por recibir una llamada importante de mi abogado. ¿Hay alguna posibilidad de que acompañes a Antonietta a dar un paseo? Le prometí que la llevaría a conocer la capilla y las ruinas, pero no puedo ausentarme en este momento. Sé que tú sueles salir a caminar por el predio, tal vez puedas suplirme. Sería una breve y simple caminata, a mi hija la actividad aeróbica le ayuda a dormir mejor.

Acepté de inmediato, pues resultaba la excusa perfecta para estar lejos de Hutcherson. Sé que él y Lynelle escucharon lo que el italiano me dijo, ¡vaya par de entrometidos! Al salir, noté que el clima estaba

cambiando. El cielo se había teñido de un gris ceniza que anunciaba que los días soleados habían llegado a su fin. Sin embargo, envuelta en mi abrigo y con la indeleble sonrisa entusiasta de Antonietta, me convencí de que tomar aire fresco me sentaría muy bien.

Los primeros días de este viaje fueron maravillosos; conocí lugares de ensueño y me dejé abrazar por atractivos turísticos dignos de postales. Por un momento, hice a un lado los malos recuerdos y me sentí fuerte y vital como hacía mucho no me sentía. Pero debo admitir que lo que sucedió hoy hizo tambalear mi paz. Además, me siento en verdad perturbada por el tipo de sobretodo negro. No logro descifrar qué clase de persona es o qué esconde de los demás, y tampoco puedo arrancarlo de mis pensamientos. Me intriga, me cautiva, me atrapa.

Caminamos a través del lóbrego bosque mientras oíamos el lejano sonido de las ardillas. Antonietta estaba fascinada con nuestra pequeña aventura, nombraba todo lo que veía y recolectaba hojas secas o piñas para llevarle a su padre. Una suave brisa se colaba entre las ramas de los árboles para hacerles cosquillas. Yo disfrutaba inhalar el aroma de los abetos, contemplar esa imponente altura y tocar los troncos blancuzcos. Ellos nos aportaban una inigualable muralla que nos protegía del inclemente viento. El contacto con la naturaleza me regaló cierto sosiego. Así, entre la majestuosa arboleda, la inacabable blancura que pintaba la nieve a nuestro alrededor y la inocencia de Antonietta, nos dejamos engullir por el bosque. Pese a su encanto, algo en mi interior me alertaba de que aquella paz que vivíamos no era más que un mero espejismo.

“Este lugar está embrujado”, me dije a mí misma.

Me topé entonces con un sector que jamás había visto. Se trataba de un bosque de árboles quemados, secos. Me quedé paralizada, sin poder apartar los ojos de aquellas inertes plantas; el frío se adueñó de mí. El paisaje se había teñido de negro, de olor a muerte. Me había quedado pasmada ante el espanto que generaban aquellos árboles devorados por el fuego. Y entonces, me vino a la mente la voz de papá: “No quiero morir, no quiero morir”, me decía entre lágrimas cuando le diagnosticaron una enfermedad terminal. En ese momento, la desesperación se adueñó de mí. No podía salvarlo; mis posibilidades eran nulas y la muerte, que se acercaba a nosotros cual buitre, se reía de mi dolor y mi debilidad. “No quiero morir, no quiero morir”, volví a escuchar en mi cabeza mientras aquella terrorífica necrópolis me devoraba.

De repente, un par de robustos tejones pasaron corriendo tras de mí y me sacaron del recuerdo. Con nerviosismo, analicé los alrededores como si estuviera inmersa en terreno enemigo. A mis

espaldas estaban los árboles inertes, que resaltaban entre la blanca nieve. A mi izquierda, los tejones se deslizaban con presteza, buscando lombrices con su largo y móvil hocico. El pelaje grisáceo y la cabeza blanca, con dos franjas negras que abarcaban los ojos, hicieron que los reconociera sin dificultades. Luego, se escabulleron y un sonido me hizo voltear hacia la derecha. Me pareció distinguir una silueta humana entre los árboles, pero no pude distinguir a nadie. Quizás me estaba sugestionando, tal vez el pasado me perturbaba con malicia y yo lo dejaba entrar en mi mente sin oponer resistencia. Entonces, horrorizada, me di cuenta de que la niña no estaba conmigo.

—¡Antonietta! —grité, con un nudo en la garganta que no me dejaba tragar.

Una persona acababa de ser asesinada, y yo, que tan solo debía cuidar a una niña, no era capaz de cumplir con mi labor. La desesperación me asfixió. Temí que algo malo estuviera sucediendo. ¿Cómo pude haber sido tan idiota? La llamé una y otra vez con insistencia sin obtener ninguna respuesta. Tenía una presión indecible en el pecho; la culpa y el miedo me sofocaban. El lugar ya no era lo que creía, no era el hotel paradisíaco que me habían vendido en los portales de turismo. No, un negro crespón mora en el lugar.

Otro sonido llegó hasta mis oídos. Parecían pisadas; podía sentir los pies de una persona arrastrarse sobre el colchón de nieve. Pero no había nadie, ni Antonietta, ni tejones, ni nada más que mi sombra. Apreté el paso y me convencí de que todo iría bien. “Aquí no hay asesinos –me dije–. Haydock debió de haber muerto de un infarto”. Pero en mi interior no creía en esa hipótesis; el Hotel Lansbury rebasaba de mentiras.

—¡Antonietta, no estoy jugando! ¿Dónde estás? —La niña no respondía.

Minutos más tarde, temblando por los nervios y el gélido abrazo del invierno, me topé con la capilla María Reina de la Paz.

Rodeé el sitio en busca de la niña. Oí un grito agudo que me hizo estremecer hasta la médula; era Antonietta, no había duda alguna.

Desesperada, corrí hasta la parte trasera de la capilla. Estaba tan exaltada que habría podido correr por todo el terreno hasta encontrarla. Incontables gotas de sangre manchaban la nieve. Contemplé aquel repugnante rastro y lo seguí sin pensarlo.

Continué dando pasos trémulos hasta adentrarme en el cementerio. Cientos de lápidas me observaban al tiempo que llamaba a la niña con viva voz. Pero los difuntos no eran los únicos que contemplaban mis movimientos. Impulsada por una fuerza interior, volteé y, con toda seguridad, vi una silueta humana que se escondía

de mí detrás de la capilla. El corazón se me contrajo. Estaba perdida en medio de lápidas que me impregnaban su lobreguez y sentía que la tierra estaba a punto de abrirse para devorarme.

Sin darme cuenta, continué adentrándome en el cementerio, que se había convertido en un siniestro laberinto. El viento gélido me hacía tiritar y la sensación de no tener el control me llenaba de angustia. Creí percibir movimiento en los arbustos, e incluso un susurro ininteligible. Entonces, caí en la cuenta de que el rastro de sangre terminaba sobre una tumba que estaba coronada por una inmensa cruz redondeada. Impactada, me incliné sobre la sepultura. Entre el moho y las hierbas silvestres, no pude leer el nombre del fallecido. Pero eso no fue lo más llamativo. Había un muñeco de forma humana construido con piñas de pinos, un muñeco abominable que colgaba de la lápida. Alguien se había tomado el tiempo de armarlo; tenía un tronco, una cabeza ladeada, dos brazos y dos piernas. Y como si eso fuera poco, una enorme cantidad de sangre bañaba el tétrico muñeco y la tumba. Sangre, mucha sangre por todos lados. Me alejé espantada.

De pronto, alguien me tocó la espalda y ahogué un grito de pavor.

—Cielo santo, Antonietta. ¿Dónde te habías metido?

—Creí que estabas caminando junto a mí. Lo siento —me dijo con ternura, haciendo que el enojo se me esfumara en un instante—. Me pinché un dedo buscando flores para papá.

—¿Te hiciste daño?

—No, solo es una astilla.

A pesar de haber recuperado a la niña, no podía calmar los latidos de mi corazón. Una súbita ráfaga de viento me empujó hacia atrás. Llevé los ojos al cielo y comprobé que estaba anocheciendo.

—Es tarde. Debemos volver al hotel ya mismo.

Nos tomamos de la mano y, luego de corroborar que ninguna estaba lastimada, nos dirigimos al oeste para bordear el invernadero y no volver a entrar en el bosque. Había oscurecido y alguien me estaba siguiendo. No podía sacarme al muñeco de la cabeza, ¿lo habría visto Mitzi? Esa sangre no pudo aparecer por arte de magia, debía pertenecer a alguien. Caminé tan rápido como pude, pero Antonietta se dispersaba con cualquier planta, ardilla o lo que fuera. Hacía tiempo que no me sentía tan asustada. A mi alrededor todo era oscuridad y preguntas.

—No creo que sea un buen horario para salir a pasear —me dijo de pronto una gruesa voz masculina, cuando alcanzamos el invernadero.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡Casi me matas de un infarto! —increpé al hombre de sobretodo negro, desencajada.

—Tranquila, *milady*. Debo recordarte que la niña que está correteando por allí no debería oír tus groserías —me respondió burlón, riéndose de mi ofuscación.

—Me estabas siguiendo, ¿verdad? ¿Por qué no te metes en tus asuntos? —gruñí furiosa sin detenerme ni por un segundo.

—Lamento ser yo quien te lo diga, pero no eres el centro del universo. Espero no decepcionarte: no estoy pendiente de tu agenda.

Definitivamente, Leonard Hutcherson me estaba mintiendo. Estoy convencida de que él me estuvo observando desde que salí del hotel. ¿Por qué me siguió? ¿Será un pervertido? Intenté replicar sin apartar los ojos de Antonietta, quien iba saltando por el camino con los bolsillos repletos de flores y vegetación caduca. Tenía demasiado frío; me rechinaban los dientes. La temperatura debía de haber pasado los cero grados centígrados.

—Toma. —Me colocó el sobretodo en la espalda—. Si te congelaras, no podrías gruñirme, y entonces ya no podría burlarme de ti, y la diversión estaría arruinada.

—Sabes que con esto estoy barriendo la nieve, ¿no? —objeté, debido a que él era considerablemente más alto que yo y que el abrigo se arrastraba por detrás.

—Descuida. Es solo una prenda de ropa.

—Estabas mintiendo —arremetí, inspirando el aroma que emanaba el abrigo—. Eres un mentiroso.

—Si fuera tú, no usaría precisamente esa palabra.

—¿Cuál palabra? —indagué sin entenderlo.

—“Mentiroso”. Pero, claro, el ladrón juzga por su condición.

—¿Estás sugiriendo que yo he faltado a la verdad? —Mi tono de voz se elevaba conforme lo hacía mi exasperación.

—No lo sugiero, lo afirmo —declaró con indolencia.

—Esto es el colmo.

—¿Por qué la ira, Hope? Si es que ese es tu nombre verdadero.

—Ya basta. Dime a qué clase de juego estás jugando —le solicité con arrobo, me detuve y clavé mis ojos en los suyos.

—Yo no estoy jugando a nada, solo me limito a la verdad.

—Hablaré con la policía para que te mantengan alejado de mí.

—¡Oh, nuestros amigos uniformados! ¿A ellos también les mentiste diciéndoles que eres alasqueña? ¿O a ellos sí les dijiste que vienes de Torquay?

No voy a negar que sus palabras me dejaron noqueada. Me perdí en la complejidad de sus ojos oscuros, de esos laberintos de centauros

que tanto me intimidaban. Me sentí indefensa, confusa, inquieta. ¿Qué tanta información podía tener Leonard sobre mí? Intenté mostrarme imperturbable, pero por dentro sentía un torbellino de sensaciones que ponía mi mundo de cabeza.

—Tú no sabes nada de mí —sentencié, con los brazos en jarra y la mirada altiva.

—No lo sé todo, pero al menos he descubierto tus engaños. Anoche, cuando hablabas con Mitzi, le dijiste que tu criadero de siberianos se llamaba Kevinliot. Me pareció un nombre muy poco común, por lo que no pude olvidarlo. Mi sorpresa fue enorme al no encontrar ningún dato suyo en la web. Y, luego, moviendo un par de fichas, descubrí que la única Hope Mellark que existe nació en la costa de Inglaterra. Entonces, ¿por qué ocultar tu verdadera nacionalidad?

Quise protestar, quise demostrarle a ese fastidioso sujeto que estaba equivocado; pero no pude, me intimidaba con su imponente presencia.

—Es en vano que pretendas negarlo. No se lo has dicho a los policías, es obvio. Me pregunto cómo reaccionarán cuando descubran que les has estado mintiendo. Y, todo esto, en el contexto de un crimen.

Me miró desafiante, acercó el rostro al mío mientras una mueca se le dibujaba en los labios. ¡Me detesté a mí misma por no haber replicado! ¿Quién era él para acorralarme? Debí de haberlo puesto en su lugar y no permitirle que ponga en jaque mis planes.

—Ey, Antonietta —dijo de pronto, apartándose de mí—. Hagamos una carrera hasta el hotel. ¡El último en llegar cenará el alimento de Scully!

Y como si no estuviésemos en medio de una interesante plática, Leonard me abandonó para ponerse a jugar como un niño. ¿Entiendes lo irritante que fue para mí? ¿Cómo se supone que debo procesar lo sucedido? Él me dejó a tientas, naufragando en el profundo abismo de sus secretos.

Me pregunto cuáles de mis pecados conocerá. ¿Por qué me estuvo investigando?

Ahora solo puedo pensar en el muñeco hecho con piñas, en la sangre que lo bañaba y en Leonard. ¿Tendrán algún vínculo el hombre de sobretodo negro y el muñeco? No pararé hasta descubrirlo.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Aquí estoy de nuevo, hija. Espero que el clima en Birmingham

sea más ameno que el nuestro. El cielo ha estado invadido por horrendos nubarrones negros durante todo el día. El anochecer llegó con apremio; nos dio la sensación de que la oscuridad se apoderaba de todos nosotros y que arrastraba consigo al apocalipsis.

No recuerdo si te conté, pero nuestra cocinera nos abandonó en cuanto se enteró de que había ocurrido un homicidio. Por tal motivo, me vi obligada a encargarme de la cena con Lorianne. No fue sencillo preparar comida para tantas personas. Hicimos papas rellenas al horno, una opción sencilla, saciante y deliciosa; algunas las rellenamos con atún y mayonesa; y otras, con carne, alubias y queso. ¡Quedaron crujientes por fuera y suaves y tiernas por dentro! Sin embargo, nuestras papas no fueron lo más importante de la cena.

Todos los comensales estaban sentados a la mesa; Lorianne y yo estábamos retirando los platos para servir el postre. La muchacha iba y venía con su largo cabello rubio acaparando la atención de Raymond Collins, quien no sabía qué más hacer para conquistarla. Entretanto, Lynelle no dejaba de quejarse de que James le ponía demasiada sal especiada a la comida y de que Scully babeaba el costoso mobiliario.

—Ese perro enorme está ensuciando todo el sitio con sus pelos y su baba.

Ella protestaba; su hijo la callaba.

—Para nosotros es de suma importancia que nuestros huéspedes se sientan como en casa. Jamás podríamos negarnos a que la pequeña Antonietta goce de la grata compañía de su amigo canino.

Por más palabras bonitas que James Pendleton diga, no se puede ocultar lo odiosa y desubicada que su madre es. Él está luchando contra viento y marea por los huéspedes de su hotel, pero Lynelle, en cambio, solo condimenta nuestra existencia con disgustos y desfachateces. La desubicación de esa mujer nos arruinará a todos. Pero volvamos a lo nuestro.

Cuando Lorianne se acercó a Collins para retirar unas jarras vacías, él la detuvo, le tomó la mano derecha y le dijo:

—Espera. No huyas. Hay algo que debo decirte, aquí, frente a todas estas personas como testigos.

Boquiabiertos, nos convertirnos en estatuas para contemplar a la joven y bella pareja. Los ojos de Collins –impolutos, protegidos por el irrompible hechizo de Cupido– tenían el brillo y la esperanza de una aurora boreal. Lorianne, envuelta en la duda y el temor, se dejó atrapar por el candor del joven. Podría asegurar que esa jovencita jamás había conocido el amor. Poniéndose de pie y acaparando la atención de todos, Collins declaró:

—Nos conocimos hace un año en un hotel de Irlanda. Tú estabas radiante, trabajando en un establecimiento de lujo mientras conocías un país maravilloso. Yo, en cambio, permanecía atrapado en un tedioso asunto de negocios. Sin embargo, jamás creí que ese aburrido viaje fuese a cambiar mi vida por completo. Supe que eras el amor de mi vida el primer día en que te vi. Yo estaba a punto de salir a una junta cuando caí en la cuenta de que había olvidado el teléfono en la habitación. Al regresar por él, me encontré con la musa más preciosa de todo el universo.

—Casi me matas de un susto cuando entraste como un tornado a tu habitación —comentó Lorianne con una brillante sonrisa dibujada en el rostro.

—Y así comenzamos a charlar. Me recomendaste un par de restaurantes y algunos sitios icónicos que no podía dejar de conocer.

—Y también te sugerí que llevaras un paraguas. Se anunciaba lluvia y tú no ibas vestido acorde con el clima.

—Un juego de miradas, conversaciones en los pasillos, invitaciones que rechazaste y, de pronto, ya estaba total y completamente enamorado de ti. —Collins tomó las manos de la muchacha cual tesoro y las aproximó a su pecho—. Desde entonces te he seguido a dondequiera que fueras. Desde Irlanda a Londres y de Londres hasta aquí. Y solo puedo asegurarte que seguiré tus pasos hasta el fin de mis días. Porque tú le has dado un propósito a mi existencia, me motivas a levantarme cada día para ganarme esa sonrisa tuya que tan encandilado me tiene. Por eso, aquí y ahora, debo rogarte que cortes con mi agonía. Sé que pretendientes no te faltan, que eres libre y que no tiene por qué importarte mi sufrimiento. Pero, si mi amor hacia ti es correspondido, debo prometerte que mi único objetivo será hacerte feliz cada día de mi vida. —Se arrodilló frente a Lorianne y ella estuvo a punto de perder el equilibrio—. Entonces, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Al abrir una pequeña cajita azul, Collins dejó al descubierto un bellísimo anillo de oro con el que pretendía sellar su unión. ¡No sabes lo emocionante que fue presenciar semejante propuesta! Lorianne se llenó de lágrimas y se dejó embargar por la emoción del momento; parecía que solo existían ellos dos en el mundo.

—Sí. Sí y mil veces sí —afirmó la joven entre lágrimas, levantando a su caballero de dorada armadura.

—¡Vivan los novios! —exclamó Leonard Hutcherson y el aluvión de aplausos debió de haber resonado por todo el bosque.

Mientras los vítores llenaban la sala, la pareja se fundió en el más tierno abrazo que jamás haya visto. La perseverancia de Collins había

logrado conquistar un corazón difícil de roer, un corazón que había sufrido y llorado, pero que al fin hallaba un alma en donde reposar. Hace unos días, Lorianne me contó que había padecido mucho por amor, y que esa era la razón por la que había decidido alejarse de Collins y sus insistencias. Sin embargo, nadie puede huir de su designio. Si dos almas están destinadas a estar unidas, por más trabas que la vida presente, nada ni nadie puede distanciarlas. ¿No lo crees?

¿Quién habría dicho que este hotel sería el escenario de un homicidio y un compromiso en el mismo día? Lorianne y Collins poseían una alegría desbordante, tan contagiosa como pura. Entretanto, noté un par de peculiares miradas entre Hope y Leonard. ¿Qué estará pasando allí? Creí que se llevaban como perros y gatos. Pero ya conoces el dicho: "Del odio al amor hay solo un paso". Carla mantuvo su desabrida expresión durante toda la velada y Luciano solo estuvo presente en sus incógnitos pensamientos, apenas se conectaba con el entorno para controlar que su hija no hiciera ninguna travesura.

Con respecto a Carla, hace unas horas atrás, cuando estaba esperando que llegase un pedido de alimentos de la ciudad, la vi deambulando cerca de la entrada. Iba de un lado a otro. Vestida con aquel abrigo rojo tan fino, daba gusto ver ese elegante contraste con la nieve. En eso, un niño se le acercó, le entregó una nota y luego salió disparado como una gacela. Me pregunto en qué está metida esa mujer. Creo que, en el momento menos pensado, se esfumará del hotel y yo probaré mi hipótesis de que es un fantasma.

La hermana Mitzi, por su parte, se emocionó al ser partícipe de tal acto de apertura del alma. No obstante, estas últimas horas la he notado más abstraída de lo que suele estar. Me figuro que una gran pena yace sobre sus hombros, algo le preocupa y la tiene trastornada. De seguro está relacionado con la muerte de Haydock. A propósito, ¿sabes lo que dijo la dueña del hotel luego de que Collins le propusiera matrimonio a Lorianne?

—La juventud de hoy en día tiene la cabeza en los pies y los pies en la cabeza. Un hombre acaba de fallecer y ellos solo piensan en un estúpido compromiso que no durará más que unos cuantos meses.

—Lynelle, estás actuando con egoísmo —la amonestó Mitzi, con una gran pena en la mirada—. No es correcto que juzgues a estos dos jovencitos enamorados. Ellos no tienen la culpa de la desgracia que el señor Haydock ha sufrido. Y tampoco es correcto que te enfades con la niña Di Benedetti a causa de su mascota. El pobre perro está siempre a sus pies, muy bien educado. Vamos a tu habitación, te sentará bien leer un poco antes de acostarte.

Luego de gruñir como de costumbre, la señora Pendleton se llevó consigo toda su amargura; solo espero que no contagie a la dulce Mitzi. Si tan solo vieras con qué benevolencia la atiende, ¡la hermana se ha ganado el cielo con su bendita paciencia! Otra cosa que no te conté es que, una vez acabada la cena, James nos citó a mí y a Lorianne a la biblioteca. Quería disculparse por la desagradable escena que su madre nos hizo pasar. Asimismo, declaró que está en desacuerdo con ella, que sabe que no estamos involucradas en ningún asunto criminal y rogaba con humildad que pudiéramos disculpar a la dueña del hotel. Aquella pequeña charla nos alivió y nos animó a seguir trabajando con cariño en el Hotel Lansbury.

Eso es todo por el momento. Mañana regresará el oficial Harbord y estoy convencida de que traerá jugosas novedades, pues lo he visto trabajar y no creo que los detalles vayan a escapársele con facilidad. Además, alegó que tenía pendientes algunas declaraciones. Una tormenta está a punto de desatarse; subiré la calefacción antes de que alguno de los huéspedes se queje. Al menos hoy espero tener una noche tranquila, sin muertes sospechosas, sin discusiones ni dudosos acontecimientos. ¿Será posible?

Hope Mellark a Ann Mellark

El cielo se había partido en dos, crujía, centelleaba; de él brotaban bestias celestiales. Aunque tal vez los demonios no vengan del cielo, tal vez caminen entre nosotros en la Tierra. ¿Nunca te has puesto a pensar en ello?

Los relámpagos acuchillaban South Lakeland e iluminaban la estancia. De vez en cuando, el alarido de un trueno hacía estremecer el hotel entero. De pronto, me encontré de pie frente a la puerta de la habitación doscientos diecisiete. Las ideas se me acumulaban con torpeza en la mente y mis manos sudorosas albergaban un pozo de indecisión. No sabía si llamar o no, no sabía qué me esperaba del otro lado. Observé los números dorados de la puerta e inspiré profundo para recobrar valor. Solo sería una conversación.

Aún indecisa, golpeé y alcé el mentón para disimular mi inseguridad.

—Pase. Está abierto. —Oí su voz inconfundible.

Entré sin pensar y cerré la puerta tras de mí. Mientras la tormenta se desataba como un titán enfurecido, no era consciente de que, cuando saliera de esa habitación, mi vida habría de cambiar para siempre. Ya nada sería igual, nada en absoluto.

—Vaya, señorita Mellark. No me esperaba su visita —me dijo Leonard Hutcherson al darme la bienvenida.

Él acababa de salir de la ducha. Llevaba un pantalón de gabardina caqui y zapatos, pero aún tenía el torso desnudo. Si bien no tenía el físico perfecto –asomaba una pequeña pancita que me pareció *sexy*–, no había nada que me disgustara. Esos kilitos de más me resultaron bien reales.

—Lamento recibirte en este estado. No esperaba visitas a estas horas de la noche. Son casi las once —alegó, al tiempo que se ponía una camisa celeste.

—Vine a darte tu sobretodo. Hoy saliste corriendo con Antonietta y no pude devolvértelo. —Dejé el abrigo sobre uno de los sillones y me sorprendí al notar que había dos *laptops* sobre su escritorio—. Gracias.

—No tienes por qué agradecer. Cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar. Al parecer, siempre estoy en el momento y el lugar oportunos.

No supe qué responder. No podía pensar con claridad, solo me sentía esclava de mis sentidos. Leonard emanaba un aroma dulce y masculino; las gotas de lluvia golpeaban los ventanales con inagotable insistencia y mi corazón galopaba anárquico al compás de los truenos. Leonard me observó divertido. Mientras se abotonaba la camisa, podía sentir la forma obscena en la que me devoraba con la mirada.

—¿Has venido a devolverme el sobretodo o deseas algo más? —indagó, dejándome más gélida que la nieve que rodeaba la propiedad.

—Bueno, puede que… —titubeé, retrocediendo diez años a mi adolescencia.

—No es propio de un caballero que hablemos aquí, en mi habitación —me interrumpió, salvándome de mi vacilación—. Mejor vayamos a la biblioteca.

Contemplé el sitio en donde estábamos para intentar comprender a qué se refería. La habitación se hallaba perfectamente ordenada, lo opuesto a la mía. Los muebles de caoba guardaban una deliciosa armonía con la pulcritud que reinaba. Leonard estaba junto a la cama con dosel, de donde había recogido la camisa. Yo, en cambio, permanecía tan lejos de él como podía, casi pegada al enorme ropero.

—Necesito que me hagas un favor —solté sin anestesia—. No es mucho pedir, pero para mí sería de suma importancia que no le dijeras a nadie lo que sabes: que en realidad no soy de Alaska.

—¿Y por qué ocultaría tu secreto cuando este hotel es escrutado por la policía? Sin mencionar que hay una investigación en curso por un homicidio.

El muy desgraciado estaba disfrutando de mi posición de inferioridad, creyendo que me tendría sumisa en la palma de su mano.

—No lo sé, tal vez debas hacer un acto de fe —sugerí.

Conforme los minutos corrían, él se acercaba más a mí. No pude evitar recordar que el mismo hombre que tenía enfrente era quien había dejado morir a Haydock con crueldad. Y, sin embargo, las redes de su seducción me tenían tensa y doblegada, mucho más de lo que habría querido admitir.

—Fe, esperanza… ¿Qué más vas a pedirme? ¿Por qué no me dices cuál es la verdadera razón por la que viniste a Cumbria?

Me dediqué a observarlo mientras él me acorralaba entre su torso y el ropero. Todos mis miedos se caían al piso, mis piernas temblaban indecisas, mi ritmo cardíaco estaba poseído. Me tenía atrapada. Tal y como si fuéramos el uno para el otro, dos almas destinadas a estar juntas, separadas por equivocación. Pero yo no estaba indefensa como él debía de creer; desarmada, nunca.

—¿Qué es lo que deseas, Hope? Yo sé que, detrás de esa máscara de turista ingenua, tienes un secreto muy bien guardado.

—Pero no soy la única que esconde algo. ¿O me lo vas a negar? —repliqué con altanería.

—Insisto. No es nada decoroso que estemos hablando en mi habitación —convino, intentando cambiar de tema—. Puedo prepararte un té si quieres.

—A mí, no me da miedo quemarme con fuego.

Las palabras me brotaron como lava ardiente y dejé a Leonard noqueado por la sorpresa. No debí haberlo provocado; los resultados no fueron los esperados.

El rostro de Leonard perdió todo rastro de sonrisas. Con una seriedad que me hizo estremecer, se aproximó a mí hasta hacerme sentir que jamás había sido tan vulnerable. Las lágrimas del cielo no cesaban de caer y las luces fulgurantes de los relámpagos se colaban por los ventanales a fin de atacar la oscuridad que reinaba en el hotel. Mil emociones se precipitaron en mi corazón y mil palabras en mi boca. Palabras que no podía decir, preguntas que no podía formular. ¿Por qué me sentía hechizada? ¿Por qué su estúpida magia surtía tanto efecto en mí? Más tarde sabría la respuesta.

Un segundo después, Leonard me obsequió una dulce sonrisa. No parecía movido por una pasión lujuriosa y desenfrenada. No, no era eso. Era algo mucho más profundo. Alzó la mano derecha y me acomodó tras la oreja un mechón despeinado. Y fue entonces cuando lo vi. Fue entonces cuando entendí todo.

Una enorme cicatriz le atravesaba la palma. Atónita, le tomé la

mano y analicé la herida: una lesión formada por el crecimiento exagerado de tejido cicatrizal. La rocé con suavidad con las yemas de los dedos y comprobé, reprimiendo un escalofrío, que la cicatriz era firme, dura, protuberante y con rebordes. Se extendía más allá de su superficie, superando los límites de la lesión original.

—Esta marca… ¿Cómo te hiciste esta cicatriz? —necesité saber.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué tiene de importante mi cicatriz? —me preguntó, completamente descolocado.

—¡Solo contéstame! —exclamé—. ¿Cómo te la hiciste?

Leonard me miró sin comprender. Los truenos resonaban; las paredes del viejo hotel se estremecían y la luz de la habitación titilaba cansina. Podía sentir el correr del tiempo detenido, los invisibles átomos del aire congelados, los latidos de mi corazón en pausa. Quería oír su respuesta, me urgía saber cómo se había provocado esa cicatriz.

Y entonces, él se dio cuenta de lo que yo acababa de descubrir. Su expresión cambió por completo. Retrocedió unos metros con la boca abierta y los ojos midriáticos, casi como si su espíritu salvaje estuviese a punto de abandonar su cuerpo terrenal. Paralizado, se sostuvo del dosel sin agregar más nada, pues ya estaba todo dicho. Y, en un instante, desaparecí de su habitación.

Lo vi, Ann. Leonard tiene la marca en la mano. Es él. Sé que es él. ¡Pude verlo con claridad! Sé lo que te digo, no estoy equivocada. Sé quién es, pero no tengo noción de la clase de monstruo en la que se pudo haber convertido. Es él, puedo jurarlo con mi sangre.

Llegué aquí buscando cobre y me encontré una mina de oro. Cuesta ver una laguna en el mar, cuesta sobrevivir a este frío inhumano, cuesta creer que me he desangrado todos estos años en vano, cuesta creer que Leonard y yo nos cruzamos por azar. Dime, por favor, que no crees en las casualidades. Dime que no se te eriza la piel de solo pensarlo.

Todo este embrollo está a punto de explotar. Y, mientras tanto, seguimos camino abajo. Tarde o temprano, cuando llegue el ocaso de nuestras vidas, tendremos lo que nos merecemos. Y no habrá invierno que pueda salvarnos.

Es él, Ann; es él y no tengo duda alguna. ¿Cómo podré seguir viviendo sabiendo que está bajo mi mismo techo?

Declaración de Carla Webster al oficial Harbord

—Señorita Webster, ¿podría decirnos dónde estuvo la noche de la muerte de Haydock alrededor de las doce? —indagó Nicholas

Harbord, sentado a la mesa de la biblioteca.

—En mi habitación, por supuesto. ¿Dónde más podría estar a esa hora? —repuso ella con altanería, como si acabara de oír una obviedad.

—Verá, señorita. Un testigo ocular afirma haberla visto a usted y a Haydock en una situación íntima en la puerta de la habitación ciento diez la misma noche en que el susodicho fue asesinado.

—A mí me importa un bledo lo que los malditos chismosos de este hotel le hayan dicho. En vez de preocuparse por mis asuntos personales, debería investigar a las personas que juran ser almas piadosas. No olvide, oficial, que el infierno está lleno de buenas intenciones.

—¿Afirma, entonces, que usted tuvo un encuentro amoroso con el difunto?

—No ponga palabras en mi boca que no he dicho. Y viendo que mi vida sentimental lo tiene tan preocupado, le diré que vivo en Ambleside con mi pareja. El apartamento que arrendamos está con problemas de humedad, por lo que tuvimos que dejarlo unas semanas mientras los dueños lo reparan. Él viajó a Cardiff a ver a su familia y yo opté por quedarme aquí. Detesto a esa gente hipócrita, avara y calculadora.

—¿Cuál es el nombre de su pareja?

—Reuel Blue. Es traductor —respondió la mujer al tiempo que sacaba un paquete de cigarrillos y un encendedor del bolsillo del abrigo.

—Lo siento, señorita Webster, pero no está permitido fumar en este establecimiento —le dijo el oficial antes de que ella encendiera un cigarrillo. La mujer resopló molesta—. Por último, le voy a pedir acceso a su teléfono móvil y a su *laptop*.

—Hay algo que se llama derecho a la privacidad; no sé si está familiarizado con eso. Yo tengo derecho a negarme.

—Usted es sospechosa de homicidio.

—Sí, claro, como el resto de los huéspedes de este hotel. A mí no me hará estremecer con sus esposas. Puedo darle mi móvil si lo desea, no tengo nada que ocultar. Pero mi *laptop* tiene documentos que no comparto con cualquiera.

—Es vital para el caso que accedamos a su *laptop*.

—Mi móvil o nada. De lo contrario, consiga una orden. Ya he sido demasiado educada al hablar con usted sin mi abogado.

—Puedo conseguir una orden para esta misma tarde. Ahora dígame, ¿por qué intentó abandonar el hotel la mañana en que fue encontrado el cadáver?

—Eso no es asunto suyo. Si quiere hacerme más preguntas, tendrá que ser en presencia de mi representante legal. No crea que porque soy mujer y maestra de grado puede intimidarme tan fácil.

—Está bien. Como quiera —convino el oficial con intención de llegar a un acuerdo—. De momento me conformo con su teléfono. Lo tendrá de regreso en unos cuantos minutos.

—Eso espero —respondió la mujer y deslizó el móvil por la mesa hasta que acabó en manos del oficial—. Y recuerde, no malgaste su tiempo conmigo. Aquí hay más de uno con disfraz de cordero.

A continuación, Carla Webster encendió un cigarrillo y, tras envolver a Harbord en una humareda de tabaco, dejó la biblioteca sembrando la duda con sus uñas esculpidas.

Declaración de Luciano Di Benedetti al oficial Harbord

Se me ha pedido expresamente que relate los desventurados sucesos de esta mañana, trágicos, teñidos de muerte y de un sinsabor que no puedo quitarme del alma. Intentaré narrar la mayor cantidad de detalles posibles, a pesar del estado de confusión que me domina.

Este es nuestro cuarto día en el Hotel Lansbury, y han sucedido más cosas de las que jamás habría imaginado. Anoche ha llovido a cántaros durante horas. Las ventanas vibraban bajo el azote de las ráfagas de viento y la luz sufría bajones de tensión. Más de una vez, Scully nos despertó llorando a causa de los truenos, por lo que acabó durmiendo en brazos de mi hija. Todo esto hizo que no tuviera un buen descanso y que despertara con profunda somnolencia.

Luego del desayuno, Antonietta me pidió que la llevara a pasear por la ciudad. Si bien la idea no estaba en mis planes, fuimos a Ambleside a caminar. Pero cuando regresamos, cerca del mediodía, mi hija continuaba tan enérgica como cuando había despertado. Me insistió en salir a jugar al bosque y hacer muñecos de nieve, pero yo no sabía de dónde sacar fuerzas. Fue entonces cuando intervino el señor Hutcherson.

—Yo puedo cuidarla un rato si lo deseas. He estado toda la mañana con los ojos en el móvil y preciso un poco de aire fresco. Podrás vernos desde los ventanales.

Su propuesta me tomó por sorpresa y la niña pareció encantada. Acto seguido, tomé de la biblioteca *El sabueso de los Baskerville*, de Doyle, me acomodé plácidamente junto a la ventana y me dispuse a disfrutar de un momento de silencio y sosiego. No obstante, fueron varios los detalles que llamaron mi atención. En primer lugar, me

pregunté por qué Leonard había estado toda la mañana en el escritorio. Hope me comentó que él había viajado a Cumbria para visitar a su familia. ¿Estaría trabajando? Luego, una persona llamó al hotel a fin de efectuar una reserva. Sin embargo, Suzanne le respondió con su habitual amabilidad que no había habitaciones disponibles. Eso me resultó extraño, porque estoy seguro de que ayer la dueña del hotel nos comentó que había varias habitaciones vacías.

Con respecto a James y a Lynelle, también los vi durante la mañana. Ambos desayunaron junto a la hermana Mitzi, el ser más cordial y bondadoso que he conocido en este viaje. James Pendleton parece un buen hombre. Si bien sé que es arquitecto, le ha dedicado su vida a la política los últimos diez años, el hecho de que esté divorciado tal vez ayude a que disponga de más tiempo para sus proyectos personales. Se desvive por su madre y por sus patéticos requerimientos. Da la sensación de que solo se ocupa de ella y sus negocios. En la ciudad me han contado que los Pendleton son una familia de renombre. Varias generaciones han vivido aquí y han logrado muchas mejoras en el lugar. El Hotel Lansbury y la capilla se han convertido en patrimonio de los lugareños; debo decir que me da pena que quieran venderlo todo. Lynelle ya está cansada de lidiar con las restauraciones y no le gusta la vida pueblerina, la tienta invertir su fortuna en algún otro negocio. Estaban hablando de eso durante el desayuno.

Respondiendo a su pregunta sobre si he visto al resto de los huéspedes, puedo añadir un par de cosas. Sé que Carla Webster no quiso bajar a desayunar y pidió servicio a la habitación, lo sé porque vi a Lorianne que le llevaba una bandeja hasta la puerta. Lorianne iba a todos lados con el señor Collins, como si fuera una mosca. Parece que lo del compromiso les ha pegado fuerte. Pero lo más llamativo fue la actitud de Hope Mellark, quien se instaló junto a los ventanales de la biblioteca para observar a Leonard con una cara de espanto que me llenó de preocupación. Le pregunté a Hope si todo estaba en orden, si podía ayudarla en algo. Ella me dijo que no, intentó explicar con palabras inconexas que solo estaba aturdida por lo que había sucedido con Haydock. Me pregunto qué tiene que ver esa muerte con Leonard. ¿Por qué ella no apartaba los ojos de él? Me atrevo a decir que hasta le ha sacado una foto con el móvil, a escondidas. Y, cuando mi hija se cansó de jugar y de arrojarle bolas de nieve a su nuevo amigo, Hope abandonó la habitación en un parpadeo. Por algún motivo que desconozco, ella lo está evitando. No sé si estos detalles son relevantes o no para el caso, pero, como he dicho, intento mencionar cada recuerdo que viene a mi mente.

Me centraré ahora en el acontecimiento de hoy. Debían de ser cerca de las once del mediodía. Todo estaba sereno. Antonietta y Scully descansaban en nuestra habitación. Le había prometido a mi hija que por la tarde iríamos a recorrer el invernadero si me daba unos momentos de descanso antes del almuerzo. Bajé entonces a buscar un té, pues Antonietta tenía frío y la calefacción no le resultaba suficiente. Estaba en la cocina con Suzanne cuando se oyó de pronto una sucesión de ruidos: golpes, gritos, todo sucedió demasiado rápido. Una revolución caótica tomaba lugar en una de las habitaciones.

Temí que fueran Antonietta y el perro, pero descarté aquella idea de inmediato. Lo que sucedía no era un juego. Suzanne y yo nos miramos aterrados. Lo sabíamos. Algo estaba sucediendo. Casi podía sentir el olor metálico de la sangre. Lo supe en cuanto escuché esos ruidos, supe que alguien estaba a punto de perder la vida.

Corrimos escaleras arriba sin importar nada más. En el pasillo nos topamos con Leonard, quien, sobresaltado, explicó que había oído los mismos estrépitos que nosotros. Nadie comprendía lo que estaba sucediendo, tan solo nos dejamos llevar por las olas del miedo y la impotencia.

—¿De dónde vinieron esos ruidos? —preguntó Suzanne con un hilo de voz.

—No lo sé. Parecía el sonido de muebles caídos, como si hubiera habido una batalla campal —repuso Leonard aturdido mirando a su alrededor sin poder posar la mirada en ningún lado.

—Fue por aquí —nos sorprendió la voz de Hope Mellark, quien apareció de pronto en la puerta de su habitación—. Estoy segura de que provino de una de las habitaciones contiguas. Escuché los ruidos demasiado cerca de mí, parecía que estaban sucediendo en mi propio dormitorio.

—Eso no es posible —advirtió la administradora del hotel—. Las dos habitaciones que están junto a la tuya están desocupadas. Vacías.

—¿Y cuál es la más cercana? —insistió Hope, aferrada a su teoría.

—Pues… esta, la de Carla Webster —indicó Suzanne, deteniéndose junto a la habitación ciento diecisiete—. No la hemos visto desde el desayuno.

Nos miramos en silencio, abstraídos, paralizados por el miedo.

—Hay que entrar —afirmó Hope, tomando las riendas de la situación.

Una mirada le bastó a Leonard para captar la orden. Un segundo después, derribó la puerta con una patada certera, dejando al descubierto el secreto de la habitación de los ruidos. Lo que allí se

veía era el caos en su máxima expresión. Había un escritorio caído, prendas de vestir, velas y un humidificador desparramados por doquier. La bandeja del desayuno se había hecho pedazos, por lo que la fina porcelana descansaba en el suelo junto con galletas y tostadas. Aquella escena estaba coronada por Carla Webster, quien, junto a los fragmentos del espejo de pie, yacía inmóvil en medio de aquel pandemónium.

—Por Dios bendito. ¡¿Qué ha sucedido aquí?! —exclamó Suzanne horrorizada.

De inmediato, Leonard levantó a Carla del piso, procurando que las filosas piezas del espejo no se alimentaran de su sangre, y la acostó con cuidado sobre la cama. La mujer se encontraba con una evidente dificultad para respirar y tenía los ojos hiperémicos. Tenía accesos de tos y episodios de quietud extrema, como si estuviera agonizando. Su cuerpo no ofrecía resistencia alguna; parecía incluso que su presión arterial estaba muy baja. Y su piel, que solía ser del color de la nieve, había adquirido un tono azulado, cianótico.

—Carla, ¿estás bien? ¿Puedes oírnos? —le preguntó Hope, apartando el cabello castaño que le tapaba el rostro—. Está caliente, tiene fiebre —agregó, más confusa que antes.

—¿Quién ha hecho esto? —indagó Leonard mientras Carla se apretaba el pecho como si una opresión estuviera incomodándola.

—Ellos… Ellos no tienen sentimientos —respondió con voz quebradiza, efímera, a punto de desvanecerse.

—¿Quiénes? ¿Quiénes son “ellos”? —interpeló Leonard.

Pero Carla no pudo responder; la fuerza había abandonado su cuerpo. Los bellos ojos verdes se le entrecerraron y cada centímetro de su ser se tornó fláccido, derrotado. Nos sumimos entonces en el mar negro de la duda, cuyas enormes olas nos devoraron por completo hasta llenar nuestros pulmones con un pavor incapacitante.

“Ellos no tienen sentimientos”. Eso fue lo único que Carla logró decirnos antes de perderse en una solitaria y fúnebre canoa en las turbias aguas del inframundo.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

No logro entender, no puedo asimilar lo que ha sucedido. Es una noticia terrible, abrumadora, espantosa. Hoy, hace apenas unas horas, encontramos a Carla Webster en el piso de su habitación, rodeada de caos, vidrios y muerte. Todo fue tan rápido; la confusión se apodera de mí con malicia. Leonard intentó reanimarla, pero fue imposible. No

hubo nada útil que pudiéramos hacer. Llamé de inmediato a la policía y a emergencias. Debo admitir que no tuve tiempo para consultarle a James Pendleton o a su madre. Aunque, de inmediato, todo el Hotel Lansbury tuvo conocimiento de lo sucedido.

—Esto es una tragedia. Debe de haber alguna explicación lógica que una las muertes de Haydock y la señorita Webster —dijo James mientras Hope, Leonard y yo lo mirábamos despavoridos.

Me pareció que el dueño del hotel había envejecido de la noche a la mañana. Se lo notaba consternado, dubitativo. Encontré más arrugas alrededor de sus bellos ojos azules y la pequeña joroba parecía más pronunciada. No debe de ser sencillo lidiar con lo que está sucediendo; su preciado hotel es escenario de una serie de peculiares muertes que, de manera inevitable, mancharán para siempre el buen nombre del lugar. Me imagino lo que dirán los foros de turismo: "Hotel Lansbury, el hotel de la muerte".

—El oficial Harbord está aquí —anunció Mitzi.

—Usted tiene razón, señor Pendleton —advirtió el policía, que entró con aire dramático a la biblioteca sin sacar las manos de los bolsillos del traje color caqui.

—¿Cómo dice? —le preguntó James sin poder liberarse de la turbación.

—No voy a negar que me llevé una ligera sorpresa en cuanto me comunicaron lo acontecido. Sin embargo, en cuestión de minutos, el panorama se aclaró y toda la neblina que cubría el caso desapareció por completo.

—¿Podría ser tan amable de explicarnos qué es lo que está pasando en mi hotel? —imploró—. No puedo seguirle el hilo, no entiendo qué está sucediendo.

—Se lo expondré de manera sencilla. Verificamos los datos que nos dio Webster en su interrogatorio. En primer lugar, no existe ningún hombre llamado Reuel Blue que sea traductor y cuya familia resida en Cardiff; ella mencionó a este supuesto hombre como su pareja. En segundo lugar, el apartamento que arrendaba en la ciudad jamás sufrió problemas de humedad. Hablamos con los dueños ayer por la noche. El hombre que solía frecuentar la vivienda responde a las características físicas de Haydock; los propietarios lo confirmaron.

—Ergo, Haydock y Webster mantenían una relación amorosa de larga data —concluyó Hope.

—Pero ¿por qué Carla tuvo necesidad de mentir? Hasta donde yo sé, Haydock no estaba casado ni en pareja. Ella no era su amante —comenté, generando aún más confusión.

—Es una excelente deducción —me respondió el oficial con una

sonrisa—. Tenemos un testigo ocular que afirma haber visto a Webster ingresando a la habitación ciento diez, pocas horas antes de la muerte de Haydock, que el forense sitúa alrededor de las nueve de la mañana. Sin embargo, alguien utilizó su *laptop* más tarde, ingresó a varios documentos, generó modificaciones y eliminó otros tantos. Nuestro equipo ha logrado recuperar varios de ellos.

Hubo una mirada furtiva entre Hope y Leonard que no logré decodificar, como si rememoraran algo que solo ellos dos conocían. De todas formas, Hope indagó:

—¿Carla Webster asesinó a Haydock?

—Miren lo que casualmente acabo de conseguir —respondió el oficial, omitiendo aquella pregunta, y sacó un sobre de papel madera del bolsillo interno del saco—. La orden de un juez para acceder a los documentos digitales de Webster y allanar su habitación. Ella sabía que no tenía escapatoria. Ayer, en nuestra pequeña plática, se dio cuenta de que la habíamos descubierto.

—Entonces es cierto —dijo James, pálido y decaído—. La joven Webster mató a Haydock.

—Y como sabía que la teníamos acorralada, se quitó la vida antes de enfrentarse con la ley —concluyó Harbord triunfante.

—Señor, ¿podría venir a la escena del crimen? Hay algo que debe saber —le dijo un asistente al oficial.

—Enseguida. Gracias. Aguarden aquí, por favor. Que nadie entre a la habitación ciento diecisiete —nos indicó.

—Creo que usted sabe algo más que no nos está diciendo, algo sobre Haydock y Webster que no quiere divulgar —añadió de pronto el joven Hutcherson, quien no había pronunciado ni una palabra hasta ese momento.

—¿Qué puedo decir? Me ha descubierto —proclamó, complacido con la astucia de su interlocutor—. Pero lamento comunicarle que no puedo compartir con ustedes toda la investigación. Ya he sido bastante generoso. Además, damas y caballeros, un mago nunca revela sus trucos. Dejen que la policía haga su trabajo.

Harbord nunca me había resultado tan pedante como en aquel momento. Su mediana estatura y ese aire galés lo convertían en un detective macabro. Con pasos silenciosos, abandonó la biblioteca y se encaminó directo a la habitación de Carla. ¿Y sabes qué hicimos los demás? Fuimos tras él, por supuesto. Dondequiera que el chisme aparezca, allí estaremos. Mitzi, por pedido de James, fue a visitar a Lynelle. A propósito, no he visto al vejestorio en toda la mañana, creo que la noticia la ha dejado helada. En el corredor me encontré con una sollozante y teatral versión de Lorianne que se refugiaba en los

brazos de su prometido. Por un momento creí que estábamos inmersos en una tragicomedia, pero no, esto no tiene nada de cómico. Luciano, por su parte, se llevó a Antonietta a pasear por el invernadero, pues no quería que su hija se enterase de que la parca se había estado divirtiendo con nosotros, una vez más.

La escena se me antojó risible, payasesca. Todos asomamos nuestras cabezas a través de la puerta de la habitación ciento diecisiete, movidos por la morbosa curiosidad. Un agente de la policía tomaba fotografías mientras que una mujer escribía notas en una pequeña libreta.

—La piel de la señorita Webster está azul. ¿Eso no le dice nada? —le sugirió Leonard al oficial.

—Acabo de notar lo mismo que usted, Hutcherson. Y creo tener la respuesta. ¿Qué tienen para mí? —les preguntó Harbord a sus compañeros.

—Creemos que la mujer ha sufrido una intoxicación. Por el momento, desconocemos la naturaleza.

—Vaya, vaya. La misma forma en la que murió su pareja. Haydock sufrió envenenamiento agudo con digoxina. Alguien le procuró una inyección intravenosa de la droga en el cuello en una dosis letal. Me pregunto si Webster también encontró la muerte por efecto de un antiarrítmico, lo que sería aún más sospechoso.

Se produjo un pequeño revuelo en la habitación. Una mujer de la policía se acercó con rapidez al oficial.

—¡Señor! —exclamó—. ¡La víctima no está muerta, aún respira! Solo está en estado de máxima y crítica hipotensión.

Los latidos de mi corazón estuvieron a punto de detenerse. Antes de que pudiera siquiera reaccionar, un par de paramédicos ya estaban ingresando para asistirla. La colocaron en una camilla, le pusieron oxígeno y la alejaron de nuestros ojos. El brazo le colgaba fláccido, desprotegido, entregado a su destino. Espero que Carla no se lleve el secreto a la tumba.

—Confío en que podrá responder muchas de mis preguntas si se recupera.

A Carla la llevaron al hospital y la policía también se ha retirado. No sé qué la llevó a ese estado fúnebre que tan bien nos engañó a todos. Tampoco sé qué será de su suerte. Lo único cierto es que la tormenta de nieve ha comenzado. Te escribo desde mi habitación mientras observo la precipitación de copos desde mi ventana. La visibilidad se ha reducido de manera considerable y temo que los servicios eléctricos fallen. La alerta de tormenta fue emitida el día de ayer, y no ha sido errónea.

¿Cómo podré dormir en paz después de lo que ha sucedido? Harbord estaba muy convencido de su teoría. Sin embargo, yo me siento sumamente intranquila. Además, mientras la nevada dure, todos estaremos condenados al encierro en este hotel. No sé si hice lo correcto al aceptar este empleo.

Alguien nos está matando por las noches; no puedo parar de pensar en eso. ¿Qué pasa aquí realmente cuando la luz se va, cuando nos sumimos en las tinieblas?

Declaración de Raymond Collins al oficial Harbord

Por orden expresa del oficial Nicholas Harbord, narraré en este documento la disputa que aconteció en el Hotel Lansbury. Es mi obligación aclarar que escribo en perfectas condiciones de mis facultades mentales y sin ningún tipo de coacción. La pelea sucedió al anochecer, poco antes del horario de la cena. A causa de la fuerte tormenta de nieve, el detective no ha podido llegar al predio del hotel, por lo que me delegó la tarea de explicar la naturaleza de la discusión.

El gran reloj de pie marcaba las siete en punto de la noche. Su péndulo oscilante me tenía eclipsado en el aburrimiento. Como he declarado de manera pública y sin ningún tipo de reparo, he venido hasta aquí con el único propósito de conquistar el corazón de la mujer más bella que ha caminado sobre esta tierra: Lorianne Miller. Pido disculpas si mi narración se torna empalagosa o fuera de lugar, pero creo que debo ser honesto con mis sentimientos y con los del resto de los huéspedes. No obstante, Lorianne se encontraba muy atareada en la cocina con Suzanne y con Mitzi, quienes me prohibieron ingresar a ayudarlas por expresa orden de Lynelle Pendleton. Al parecer, la dueña del establecimiento considera que no soy más que una distracción para Lorianne. Por lo tanto, me arrellané en el cómodo sofá de la sala, con la esperanza de que mi prometida se desocupase pronto. Los copos de nieve caían con violencia; jamás había visto una nevada tan poderosa. Salir era una opción inviable, así que permanecí un buen rato leyendo las noticias en mi móvil hasta que los otros huéspedes aparecieron en la sala, afirmando que la señora Pendleton los había convocado.

Antes de decir cada palabra que recuerdo de la discusión en sí, comentaré ciertas reacciones que llamaron mi atención. Por un lado, Luciano, el turista extranjero, nos dijo que Antonietta y su mascota no participarían de la reunión por tratarse de un asunto de adultos. El italiano se sentó muy cerca del hogar a leña con su típico aire

distraído y nostálgico; no parecía preocupado por las travesuras que su hija y el *bulldog* pudieran hacer. Sin embargo, desde que Luciano hizo ese comentario, Leonard Hutcherson adquirió un aspecto sombrío y consternado. No paraba de mirar hacia todos lados y en dirección a la gran escalera que conduce a las habitaciones. Parecía preocupado por la niña, como si temiese que algo malo le sucediera, como si su padre fuera él y no el italiano.

Más tarde llegó Hope Mellark, la alasqueña de sonrisa fácil que parece incapaz de matar una mosca, y James Pendleton, que no sabe qué más ofrecernos para hacer nuestra estadía más amena. Me da pena notarlo tan contrariado, temo que los medios turísticos no podrán desvincular su amado hotel de las tragedias. Cuando al fin Lorianne se hizo presente, dejé de prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor. La futura señora Collins es una ninfa de ensueño que entorpece mis sentidos; sus ojos iluminan mi mundo y disipan toda clase de niebla. Estoy completamente enamorado de ella. No sé cuánto tiempo transcurrió; solo sé que, cuando Suzanne y Mitzi llegaron, Lynelle se hizo presente envuelta en un enorme chal de color borravino y con una dura expresión.

—Les agradezco a todos por haber concurrido a esta cita con tan buena predisposición. Lamento haberlos importunado; sé que mucho no se puede hacer con esta tormenta, pero yo no soy dueña de su tiempo —comenzó a decir, soltando un preámbulo sin dirección.

—¿Qué es lo que te acongoja, madre? ¿Prefieres cenar en la cama hoy? —se apresuró a preguntar su hijo, mostrándose tan solícito como de costumbre.

—No los he reunido para hablar de la cena. No tengo apetito, pues el descubrimiento que hice esta tarde me ha dejado tan absorta como inapetente —replicó con indignación.

—¿De qué se trata, Lynelle? —inquirió la hermana Mitzi.

—¡Esta situación es insostenible! No pienso tolerar ni un segundo más sus repugnantes mentiras.

—¿De qué mentiras hablas, Lynelle? ¿Quién está mintiendo?

Creo que a la joven Mellark le fascina el barullo.

—Madre, por favor, este lugar no tolera más incidentes. Procuremos tener una noche tranquila.

—¡Pues no la tendrán! —clamó fuera de sus casillas—. Llamaré al oficial Harbord de inmediato. Él se encargará de arrestar al verdadero culpable de esos horrorosos ataques y así por fin podré dormir en paz.

—No es por contrariarla, señora Pendleton, pero dudo de que el oficial pueda llegar al hotel con esta tormenta —opinó Leonard.

—¿A qué se refiere con “verdadero culpable”? —quiso saber mi

hermosa prometida, saltando de su asiento—. El oficial Harbord aseguró hace unas cuantas horas que Carla había sido la responsable de la muerte de Haydock.

—Pues no, por supuesto que no. Uno de ustedes es el culpable. Alguien que me está mirando a los ojos en este preciso instante.

Un silencio incómodo sobrevino. Se cruzaron varias miradas y se hicieron murmuraciones, pues el asombro abundaba, espesando el aire que respirábamos.

—Alistair Haydock no fue más que una pobre víctima. Él nada tenía que ver en este embrollo. Que Dios lo tenga en la gloria y se apiade de mí. Yo soy la única que ha estado en el ojo del huracán desde que llegué a South Lakeland. Este lugar está maldito.

—Por todos los santos, madre. ¿Qué es lo que está sucediendo?

Me atrevo a decir que Lynelle sabe cómo manipular a su hijo.

—Todo lo que pasó fue un error, una terrible equivocación que se ha cobrado casi dos muertes. Yo estoy viva de milagro, por un capricho del destino. Pero sé muy bien que la persona que debió morir fui yo y no Haydock. Alguien quiso asesinarme mientras dormía. Cualquiera de ustedes pudo haberlo hecho.

—Ya es suficiente, madre. Este circo se ha terminado. No puedes ir por la vida diciendo que las personas de este hotel quisieron asesinarte.

James se puso de pie con la firme intención de llevarse a la mujer. Pero Lynelle, rehusando cualquier tipo de contacto o ayuda, declaró con determinación:

—No intentes detenerme, James. Sé muy bien lo que estoy diciendo. Mataron a Haydock por error.

—Está bien, Lynelle. Te escucharemos. Explícanos cuál fue el descubrimiento que hiciste —le solicitó Mitzi, intentando apaciguarla.

—El día que llegué al hotel, tomé la habitación ciento diez. La habitación que se le asignó a Haydock fue la ciento once. Suzanne se la reservó; pueden verlo en los registros de ingreso. Pero fíjense con atención lo que sucedió la noche del homicidio. Eran entre las once y las doce cuando salí de mi habitación para renovar la carga de mi humidificador. Fue entonces cuando me encontré con Haydock, quien estaba sumamente molesto por una impertinente gotera que estaba justo sobre la cama. Como ya era muy tarde para reparar la filtración, le propuse cambiar mi habitación por la suya. Al principio, él se negó –era todo un caballero–, pero mis insistencias triunfaron. Por ende, cambiamos de alcoba. Sin embargo, nadie sabía que habíamos hecho ese cambio, nadie sabía que era él y no yo quien dormía en la habitación ciento diez.

—¿Por eso dices que mataron a Haydock por error? —indagué, intentando seguir el hilo de sus razonamientos.

—Así es. Según lo que nos contó Harbord hoy, Haydock murió envenenado con digoxina. La hora de la muerte fue alrededor de las nueve de la mañana. Esto fue lo que en verdad sucedió: alguien entró a la habitación, inyectó en el costado del cuello de Haydock una dosis mortal de la droga y liberó una horrenda araña en la cama para que todos creyeran que falleció por su picadura. Pero el asesino no sabía que nosotros habíamos cambiado lugares. Solo Haydock lo sabía y su amante Carla, a quien vi entrar en su habitación pasadas las doce de la noche. Ya es hora de que lo sepan. Debo ser clara; este asunto es muy delicado. Pero eso no es todo. Al otro día, cuando el asesino se dio cuenta de que había cometido un gigantesco e irremediable error, intentó desesperadamente cubrir su delito para que la policía no acabase atrapándolo. Así, utilizó el amorío entre Haydock y Carla, y se valió de aquella furtiva relación para limpiar su crimen. Así fue como la joven Webster fue intoxicada, me atrevo a decir que con la misma droga. La policía, que tenía ya sospechas en su contra, no dudó en interpretar el caso como intento de suicidio y crimen pasional. Pero insisto, solo Haydock y Carla sabían que yo no estaba en la habitación ciento diez, dos personas que ahora están por completo fuera de juego. Cualquiera pudo haber tomado las llaves de la recepción; no hay cámaras de seguridad que apunten a la vitrina en donde las guardamos. Y cualquiera pudo haber fácilmente averiguado en qué habitación me alojaba. Todo lo sucedido no fue más que un crimen fallido. Alguien quiere verme muerta.

El impacto de aquella revelación se hizo evidente en cada uno de los huéspedes, cuyos rostros se alteraron por el espanto y la confusión. Lynelle estaba exultante, con las mejillas enrojecidas y los ojos desorbitados; jamás la había visto así. De inmediato, un murmullo escurridizo comenzó a correr entre nosotros. Cuando las voces se elevaron y las discusiones se tornaron más ruidosas, Suzanne se acercó a Lynelle y le preguntó:

—¿Está insinuando que uno de nosotros es un asesino?

—No lo insinúo, lo afirmo. Estoy convencida de que envenenaron a Haydock creyendo que era yo. Entre la oscuridad y las numerosas frazadas, el agresor no reparó en el error. Además, ambos tenemos el cabello corto y castaño claro.

—Si su teoría es cierta —intervino Leonard—, ¿podría decirnos quién lo hizo?

—Por desgracia, no lo sé. Es precisamente lo que urge saber.

—Por todos los santos, ¿no tenemos ya suficientes problemas

como para añadir tus acusaciones? —James estaba agotado—. Creo que lo mejor será que regreses a tu habitación con Mitzi y tomes una ducha caliente. Tus ideas se aclararán después de que descanses.

—Es cierto, Lynelle. No debes apresurarte. Ha sido un día muy difícil para todos. —La voz de la hermana Mitzi siempre sonaba como el canto de un ruiseñor por la mañana—. Te acompañaré a tu habitación.

—No. No hasta que descubra quién quiere matarme —replicó tajante.

—Madre, te lo imploro, ya no digas esas atrocidades.

—¿Por qué motivo alguno de nosotros querría asesinarte? —Hope había hecho entonces la pregunta correcta—. ¿Has pensado en ello? No creo que existan móviles posibles.

—Oh, sí. Por supuesto que sí. Tengo motivos de sobra. En primer lugar, sospecho profundamente de Suzanne Hinchcliffe. Todos sabemos que la actual administradora de este hotel es un verdadero desastre, por lo que la he estado vigilando desde que llegué. No creo que esté preparada para el puesto, me temo que su currículum está plagado de mentiras. Decidí que debíamos despedirla sin demora, por lo que empecé a buscar por mi cuenta a una nueva administradora.

—Para que sepa, todas las referencias que menciono en mi currículum son verdaderas; puede llamar a los hoteles en los que trabajé, en todos le hablarán maravillas sobre mí —afirmó la acusada, dispuesta a defenderse con uñas y dientes—. Soy muy competente en mi trabajo, jamás he recibido tantas quejas y maltratos como ahora. No me interesa conservar un empleo en el que se me menosprecia de una forma tan vil y descarada. ¿Por qué no sale a buscar una nueva administradora en medio de la tormenta? Nadie querrá hacerse cargo de un hotel marcado por la tragedia.

—No digas necedades. Tú tenías todos los medios para asesinarme. Conoces bien el hotel, sabes los horarios que manejan los huéspedes y puedes moverte por el sitio con total libertad. Tienes muchas ventajas que pudiste haber usado en mi contra. Sabías lo mucho que detesto tu desempeño aquí y que deseaba despedirte, pero tú no querías marcharte. Estás fascinada con South Lakeland y con este hotel. Y como mi hijo estaba conforme con tu labor, te bastaba con asesinarme para conservar el puesto. Han matado gente por menos.

—¿Cómo se atreve a acusarme de semejante disparate? —Suzanne estaba anonadada, al igual que el resto de los oyentes—. No sería capaz de ensuciar mis manos por un puesto de trabajo.

—No me interesan tus mentiras. Sin embargo, no eres la única

sospechosa. Como todos sabrán, planeo vender este hotel y las propiedades aledañas. Por esa razón, Haydock había venido desde Londres en su rol de tasador. Pero la cuestión radica en que aquí hay una persona que no concibe la vida lejos de este lugar, una persona que mataría por conservar sus reliquias, en especial, la capilla de Santa María. —Boquiabiertos, todos miramos a la monja de inmediato —. No finjas que no estás obsesionada con la capilla, la cuidas y la veneras más que a tu propia vida. Nunca he visto tanta devoción en alguien. Hace meses que me envías correos para tratar de persuadirme de no vender la propiedad, porque sabes muy bien que no me interesa si demuelen todo. Ya no soporto el clima de este sitio ni los dolores de cabeza que me genera ser la dueña de un hotel. Quiero retirarme a un pequeño y lujoso piso en Kensington. Todo esto me pertenece y tengo derecho a pasar mis últimos años de vida como me plazca.

—Lamento mucho que el egoísmo te vende los ojos —repuso Mitzi, acongojada y con voz queda—. Deseas con tanto fervor ganar unas cuantas libras que no te das cuenta de lo que quieres hacer. Esa capilla es la casa de Dios, y rezo cada día para que no la destruyan. Además, hay un pequeño cementerio; esas almas no merecen que perturben su descanso.

—Pues yo no me haré cargo de unos huesos que están allí hace décadas. Es un terreno privado. No es razón suficiente para detener un espléndido proyecto inmobiliario. Sé que también le has escrito a mi hijo para hablar del tema. Has perdido la cabeza por unos ladrillos.

—Madre, ¿estás oyendo lo que dices? No permitiré que trates a Mitzi de esa forma. Estoy perplejo. Este espectáculo ha llegado muy lejos. Le debes a esta mujer miles de horas de cuidado y atención desinteresada. ¿O has olvidado que es ella quien te atiende y quien cumple cada uno de tus caprichos cada vez que vienes a Ambleside?

—No sé qué tan desinteresadas sean sus atenciones. Además, siempre has defendido a esa mujer más que a cualquier otra persona. Y siempre lo harás. Eres capaz de seguirla hasta el fin del mundo sin ser consciente del peligro que corres.

—¿Qué estás queriendo decir? —mientras James aguardaba una respuesta, todos miramos a los Pendleton sin comprender.

—Estás enamorado de Mitzi hace años. Ella también lo sabe; no finjan incredulidad. Tú siempre estuviste en contra de que vendiera esta propiedad, tal vez porque el hotel es el único lazo que te une a ella. No sé si te manipuló o es que no te interesa el negocio, pero hace tiempo que intentas hacerme cambiar de opinión. Creo que tu interés en mí de este último tiempo solo ha sido un señuelo para convencerme de conservar la propiedad. Así que tú, hijo, bien podrías

también ser el asesino de Haydock. Al igual que Suzanne, conoces el lugar y el manejo interno a la perfección. Aunque no logro descifrar si actuaste solo o en complicidad con Mitzi.

La religiosa se santiguó.

—Esto ha ido demasiado lejos —espetó James, agotado y sorprendido—. Además, yo llegué al hotel a las diez de la mañana. Haydock ya debía de estar muerto para esa hora. Prefiero creer que estás fuera de tus cabales antes que comprobar que realmente piensas todas esas atrocidades sobre mí.

—Ya no puedo confiar en nadie, ya no estoy segura en este lugar. Mitzi, quiero que me devuelvas la llave de mi habitación de inmediato.

—Por supuesto. Jamás la utilicé con otro fin que no fuera ayudarte. Espero que tu corazón encuentre la paz necesaria para aclarar pensamientos tan horribles.

—Estas personas que están a nuestro alrededor no tenían por qué ser partícipes de semejante disputa familiar —arremetió James, caminando de un lado al otro de la sala.

—Ellos tienen derecho a saber lo que está sucediendo en este lugar. La tormenta de nieve se ha desatado con fuerza y no sabemos cuánto tiempo nos mantendrá aquí recluidos. Además, no solo de ustedes desconfío. Hay otras personas que me han arrebatado la paz.

Lynelle estaba dispuesta a exponer a cada uno de sus sospechosos; y sus interlocutores, a oírla.

—No puedo olvidar que Lorianne intentó robar mi preciado prendedor que vale fortunas —explicó, acariciando su vistosa joya—. Debió de tomarlo de mi habitación mientras limpiaba. Con todo el alboroto de la muerte de Haydock, yo había olvidado ponérmelo. Cuando se le cayó en la habitación del señor Di Benedetti, el perro se lo llevó a la boca como un juguete. Sé que intentaste ocultar tu delito, Lorianne, pero no hay dudas de que tú lo tomaste. Tal vez por eso intentaste matarme, porque no querías que te delatara con el oficial Harbord. Te viste acorralada y sin salida, pues sabías muy bien que yo estaba disconforme en todo lo que se refiere a ti. Aún no puedo dilucidar si Collins o Suzanne fueron tus cómplices. Collins está tan cegado por tus escandalosas minifaldas que es capaz de cometer cualquier locura con tal de contentarte. Típico de enamorados, no miden las estupideces que hacen.

—Señora Pendleton —intervine de inmediato, ofendido por sus injurias—, mi prometida es una muchacha de moral intachable. Ella tiene el corazón más noble que jamás haya visto; el dinero jamás le interesó. Es tan bondadosa como bella, lo que hace que muchas

personas la juzguen y la envidien. No debes alarmarte por lo que dicen —le dije a Lorianne, tomando sus manos entre las mías—, el clavo que sobresale es el que primero se golpea.

—Tienes razón, que digan lo que quieran —repuso Lorianne con atractiva altanería—. Me casaré con el hombre más generoso del mundo, no voy a entristecerme por las habladurías de una mujer con ideas tan antiguas. No dejaré que nada ni nadie estropee este momento hermoso de mi vida. Planeo marcharme de aquí en cuanto la tormenta pase, no dejaré que me sigan maltratando.

—Ya fue suficiente —sentenció James—. Ya pueden volver a sus alcobas.

—Aguarden, aún no he terminado —lo contradijo Lynelle, generando descontento colectivo—. Leonard Hutcherson nos comentó una vez que es bioquímico. Sin embargo, cuando se registró en el hotel, dejó en blanco el ítem de empleo en el formulario de datos personales. Es curioso, como si quisiera ocultar su profesión.

—Soy bastante despistado —se defendió el acusado con una sonrisa y expresión relajada.

—Y no olvidemos que Haydock murió por efecto de una inyección mortal de digoxina, la cual intentaron ocultar bajo la falsa picadura de una araña. Y Carla Webster sufrió un ataque bastante similar. ¿Quién conoce mejor sobre drogas que un bioquímico? Alguien pudo haberlo contratado para que se encargase del trabajo sucio.

—Vaya, sí que tienen imaginación algunas personas —comentó Leonard sin inmutarse por la acusación que acababa de recibir.

—Si bien ese perro y Antonietta me han contrariado bastante, me atrevo a decir que Luciano y Hope son las únicas dos personas que nada tienen que ver con todo esto. Dos inocentes viajantes que jamás arribaron a este hotel con malas intenciones. Lo lamento por ustedes, pero deben saber con qué clase de gente están conviviendo —concluyó Lynelle.

Luego mirándonos uno a uno, afirmó:

—Carla Webster no intentó suicidarse, tampoco mató a su amante. Ustedes son mis verdugos, tienen mi sentencia firmada. No sé lo que traman, pero tarde o temprano la verdad saldrá a la luz. Ya no habrá más muertes en este hotel, al menos no la mía.

Luego, la señora se marchó ofendida con la frente en alto y el ceño fruncido. Todos nos miramos en silencio. Nada se movía; tan solo la nieve caía de forma constante más allá de los ventanales. La ansiedad nos carcomía. Alguien está distorsionando la realidad. Y nadie tiene dudas: este siniestro juego de miedo y manipulación recién

comienza.

Tercera parte

A continuación, se exhiben los documentos confiscados que narran los sucesos ocurridos en el Hotel Lansbury durante la tormenta de nieve que desencadenaron acciones y revelaron el lado más salvaje de los huéspedes. Queda a criterio del lector si los caminos que los sospechosos tomaron fueron los más sensatos o los más equivocados.

Hope Mellark a Ann Mellark

La oscuridad de este lugar se ha ceñido sobre mí. Me asfixia, me ahoga; querría derribar estos muros con los puños y largarme de aquí. Querría que todo fuera diferente. Jamás, ni en mis sueños más retorcidos, creí que este viaje se teñiría con tanta sangre. Tengo una imaginación muy vasta, pero todo este embrollo me ha superado.

Te juro que intento controlar mi mente, intento frenar el desborde de malos pensamientos que se me clavan en el alma; no lo logro. A veces padezco una horrible soledad que nunca había tenido. Sé que no es cierto, sé que hay mucha gente hermosa a la que le importo. Ustedes no merecen mis restos, merecen lo mejor de mí; pero a veces la vida se me hace muy cuesta arriba. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Has sentido que estás perdida en un laberinto sin salida y que nada ni nadie puede salvarte? Lloro, pero las lágrimas no se agotan. Me acuesto por las noches, pero no me duermo. Nada sacia mi hambre, mi ansiedad; nada disipa mis temores más profundos.

He estado horas enteras en la cama, llorando con la luz apagada. La única luz que iluminaba mi habitación era la de nevada que irradiaba blancura desde la ventana. Las goteras del techo se han vuelto mis amigas. Cuando al fin me levanté, decidida a no quedarme de brazos cruzados, me encontré una carta de Leonard en el dintel de la puerta. “Por favor, hablemos”. Eso era todo lo que decía. No, no estoy sola. Pero tampoco conozco la verdadera cara de quienes me acompañan en esta pesadilla. Mi vida ya no es lo que era; creo que haber viajado a Cumbria fue un irreparable error.

Hace dos días que estamos encerrados; la nieve no ha dejado de caer, al igual que nuestro ánimo. Ya no recuerdo cómo se siente el calor del sol en el rostro, cómo luce un cielo azul o uno estrellado. Todos sabíamos que la tormenta iba a dispararse; el servicio meteorológico emitió una alerta para toda la población. Y, sin embargo, esto superó cualquier predicción. Aquí el silencio lo desgarra todo. La pena me amordaza, aletarga mis pasos, me hace tropezar en el camino.

Pocos días pasaron desde que los paramédicos se llevaron a Carla Webster. “Ellos no tienen sentimientos”, logró decir antes de desvanecerse. Y yo no dejo de preguntarme quiénes son ellos. ¿Recuerdas lo que te conté la otra noche por teléfono sobre Lynelle? Creo que nadie le tiene cariño; más bien diría que muchos se

beneficiarían con su deceso. No logro atar los cabos sueltos de esta historia, no puedo pensar en otra cosa.

Lynelle cree que soy una inocente y benévola viajante; qué ingenua es, qué confundida está la pobre. ¿Y qué puedo decirte? No necesito ser salvada. Me salvaré yo misma. Me tengo a mí, y me tendré para siempre. No pienso responderle a Leonard, no quiero saber nada con él. La vida está llena de decepciones, hermana. Y yo ya no quiero desilusionarme más.

Lamento si te entristecí con mi perorata, pero quiero contarte algo. Hace un par de horas, decidí que no podía quedarme quieta hasta que la zozobra me consumiese, por lo que abandoné la cama y me dispuse a ordenar mis ideas con un buen té de por medio. Me senté en el bello escritorio de madera frente a la ventana, crucé las piernas y me puse a jugar con los pequeños cajoncitos. En eso, noté algo inusual más allá de la ventana. La imagen era de una blancura infinita e impoluta. Los árboles cargaban profusas cantidades de nieve en las ramas, integrados en la perfección de aquel paraíso congelado. Tanta claridad me encandilaba, arrebataba mis sentidos y me hacía sentir parte del paisaje. Sin embargo, pude vislumbrar, a pesar de la incesable cortina de nieve, algo fuera de lugar. Varios globos negros se elevaban en el aire con altivez y contrastaban con la pintura albina que la naturaleza me obsequiaba. Sí: globos negros.

Agucé la vista tanto como pude, creyendo que la mente me estaba jugando una mala pasada. Pero al fin comprendí que aquello no era producto de mi imaginación. Gobernada por la curiosidad, me puse ropa abrigada y me preparé para salir al exterior a pesar de las condiciones climáticas. James había estado paleando durante horas a fin de despejar la puerta del hotel, y varios huéspedes trabajaron para formar un pequeño camino de acceso al invernadero y la capilla. La nieve ya había alcanzado más de un metro de espesor, por lo que su labor fue en verdad ardua. Por otro lado, las autoridades solicitaron a la población que permaneciera en sus hogares: el clima se había tornado demasiado hostil y el Gobierno no daba abasto con las fresadoras ni los extendedores de sal para despejar los caminos públicos.

Al abrir la puerta del hotel, un viento gélido me congeló los ojos. Tenía puesta una camiseta térmica, un suéter, un polar, dos camperas, calzas, botas altas color suela, guantes, bufanda, gorro y capucha. Aun así, sentía frío. De todos modos, tomé coraje y me aventuré tras los globos negros, deseosa de descubrir su secreto.

Adoro el peculiar crujido de la nieve al pisarla; es algo que me fascina. Sin embargo, debía ser muy precavida y prestar suma

atención en dónde pisaba. Un sendero de huellas se extendía desde el hotel hasta la capilla, por lo que otras personas debieron de pasar por allí antes que yo. Decidí usar esas pisadas como guía, confiando en que sería el camino más seguro. Mis pasos eran lentos pero firmes, pues nadie podía luchar con semejante cantidad de nieve. Debía de ser cerca del mediodía, por lo que podría decirse que era el horario más cálido, aunque la sensación térmica estaba por debajo de los cero grados.

Atravesar el bosque supuso una expedición fabulosa; me sentí inmersa en el glacial edén de Narnia. Las inmensas ramas de los árboles actuaban como sombrillas que me protegían de la nevada, por lo que allí el colchón de nieve era mucho menos espeso. Al alzar la vista hacia la copa de los árboles y el cielo, todo lo que veía se resumía en un inefable candor salpicado de vegetación. Cuando el sendero se tornaba incierto e impreciso, me veía obligada a desplazarme sujetada a los troncos de los árboles por temor a estar pisando agua congelada; no podía adivinar si debajo de la nieve había una capa de hielo dispuesta a quebrarse por mi peso. Así, fui abrazándome a los troncos para no resbalar y poder caminar por los despeñaderos por los que no se puede transitar sin riesgo de caer. De no haber sido por la protección de los árboles y porque alguien había pasado por allí antes que yo, me habría sido imposible recorrer el bosque.

Cuando al fin me topé con la capilla de piedra, me sentí la mujer más audaz y temeraria del planeta. Los globos ya no estaban. ¿Habría sido Antonietta quien había estado jugando con ellos? Aquello no era factible, pues Luciano le había prohibido salir; la pobre niña se la pasa jugando con su muñeco de Grogu y con su disfraz de Rapunzel.

La antigua construcción neogótica emergía del suelo con majestuosidad, resistiendo con estoicismo la severidad del clima y del paso de los años. La bella aguja de piedra que coronaba la capilla y los dinteles de las ventanas en lanceta cargaban el peso de la nieve, por lo que apenas podían distinguirse los vitrales.

Al rodear el pequeño santuario, me topé con dos hermosos zorros rojos que merodeaban el lugar. A pesar de ser silenciosos y cautelosos, logré verlos corretear entre unos arbustos congelados. Su pelaje resplandecía y se llenaba de los copos de nieve que caían sin cesar. Me habría encantado seguirles el rastro. Sin embargo, noté que la nevada se estaba tornando más espesa a cada minuto, por lo que consideré prudente regresar al hotel en breve. Los zorros se internaron en el bosque y yo seguí mi camino hacia el pequeño cementerio.

Jamás había sentido tanto frío como hasta entonces; cada

centímetro del cuerpo se me estaba congelando. Tiritando, moviéndome con dificultad, perdí la vista entre las lápidas, que se hallaban casi por completo ocultas por la nieve. Y entonces la vi. Mi espalda acarreaba una contractura muscular insoportable, pero aun así me acerqué a la mujer que sostenía el globo negro. Traía un abrigo holgado de color azul que se ondulaba con el soplido del viento y una capucha ceñida que le ocultaba el rostro. Estaba fija de pie frente a una de las lápidas.

Caminé hacia ella con la intuición de que estaba viendo un fantasma. Nada parecía ser real, tan solo esa figura que se desdibujaba de mi vista tras la cortina de nieve. Mientras me rechinaban los dientes, ella se mantenía firme en su sitio como si el frío la hubiera obligado a echar raíces en medio de aquella pequeña necrópolis. Intenté hablarle, pero no logré formular pregunta alguna.

En eso, la inconfundible figura de la hermana Mitzi apareció de la nada y tomó a la mujer de los brazos, como si intentara apartarla de allí.

—No deberías estar aquí con este clima terrible. Te pescarás una neumonía si sigues saliendo en medio del temporal —le dijo, tironeando su capa.

—¡Quiero quedarme! —exclamó la desconocida con voz quebradiza—. ¡Por favor, Mitzi! Deja que me quede unos minutos más.

—Lo siento, pero no es prudente para tu salud. Entremos a la capilla —replicó Mitzi con dulzura.

Cuando la mujer al fin le dio la espalda a la tumba para voltear hacia Mitzi, me encontré con un rostro demacrado por la pena y el paso irrevocable de decenas de inviernos. Sus ojos grises me dedicaron una mirada cansina, desabrida, insípida. Aquellos ojos habían visto demasiados soles y demasiadas lunas, y en ese momento no querían ver más que una lápida devorada por la nieve. Una infinidad de arrugas le surcaban la delicada piel, de una blancura en armonía con el lugar. El cabello, también gris, se le ondulaba hasta los hombros. La figura, toda ella me hizo estremecer.

Con tristeza, liberó el último globo negro que le quedaba para que el viento se lo llevara lejos. Me percaté entonces de que tenía la mano derecha vendada y un rastro de sangre seca había manchado el apósito. La escena se me antojó irreal, onírica. Y, sin embargo, nada parecía más auténtico que la zozobra que empañaba el brillo de esos ojos grises.

Mi atención, centrada en aquella mujer que jamás había visto en la propiedad, se vio interrumpida por una voz grave que habló a mis espaldas:

—Deberían buscar refugio. La tormenta empeorará de un momento a otro.

Aun asimilando que Leonard estaba tras de mí, giré impactada por su repentina aparición. Lo miré sobresaltada. Apreté la mandíbula con fuerza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté irritada, como si me molestara que respirase el mismo aire que yo.

—Vi los globos negros y me pregunté qué estaría pasando. ¿Te molesta que haya venido?

Por respeto a Mitzi y a la mujer que se sujetaba de su brazo, contuve una respuesta. No me preguntes cómo lo hace, pero ese hombre tiene un don para sacarme de las casillas.

—Vuelvan al hotel, no pierdan más tiempo —nos dijo la hermana con franqueza maternal.

Leonard me miró de soslayo. Tengo tantos sentimientos encontrados que se me hace un nudo en el pecho cada vez que te hablo de él. Mitzi ayudó a la mujer a caminar por la nieve mientras mis ojos se perdieron en aquella lápida que la tenía hipnotizada. El mármol grisáceo apenas asomaba de una montaña de nieve. Los cristales se habían desparramado por toda su superficie como si intentaran congelar los recuerdos que quedaban de aquella alma. Poco dejaba la nieve a la vista; alcancé a leer algo.

—¿Quién es L. Ellis? —pregunté; las palabras me golpearon la garganta.

La mujer de la capa se volteó hacia mí y me miró con ojos ausentes. En su rostro malogrado creí distinguir un atisbo de esperanza.

—No se habla de eso, Hope —me reprendió la monja de inmediato, como si acabara de decir una grosería—. De eso no se habla.

—¿Ellis? —repitió la mujer en vano. Su cuerpo estaba en Ambleside; su mente, solo Dios sabe dónde.

Mitzi la condujo a toda prisa a la capilla. Dediqué unos segundos a contemplarla. Sus pasos eran lentos y poco firmes, por lo que debía aferrarse a su acompañante para suplir las fuerzas que no tenía. El viento le arremolinaba la cola del abrigo, que se teñía de blanco por la nevada. Los cristales comenzaron a golpearme el rostro con mayor ímpetu y temí acabar igual de pétrea que aquella lápida.

Leonard y yo nos miramos sin entender, pero no era el momento de conjeturas o hipótesis; debíamos resguardarnos del temporal. El frío dominaba todo a su paso.

Más tarde te contaré qué pasó con Leonard después de nuestro

curioso encuentro en el cementerio. Me urge darme una ducha caliente para quitarme este horrendo frío que me ha calado los huesos.

Te llamaré enseguida, solo dame un par de minutos. Nadie puede huir del anochecer.

Leonard Hutcherson a Adele Grant

Hoy no fue un día más en Ambleside; hoy me he dado cuenta de algo que complica mi estadía y todos mis planes. Aquí, en este hotel, hay una persona que me conoce demasiado.

Estamos varados, lejos de la ciudad y de la policía. La nieve nos ha aislado por completo. Como te conté, Haydock está muerto, lo último que supimos de Carla es que se debatía entre la vida y la muerte, y Lynelle está convencida de que alguien intentó asesinarla. Pero ¿sabes qué? Aquí cada uno carga su cruz. Tengo mis propios fantasmas, mis propios demonios.

No puedo dejar de pensar en Hope, en la forma en que se le transformó el rostro al verme la cicatriz de la mano derecha. Hace dos días que me esquiva; entablar una conversación con ella es más difícil que encontrar un alce que hable. Pero mis sentidos no están dormidos, y no puedo evitar que la sangre me burbujee en las venas cada vez que sus ojos chocan con los míos. Con cada hora que pasa, me ahogo lentamente en mi mar de recuerdos.

Todo tiene un precio, y este juego en el que estamos inmersos no admitirá dos ganadores. Yo sé muy bien de qué lado estoy, y me pesa mucho reconocer que no es el mismo que el de ella. Ya nada puede curar este corazón envenenado, lleno de púas y espinas. Con todo el dolor del mundo, te aseguro que no puedo fiarme de Hope Mellark. Ya nada puede salvarnos, ni salvar lo que fuimos.

Hace un rato, mientras ayudaba a James y a Suzanne a abrir un camino que uniera el hotel con el invernadero, me encontré con una insólita suelta de globos negros. Atónito, intentando hallar una explicación racional, me dirigí al pequeño cementerio de donde salían los globos. Allí me encontré con la hermana Mitzi, quien estaba asistiendo a una anciana de aspecto lastimoso y demacrado. La mujer tenía la vista clavada en una tumba que apenas sobresalía entre la nieve como una ballena encallada: infundiendo desazón y un sentimiento de pérdida indescriptible.

Apenas pude distinguir algo: L. Ellis se llegaba a leer. Hope, que siempre termina vencida por su incontenible curiosidad, quiso saber quién era. La anciana, que estaba perdida en una maraña de

recuerdos, apenas pudo pronunciar aquel nombre. Pero Mitzi, descolocada e incluso molesta, frenó las preguntas de Hope replicando con “de eso no se habla”. Voy a averiguar más sobre la mujer que Mitzi protegía con tanto recelo.

En cuanto ambas se marcharon, Hope y yo nos quedamos a solas, envueltos en un silencio tan incómodo como corrosivo. No había aves en el cielo ni agraciándonos con sus cantos, pues la tormenta demandaba reclusión y respeto. Hope me miró de soslayo mientras sus labios rojos dejaban escapar un aliento tibio que formaba vapor al chocar con el aire gélido. De inmediato, me dio la espalda y emprendió el camino de regreso al hotel sin siquiera dirigirme la palabra.

Todos somos capaces de cometer locuras, acciones impensadas que jamás cometeríamos en estado de mesura. Considero la templanza una de las virtudes más valiosas. Sin embargo, cuando la desesperación nos arroja a nuestro estado más primitivo y salvaje, no todos poseen un alma tan magnánima como para refrenar sus impulsos desmedidos. A pesar de que la tormenta se abría paso en South Lakeland y dos crímenes yacían irresueltos, no iba a dejar las cosas así.

—¿Por qué huyes? —le grité—. ¿A qué le tienes tanto miedo?

Sus ojos me atravesaron como lanzas. La nevada no daba tregua, la temperatura seguía bajando y las esperanzas de volver a ser libres quedaban cada vez más sepultadas bajo la nieve.

—¿Disculpa? —me increpó.

—¿Podrías dedicarme un minuto de tu tiempo? —pregunté, intentando que mi voz sonara lo más amable posible.

—No tengo nada que decirte —respondió impasible.

Un segundo más tarde, volvió a darme la espalda y reanudó su camino. No tuve más dudas: yo no soy más que un estorbo en sus planes, cualesquiera que sean. Dominado por un impulso que exigía respuestas, me detuve frente a ella resoplando. Me convertí entonces en una muralla infranqueable, pues no la dejaría pasar hasta que respondiera mis preguntas.

—¿Por qué huyes de mí? He pasado mi vida entera buscándote. En cada hogar, en cada rincón de este maldito mundo. Te he esperado cada día de mi vida, pero jamás creí que te encontraría aquí, en este hoyo negro maldito por el diablo. Solo quiero saber por qué te escapas de mí, qué he hecho para repelerte de esta forma.

Silencio. Todo estaba en el más absoluto e insondable silencio. Parpadeando, Hope me observaba confundida.

—Me tienes completamente hechizado —continué diciendo,

consciente de que, después de pronunciar esas palabras, ya no habría vuelta atrás—. Mi presencia te repele y solo quiero saber por qué me ves como si fuera un monstruo. ¿Qué me estás ocultando?

—¿Quieres saber? Porque sé lo que has hecho —estalló al fin. Juro que había desprecio y aborrecimiento en su mirada—. Sé que mataste a Alistair Haydock. ¿También intentaste matar a Carla Webster? Pobre mujer. No he olvidado nada de ti. Sé quién eres, sé lo que hiciste. ¿En quién te has convertido, Joaquim Hofstadter?

Hope esquivó mi desconcierto y se marchó del lugar corriendo con desenfreno entre la nieve. Debo admitir que no me esperaba ese golpe bajo. ¿Cómo pude estar tan ciego? Todos estos días estuve buscando lobos sin darme cuenta de que una leona me acechaba. Ella me envolvió con el seductor aroma de sus redes mientras yo rememoraba tiempos que jamás regresarán; es tan astuta y dinamita como la recuerdo.

Hope Mellark me ha descubierto. Sabe quién soy, sabe todo de mí. Pero no puedo permitir que nadie más lo sepa. Esto debe quedar enterrado en el corazón helado del bosque. Debo silenciarla, como sea, pero debo hacerlo.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Aquí estoy de nuevo, querida hija, rogando que la calefacción no falle y que la tormenta nos dé un respiro. Luego de despertar y de descorrer las cortinas de mi habitación, me encontré con una incesante nevada que ocupaba todo mi campo de visión. Dondequiera que mirase, todo estaba teñido de un albor mágico y brillante.

Enero es el mes más nublado en Ambleside, así como también el de mayores nevadas. Sin embargo, aquí no suele nevar en cantidad. Pero cuando lo hace, en pocas y aisladas ocasiones, más que una diversión, resulta un incordio. La ciudad se colapsa por completo, porque los servicios públicos no están preparados para soportar nevadas tan copiosas. Desplazarse por el lugar se convierte en toda una hazaña; comienza a haber escasez de diversos productos y el aeropuerto más cercano cierra. Los hogares se reducen a prisiones y los niños son los únicos que disfrutan estas crudas condiciones.

En el Hotel Lansbury, la convivencia se ha tornado tensa y forzada; me alegra mucho que no estés aquí. Lynelle Pendleton pasa la mayor parte del tiempo en su habitación; me figuro que invierte el tiempo elucubrando historias con las que debe de volver loco al oficial Harbord. Me compadezco de él. ¿Qué piensas sobre su hipótesis de

que uno de nosotros intentó asesinarla? No se me había ocurrido tal cosa hasta que ella expuso con tanto entusiasmo su lista completa de sospechosos. Al principio me pareció una especulación disparatada, pero, con el paso de los días, la idea fue decantando en mi mente hasta encontrarle sentido. Existen grandes móviles por los que Lynelle podría ser asesinada, y muchas personas poseen los medios suficientes para concretar el crimen. Creo que, en algún punto, la señora Pendleton me da pena. Debe de ser horrible sentir que las personas solo están a tu lado por conveniencia, por no tener otra alternativa o, en el peor de los casos, porque planean asesinarte.

James se ha mostrado en extremo amable y solícito con todos los huéspedes del hotel. No solo se preocupa por nuestra seguridad y bienestar, sino que también se siente responsable de nuestros intereses particulares; te aseguro que modificaría el clima si pudiera hacerlo. Ha organizado partidas de naipes con Hope, Luciano y Antonietta. No es habitual ver al dueño de un lugar encargarse personalmente de estas cosas.

Por otro lado, se nota que él y Mitzi son muy cercanos; los encontré conversando en varias ocasiones. Ambos están preocupados por la salud de Lynelle, temen que no esté tomando los medicamentos o que somatice sus miedos y acabe enferma. La hermana Mitzi ha intentado acercarse a la señora, pero es muy testaruda y huraña; no confía en nadie en absoluto, ayer le pidió a Lorianne que probara su cena antes que ella, porque temía que estuviera envenenada. A pesar de su descortesía y de haberlos acusado de asesinos, tanto James como Mitzi continúan cuidándola con esmero.

Luciano, por su parte, se encuentra inmerso en sus propios laberintos. Lo oí hablar por teléfono hace dos noches. No fue mi intención hacerlo, pero él había salido a buscar señal de móvil cerca del estacionamiento y yo debía palear esa zona de la casa. Creo que hablaba con su hermano, en italiano, por supuesto. Aunque las lenguas latinas no son mi fuerte, tengo algunos conocimientos básicos de italiano, y estoy segura de haber oído las palabras divorcio, tristeza y enamorado. Creo que, de todos los que estamos aquí, él es el alma más afligida de todas. Se desvive por su hijita, una chiquilla revoltosa y alegre que está fascinada con la nieve y con los disfraces; para ella, todo esto es un sueño repleto de diversión.

Leonard es muy hermético, no habla mucho sobre sí mismo, aunque sabe bien cómo oír a los demás. Es muy educado y correcto, ayuda en todo momento y no le he oído ni una queja durante toda la estadía. En otras palabras, es el huésped perfecto. Al parecer, está feliz de pasar aquí el temporal y no en casa de sus padres. ¿Se llevará mal

con ellos? Recuerdo que nos contó que la familia de su futura cuñada estaba pasando una temporada en su hogar. Pues yo lo veo muy tranquilo y a gusto. Por alguna razón, él prefiere estar aquí y no en su casa.

Las únicas dos personas que viven en otra sintonía son los tortolitos Lorianne y Collins. No hay quien los separe; siempre riendo y cotilleando, van a todos lados pegoteados. Me alegro por ellos; se los ve plenos, en perfecta sintonía con el amor que se profesan. Como si hablaran un lenguaje que solo ellos comprenden, parecen inmersos en una realidad paralela a la que nada ni nadie puede acceder, ni siquiera un homicidio. Con solo mirar a Collins, el rostro de Lorianne se convierte en primavera.

Sin embargo, hoy tuve con ella una conversación que me dejó un poco preocupada. La muchacha estaba en la biblioteca, sacándoles brillo a los muebles, cuando advertí que estaba inusualmente seria. Tenía la mirada perdida; parecía estar muy lejos de aquí.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté—. Puedes tomar un descanso si lo deseas. Ahora que no podemos salir, hay tiempo de sobra para limpiar.

Me encontré entonces con dos ojos asustados.

—No es nada. Estoy bien —caviló, intentando fijar la atención en un modular de roble.

—¿Estás segura de que no quieres hablar de algo? Deberías darte una ducha caliente y después seguir. Oí por la radio que varios pueblos cercanos estuvieron todo el día sin agua.

—Ya sé quién robo el prendedor de Lynelle —me soltó sin anestesia—. Sé quién lo hizo.

—¿El prendedor de Lynelle? —repetí, en un intento fallido de sincronizarme con ella.

—La joya de zafiros y turmalinas que la señora Pendleton suele tener abrochada en sus echarpes. ¡La joya por la que me acusó de ladrona!

—Sí. Sí, claro. Lo recuerdo.

—Luciano Di Benedetti… —masculló Lorianne con mirada perturbadora—. Luciano lo robó.

—¿Cómo puedes asegurar una cosa así?

—Creo que nos quiere comprar a todos con una tierna imagen paternal y condescendiente que no me convence. Yo no le creo, aunque todos lo tengan en gran estima.

—¿Por qué estás convencida de que fue él quien intentó robar el prendedor?

—Yo le estaba limpiando la habitación. Como suelo hacer, dejé la

puerta abierta y me puse a trabajar. El *bulldog* no estaba cuando yo entré, por lo que debió de llegar más tarde. Tal vez sintió el olor de sus dueños y eso fue lo que llamó su atención.

—Cuando lo encontramos con Lynelle, el perro estaba en la puerta de la habitación —agregué, rememorando el episodio.

—¡Exacto! Cuando estaba tendiendo las camas, vi que se acercó a la pila de sábanas que estaban apoyadas sobre un sillón. Pero no tenía nada en la boca. Por lo tanto, Scully debió de tomar la joya de la habitación mientras yo estaba limpiando. Lynelle me acusó de ladrona, dijo que había aprovechado la confusión que la muerte de Haydock había provocado para quitarle el prendedor. Incluso insinuó que yo lo maté para robar su dinero. Luciano se aferró a esa hipótesis y aseveró frente a todos que yo lo había hurtado. Es obvio que él me quiso incriminar. La joya estaba en su habitación. Fin del asunto.

»Pero hay más. Después de que me enteré de que Haydock había fallecido, salí a la entrada para recobrar el aliento. Estaba hablando con Raymond cuando se nos acercó Leonard desde el bosque, y tú y Luciano, que venían del invernadero. Presa de consternación, afirmé que había un hombre muerto en el hotel. "¿Un hombre muerto? ¿Quién?", preguntó Luciano, fingiendo perplejidad. Intentó hacerse el sorprendido y adoptó una apariencia compungida de lo más mal actuada que he visto en mi vida. Es más que evidente que él bien sabía que era Haydock. Y después de eso, continuó con sus asuntos como si nada raro acabase de ocurrir.

—¿Estás segura de lo que dices, Lorianne? ¿Se lo has contado a la policía?

—Estoy tan segura que daría mi vida por ello —manifestó y me provocó un escalofrío que me sacudió todo el cuerpo—. Aún no se lo he dicho a los oficiales, recién hoy pude unir el rompecabezas. Cuanto más lo pienso, más me atemoriza estar encerrada en este lugar con él.

Sus penosas convicciones me arrebataron la calma que trabajosamente había mantenido durante el día. Jamás había considerado a Luciano como un sospechoso. ¿Quién más llevará piel de cordero?

Un segundo después, la pequeña Antonietta pasó por la puerta de la biblioteca arrastrando los pies y un cerdo de plástico que atraía la atención de su mascota. Lorianne se sobresaltó y dio un abrupto respingo. Con una mirada furtiva, se alejó de mí con aspecto lastimoso, temiendo que la niña hubiera oído nuestra conversación. Así, la joven me dejó a tientas, perdida en una maraña de dudas. Mi corazón latía con violencia, me quedé sin pestañear varios minutos. Podía sentir cómo el miedo se me infiltraba por cada uno de los poros

de la piel.

Los noticieros están repletos de homicidios y brutalidades. Los periódicos rebasan de asesinatos y actos despiadados. Hasta que un día te das cuenta de que los asesinos no están allí; un día te das cuenta de que están en tu casa, en tu jardín, en tu habitación. Y, aunque no los puedes ver, sientes su aliento tibio desgarrándote la cara.

Lorianne dijo que estaba tan segura de lo que decía que daría su vida por ello; espero que eso no haya sido una premonición. ¿Piensas que en verdad quisieron asesinar a Lynelle Pendleton? Te invito a resolver este acertijo. ¿Quién crees que mató realmente a Alistair Haydock? Soy toda oídos.

Leonard Hutcherson a Adele Grant

Hace dos días, cuando hablamos por teléfono, me pediste que te contara la historia de los niños de la tierra de leyendas. Como tenías que acostar a los pequeños, te prometí que te escribiría un correo electrónico. Siéntate a leerme con una taza de té. Hoy te revelaré algunas cosas que te ayudarán a entender lo que está sucediendo en el Hotel Lansbury. No soy muy buen narrador. ¿Quieres que empiece con “había una vez”?

Había una vez una criatura indefensa llamada Joaquim Hofstadter. El niño había nacido en una de las seis naciones celtas: Cornualles, un condado del suroeste de Inglaterra con fuertes raíces lingüísticas y culturales. El país del estaño, como muchos lo llaman por su historia minera, es una tierra agreste, salpicada por acantilados, playas rocosas, pueblos fantásticos y castillos medievales. Probablemente hayas escuchado hablar del castillo de Tintagel, cuna del épico rey Arturo. Aunque solo quedan ruinas, el lugar está impregnado de magia. También se encuentra el páramo de Bodmin, donde murió el rey Arturo; la laguna de Dozmary, en la que la Dama del Lago guarda la legendaria espada de Excalibur, y la piedra de Tristán, ícono del romance medieval de Tristán e Isolda.

Los córnicos son hombres vigorosos y de carácter fuerte, habituados a soportar el trabajo duro que implica la pesca y la minería. Además, las inclemencias climáticas y las aguas embravecidas forjan personalidades recias y taciturnas. Joaquim era un niño humilde que vivía en la costa. Jamás conoció a su madre, y su padre había quedado atrapado en una tormenta en altamar. Así, con la mayor tristeza que un niño puede albergar, Joaquim se quedó solo. Además de ser rudo e introvertido, estaba furioso por la vida

desgraciada que le había tocado.

En un punto equidistante entre el mar Céltico y Devon, se hallaba un pequeño orfanato que se había hermanado con las tradiciones locales. Allí, Joaquim encontró un nuevo hogar, con tantos matices como días en soledad. Con el paso de los meses, el niño hizo algunos amigos, e incluso llegó a disfrutar por momentos. Adquirió algunas palabras y expresiones de la lengua córnica y se volvió un verdadero entusiasta de algunas comidas típicas, como el *lussekatt* y el pastel de Stargazy, hecho con sardinas, huevos duros, panceta, cebolla y mostaza. Sin embargo, aunque el tiempo corría y él no encontraba una familia que lo adoptase, pronto halló una razón para sonreír todos los días.

Una tarde lluviosa de julio, una niña de enormes ojos y sonrisa prominente llegó al orfanato. Ella venía desde lejos. Tenía un gracioso mechón de cabello blanco que le crecía desde el alborotado flequillo; uno de sus ojos era azul y el otro, marrón, y llevaba una pequeña caja de cartón con lagartijas de mascota. En cuanto vio a Joaquim, le contó un millón de anécdotas sobre sus amigas reptiles y le narró todos los pormenores que había tenido en el viaje desde su anterior orfanato, que había cerrado. Al principio, Joaquim se sintió invadido por aquella niña jovial y parlanchina que solía meterse en problemas con demasiada facilidad. Pero, con el paso del tiempo, ambos se volvieron amigos inseparables y se prometieron que, si algún día los adoptaban, debían irse con la misma familia.

Joaquim volvió a sentir que no estaba solo. A pesar de que su padre había sido alcohólico y un fumador empedernido que debió de encontrar la muerte por culpa de sus adicciones, el pescador fue lo más parecido a un hogar que el niño había tenido. Sin él, ya nada tenía. No obstante, aquel encuentro azaroso entre Joaquim y la niña del mechón blanco se convirtió en algo que le marcó la vida para siempre. Más allá de la diferencia de edad, razón por la que Joaquim afirmaba que era más maduro que ella, no había nada que pudiera separarlos; su mundo se había enlazado por completo. A dondequiera que ella fuese, él iba. Todo lo que ella amaba, él lo amaba también, incluso comer esas horribles verduras que él solía despreciar. Recolectaban lagartijas, horneaban pasteles para los cumpleaños, jugaban a ser guardianes de castillos medievales e inventaron un juego de espadas llamado *Prohibido pasar*. Todo era perfecto para ellos, pues no eran conscientes de que eran huérfanos y de que, tarde o temprano, la vida los distanciaría.

Su unión era tal que muchos creían que eran hermanos. Solían llamarlos “los gemelos elfos”, en honor a otro de los juegos que habían

creado. El orfanato terminó convirtiéndose en su hogar; sus miembros, en su familia, y sus vidas al fin perdieron parte de la tristeza que tenían. Joaquim solo quería una niñez sin dolor, con recuerdos que valiese la pena recordar, con experiencias que lo hicieran mejor persona. Y la niña sabía cómo darle todo lo que él necesitaba, todo lo que él anhelaba de la vida.

Esa pequeña inquieta y arrebatadora, que juntaba caracoles en la playa e inventaba historias fantásticas para narrarles a los más pequeños, era Hope. Y ese niño huraño y quejoso, que prefería corretear con un perro antes que estar con otras personas de su edad, era yo, por supuesto.

El Hotel Lansbury, después de todos estos años, hizo que nuestros caminos volvieran a cruzarse. Mi vida no fue sencilla sin ella; me pregunto cómo habría sido todo si jamás nos hubiéramos separado. No sé cuál es mi destino, qué me deparará el futuro. ¿Crees que haya personas que están destinadas a estar juntas? Pensé que la había perdido para siempre. Cuando se la llevaron del orfanato, mis días volvieron a ser insípidos. Sin embargo, ahora que la he encontrado, siento que no es la niña que solía ser. Hay una frase de *Los diarios de Adán y Eva* que solía recordarme a ella:

En la tumba de Eva:

Dondequiera que ella estaba, allí era el Edén.

Adán.

Pero hay más, hay mucho más que eso. Si Hope fuera una rosa, te aseguro que yo no dejaría de desangrarme por sus espinas. Tengo serias sospechas de que ella es una criminal, pero no puedo dejar que mi subjetividad estropee mi trabajo. Llegaré al fondo de este asunto más allá de las consecuencias. Hope me ha estado embaucando con sus ojos inocentes y su sonrisa infantil. Yo sé muy bien que lo que sucedió en el pasado quedó en el pasado, pero cada vez que la veo, solo puedo revivir lo felices que fuimos juntos. Las personas somos esclavas de los recuerdos, sean buenos o malos.

La situación está perdiendo los frenos; todos, de una u otra forma, estamos desbarrancando. ¿Quién es Hope Mellark en verdad? ¿Por qué vino al Hotel Lansbury? Sé muy bien que no está aquí por amor al turismo.

Mis sentimientos son un maremoto, me corroen por dentro y me desvelan en las madrugadas. Así de sombría es mi realidad; pues sigo siendo el mismo niño, disfrazado de adulto, intentando encajar en un mundo de decepciones. Me siento desahuciado, aunque una oleada de altruismo intenta convencerme de que tengo todo bajo control. Pero es solo una fantasía.

Globos negros, muñecos hechos con piñas, sangre en la nieve, una tumba que invoca mundos paralelos, un asesinato, un intento de homicidio y varias personas encerradas en este hotel maldito, dispuestas a hacer cualquier cosa por sobrevivir. ¿Quién podría armar las piezas de este rompecabezas? Estamos muriendo en este invierno, uno por uno.

¿Qué crees tú? ¿Alguien morirá esta noche otra vez?

Hope Mellark a Ann Mellark

Los copos de nieve no han dejado de caer en South Lakeland, forman montañas blancas que adoptan las formas más caprichosas. Este es mi noveno día en el hotel, y déjame decirte que estar aquí recluida me está enloqueciendo. James y Suzanne se turnan para abrir caminos en aquel merengue que tanto divierte a Antonietta. La sombra de la muerte camina por los pasillos de este tétrico lugar y la niña solo piensa en dar paseos en improvisados trineos hechos con bolsas plásticas. Pero los adultos bien sabemos que estamos inmersos en un laberinto sanguinario y sin compasión, pues este sitio ya se cobró una vida.

Esta mañana, después de tomarme tres tazas de *earl grey* con un par de deliciosas tostadas con huevo frito y alubias al horno, me propuse realizar una pequeña excursión al invernadero. Está prácticamente rodeado por el bosque, al noroeste se encuentra el hotel y hacia el este, la capilla, el cementerio y las ruinas. ¿Recuerdas el dibujo que te hice?

La cubierta exterior es traslúcida, puesto que las paredes y el techo a dos aguas están construidos con vidrio y plástico. Allí, un magnífico microclima proporciona un ambiente ideal para poder dominar diversos factores de cultivo, como la humedad, los sistemas de riego y el control de plagas, y así permitir el crecimiento de especies fuera de época. Suzanne me ha estado hablando sobre la producción local de los alimentos que nos sirven a diario; creo que es uno de los aspectos que más le atrae de este lugar. Al ingresar al invernadero, notas un contraste entre la temperatura interior y la

exterior. Al fondo se encuentra el cobertizo, un sitio un tanto desorganizado y repleto de elementos. Me encanta mirar el cielo, ver la nieve deslizarse sobre el techo trasparente y sentirme protegida del frío y las heladas. Entre los diversos cultivos, aquí tenemos tomates, calabacines, ajos, cebollas y espinaca.

En cuclillas, inspeccionaba las hojas verdes de las lechugas, cuando mi sentido del olfato percibió un aroma extraño y pestilente. Miré a mi alrededor con el ceño fruncido, pero todo lo que vi eran plantines y verduras en desarrollo. ¿Alguien estaría manipulando un fertilizante o pesticida? De inmediato, una idea me vino a la mente. Este sitio está plagado de sustancias tóxicas. Me pregunté entonces si alguien habría tomado algún producto del invernadero para envenenar a Carla Webster.

Un segundo más tarde, me acerqué al sistema de ventilación a fin de llenar los pulmones con aire puro. Comprendí al instante que el olor hediondo era más fuerte en la ventilación que dentro del recinto. Busqué la puerta para salir de allí mientras mi frecuencia cardíaca aumentaba. No había nadie más en el lugar, ¿por qué me invadió un temor tan inmenso?

Tironeé del picaporte con fuerza y salí al exterior con nerviosismo. Luego comprendí que aquello repulsivo que invadía la atmósfera era un inconfundible olor a quemado. Había un incendio en el hotel.

Sobresaltada, miré a todos lados sin comprender qué estaba sucediendo. Una vez más, sentí miedo y desolación. ¿Por qué no se puede estar en paz en este maldito lugar? Los cristalinos copos blancos bajaban desde el cielo en absoluto silencio. Más allá vislumbré algo de color negro. Esta vez no eran globos que flotaban en el aire, sino una masa amorfa que crecía a lo lejos, se entremezclaba con la nieve, y en dirección opuesta, una columna gris y negra que se extendía con vigor hacia el firmamento. Aquella humareda en forma de hongo me dejó absorta, por lo que caminé hacia ella sin dudarlo ni un segundo.

El camino que James y Suzanne habían abierto aún servía, por lo que lo utilicé como guía mientras mis ojos no se apartaban de la nube de humo, difusa y sin contornos. El color grisáceo del cielo se mimetizaba con los gases de combustión, lo que dotaba al Hotel Lansbury de un aspecto lúgubre.

Noté que el incendio provenía de la parte trasera de la capilla, a medio camino entre el cementerio y las ruinas. ¿Puedes adivinar qué se estaba quemando? Una montaña inmensa de piñas de coníferas ardía bajo el abrazo del fuego. Las llamas las envolvían y se las devoraban con lenguas anaranjadas. Crujiendo mientras se deshacían,

los conos se consumían hasta convertirse en cenizas. De aquella insólita quema, brotaban chispas rojizas que danzaban en el aire dibujando trayectorias impredecibles. Jamás había visto la nieve y el fuego en un contraste tan manifiesto.

De pronto, divisé una silueta fantasmagórica que se deslizaba entre las sombras que proyectaba el fuego. Un espectro vagaba entre las cenizas que caían junto a la nieve. La figura de negro se adentró en la capilla antes de que pudiera alcanzarla, pero tuve la intuición que no era la primera vez que me topaba con aquella aparición. Intenté seguirle los pasos e interceptarla, pero la figura oscura fue más rápida que yo. Con un portazo que me hizo estremecer, comprendí que quien había causado el incendio huía de mí.

Entonces, sentí unos pasos apresurados a mis espaldas, lo que me hizo retroceder hacia la montaña de piñas incineradas. El hombre de sobretodo negro pasaba junto a las fulgurantes llamas anaranjadas. Tal vez mis conjeturas sean ciertas y él me haya estado siguiendo durante todos estos días.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté con tono acusador—. ¿Tú has causado este incendio?

—Claro que no —me refutó enseguida, burlándose de mi incriminación—. Nunca he fantaseado con convertirme en un pirómano.

Ofuscada, analicé la situación y entendí que Leonard intentaba apagar el fuego utilizando cubetas de agua; la manguera se había atascado con hielo.

—¿La has visto? A la figura de negro. La vi vagando por aquí como un alma en pena. ¿Recuerdas a la señora de ojos grises que encontramos en el cementerio con los globos negros? Podría asegurar que era ella deambulando por aquí. No sería raro que hubiera causado este incendio.

—¿La mujer de la tumba? ¿Dices que recogió todas estas piñas para hacer una fogata? ¿Con qué propósito lo haría? —indagó Leonard mientras vaciaba los baldes sobre las vigorosas llamas.

Quizás él tenía razón, pero una parte de mí me aseguraba que estaba en lo cierto. ¿Qué sería de nosotros si no nos dejáramos persuadir por la intuición? Con impaciencia, llevé la vista hacia la capilla, buscando a la mujer entre la nevada y la incertidumbre. Y la vi: un par de ojos grises que me estudiaban con una mezcla temor y desfachatez.

—¡Está allí! ¿La ves? Nos está espiando a través de los ventanales —clamé con arrebato—. Las cortinas acaban de moverse.

—Debe de haber sido el viento. Esa mujer está enferma —opinó

Leonard con escepticismo al tiempo que extinguía los últimos vestigios del fuego sin mojarse los guantes de cuero.

Sin embargo, haciendo a un lado sus palabras, me encaminé hacia la capilla.

—¡Hope! ¡Hope, ven aquí! —me llamó a mis espaldas sin que yo reparase en él ni por un segundo.

Me adentré en la sacristía. Varios armarios y vitrinas de ébano brillaban bajo la tenue luz amarillenta que emanaba una araña de cristal. Había un pequeño entrepiso en el ala opuesta a la entrada con varias bibliotecas repletas de libros y papeles. En el centro se hallaba un modesto escritorio sobre una alfombra de color borravino de estilo persa y las altas paredes estaban repletas de cuadros alegóricos e inscripciones en latín. Sentada en un rincón poco iluminado, con las manos tiesas sobre el regazo, se hallaba la mujer.

La mirada nublada estaba clavada en el altar que se alzaba unos cuantos metros a su derecha; yo no estaba segura de si había notado mi presencia, por lo que, con pasos sordos, acerqué una silla a ella y tomé asiento con lentos movimientos. Luego, miró por la ventana, omitiendo por completo mi presencia.

—Enero es mi mes favorito en Ambleside, pues todo se llena de un manto blanco y los niños se divierten a mares —comenzó a decir sin dirigirme la mirada—. Ellos no notan todos los inconvenientes que tenemos los adultos: salir a palear, tirar sal en las veredas, proteger las plantas, limpiar los automóviles.

En eso, Leonard ingresó a la sacristía, dejando entrar tras él un tenue y desagradable olor a quemado. Sus fuertes pasos captaron la atención de la mujer, quien le preguntó de inmediato:

—¿Es usted uno de los amigos de mi hijo?

—No, señora. Me hospedo en el Hotel Lansbury hace poco más de una semana. Mi nombre es Leonard Hutcherson y ella es mi amiga Hope Mellark. ¿Usted vive en el hotel? No sabía que aquí había huéspedes permanentes.

—Ambleside es mi hogar, mi hogar… —repitió.

—¿Cuál es tu nombre? —indagué con dulzura.

—Mi nombre es Joanne Burke, ¿y tú cómo te llamas, cariño?

Entendí que aquella extraña mujer no podía seguir el hilo de la conversación y crucé con Leonard una mirada de complicidad. Me compadecí de ella, le consulté:

—Mi nombre es Hope. ¿Quieres que te traiga un té caliente, Joanne? Está helando allá afuera.

—No, tesoro. Estoy bien así. Mitzi me ha preparado uno hace un rato.

—¿Usted conoce a la hermana Mitzi? —quiso saber Leonard, dando unos pasos hacia nosotras.

—¿Si la conozco? ¡Por supuesto que sí! Mitzi podría ser mi hija. La conozco desde que era una niña. Usaba dos coletas y siempre vestía alguna prenda a cuadrillé rosa. Siempre fue una criatura adorable.

—Yo la he conocido durante este viaje —continué Hope, al ver que Joanne se interesaba en la conversación—. Me resulta una persona muy agradable y caritativa. Pero la pobre siempre está a las corridas, de aquí para allá, atendiendo las necesidades de esta capillita y de quienes la rodean.

—¿Usted y la hermana son parientes? Creo que son bastante parecidas.

Me dio la sensación de que Leonard estaba mintiendo solo para que la anciana siguiera hablando; él siempre fue muy astuto.

—Podría decirse que somos prácticamente de la familia. Mitzi y mi hijo son novios. Llevan saliendo poco más de un año.

Joanne volvió a retirar la vista para perderse por completo en la nevada, cuyos incesantes copos caían con suavidad sobre las ventanas de la sacristía. Sin embargo, Leonard y yo nos miramos boquiabiertos. ¿La dulce y piadosa monja estaba manteniendo un romance oculto?

—¿Se refiere a la hermana Mitzi? —la escrudiñé, haciendo énfasis en la palabra *hermana*.

—Mitzi es una hija más para mí. Le agradezco a los cielos todos los días por tenerla en mi vida. No sé qué haría sin ella.

—Señora, ¿podría decirnos cómo se llama su hijo? —se atrevió a inquirir Leonard, leyendo mis pensamientos.

Joanne Burke volvió sus ojos grises hacia nosotros. La expresión desabrida y dubitativa me hizo sentir que estábamos hablando con una pintura. No puedo precisar dónde estaba su mente, solo puedo afirmar que no estaba allí con nosotros.

—¿Quiénes son ustedes? —nos preguntó, como si acabara de conocernos.

Una vez más, Leonard y yo nos miramos en silencio mientras el olor a quemado se metía en la sacristía a través de las rendijas de las aberturas. Un escalofrío me tomó desprevenida, puedo asegurar que aquellos ojos que me atravesaban como dagas tenían mucho para decir.

No puedo precisar cuáles son los secretos que yacen ocultos bajo el manto blanco del Hotel Lansbury. Tengo la extraña sensación de que aquí todos mienten.

Yo miento, lo admito. Pero ¿la dama de los ojos grises también miente?

Leonard Hutcherson a Adele Grant

¿Cómo van las cosas en Londres? Espero que allí el clima no sea tan insolente como aquí. Gracias por las fotos de los niños que me enviaste. Me parece una fantástica idea que los hayas llevado de paseo a una granja. Las fotos con los cerdos y con el braco francés son para enmarcar, pues tocan las fibras más sensibles de cualquiera.

Aquí todo sigue tan tenso como estaba. Abundan las miradas de soslayo, la falsedad y el cinismo. Tengo que admitir que la tormenta de nieve ha ayudado a distraernos de los sucesos escabrosos. Según el servicio meteorológico, la nevada acabará en tres o cuatro días. El oficial Harbord se comunica a diario con los administradores del hotel, a fin de recordarnos que no podemos marcharnos hasta que ellos no regresen para hacer nuevos peritajes. No sabes cuánto lamento perderme la fiesta de compromiso de mi hermano. (Lo digo con el mayor sarcasmo posible).

He estado pensado mucho en mis tres asesinas potenciales. El encierro y la atmósfera lúgubre que aquí se respira hace brotar en mí mis facultades detectivescas. Por un lado, tenemos a Carla Webster, quien ha quedado momentáneamente fuera de juego. Sabemos que mantenía una relación amorosa con Alistair Haydock y que fue envenenada. Es curioso que ambos hayan sido atacados, como si alguien hubiera estado en contra de esa pareja. No nos han comunicado nada sobre el estado de salud de Carla, por lo que no sé si estará viva. También me sorprende que ambos hayan sido envenenados; eso nos habla de un patrón que se repite.

¿Recuerdas que en mis primeros días en el hotel vi a Haydock besándose con una mujer? Hay muchas posibilidades de que esa dama no haya sido Carla y de que estemos frente a un crimen pasional. De todas formas, el hermetismo y la antipatía de Carla siempre me resultaron de lo más sospechoso; ella jamás supo fingir y ocultar su malestar para con el mundo que la rodeaba. Antes de desvanecerse afirmó con voz queda: “Ellos no tienen sentimientos”. ¿Quiénes son “ellos”? No he dejado de preguntármelo desde entonces.

Lorianne, por otro lado, tiene un convincente disfraz de mucama *sexy* y enamorada. Ayer por la tarde, mientras Antonietta hacía muñecos de nieve y molestaba a Scully, la vi tomándole fotografías. Sí, fotografías. Con gran sutileza, la rubia corría el pesado cortinaje de la biblioteca para fotografiar a la niña. No sé si estaré equivocado o no, tengo que admitir que Lorianne me tiene completamente

confundido. La veo constantemente pasearse por el hotel abrazada a Collins, un joven tan rico como insípido. Supongo que tiene el tipo de belleza que a las mujeres les atrae y, si a eso se le suma su abultada billetera, se convierte en el candidato perfecto. Ellos siempre están inmersos en sus bromas privadas y se llenan de esos apodos ridículos que se ponen los enamorados. Solo verlos hace que me suba la glucemia; me van a volver diabético, te lo aseguro. Lorianne nació para estar bajo los reflectores, en las marquesinas o en las revistas de espectáculos. Espero que el pobre Collins sepa bien lo que está haciendo. Los hombres somos tan persuasibles.

El tercer lugar en mi lista pertenece a Hope Mellark. Tiene su papel de turista risueña y aventurera bien ensayado. Aquí todos le tienen cariño, a excepción de Lynelle, por supuesto, que la ha tratado con descortesía desde el primer momento en que la vio. No sé cuál será su problema con ella.

Necesito saber por qué Hope está aquí, por qué les dijo a todos que venía de Alaska como si intentase ocultar quién es en verdad. Pero, muy en el fondo de este corazón, me muero por saber si aún conserva aquellos sentimientos que nos unieron de pequeños. Tal vez ya nada quede en mí de la pureza de aquellos días; el mundo me ha convertido en una sombra de la oscuridad. Puede que ella no haya marchitado su espíritu conforme los años pasaban. No tengo la objetividad suficiente para poder formular una teoría imparcial al respecto. Por el momento, prefiero mantenerme al margen, reconociendo lo que en verdad es para mí: mi sospechosa número uno.

Comenzaba a anochecer cuando su presencia me tomó por sorpresa. Suzanne había estado intentando sin éxito encender el hogar a leña de la sala. James estaba ocupado paleando la nieve en la puerta del hotel y Luciano estaba analizando la evolución de Scully, quien había estado vomitando por atracarse con unas cuantas verduras del invernadero. Cerca de allí, Antonietta jugaba con una vieja y pequeña radio portátil que sonaba algo latosa. La canción *As it was*, de Harry Styles, llegó a mis oídos con un intento subliminal de mejorar mi humor. “*You know it’s not the same as it was*”, rezaba la melodía. No pude evitar pensar en lo que habíamos sido con Hope. Fuimos inseparables, pero nuestros caminos divergieron.

Cansado de haber permanecido más de media hora en cuclillas para encender el maldito hogar, me detuve sin darme cuenta en la enorme cicatriz que me atraviesa la palma de la mano derecha.

—¿Aún recuerdas cómo te la hiciste?

Su voz, ese sonido angelical que me transportó a la etapa más feliz de mi infancia, llegó a mí como el peso de una pluma, al tiempo

que sentía el andar de una hormiga imaginaria sobre mi cuello.

—No hay forma de que lo olvide —repliqué.

Me puse de pie junto a ella y su pequeñez me resultó adorable; creo que no ha crecido mucho desde nuestra convivencia en Cornualles, aunque, por supuesto, no se lo dije.

—Todos los meses, los benefactores del orfanato hacían una modesta inspección por las instalaciones y llevaban consigo a un grupo de ruidosos padres que ansiaban agrandar sus familias.

—Nos hacían formar en fila como soldaditos y la supervisora nos presentaba con nuestros potenciales padres adoptivos. Eso siempre me resultó muy incómodo, me hacía sentir en un escaparate. Yo no quería ser un maniquí, solo quería salir a jugar contigo como todos los días.

—La supervisora me había advertido que, por mi edad, era muy factible que ese día fuese adoptado. La directora no quería que pasara mi vida en el orfanato, pero a mí me tenía sin cuidado.

—Sí, lo recuerdo muy bien. Viniste pletórico a la casita del árbol y me dijiste que harías todo lo posible para impedir que te sacasen de allí. Eras un salvaje, y apostaría a que no cambiaste demasiado. Solo que ahora conduces una Range Rover en lugar de un cazabombardero imaginario.

La sonrisa de Hope inundaba de luz mi oscuridad, pero era una luz ficticia de la cual no debía fiarme.

—La obstinación me acompañó desde que nací. Bajé del árbol y caminé a zancadas hasta encontrar una filosa roca con la que cumplir mi cometido. No recuerdo haber sentido dolor. Estaba satisfecho con mi acto de salvajismo.

—Cielo santo. Te abriste la mano como una naranja. La supervisora casi se infarta al verte todo ensangrentado.

—Fue muy divertido. Tendrían que haber retratado su cara de espanto.

—No fue gracioso, Joaquim. Mira la terrible cicatriz que te has ganado —me reprendió, llamándome por mi verdadero nombre.

—Escucha. No debes volver a decir mi nombre. No quiero que la gente sepa quién soy —repliqué mirando a mi alrededor a fin de comprobar que nadie nos había oído—. Además, déjame decirte que no me arrepiento en lo más mínimo de lo que hice. Logré mi cometido. Nadie me adoptó ese día.

—Estuviste toda la tarde en la enfermería y ninguna familia pudo conocerte. ¿Quién iba a querer acoger a un diablillo como tú? Tu plan salió a la perfección. Eras un niño y ya brillabas como todo un estratega. Temerario, aunque eficiente.

—Tú, en cambio, que regalabas sonrisas a los cuatro vientos,

decías palabras en italiano y moldeabas tiernas figuras en porcelana fría, fuiste el objeto de deseo de muchas familias. Yo era un simple niño huraño que prefería estar lejos de la gente y lastimarse a sí mismo con tal de que no me separasen de la única amiga que tenía en la vida. ¿Quién iba a fijarse en mí?

Hope intentó decir algo, pero las palabras se extinguieron en el aire y murieron en sus dulces labios.

—Joaquim… —pronunció dubitativa, al tiempo que sus ojos me imploraban una demostración de mis sentimientos.

—Necesito que nadie sepa mi verdadero nombre —insistí con severidad. Le tomé el brazo y nos apartamos hacia un rincón de la sala —. Esto debe quedar entre nosotros.

Molesta con mi ruda reacción, los labios se le curvaron en una irresistible sonrisa y, alzando el mentón para disimular lo pequeña que era a mi lado, declaró:

—Vaya, ahora eres tú el que anda pidiendo favores de confidencialidad.

Su mirada era un camino sin retorno. Pero yo no he venido hasta aquí en busca de falsos amoríos.

—Está bien. Al menos llegamos a un acuerdo. —La aferré a mi cuerpo, intentando persuadirme de que no quería saciar su apetito—. Yo no revelaré tu secreto si tú no revelas el mío. ¿Tenemos un trato?

—Entonces no lo has olvidado —afirmó Hope, suavizando la expresión hasta parecer frágil y angelical.

—¿A qué te refieres? ¿A que juré quedarme a tu lado para siempre? ¿A que te dije: “No dejaré que nadie me adopte hoy”?

Hope no contestó. Sentí en mis brazos la forma en que sus músculos se relajaban; su cuerpo bajó las defensas. Por primera vez, sentí que Hope derribaba sus murallas con tal de que yo expresara lo que realmente sentía por ella.

—Puede que tú hayas seguido con tu vida y hayas borrado todos los recuerdos que conservábamos juntos. Pero yo jamás pude sacarte de mi cabeza. No entiendo por qué tuvimos que volver a encontrarnos, no sé en qué clase de enredo nos estamos metiendo. Pero aquí estamos de nuevo, después de casi veinte inviernos y un centenar de incógnitas. ¿Por qué tuviste que volver a aparecer en mi vida? Dime que no se te eriza la piel de solo pensarlo.

Enseguida, me marché y dejé a Hope petrificada. Ella sigue siendo mi sospechosa número uno. No voy a dejar que me doblegue con esos ojos oscuros que tanto quise. Su presencia no hace más que atravesarme el alma.

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida Ann, no sabes cuánto te extraño. Este es mi décimo día en el Hotel Lansbury y, para serte franca, desearía que fuera el último. He pasado una noche horrible. Me quedé hasta tarde jugando a *Alguien morirá esta noche* con Antonietta; nos acompañaron Lorianne y su prometido. Es tan extraño verlos tan rebosantes de alegría cuando aquí todo está impregnado de inquietud. Durante la cena, nos han contado los proyectos que tienen para el futuro. Planean una boda familiar e íntima en la costa sur, una luna de miel de ensueño en Italia y luego regresarán a Londres para asentarse como familia. En el fondo, desearía estar en sus zapatos, puede que nunca llegue a conocer el amor tal y como ellos lo profesan. A Collins y a Lorianne les importa un comino lo que aquí suceda o deje de suceder. Se marcharán a Streatham en cuanto esta pesadilla se termine.

Aunque también debo decir que su alegría me ayuda a distraerme de mis cavilaciones. Hoy, durante el desayuno, estuvimos viendo un centenar de vestidos de novia con Lorianne y Suzanne. Si bien yo escogía los vestidos de corte princesa, escote corazón y las colas lo más largas posibles, Lorianne estaba convencida de que el estilo sirena con espalda descubierta era lo más favorable para su esbelta figura. En fin. No era eso lo que quería contarte.

Como te mencioné más arriba, he tenido unas pesadillas horribles. Venían a mi mente imágenes del bosque nevado, tumbas ensangrentadas y una sucesión escalofriante de globos negros. No puedo entender por qué existen los globos de ese color. ¿Crees que alguien estará haciendo brujería? Pero este hotel ha alcanzado otro nivel de horror.

Debían de ser cerca de las diez de la mañana. Los copos de nieve caían aletargados bajo un manto de nubes grises que salpicaban frío. Yo había decidido salir a tomar aire fresco al invernadero, pues, como sabes, soy tan hiperactiva que no puedo permanecer encerrada mucho tiempo. Dejé en mi mesa de luz un libro de Cormoran Strike que me prestó James Pendleton luego de que habíamos hablado de literatura durante la cena. Barajé la idea de envolverme las botas en bolsas de plástico, recomendación que me dio Luciano, pero que desestimé de inmediato, pues no combinaba con mi vestimenta. Lo siento, pero prefiero morir congelada antes que desaliñada.

Me encontraba analizando una pequeña grieta del cobertizo cuando percibí una imagen poco nítida que se desvaneció a mi derecha cual estrella fugaz. Al centrar mi atención, noté que unos altos árboles perdían la nieve que estaban cargando sobre sus largas

ramas. Alguien acababa de pasar corriendo por allí con gran prisa y claras intenciones de pasar desapercibido. Como adivinarás, mi curiosidad fue invocada y mordí el anzuelo de la duda. Al escabullirme en el tupido bosque congelado, divisé a varios metros de distancia la inconfundible figura del hombre de sobretodo negro. Leonard avanzaba con paso acelerado, por lo que me pregunté a dónde estaría yendo con tanta urgencia.

Con el mayor disimulo posible y a una distancia considerable, lo seguí a través del bosque invernal que vestía de algodón. Minutos más tarde, lo vi entrar con sigilo a la capilla María Reina. Mi presencia había pasado inadvertida, o al menos eso creí. Cuando éramos niños, nunca podía guardarme las ganas de molestarlo. Yo solía seguirlo a dondequiera que él fuera; no importaba qué diablura estuviera haciendo, yo iba a pegarme a él.

Despacio, empujé la enorme puerta de madera para ingresar a la capilla. De pie en un rincón, a unos cuantos metros del altar, me encontré con él. Más hacia adelante, sentada sobre uno de los primeros bancos de madera, se hallaba la dama de los ojos grises envuelta en un echarpe de lanilla; de sus malogradas manos colgaba un rosario de cuentas de madera. Al cerrar la puerta, el rechinar de las viejas bisagras delató mi presencia, por lo que Leonard se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo aquí? Esta es mi pista —me reprendió, de la misma manera en que lo hacía cuando jugábamos a resolver misterios en el orfanato.

—¿*Tu* pista? ¿Acaso estamos jugando a *Alguien morirá esta noche*?

Leonard echó un rápido vistazo hacia Joanne Burke y, al notar que ella seguía ensimismada en sus oraciones, declaró:

—Mitzi se ofreció a ayudar con la cocina a Lorianne y Suzanne; no vendrá por aquí durante la próxima hora.

—¿Y qué planeas hacer?

—¿Recuerdas que la hermana Mitzi se molestó contigo cuando indagaste sobre quién era L. Ellis? Pues me propongo investigar la razón. Tenemos una hora.

Me encantó que dijera *tenemos*, como si la vida jamás nos hubiera distanciado. Hacía días que me había tornado un tanto apática, pero sentir que estaba a punto de descubrir algo jugoso me colmaba de expectativa.

Luego de unos quince minutos, Joanne Burke abandonó su lugar y caminó con pasos de tortuga hacia la sacristía. Aprovechando la oportunidad, Leonard se acercó a ella y le dijo:

—Disculpe, señora Burke. Soy Leonard Hutcherson. ¿Me

recuerda? Ayer nos conocimos aquí mismo. —La mujer lo miró desconcertada.

—Oh, no estoy segura. ¿Es usted el nuevo sacerdote? Mitzi dijo que no habría misas durante la tormenta de nieve. Los caminos están cerrados. Es una pena.

—No, no soy el nuevo sacerdote. Tan solo me hospedo en el hotel, he venido a visitar a mi familia en ocasión del compromiso de mi hermano.

—Comprendo. Mis felicitaciones a su hermano. ¿Es usted su esposa? —inquirió la anciana y nos dio un baldazo de agua helada.

—No, no. Yo también me hospedo en el hotel. Se han hecho algunas amistades entre los huéspedes debido al encierro al que estamos sometidos.

—¡Cuánto lo siento! ¡Habría jurado que eran pareja! —Leonard analizó de soslayo mi reacción, pero yo rehuí por completo a su escrutinio—. ¿Saben? Estas nevadas no son frecuentes por esta zona. Como mucho, solía nevar un par de días seguidos. Pero jamás he visto tanta caída de nieve como esta vez. Vivo en Ambleside desde los cinco años, pero nunca había tenido que permanecer encerrada porque la nieve bloqueaba la puerta. Recuerdo un invierno, cuando los niños eran pequeños, que tuvimos que estar en casa cerca de una semana por orden de las autoridades locales. De todos modos, este invierno lo supera todo.

—¿Usted tiene hijos? —le preguntó Leonard, mostrando una faceta de Sherlock Holmes que me resultó fascinante.

—Sí, mis niños —recalcó, retrocediendo en el tiempo—. Emma y Ludwig. ¿Quieren que les muestre una fotografía? Siempre tengo una de ellos en mi bolso.

Ludwig. Aquel nombre resonó en mi mente como un choque de platillos. Si la dama de los ojos grises me había resultado un inquietante enigma por resolver, ahora se había convertido en un laberinto de preguntas y respuestas.

—Claro —la alenté efusiva—. No hay mucho que hacer durante la nevada. Traigo conmigo un paquete de almendras con chocolate. Podemos compartirlo.

—Muy bien. Síganme. Perdónenme por caminar tan lento.

Leonard y yo cruzamos una mirada expectante y seguimos a la anciana a través de los silenciosos pasillos de la capilla; su taconeo perezoso era todo lo que se oía en derredor. No sabía a dónde estábamos yendo, y debo admitir que esa mujer me daba escalofríos, pero me sentí envalentonada al tener a Leonard a mi lado.

Joanne Burke nos condujo a una pequeña y precaria habitación.

Todo el mobiliario que tenía era una modesta cama, una mesa de luz, un ropero desgastado, un par de sillas y un lavabo añejo pero pulcro. Nos invitó a tomar asiento y comenzó a revisar el cajón de la mesa de luz en busca de la mentada fotografía. Entretanto, Leonard hizo un comentario sobre la bella arquitectura del lugar y yo abrí mi paquete de chocolates.

—Gracias, tesoro. Estas delicias son mi perdición —aseveró al tiempo que atrapaba un chocolate con sus largos y delgados dedos.

—Siempre llevo conmigo un paquete de chocolates o de mentas. Suelo sufrir de presión baja, por lo que es una costumbre que me vi forzada a adquirir. Los climas extremos como estos ameritan una buena ración de calorías.

—Es cierto. Yo suelo preparar guisos nutritivos con gran variedad de verduras y carnes magras —comentó Joanne—. Así los niños crecen saludables y no andan pescándose un resfriado cada dos por tres.

—Mi abuela no podía empezar el día sin una buena taza de café con leche y pan con manteca. Sencillo y delicioso —agregué, para fomentar el diálogo—. Pero yo soy más del té. Una buena taza caliente ayuda a paliar cualquier dolencia del cuerpo o del alma.

—¡Aquí está! —clamó Joanne con inmensa alegría. Sus ojos eran un libro abierto que gritaba miles de palabras de melancolía—. Mis niños, mis dulces niños… —Leonard y yo nos impregnamos de la pena que emanaba de aquella mujer, y nos acercamos a ella en silencio—. Me casé cuando tenía veintiséis años. Si bien era joven, mi esposo Zach y yo no lográbamos concebir. Nos hicimos muchos estudios y pruebas de fertilidad, pero todas resultaban dentro de parámetros normales. Tal vez de esos temas no se hable con frecuencia, pero no conseguir tener un bebé es muy triste y más común de lo que se piensa. No teníamos ni treinta años, pero nuestro amor era tan grande que añorábamos más que cualquier otra cosa hacerlo expansivo.

Mientras Joanne hablaba, me sentí miserable por haber tocado un tema tan delicado. El corazón de esa anciana estaba repleto de secretos. Le tomé la mano con firmeza, como si con eso pudiera pegar todos los trozos en los que se le fragmentaba el alma, y me preparé para oír un relato que presagiaba lágrimas.

—Así pasaron un par de meses y los meses se volvieron años. Hasta que, un bendito día, nuestras plegarias dieron su fruto y quedé embarazada cuando menos lo esperaba. Puede que con el tiempo haya olvidado muchas cosas; mi mente vive jugándome malas pasadas. Sin embargo, una mujer nunca olvida lo que siente al llevar la vida misma en su vientre. Así fue como llegó Emma, la niña más feliz y bondadosa

que he conocido. Y dos años después, para nuestra sorpresa, el cielo volvió a bendecirnos con la llegada de Ludwig; un niño simple, sencillo, laborioso… un niño que nos cambió para siempre.

Una pausa repentina frenó el aluvión de palabras. Dudé rápidamente si debería dar por finalizada la conversación. Solo había una cosa que deseaba saber, pero nada valía el sufrimiento de la dama de los ojos grises. Me moví inquieta sobre la silla. ¿Cómo podía averiguar lo que estaba buscando sin aumentarle el dolor que la subyugaba?

—Ellos siguen aquí. Justo a mi lado. Nunca se han ido de su hogar. Esta niñita con las trenzas casi deshechas es Emma. Y el que está a su lado, con las gruesas gafas y demasiada altura para su edad, es su hermano, Ludwig.

Sus dedos, que parecían tijeras, arañaban la muerte venidera. Un ligero acceso de tos le hizo sacudir el huesudo cuerpo, que se cubría de un delicado manto de piel que hacía las veces de una capa arrugada y fría. Joanne sacó varias fotografías de un monedero rosado cubierto con pequeñas piedras. Una tras otra, todas las imágenes hacían brotar auténticas sonrisas en la anciana.

—¿Ludwig Ellis es este? ¿El más alto del grupo? —preguntó Leonard.

Estupefacta por tal osadía, clavé mis ojos en él para expresar mi descontento. Pero hizo caso omiso a mi ofuscación.

—Oh, sí. Ese es Ludwig. Era el más guapo de su curso, ¿saben? Tenía unas hebras de cabello colorado que yo adoraba; creo que había algún bisabuelo pelirrojo. No recordaba tener esta foto, no es de mis favoritas.

Mi corazón contrito me dolió. Joanne Burke, la dama de los ojos grises que paseaba por los desolados y helados pasajes del Hotel Lansbury, acababa de hacernos entender que su hijo, Ludwig Ellis, yacía enterrado en el pequeño cementerio de la capilla neogótica. Sentí mucho frío, muchísimo. Era la tumba de su hijo la que estaba bañada con sangre turbia, en aquella tétrica lápida colgaba con la cabeza ladeada un muñeco hecho con piñas, piñas idénticas a las que habían ardido y habían coloreado de rojo el reino pálido de la nieve.

—¿Y por qué no te agrada esta foto? —indagué.

En la imagen había cinco niños abrazados junto a la Bridge House, una diminuta casita histórica de Rydal Road de más de trescientos años, que está construida sobre un puente de piedra que corona el paso de un arroyo pedregoso y cristalino.

—Porque aquí está ese horrendo niño que se llevó a mi Ludwig. Hizo bien en irse de la ciudad, pues mi esposo y yo no habríamos

aguantado la tentación de colgarlo de un árbol.

—Dios santo, Joanne. ¿Qué estás diciendo? —La conversación estaba tomando un rumbo que me espantó—. Eran niños. No es bueno que guardes ese rencor tan lastimero.

—Lo siento. En verdad lo siento. —Unas lágrimas brotaron de aquellos ojos del color de un día nublado; en el silencio, podía oír los sollozos espasmódicos de su cansado corazón—. No debí abrumarlos con mis problemas.

—Está bien. Es saludable hablar sobre lo que nos atormenta —añadió Leonard, intentando apagar el incendio que había provocado—. Si nos guardamos las penas para nosotros mismos, acaban envenenándonos. Somos prisioneros de nuestros recuerdos, pero también podemos convertirlos en nuestro combustible.

—Es cierto. Además, Emma regresará pronto con sus niños. Emma no se ha ido. Emma no va a la cascada.

Miré a Leonard con franca preocupación; debíamos hacer algo de inmediato para combatir el abatimiento de Joanne.

—¡Oh! Veo que estás leyendo a Jane Austen, una de mis novelistas favoritas. ¿Quieres que te leamos un rato? —propuse con entusiasmo, tomando el libro *Emma* que encontré sobre una estantería—. Apuesto a que llamaste así a tu hija en honor a esta hermosa obra.

—Es verdad, es verdad… Te agradecería que me leyeras. Creo que dejé mis lentes en alguno de los bancos de la capilla.

—Iré a buscarlos antes de que alguien los aplaste —Leonard intentó hacer un chiste, pero fracasó por completo.

—Joven, por favor, llévate esta foto contigo. No quiero ver a Haydock nunca más. No debí guardarla durante todos estos años. Como han dicho, hay recuerdos que envenenan y no quiero seguir infringiéndome daño. Quémala. ¡Quémala hoy mismo!

Quedé paralizada con el libro abierto en las manos. Leonard se quedó de pie en la puerta del pequeño cuarto, tomó la foto que la anciana le tendía y la guardó en su sobretodo con lentitud.

Hermana Mitzi al padre Medardo

Querido padre:

Que la gracia de nuestro Señor esté contigo. Querría saber si será posible contar con sus servicios espirituales en cuanto la tormenta de nieve lo permita. Me urge confesarme. Le ruego me disculpe por la insistencia.

Mis más sinceros cariños y bendiciones.

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida hermana, aquí estoy otra vez. Me alegro de que todos estén muy bien por allí. Me da tranquilidad saber que tú no estás inmersa en este laberinto de intrigas que resultó ser el Hotel Lansbury. Cuánto me alegra que no hayas venido conmigo; me sentiría muy culpable si te hubiera arrastrado a este infierno. Sé que es muy tarde, casi la una de la madrugada, pero hay algo que me urge contarte.

La noche era tan oscura que me sentía en la boca de un monstruo de dimensiones colosales. El reloj acababa de dar las doce de la noche. Nada perturbaba el silencio, pues todos estaban en sus habitaciones, a resguardo del frío. Allí afuera, la nieve continuaba cayendo con mutismo y perseverancia. Fastidiada por no poder conciliar el sueño, concluí que lo mejor sería ir a la cocina a prepararme una taza de té caliente a fin de acallar los pensamientos que imposibilitaban mi descanso. Al pasar por la habitación ciento diez y ver la cinta policial que impedía el acceso, me sacudió un escalofrío. Y un poco de curiosidad.

Haciendo caso omiso a mi naturaleza detectivesca, bajé a la cocina y me preparé un *blend* en hebras llamado "Navidad en Praga". Pero mi mente, que se repartía entre la muerte de Alistair Haydock, el ataque a Carla Webster, el reencuentro con mi amigo de la infancia y la verdadera razón por la que había viajado hasta Ambleside, me jugó una mala pasada. Con mi torpeza como protagonista –no me preguntes cómo pasó–, tropecé con la bandeja de té en la mano y la azucarera se estrelló contra el suelo. Contrariada, me encaminé hacia un pequeño cuarto de limpieza bajo la escalera. En un momento el silencio me resultó ensordecedor y la quietud, desasosegante. Estaba sola, pero podía sentir que alguien me observaba.

En aquel pequeño espacio había escobas, escobillones, franelas y demás productos de limpieza. Al inclinarme para tomar una pala, sentí una súbita ráfaga, como si alguien acabase de entrar en el recinto. Y, entonces, la puerta se cerró a mis espaldas.

Espantada, giré hacia atrás con las pupilas dilatadas por la adrenalina. Leonard Hutcherson apareció frente a mí con una expresión risueña y un tanto desinhibida.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Acaso quieres matarme de un susto? —lo reprendí, ahogando un grito que pudo haber despertado a todo el hotel.

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo hablar con una vieja amiga?

—Estás ebrio —afirmé al percibir notas de alcohol en el ambiente.

Allí, encorvado por su altura en aquel reducido sucucho, me causó risa. Leonard tenía que ladear la cabeza con cuidado para no golpearse con el foquito tenue de la luz cálida. Llevaba una camisa celeste claro arremangada y un chaleco azul.

—No tienes ni idea de las noches de embriaguez que he pasado. Puedo asegurarte que hoy estoy bien sobrio.

—¿Y entonces por qué apestas a ginebra? —lo apremié.

—¿Recuerdas nuestro primer beso? —me preguntó sin anestesia, ignorando mis palabras—. Estábamos sentados junto a un estanque. Tú estabas decidida a atrapar un sapo. Estabas convencida de que se convertiría en humano si lo besabas.

—¿Estabas celoso? —indagué con una sonrisa indeleble.

—Es probable. —Sus ojos oscuros brillaban—. Mientras buscabas a tu bendito sapo, no parabas de hablar sobre *La Flauta mágica* de Mozart. Nos habían llevado a la ópera para celebrar el aniversario número cuarenta del orfanato. Yo había estado contigo durante todo el evento, pero, aun así, tú querías contarme todas las sensaciones que habías vivido.

—Al parecer mis palabras te importaban un bledo. Recuerdo perfectamente que me besaste de manera repentina, para que me callara.

—No diría que el tema me aburría, pero, para serte franco, no estaba prestándote atención en lo más mínimo —confesó, atrapando mi cuerpo para pegarlo al suyo.

—Estropeaste la excelente descripción que estaba haciendo de la ópera, arruinaste la transformación del sapo en príncipe, te pusiste colorado como una cereza y luego comenzamos a tirar piedras en el estanque porque no comprendíamos lo que acababa de ocurrir.

—Lamento haber arruinado tu experimento. Pero te doy mi palabra de que puedo convertirme en tu príncipe. O tu pirata —me susurró al oído, haciéndome estremecer de pies a cabeza.

—Eres un maldito —espeté, intentando en vano escaparme de sus brazos.

—El mismo de siempre. O tal vez peor.

Leonard sabía que yo no podía resistirme a la fuerza de su masculinidad y a la seguridad que emanaba su presencia. Sentí su mano recorrerme la espalda y susurró:

—No sabes lo que daría por volver a probar tus labios.

—No conocía esta faceta tuya. Creí que solo eras un hombre huraño y de pocas palabras —comencé a decir tratando de acallar los

latidos desenfrenados de mi corazón.

—No uso perfumes ni me fijo demasiado en mi estética, apenas me recorto la barba. En eso no he cambiado en nada. Casi veinte años han pasado, pero hay cosas que no cambiarán jamás.

Leonard inspiró mi perfume y me hizo sentir extasiada por el inusitado abanico de sensaciones que me provocaba. Miles de recuerdos viajaron por mi mente.

—El día que llegué al orfanato, el día que te conocí, te encontré sentado bajo un árbol con un cachorro de bóxer bayo en brazos. Estabas preocupado porque tu nueva mascota estaba demasiado flaca y no comía lo suficiente. Esa fue la primera vez que hablamos, aunque al principio me mirabas con verdadera desconfianza y timidez. Ese perro nos acompañó muchísimo tiempo; tú lo recogiste del puerto. Entre todos, logramos convencer a la supervisora de que fuera la mascota del hogar. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas cuando se nos escapó a la cocina y se robó un montón de bifes de cerdo?

—Lo recuerdo —susurró, atravesándome con su mirada—. Lo recuerdo todo.

Sin darme cuenta, naufragué en la profundidad de sus ojos hasta llenarme de un sentimiento de seguridad. De pronto, noté que mis manos se habían aferrado a sus brazos y que no podía doblegar los impulsos de mi corazón. Él había sido mi hogar durante los años más solitarios y tristes de mi vida, y ahora que lo había vuelto a encontrar, sentía que seguía siendo ese magnífico refugio en el que sanar mi alma.

—¿Qué fue de tu vida después del orfanato? —le pregunté, muriendo por escuchar cada detalle—. ¿En qué te has convertido? ¿Qué has hecho todos estos años?

—Entre otras cosas, pensé en ti —me respondió con total naturalidad—. Imaginé que un día te encontraría casada, con una familia perfecta. Imaginé qué habría sido de nosotros si nunca nos hubiéramos separado. No quiero decirte en qué me he convertido, prefiero que me veas como el niño difícil que estaba en contra de la pesca e insultaba en cornuallés. Pero, en síntesis, gran parte de lo que hice fue extrañarte.

Definitivamente, el amor acababa de ganarnos la pulseada. Por mucho que había intentado convencerme de que Leonard ya no era aquel niño inocente, tuve que reconocer que a mi corazón le importaba un comino. No hay forma de separar dos almas que fueron destinadas a estar juntas. O al menos eso creí.

Un ruido seco quebró el clima en el que estábamos inmersos.

—¿Qué fue eso? —indagué sorprendida, apartándome de él como

si acabara de despertar de un sueño.

—No lo sé. Vino de arriba. La habitación de Lynelle es la más próxima a la escalera —recordó.

—Vamos. Ella estuvo actuando demasiado extraña estos últimos días —resolví, abandonando el armario de la escalera.

Sin perder tiempo, subimos los escalones a zancadas hasta llegar a la habitación de la señora Pendleton. La puerta estaba entreabierta. Leonard y yo cruzamos una mirada.

—¿Qué están haciendo aquí? —exclamó Lynelle.

De repente, apareció frente a nosotros sin hacer el menor ruido. Sus ojos azules arrojaban una mirada desafiante. Estaba envuelta en una manta de polar color beige, lo que le daba una imagen un tanto ridícula.

—Disculpe. Oímos un ruido extraño y vinimos a ver si todo estaba en orden —explicó Leonard con sinceridad.

—Por supuesto que sí. Se me ha caído al piso una caja con libros. No puedo dormirme. Este lugar está embrujado. Iré a buscarme una taza de leche caliente. —Luego, se dirigió hacia la escalera con expresión contrariada—. ¿Ustedes dos estaban juntos?

—Claro que no —me apresuré en contestar—. Nos encontramos aquí, en la puerta de la habitación.

—Como sea —refunfuñó rezongona, alejándose con desdén.

Lynelle había dejado la puerta del dormitorio entreabierta, por lo que la tentación de inmiscuirme en su interior me resultó irresistible.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me apremió Leonard mientras entraba a la habitación detrás de mí.

—Lynelle ha estado actuando muy raro desde hace días; no ha salido de aquí más que para comer o controlar al personal —respondí al tiempo que comencé a revisar cada rincón del sitio—. Quiero saber en qué está metida.

—Es una locura. Volverá en cualquier momento. No le des argumentos para que nos agregue a su lista de sospechosos.

—No seas llorón. Vigila en la puerta —propuse mientras abría los cajones del escritorio de roble—. Si escuchas pasos en la escalera, di la frase que usábamos cuando éramos niños para alertarnos si alguien se acercaba.

Leonard estaba tan sorprendido por mi iniciativa como fascinado.

—¿La has olvidado?

—“Los grillos saltan las estrellas” —respondió al instante, dejando en claro que el paso del tiempo no había alterado nuestros recuerdos.

—Hecho —acepté, y concentré toda la atención en la habitación

de Lynelle Pendleton.

En el lugar regía un orden implacable; tanta perfección me resultó ficticia. No había meditado las consecuencias ni las posibilidades que semejante infracción me reportarían, pero estaba convencida de que la dueña del hotel escondía algo.

—¿Y qué se supone que estás buscando? —musitó mi cómplice, desviando los ojos de la escalera por un segundo.

—No lo sé.

Los minutos me resultaron eternos, pues no podía ni imaginar el alboroto que podría armarse si Lynelle nos encontraba husmeando entre sus pertenencias. Pero no puedo arrepentirme de lo que hice, no cuando los resultados fueron tan reveladores.

Cuando creí que mi pequeña e improvisada investigación había llegado a su fin sin saldos positivos, me topé con el móvil de Lynelle, que yacía sobre una cómoda. Sin pensarlo, lo tomé creyendo que una clave de acceso detendría mi curiosidad. Pero mi asombro fue inmenso al ver que podía acceder al contenido sin ningún tipo de restricción.

—Dios mío —balbuceé, acercándome a Leonard con pasos trémulos.

—Rápido. ¿De qué se trata? —me preguntó sin abandonar la vigilancia—. ¿Hope? ¿Qué sucede? —insistió ante mi silencio.

—Son los mensajes que James le envió a Lynelle el día que encontramos a Haydock muerto.

—¿Y qué dicen? —exclamó furibundo.

Lo miré tan asustada como cuando me dijeron que me iban a adoptar sin él, como cuando caí en la cuenta de que nos separarían para siempre.

—“Tengo miedo de que Mitzi haya cometido una locura. Mitzi reconoció a Haydock”.

Tragué saliva y percibí el temblor que me agitaba las manos; en el silencio, casi podía oír los desacompasados latidos de mi corazón. Leonard, por alguna razón, continuaba impertérrito.

¿Entiendes la gravedad del asunto? Lynelle y James están ocultando algo. Pero ¿qué?

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Querida hija, hoy no tengo un buen día. Siento una opresión muy grande en el pecho. Jamás creí que este encierro podría causarme tanto daño. No es sencillo de explicar, no sé cómo poner en palabras

el malestar que me arrastra el alma. Aquí los ánimos no han mejorado. Conforme los días pasan, la intranquilidad colectiva aumenta. El ambiente se ha tornado hostil y tóxico. Todos sabemos que hay demasiados secretos bajo la alfombra, pero ninguno de nosotros se atreve a enfrentarse a la realidad. A veces es preferible aceptar una buena mentira que reconocer que las personas que amamos no son más que farsantes y traidores. ¿No crees?

Para paliar los malos pensamientos, no encuentro mejor remedio que mantener la mente en actividad. Hoy me he despertado muy tarde, no he pasado una buena noche; mis miedos siempre encuentran la forma de atormentarme. En cuanto me levanté de la cama, comencé a trabajar en los quehaceres del hotel con el afán de ahuyentar las inquietudes. Para mi sorpresa, al llegar a la cocina, me encontré con James y con Hope, quienes me habían ganado la carrera.

—Oh, buenos días, Suzanne. Siento el atrevimiento de haberme inmiscuido en tu cocina. Es que me desperté demasiado temprano y se me ocurrió que podía empezar a preparar el desayuno para todos —comentó Hope, al tiempo que se limpiaba las manos con un repasador.

—No tienes de qué preocuparte, Suzanne —agregó James con su habitual parsimonia—. Has estado trabajando sin parar y un poco de ayuda te va a sentar de maravilla. Mientras Hope cocinaba, yo estuve revisando los problemas de la cañería. El grifo aún pierde, pero al menos se puede usar.

En la mesada de la cocina había un despliegue de alimentos. Me encontré con champiñones, una sartén con salchichas fritas, lonchas de tocino ahumado, rodajas de tomates, unos cuantos huevos, aderezos, café humeante, el hervidor con el agua caliente lista, varias naranjas para hacer zumo y pan para las tostadas. James, por su parte, llevaba la camisa arremangada y había hecho un desparramo de herramientas por todo el lugar.

—Me sentaré a descansar un poco. —El dueño del hotel se ubicó en la isla de la cocina y se secó el sudor que le perlaba la frente—. Estas cañerías son muy antiguas y las heladas no ayudan.

—¿Cómo está tu madre, James? Hace días que permanece recluida en su habitación —le dije mientras ayudaba a Hope a saltear los champiñones—. No me parece sano que esté encerrada tanto tiempo.

—Me temo que nada puedo hacer para evitar que les dé rienda suelta a sus pensamientos. Ella es una mujer obstinada, no descansará hasta demostrar que alguien quiso asesinarla. Pero estoy convencido de que aquella loca teoría suya no tiene sustento. Me alegra saber que al menos no ha roto sus lazos con Mitzi, a pesar de las palabras

hirientes que le ha dicho.

Noté que Hope mutó su expresión al oír el nombre de la religiosa, como si una alarma interna se le hubiese encendido. Sin apartar los ojos de la sartén, declaró:

—Hace unos días conocí a una señora mayor que debe de tener una edad similar a la de Lynelle. Su nombre es Joanne Burke. ¿La conoce?

—¡La señora Burke! ¡Por supuesto! —declaró sorprendido—. Debería pasar a saludarla uno de estos días. Hace mucho tiempo que no la veo. ¿Cómo la encontraste? —indagó con sincero interés.

—Pues, si bien nunca antes la había visto, creo que sufre de algún tipo de demencia senil que le impide conectarse con la realidad.

—Sí, es cierto. Ella sufre de Alzheimer. Eso la mantiene unida al pasado, lo que le impide establecer vínculos reales con lo que sucede a su alrededor. Además, no siempre logra reconocer a las personas, incluso a las que la han acompañado durante toda la vida.

—Por lo que entendí, Mitzi la está cuidando. Me sorprendió encontrarla en la capilla. Creí que no había nadie más que nosotros en los terrenos del Hotel Lansbury.

—En realidad, mi madre le brinda asilo temporal a la señora Burke. La anciana tiene una hija. Su nombre es Emma, si mal no recuerdo. Ella suele viajar a Escocia luego de las fiestas de fin de año para visitar con sus hijos a la familia de su esposo. Joanne solía acompañarlos. Pero desde hace un par de años prefiere quedarse en Ambleside. Resulta comprensible que no sea aconsejable que se desplace por lugares en los que se podría extraviar y que agravarían su problema de salud.

—Pobre mujer. No sabía que Lynelle tenía aquí una amiga —comenté mientras buscaba los condimentos en la alacena.

—Yo no diría que son amigas. Creo que mi madre no tiene ese tipo de relaciones. Desde que enviudó, se mantuvo lejos de sus conocidos como una ermitaña. Ni siquiera está apegada a este hotel, que la ha acompañado toda su vida. Aunque debo admitir que es un enorme acto de bondad brindarle cobijo mientras su hija está de viaje. Y creo que has adivinado: deben de tener edades similares.

—Tal vez por eso sea tan piadosa con Joanne. Quizás se imagina que ella podría ser quien estuviera enferma y en una situación vulnerable, lo que la inclina a ser agradecida con la vida y a actuar en consecuencia. —La teoría de Hope me pareció del todo acertada—. ¿Mitzi se encarga de ella?

—Sí. Ambas se hospedan en las instalaciones de la capilla. Me compadezco por Mitzi, entre mi madre y Joanne la pobre debe de

vivir de aquí para allá. Y más aún con las circunstancias que atravesamos. Al menos Joanne se mantiene lejos de las fatalidades que han sucedido, a salvo con sus recuerdos —opinó James, abandonando su asiento—. Sé que mi madre no ha tenido un buen comportamiento los últimos días, pero les puedo asegurar que es una mujer en extremo bondadosa.

Hope estuvo a punto de añadir un comentario, pero la repentina aparición de Mitzi hizo que se guardara las palabras. La conversación cambió de rumbo y nadie volvió a mencionar a Joanne. James se marchó sin decir a dónde; Mitzi y Hope sirvieron el desayuno en el comedor y yo me dispuse a revisar la casilla de correo electrónico del hotel. No tenía apetito, por lo que preferí esperar para tomar el té.

En el silencio de la recepción, mientras buscaba mis gafas para la presbicia en los cajones del mostrador, una mano helada me tomó por sorpresa. Se me escapó un grito contra mi voluntad y giré creyendo que me encontraría con un monstruo de hielo.

—¡Dios santo! ¡Lorianne! ¡Por poco me matas de un susto!

—Lo siento mucho, Suzanne. No me di cuenta —replicó acongojada.

Me encontré con una versión lamentable de Lorianne, pues se notaba a la legua que algo le sucedía. Sus ojos turquesa me miraban impacientes y no había sonrisa alguna que le iluminara el rostro. El cabello perfecto, dorado y largo, lucía recogido en una trenza hecha con poco esmero.

—¿Qué te sucede, querida? ¿Acaso Lynelle te ha vuelto a tratar mal?

—No, no es nada de eso —respondió y luego miró a nuestro alrededor como si temiese que alguien nos escuchara—. Es Leonard. Vi algo en la habitación de Leonard.

Le tomé las frías manos entre las mías y noté que tenía las yemas de los dedos cubiertas con una delgada capa de polvo.

—Tiene un arma escondida en el armario.

Lorianne se quedó mirándome unos minutos. Para ser honesta, aquella revelación me dejó tan sorprendida que no encontré palabras para defender el honor del señor Hutcherson. Ambas intentamos encontrar una explicación lógica para justificar aquel hallazgo, pero no pudimos hallar una vuelta de tuerca que nos resultara convincente.

Ahora estoy en la biblioteca, escribiendo estas líneas en soledad. Hace un rato vi a Lorianne y a Collins hablando con expresión turbada, me figuro que ella le habrá contado a su prometido lo que vio en la habitación de Leonard. Pobre hombre, debe de querer llevarse a su amada de este loquero cuanto antes. Si hay alguien de

quien jamás podría desconfiar, es precisamente de Leonard. Me resulta un joven de moral intachable, servicial y atento, más dado a oír que a hablar. Pensé en contarle lo sucedido, quizás él pueda arrojar luz sobre este asunto, pero no me he animado. Comienzo a creer que aquí nadie está a salvo. La policía no puede regresar al hotel por las violentas nevadas y un dicho de tu bisabuela viene a mi mente: "Cuando los perros no están, los ratones bailan". ¿Era así? ¿Lo dije bien? Aunque, en este caso, sería: "Cuando la policía no está, los asesinos matan".

Acabo de oír un estruendo. Hija mía. ¡Acabo de oír un disparo! ¡Sí! ¡Fue un disparo! ¡Otra vez el mismo ruido! Viene de afuera; temo acercarme a las ventanas.

Debo irme ya mismo, tengo que saber a qué nos estamos enfrentando. Te amo, hija. Reza por nosotros; reza para que nos salvemos.

Hope Mellark a Ann Mellark

Cuando recibas este correo, léelo tú sola, Ann; no permitas que nadie más lo haga. Nadie en casa debe enterarse de esto. La muerte jamás ha estado tan cerca de mis pasos. Aún puedo sentir el sabor de la sangre coagulada en mi boca.

Estoy encerrada en mi habitación, bajo llave. Los copos de nieve golpean el cristal de la ventana. Intentan alertarme, mantenerme despierta. Tomé demasiada cafeína, no debí hacerlo. Solo he conseguido potenciar mis miedos, mi ansiedad y mi agresividad. No sé de lo que soy capaz. He tenido pensamientos que jamás me habían pasado por la mente, ni siquiera cuando el estúpido de mi exnovio cortó conmigo. He estado pensando en cómo matar a una persona en este hotel sin que nadie note mi falta. No me desagradó hacerlo, eso es lo más repulsivo de todo. Lo disfruté, lo disfruté a mares. Este lugar ha estado invocando mi lado más oscuro.

Hoy es mi duodécimo día en Ambleside. Hice algunas averiguaciones telefónicas sobre el asunto por el que he viajado hasta aquí, pero no he conseguido demasiadas respuestas. Todo sigue igual en el hotel. Cada uno está ensimismado en sus asuntos, lidiando con sus fantasmas, cargando los interrogantes que sobran. Anoche soñé con Leonard, y me reprocho a mí misma por haberlo hecho. Su piel blanca, tostada por el sol, tiene un aroma único e irresistible. Sus ojos oscuros me llaman a cobijarme en ellos sin ofrecer resistencia. Creí que lo había olvidado, el inocente primer amor, sin malas intenciones

ni intereses. Pero no fue así. Ese maldito sujeto de sobretodo negro me hace perder la cabeza.

Para reprimir el impulso de fundirme en sus brazos y oír la historia de su vida, por más atroz o delirante que sea, me concentré en los crímenes del Lansbury. Mitzi, con un tono de voz que jamás le había oído, me había prohibido hablar de Ludwig Ellis. Luego, me enteré por la dama de los ojos grises, que Ludwig era ni más ni menos que su hijo. Y, como si aquello fuera poco, Joanne aseguró que Haydock lo había asesinado.

Pero eso no es todo. El día en que Haydock apareció muerto en su habitación, James Pendleton le había enviado a Lynelle un mensaje que decía: “Tengo miedo de que Mitzi haya cometido una locura. Ella reconoció a Haydock”. Por tal motivo, deduzco que ellos ya se conocían. Tal vez Ludwig es el denominador común de tanta sangre.

Hay una realidad que no se le escapa a nadie, pude verlo con mayor claridad durante estos últimos días de encierro. James está perdidamente enamorado de la hermana Mitzi. No sé con exactitud hace cuánto tiempo se conocen, solo sé que tienen un vínculo. Por lo que entiendo, ella no responde a sus iniciativas amorosas, puesto que su vocación de celibato es incuestionable. Aun así, James parece amarla, puedo notarlo en la forma en la que la mira. Yo supongo que él la está encubriendo por amor.

En fin. Esta tarde el oficial Harbord tuvo una videollamada con varios de los huéspedes del hotel. Primero interrogó a Leonard, luego a Suzanne y por último a la monja. Como Mitzi no tenía señal desde la capilla, se instaló aquí unas horas. Entonces vi mi oportunidad: salí del hotel de inmediato y me dirigí a sus aposentos.

¿Te conté sobre los disparos de ayer? Fue un acontecimiento lamentable. Se oyeron dos estruendos; supe al instante que eran disparos. Los gritos de Suzanne se sumaron al pánico colectivo. La pobre se aferró a mis brazos como si yo pudiera hacer algo. Y de pronto, Lynelle bajó las escaleras para avisarnos que esos disparos los había hecho su hijo que había salido a cazar. ¿Puedes creerlo?

—Su actitud es estúpida y reprensible. Con este temporal no cazará más que una neumonía —declaró la anciana y salió a buscar a su hijo como si aún tuviera cinco años.

Como te imaginarás, James se deshizo en disculpas, pero yo sostengo que la reacción de Suzanne fue desmedida. Aun así, no puedo juzgarla. Este sitio es un verdadero infierno.

Mientras caminaba hacia la capilla, miraba a mi alrededor para cerciorarme de que nadie me siguiera. Se me ocurrió buscar a la señora Burke –ella podría darme más información–, pero la idea de

hurgar en las heridas de una mujer sufriente me hacía sentir culpable. Entonces me dirigí directamente a la habitación de Mitzi.

Me puse una chaqueta larga, ajusté la capucha con firmeza y guardé el móvil en un bolsillo interno para que la nieve no lo mojara. El clima no daba tregua. Comenzaba a oscurecer, por lo que me sentí imprudente e impulsiva por estar actuando tan en contra de la prudencia. Gracias al cielo, James había clavado señales rojas en los árboles para señalar el camino que unía el hotel con la capilla. Fue ingenioso, pues aquellas marcas rojas eran lo único que sobresalía en aquel pálido paisaje. Debía de estar caminando sobre un colchón natural de gran profundidad, pero yo no pensaba darme por vencida.

Sin embargo, la vida es dinámica. No todo sucede como lo planeamos ni podemos controlar nuestro entorno. Comprendí más tarde que haber salido del hotel cuando anochecía había sido un error. ¿Recuerdas el plano de la propiedad que te envié? El camino del bosque era el mejor y más transitado por todos, por lo que intenté seguirlo. Sin embargo, conforme el tiempo pasaba y el cielo se tornaba más y más oscuro, me di cuenta de inmediato de que me había perdido. Todo el lugar está repleto de árboles nevados, ¿cómo iba a saber que estaba tomando el sendero equivocado? Las señales rojas no me sirvieron de mucho.

De pronto, salí a campo abierto con mi brújula interna oxidada. Alrededor no veía más que un paisaje indiferenciado. Sí, estaba perdida; completamente perdida. Los inmensos abetos observaban mi pequeñez acongojados. Reinaba una quietud ficticia. La nieve derretida me había mojado la bufanda de polar, pero no había tiempo para perder en nimiedades. "Todo irá bien –me dije a mí misma–. Tarde o temprano, encontraré el camino de regreso". Sin embargo, mi suerte iba de mal en peor. El móvil tenía la batería baja y estaba sin señal, por lo que decidí guardarlo para cuando necesitase la linterna. Vaya suerte la mía. El sonido de algún animal nocturno me dio escalofríos.

Hacía unos días había leído una frase de Julio Verne que decía: "No hay obstáculos imposibles; solo hay voluntades fuertes y débiles". Basándome en esas sabias palabras, me convencí de que mi férrea voluntad me haría capear la tempestad que estaba atravesando. Entonces, todo cambió. Un grito hizo estremecer cada célula de mi cuerpo. Todo sucedió tan rápido que me cuesta recordar con precisión el orden de los hechos. El ruido provenía de unos arbustos que estaban a pocos metros de mí. Al mirar hacia allí, vi una silueta que alzaba un cuchillo en la mano derecha. Pude reconocerlo al instante a pesar de la escasa luz que bañaba el lugar.

¿Recuerdas que te conté que en una de las vitrinas de la biblioteca exhibían un machete militar plegable de la Segunda Guerra Mundial? Había pertenecido al padre de Lynelle, oficial de la Fuerza Aérea. James nos había contado su historia durante una de las tardes de encierro.

Aterrada, comencé a correr sin rumbo alguno en el afán de preservar mi vida. Quien me perseguía debía de ser un huésped del hotel, alguien que había visto el machete en más de una ocasión. Pero ¿quién? ¿Por qué me buscaba a mí? No hay forma de que logre entender qué tengo que ver yo con la muerte de Haydock y el ataque a Carla.

Jamás había sentido tanto pánico en toda mi vida. Ya no importaba el frío, la nieve, la poca visibilidad… ya no importaba nada.

Al tiempo que corría, gritaba pidiendo auxilio. Vociferé con ahínco hasta sentir la garganta en llamas. ¿Qué podía hacer? El corazón me martillaba frenético en el pecho, podía sentir las costillas desprenderse. En la carrera sin rumbo, mis pasos desahuciados me condujeron a las ruinas que se hallaban pasando el invernadero, detrás del cementerio. Aquel horrible lugar solía pertenecer a una familia que se ocupaba del mantenimiento de la capilla y los bosques del terreno. Solo quedaron los restos de la pequeña casa, puesto que su esqueleto delimita un espacio de límites reducidos. Las ruinas eran un laberinto de paredes inclinadas, techos caídos y escombros.

Los muros desvencijados podían ofrecerme un escondite pasajero, pero no me salvarían del asesino. Incapaz de razonar con claridad, comencé a actuar con torpeza. No podía permitírmelo. Debía buscar ventaja.

Me oculté detrás de un muro y comprobé con desánimo que el móvil continuaba sin señal. Intenté buscar a mi alrededor algo que me sirviera de defensa, lo que fuera. Ya no podía seguir huyendo. Cada vez que intentaba correr, me enterraba en la nieve. Y de repente, silencio. Solo podía oír el latir de mi corazón y mi respiración agitada. Aproveché aquella quietud para intentar llegar a la capilla para refugiarme y pedir ayuda si la señal lo permitía. Me agaché y caminé en cuclillas para distribuir mi peso y no hundirme en las montañas de nieve que había entre los solitarios muros de piedra.

Entonces, un golpe seco me sacudió la cabeza. Sentí un dolor terebrante sobre el cráneo, como si acabara de fraccionarse. Perdí el dominio de mi cuerpo y caí sobre el colchón de nieve. Mis párpados se cerraron, pesados, ardientes, doloridos. Sentí cómo mi cazador me tomaba de los tobillos y me arrastraba sin que yo pudiera ejercer la

más mínima resistencia. Logré entreabrir los ojos y distinguí el rastro que dejaba en la nieve. Gotas de sangre interrumpían el blanco inmaculado.

Quería gritar, pero no podía. Una cefalea indescriptible me dominaba. Solo veía mis brazos tiesos que se deslizaban. De pronto, el sujeto se detuvo. Y con él, toda mi vida. No puedo precisar cuánto tiempo me arrastró entre las ruinas. Solo puedo decir que vi algo que me resultó incoherente, desconcertante, imposible. Pero eso no fue todo. De pronto, mi captor me levantó la cabeza tirándome del cabello y me obligó a fijar la vista en un papel. Intenté hacer foco para entender qué estaba sucediendo, pero no lo logré. Con la visión borrosa e imprecisa, todo se me antojaba irreal y aterrador.

De a poco, comencé a ver con mayor nitidez. Los cristales de nieve caían con lentitud, cada vez en menor cantidad. Tal vez fue el dolor que me asolaba lo que me hizo reaccionar. Morir no estaba en mis planes, al menos no sin dar batalla. A pesar de la confusión y de la jaqueca, comprendí la razón por la que mi captor quería que despertarse. Tanto me sacudió la cabeza que al fin recobré la conciencia. Una mano enguantada sostenía una libreta, un anotador o algo similar. No puedo recordarlo. El anotador decía: “¿Por qué viniste a Ambleside?”.

Parpadeé varias veces hasta hacer foco. A pesar de mi falta de control, no se me escapó la cruda realidad: quien intentaba asesinarme quería saber por qué había viajado a Ambleside, por lo que no aceptaba el verso de que yo era una inocente turista aficionada. ¿Qué más sabría sobre mí?

Por supuesto que no le respondí. En primer lugar, no podía articular palabra alguna y, en segundo lugar, no iba a contar todo así tan fácil. Pero tengo un as bajo la manga; lo que no sabe es que pude reconocer quién era. Apostaría a que no lo puedes siquiera imaginar.

Adivina, adivinador, la muerte aquí se esconde, y solo yo sé dónde.

Leonard Hutcherson a Adele Grant

Aún se podía percibir cierta claridad en el cielo, pero la oscuridad de la noche no tardaría en engullirnos. Salí del Hotel Lansbury sin que nadie lo notase, quería que mis actos fuesen un secreto del que solo tú participases. El bosque estaba tan lóbrego como de costumbre. La nieve caía a desgano, como la luz de una luciérnaga que comienza a extinguirse. La nevada pronto cesará y, cuando eso

ocurra, la verdad saldrá a la superficie.

No tardé en notar que las señales rojas que James Pendleton había instalado en los troncos de los árboles habían sido alteradas. Había transitado por aquel sendero un centenar de veces, había ido y venido del hotel a la capilla en diferentes horarios, por lo que percibí de inmediato que algo no andaba bien. Antes de salir, no pude controlar los movimientos de los demás huéspedes, pero algo tenía claro: Hope tramaba algo.

Apreté el paso mientras el corazón comenzaba a galoparme sobre las costillas, podía sentir en la garganta el vaso de ginebra que acababa de tomar. El viento zumbaba en mis oídos. Me latía la cabeza; un presagio de muerte se me había instalado. Me pregunté entonces adónde conducirían las señales rojas y a quién iba dirigida la trampa. De pronto, me sentí diminuto entre aquellos árboles. Me di cuenta de que alguien me observaba, por lo que saqué mi Glock con la mano derecha y con la mano izquierda monté una linterna sobre la pistola. Lo juro, lo sabía; había un asesino en el bosque. Y no me refiero a mí. Había *otro* asesino agazapado entre las sombras.

Apunté hacia el frente y me moví como un fantasma sin emitir el más mínimo ruido. El sonido de un arroyo me tomó desprevenido; no recordaba ningún cauce de agua de camino a la capilla. Salí más tarde a campo abierto, dejando atrás murallas infranqueables de abetos nevados. Nada se movía; nadie aparecía, pero yo bien sabía que no era el único que andaba por el bosque con un arma en la mano. Los golpes en mi pecho se tornaron más fuertes. Me encontré entonces con dos pares de huellas que corrían en la misma dirección, que habían desordenado la prolijidad de la nieve. Allí había sucedido una persecución hacía muy poco tiempo.

Seguí el rastro que la linterna me mostraba. Minutos más tarde, llegué a las ruinas de lo que había sido la propiedad del casero, una parcela de añosos muros mohosos y pilas de escombros. Las pisadas se tornaban más y más cercanas hasta que gotas de sangre comenzaron a aparecer en la nieve. Miré a mi alrededor con celeridad, pero no hallé de dónde provenía. Descubrí entonces que la nieve bajo mis pies se tornaba lisa, alguien había arrastrado algo hacía poco tiempo. Temí lo peor. Tenía una bala en la recámara lista para disparar.

Algo se movió con torpeza detrás unas tablas de madera podrida apoyadas sobre el tronco de un árbol.

—¡Sal a la luz o disparo! —amenacé sin saber a quién.

No obtuve respuesta alguna, pero oí una tos moribunda a mis espaldas. Indeciso, seguí aquel sonido apuntando a todos lados con mi linterna. Otra vez, el crujir de unas ramas me sobresaltó. Sin dudarlo,

disparé hacia arriba, para asustar a quien estuviera allí. No supe si regresar al bosque o rodear las ruinas, tampoco podía seguir disparando al aire.

—¡No te tengo miedo! —Oí de pronto un grito que se entrelazaba con el viento.

—¿Qué demonios? —susurré desconcertado, al adivinar de quién era esa voz.

Aceleré el paso entre una serie de paredes sin techo sin dejar de apuntar con la Glock y la linterna. Entonces, me topé con una fosa cavada en medio de la nieve.

—¿Eso es un arma? —preguntó Hope, que yacía sobre la fosa con las piernas cubiertas de nieve—. Deja de jugar a Jason Bourne y ayúdame a salir de este maldito agujero.

Estupefacto, me dispuse a auxiliar a Hope sin dar crédito a lo que veía.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Te vi salir del hotel y quería saber qué te traías entre manos. Además, noté muchas reacciones sospechosas en el hotel. Intuí que algo no andaba bien. Debemos irnos ahora. Ya casi es de noche —observé, al contemplar la celeridad con que se oscurecía el firmamento—. ¿Puedes decirme qué cuernos está pasando?

—Intentaron matarme. Intentaron, pero no pudieron —remarcó con odio—. Me golpearon con el machete Sheffield que estaba en el hotel. Y después, quisieron enterrarme viva.

—¿Pudiste verle el rostro? —me apresuré en preguntar, reprimiendo el impulso de abrazarla.

—La vi. La vi —afirmó con seriedad.

—¿La viste? ¿Cómo que la viste? ¿Quién fue? —inquirí, sosteniéndole los brazos por temor a que se desvaneciera.

—Lorianne. Lorianne Miller intentó asesinarme.

—Espera. ¿Qué?

—Lo que escuchaste. Lorianne quiso asesinarme. No entiendo qué tengo que ver con ella. Pero hay más, antes de arrojarme en la fosa, me mostró una especie de anotador o papel en donde había una pregunta escrita. Me preguntaba por qué vine a Ambleside, por qué viajé hasta aquí. —Los ojos de Hope se tornaron vidriosos.

—Debemos irnos. Apenas podemos ver —insistí con terquedad.

Intenté arrastrarla hacia el camino de regreso, pero Hope estaba decidida a confesar su secreto.

—No, espera. De todos modos, no estamos a salvo en ningún lugar. Quiero contarte por qué razón viajé desde Torquay hasta Ambleside. Estuve averiguando sobre mi familia biológica. Hace unos

años, cobré valor y me propuse saber quiénes fueron mis verdaderos padres. Mi familia adoptiva no se negó en absoluto, por lo que me puse en contacto con el hogar de Cornualles. Ellos me guiaron hasta aquí. Antes de que me trasladaran a Cornualles, donde nos conocimos, estuve unos años en otro orfanato. En ese momento era bebé y mis cuidadores creían que algún familiar directo podría reclamarme, pero eso nunca pasó, por lo que finalmente me llevaron a Cornualles.

—¿Pudiste indagar algo más sobre tus padres?

—No tenían muchos datos, pero pude acceder a algunos registros de mi ingreso. De bebé, me abandonaron en la capilla María Reina de la Paz del Hotel Lansbury, aquí en Ambleside.

—¿Estás insinuando que aquí, en el hotel, alguien sabe todo esto? —La sangre se me heló en las venas.

—Estoy segura. Alguien sabe quiénes son mis padres. Alguien me reconoció, ¿entiendes? Conocen mi secreto —remarcó con énfasis, al tiempo que la piel se le tornaba más y más pálida—. Ese alguien, por alguna razón, mandó a Lorianne a que me asesinara. Ella debe de ser solo un peón en el juego.

—No lo sé… ¿Cómo estás tan segura?

—¿Por qué otra razón Lorianne Miller querría asesinarme? —arremetió colérica.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

No vas a creerme si te digo lo que acaba de suceder. Dos cosas han sucedido, dos cosas que me han dejado consternada y perdida. Ya no sé qué pensar. De veras no quiero agobiarte con mis problemas, pero aquí no hay nadie en quien pueda confiar. Sospecho de todos, de cada uno de los aquí presentes. Sin excepción.

En primer lugar, ha desaparecido uno de los huéspedes del hotel. Al principio creí que se trataba de una equivocación, de un falso parecer. Pero me temo que esto no se trata de ningún error. James Pendleton se ha evaporado, tal y como si la nieve lo hubiera engullido.

Todo comenzó esta mañana. Preparé y serví el desayuno con Lorianne. Nada especial, huevos, salchichas, morcilla, frijoles. Entre las ocho y las diez, todos los huéspedes bajaron a desayunar, pero James jamás apareció. A las once de la mañana, su ausencia ya me resultó extraña, por lo que mandé a Lorianne a que lo buscase y le ofreciera llevarle el desayuno a la cama en caso de que se sintiese indispuesto. Pero nada, no estaba en su habitación. Ante mi

consternación, recurrí a su madre creyendo que tal vez estaría con ella. Lynelle aseguró que no había visto a su hijo desde la noche anterior. Luego de llamarlo al móvil un centenar de veces sin que respondiera, decidimos avisarle al resto de los huéspedes; quizás alguien lo había visto.

No obstante, nadie tenía noticias de él desde la noche de ayer. La última persona que lo había visto había sido su madre. Ella asegura que él fue a visitarla a su habitación y que estuvieron conversando sobre el futuro del hotel hasta las once de la noche. La pregunta entonces es qué pasó con James luego de esa hora. Decidimos revisar su habitación de manera respetuosa y ordenada. La cama estaba deshecha, por lo que sin duda pasó allí la noche. Como la ropa se hallaba algo revuelta, su madre supone que debió de salir a primera hora de la mañana. No sería nada extraño, puesto que él es responsable del funcionamiento del hotel. Nadie lo vio; nadie sabe qué pasó con él. Solo sabemos que ha desaparecido.

Ahora son las tres de la tarde. El reloj del gran salón acaba de dar la hora. Lo hemos buscado por todo el predio, incluso en el invernadero, la capilla y las ruinas, pero no hay rastro alguno de él. Hemos avisado al oficial Harbord, quien se comprometió en ayudarnos con el rastrillaje y nos reiteró que nadie puede abandonar el hotel hasta que él lo decida. Nada logra sacarnos del miedo y la desolación. ¿Qué pudo haberle sucedido? Lynelle nos contó que sufre de problemas cardíacos, tiene una arritmia que lo ha alejado del *snowboard* y los deportes extremos. Hay rumores de que mañana la nevada llega a su fin, pero yo ya no creo en cuentos de hadas.

Como si todo esto no fuera suficiente, tengo otra preocupación en mente. Debían de ser cerca de las once del mediodía. Había estado tan enfrascada en la búsqueda de James que había olvidado por completo que debía preparar el almuerzo, así que entré al invernadero para buscar unas verduras y preparar pollo al curry. Al pasar por la puerta del cobertizo, me pareció oír unos sonidos peculiares. Miré a través de la puerta entreabierta y vi a Lorianne Miller sentada sobre una vieja mesada de madera y de pie frente a ella se encontraba nada más y nada menos que Luciano Di Benedetti. Sí, el acongojado padre de familia que está transitando por un complicado divorcio. Estaban separados solo por el grosor de sus ropas, fundidos en una pasión lujuriosa y desenfrenada. Mientras Luciano inclinaba la melena rubia de Lorianne hacia atrás para devorarle el cuello a besos, ella movía las manos con torpeza para desabotonarle la camisa.

¡Estoy enfurecida! ¡Cómo pudo hacerme esto después de haberla defendido una infinidad de veces! ¿Y cómo pudo traicionar a Collins

de esta forma tan vil y descarada? Espantada, abandoné el cobertizo en silencio y con las manos vacías. ¿Qué tenía esa muchacha en la cabeza? De verdad creí que amaba a su prometido. No puedo creerlo, pero lo vi, lo vi con mis propios ojos.

Ahora me encuentro en una encrucijada aborrecible. No sé si debería hablar con ella o decirle la verdad a Collins. El italiano es un buen hombre, solo se encuentra muy solo y desahuciado; temo que ha encontrado consuelo en los brazos erróneos. ¿Qué harías en mi lugar? Quiero ayudarla, pero no pretendo entrometerme en su vida.

Una idea fugaz acaba de venir a mi mente. Luego de la muerte de Haydock, Leonard nos contó que lo había visto en el bosque besándose con una mujer. Si bien él no había llegado a reconocerla, todos creímos que se trataba de Carla Webster. Sin embargo, ahora lo estoy dudando. Recuerdo con claridad que el tasador se pasó toda la noche coqueteando con Lorianne mientras Collins ardía de celos. ¿Cómo podemos estar tan seguros de que no fue ella su amante del bosque?

Ayer vi a Leonard entrar al hotel con Hope en brazos, a hurtadillas. Él me explicó que la muchacha se había caído por un barranco del bosque y que por tal motivo no bajaría a cenar. Me pareció extraño que ella me pidiera encarecidamente que fuera yo quien le llevara la cena a la habitación y no Lorianne. Creo que Hope y Leonard nos están ocultando algo.

Me duele decirlo, pero creo que Rapunzel nos ha hechizado a todos con sus bonitas mentiras. Querría saber qué tienen en común Haydock y Lorianne. ¿Acaso Lorianne es la viuda negra? Si es así, ¿Luciano estará en peligro? Ese endiablado juego, *Alguien morirá está noche*, sigue resonando en mi mente como la carcajada de un payaso maldito. Cómo lo detesto.

Y, además de eso, ¡¿dónde demonios está James?!

Leonard Hutcherson a Adele Grant

Acababa de salir de la ducha cuando encontré una carta que alguien había deslizado bajo la puerta de mi habitación. Aún me goteaba el cabello sobre el torso cuando recogí el papel: “A mi habitación. Ahora”. Supe de inmediato que aquella solicitud provenía de Hope, por lo que no tardé en golpearle la puerta.

—¿Alguien te vio entrar? —me preguntó consternada.

—No, nadie —afirmé—. Es la hora de la siesta. La mayoría debe de estar en su habitación.

Un viento furioso rugía amenazante más allá de los cristales de la

alcoba. Hope se encontraba en un estado lamentable. Envuelta en una frazada de polar color marrón claro, parecía una oruga. Se había arrellanado en una butaca junto al hogar a leña y tenía una caja de pañuelos descartables en la mesa ratona junto a un aerosol descongestivo y una crema para las manos.

—¿Quieres que te traiga un té?

—Estoy confundida —dijo de pronto, ignorando mi ofrecimiento —. ¿Hay noticias de James?

—No, nada. Parece que se desvaneció en el aire. ¿Por qué dices que estás confundida?

—No sé si fue Lorianne quien quiso asesinarme —declaró.

—¿Por qué lo dices? Afirmaste que la habías visto, que la habías reconocido.

—Siéntate. Te lo explicaré.

Tomé otra butaca y me senté frente a ella; sus manos temblorosas se escondían bajo los puños estirados de un suéter.

—Ayer, durante el ataque, no llegué a verle el rostro. Sin embargo, cuando ella giraba para tomar nieve y sepultarme, pude verle con claridad absoluta el cabello. Lo tenía escondido bajo la capucha, pero varios mechones se le escapaban. Era un cabello largo, lacio, de un color dorado bellísimo.

—Solo hay una persona que responde a tu descripción y es ella.

—No, allí está el problema. Primero descarté a los hombres, aquí no hay nadie con semejante melena. Me quedan entonces las mujeres. Suzanne tiene el pelo corto y rojizo, y Lynelle tiene una mezcla peculiar de canas y cabellos castaños, pero bien corto. Ergo, creí que era una obviedad que la persona que había visto había sido Lorianne, pues solo ella tiene esa cabellera. Sin embargo, hoy me he dado cuenta de algo que tiene que ver con la desaparición de James.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —indagué sin seguir el hilo de sus deducciones.

—¡Cómo no me di cuenta antes! La hermana Mitzi también es rubia. Pero como siempre lleva puesta la cofia y el velo, no pensé en ella en un primer momento.

—Entonces, ¿crees que fue Mitzi y no Lorianne quien te atacó?

—Sí, eso creo. Piensa en esto —insistió, cruzándose de piernas en su asiento—. Ambas tienen el mismo cabello, solo que Mitzi siempre lo mantiene oculto, pero sus cejas y pestañas son rubias, por eso la confusión. Yo estuve haciendo demasiadas preguntas, me inmiscuí en temas que ella quería mantener en privado.

—¿Te refieres a Ludwig Ellis?

—Exacto. La primera vez que le pregunté a Joanne Burke quién

era Ludwig Ellis, Mitzi se puso a la defensiva, me espetó que “de eso no se habla” y me alejó de Joanne tanto como pudo. Pero yo presioné una y otra vez, insistí hasta unir cabos sueltos y enterarme de cosas que no debí haber escuchado.

—Guau. Esto es demasiado. A ver. ¿Qué tenemos hasta ahora? —Me puse de pie y comencé a caminar en círculos por la habitación, conforme las ideas decantaban en mi mente.

—Joanne Burke, Ludwig Ellis, Alistair Haydock, Mitzi… ¿Te suenan? —comentó Hope, sin sacarme los ojos de encima; ella estaba ansiosa por oír mi opinión.

—En primer lugar, Joanne, la misteriosa y senil dama de los ojos grises, nos dijo que Mitzi y su hijo eran novios. Creímos que tal vez Mitzi estaba teniendo una relación prohibida, y por eso intentaba mantenerla oculta, pero luego comprendimos que estábamos equivocados. En una segunda conversación, Joanne nos contó que ella tenía dos hijos: Emma y Ludwig. Emma está de vacaciones en Escocia, eso fue lo que nos comentó James. Y Ludwig yace enterrado en el pequeño cementerio de la capilla del hotel.

—Ludwig, el difunto, fue novio de Mitzi durante su juventud. No nos olvidemos de que la dama de los ojos grises está enferma y confunde el presente con el pasado —añadió.

—Correcto. También sabemos, por la propia Joanne, que un tal Haydock asesinó a su hijo. Por aquel entonces, Mitzi y Ludwig debían de ser novios. Me figuro que su muerte debió relacionarse con alguna clase de accidente o un juego que salió mal. Me cuesta creer que un niño haya matado a otro adrede. Recuerdo que Joanne mencionó algo sobre una cascada.

—Joanne también dijo algo así como que se alegraba de que Haydock y su familia se hubieran marchado de la ciudad, porque, si no, ella o su esposo lo habrían matado.

—Y aquí es donde el pasado y el presente se entrelazan —afirmé, deteniéndome junto al fuego.

—Si Haydock volvió a Ambleside después de todos esos años, Joanne Burke pudo haberlo reconocido y asesinado.

—No lo sé, Joanne está muy mayor. No me la imagino ideando un crimen tan intrincado. Pero sí creo que Mitzi pudo haberlo hecho. ¿Quién sospecharía de un alma tan piadosa?

—No puedo dejar de preguntarme quién es Mitzi en verdad —me dijo Hope.

—¿A qué te refieres?

—Las monjas suelen cambiarse el nombre cuando se consagran. Muchas escogen nombres de santos o de personas queridas o

admiradas por ellas. Por ende, no sabemos si Mitzi es su verdadero nombre, tampoco sabemos cuál es su apellido. ¿Y si en realidad ella no era la novia de Ludwig, sino su hermana? Eso explicaría la forma devota en que cuida a Joanne, quien sería su madre. ¿Cómo sabemos que en realidad no es Mitzi Ellis? Si es así, no me sorprendería que busque vengar la muerte de su hermano al reencontrarse con Haydock accidentalmente.

—Pero Joanne nos dijo que tenía dos hijos, Ludwig y Emma. Y James confirmó que Emma suele viajar a Escocia a visitar a la familia de su esposo —la refuté.

—No sé si podemos confiar en James, recuerda que él estuvo enamorado de Mitzi. Por eso él no quiere vender el hotel y las propiedades aledañas. A nadie se le escapa la forma en la que la mira; la propia Lynelle lo ha confirmado. Tal vez la está encubriendo. Además, al tener Alzheimer, Joanne puede disociar a Mitzi y a Emma, y creer que son dos personas distintas.

Me detuve en seco y desvié la vista hacia el crepitar del fuego; las chispas danzaban ardientes y mis pensamientos iban de una idea a otra.

—No, James no la estaba encubriendo. Solo estaba sospechando de ella —aseveré con el corazón repiqueteando en el pecho—. Me temo que hemos desperdiciado nuestro tiempo buscando a un hombre vivo. —Hope tragó saliva y me miró expectante, por fin comprendía lo que ella acababa de descubrir—. Todo lo que mencionamos está perfecto, pero nos hemos olvidado de lo más importante. Hace unos días, cuando entraste a la habitación de Lynelle y revisaste sus cosas, leíste los mensajes de texto que James le había enviado a Lynelle luego de la muerte de Haydock. En los mensajes, James decía: “Tengo miedo de que Mitzi haya cometido una locura. Mitzi reconoció a Haydock”.

—Mitzi intentó asesinarme porque descubrí cuál era su relación con Haydock y su muerte. Horas más tarde, James desaparece… Mitzi está atando cabos sueltos.

El silencio sobrevino. Ya estaba todo dicho.

—¿En qué estás pensando? —inquirió Hope.

—James está muerto —respondí.

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida hermana:

Lo que acaba de suceder me ha dejado consternada. Estoy un

paso más cerca de la verdad, pero aún sigo lejos. Aquí, en el Hotel Lansbury, alguien conoce mi pasado, alguien tiene información sobre mi familia biológica. Sé que las cosas se han ido de cauce y te prometo que volveré a casa en cuanto la tormenta se termine. Pero no puedo partir y dejar tantos cabos sin unir; jamás he estado tan cerca de la verdad.

Luego de hablar con Leonard, mejor dicho, con Joaquim, salí de mi habitación para buscar algunas provisiones. Me preparé una tetera con agua bien caliente y té de bergamota, tomé una porción de pastel de limón y un paracetamol para el resfrío y la jaqueca que no me abandonaban. Mi breve excursión fue muy meticulosa, pues no quería toparme con nadie. Vi que Antonietta se paseaba por la casa disfrazada de Rapunzel y que su perro la seguía. Nadie es tan feliz e inocente como Scully.

—Eres una niñita horrenda —le decía a su *bulldog* mientras le ponía un collar de flores fucsia.

Además de ellos, no me crucé con ningún otro huésped; quién sabe en qué estarían metidos. Al subir al corredor, caminé por el piso alfombrado en completo silencio; todo lo que oía era la voz de mis fragosos pensamientos. El lugar parecía desierto, lo que me generaba aún más inseguridad. Una luz mortecina que se colaba por las ventanas anunciaba que las horas de claridad estaban llegando a su fin.

Al entrar a mi habitación, oí que otra puerta se abría. Atraída por la curiosidad, apoyé la bandeja del té sobre la mesa de luz y me asomé por el pasillo para ver quién era. Con el semblante en alto y los labios apretados, Lynelle Pendleton dejaba su habitación. Llevaba una falda y una chaqueta de lanilla que me recordó a los sofisticados trajes de la reina.

—Espera Lynelle. Querría hablar contigo. —La detuve al pie de la escalera.

—¿Qué sucede? —me preguntó con desgano, como si mi presencia la fastidiase.

—¿Has tenido novedades de James? ¿Lo han encontrado?

—No, no sabemos nada sobre él ni hemos podido contactarlo.

—¿Sabes si algún huésped del hotel usa lentes de contacto? ¿Alguien te lo ha mencionado alguna vez?

—¿Lentes de contacto? —repitió asombrada—. No, no que yo sepa. ¿Es todo?

—No, en realidad no —repliqué, acercándome a ella—. Necesito hablar contigo sobre Mitzi. Será solo un minuto.

—Déjame en paz —me espetó con brusquedad, mirándome con

ojos repulsivos.

—Lynelle, no tiene sentido que sigas negando las cosas —insistí; sabía perfectamente que ella me había evadido desde que llegué al hotel.

—Deberías irte de este lugar —se apresuró a responder—. Todos deberían irse.

Luego, se dio media vuelta, se tomó del barandal y comenzó a bajar los escalones.

—Dime cuál es el apellido de Mitzi. —Mi obstinación la dejó boquiabierta—. Solo quiero saber cuál es su verdadero nombre y su apellido.

—¿Su verdadero nombre? —reiteró, deteniéndose en el rellano de la escalera—. ¿Para qué quieres saberlo? Ella no es tu madre.

No puedo explicar lo que sentí al oír esas crudas palabras. Jamás se me había cruzado por la cabeza semejante idea.

—¿Mi madre? —mascullé, petrificada por el espanto.

—¡Ella no es tu madre! —gritó Lynelle, con los ojos fulgurantes.

A continuación, desapareció ofendida, para dejarme inmersa en un océano de dudas que no hacía más que asfixiarme. Quise ir tras ella y hacerle un millón de preguntas más, pero no pude, pues me dio pánico conocer la verdad.

¿Entiendes la gravedad del asunto? Tan solo a Leonard le confesé que viajé hasta Ambleside para buscar información sobre mis padres biológicos. Sin embargo, me atrevo a aseverar que mi atacante sabía algo, y por tal motivo me mostró ese papel que preguntaba por qué había viajado hasta aquí. ¿Qué más está ocultando Lynelle? No entiendo cuál es su rol en todo esto.

¿Ella sabe quién es mi madre? Si es así, ¿por qué lo está ocultando?

Mensajes de texto de Lynelle Pendleton a la hermana Mitzi

Lynelle: ¿Dónde te has metido? No te he visto en horas. ¿Puedes decirme qué está pasando con James? ¿Dónde se ha metido? Este comportamiento no es propio de él. ¿Sabes algo? ¿Está contigo?

Lynelle: ¿Qué está pasando aquí? Nadie ha visto a mi hijo desde ayer a la noche. Esto no me resulta divertido. ¡Carajo! ¡Respóndeme los mensajes!

Lynelle: ¿Dónde demonios estás metida? ¿Qué está pasando con James? Hope sabe la verdad. ¡Lo sabe todo! Hay que hacer algo pronto. ¡Hope lo ha descubierto todo!

Leonard Hutcherson a Adele Grant

La tarde menguaba; la vigorosa nevada se había debilitado considerablemente, lo que presagiaba que nuestro encierro pronto llegaría a su fin.

En aquel momento debían de ser cerca de las seis de la tarde. Afuera, más allá de los viejos muros de piedra caliza del hotel, la oscuridad era insondable. Ya ni siquiera podíamos contentarnos con las escasas tres horas de luz solar que solía haber en Ambleside en enero. Puesto que la señal de internet de mi habitación estaba muy débil, decidí bajar a la biblioteca con algo para tomar notas. No me había percatado del frío que hacía en el hotel hasta que salí al corredor; una camisa y un chaleco no era suficiente abrigo.

Al doblar por el pasillo para dirigirme a la escalera, oí un sonido a mis espaldas. En alerta, volteé con curiosidad y permanecí observando el corredor en penumbras unos minutos. No había nadie ni nada. Con pasos más lentos, retomé mi camino. Debo confesarte que me arrepentí de haber dejado el arma en la habitación; me habría sentido más seguro con ella encima.

Estaba a punto de llegar a la escalera cuando un nuevo chasquido me llamó la atención. El pasillo estaba desierto. Me acerqué por el ventanal que daba a los bosques y recordé los globos negros. Pasé junto a la puerta de la habitación ciento diez y noté de inmediato que los ruidos provenían de allí, de la habitación clausurada.

Tomé el picaporte y abrí sin dudarlo.

—¡Maldita sea, Joaquim! ¡Casi me matas de un susto! —bramó Hope Mellark en voz baja.

Se hallaba sentada sobre la alfombra, revisando el cajón de una cómoda de roble lustrado. A su alrededor había ropa desparramada, papeles y demás efectos personales que debían de pertenecer a Haydock.

—¡No debes llamarme así! —advertí, colérico, al cabo de cerrar la puerta de la habitación—. Cualquiera podría descubrirme.

—¿Por qué debería ser cómplice de tu mentira? —me espetó, levantando el mentón.

—Eso no importa ahora. Vamos, levántate. —Le tendí la mano y la ayudé a ponerse de pie—. ¿Qué estás haciendo aquí, revisando las cosas de Haydock? La policía volverá a registrar este lugar cuando la tormenta de nieve termine y encontrará tus huellas por todos lados. Sabes lo mal que se verá eso, ¿cierto? —A pesar de mi amonestación,

Hope está absorta en lo que estaba haciendo—. ¿Me estás escuchando?

—He descubierto algo —dijo entonces, con voz de ultratumba—. No debí haber venido a Ambleside. Revolver en el pasado no es sin costo.

Sus palabras eran tan ciertas como desgarradora su mirada. La tomé del brazo y la guie hasta la banqueta que se hallaba a los pies de la cama. El dosel estaba cubierto de polvo ya que la habitación había estado cerrada desde el día del homicidio.

—¿Qué descubriste?

Nos sentamos uno enfrente del otro envueltos en el olor a encierro y humedad de la habitación. Con pesar y algo dubitativa, mientras tironeaba de los puños del suéter, comenzó a decir:

—No sé por dónde empezar. Desde lo que sucedió ayer, no dejo de pensar que parte de mi pasado esté encerrado en este hotel. Primero, una mujer rubia intentó asesinarme. Estaba convencida de que había sido Lorianne, pero luego pensé en Mitzi. La nota que indagaba sobre las razones por las que viajé a Ambleside, sumada a la extravagante conversación de hoy con Lynelle me hacen creer que aquí se esconden secretos que tienen que ver con mi primera infancia.

—Sí, recuerdo lo que hablaste con Lynelle. Me lo contaste de inmediato. Pero ¿qué descubriste ahora?

—¿Recuerdas que de niña tenía un ojo de cada color? Como los perros *huskies* siberianos. Tenía un ojo azul y otro marrón. ¿Lo recuerdas?

—Sí, por supuesto. ¿Cómo podría olvidarlo? Todos los niños del orfanato te miraban extrañados y te preguntaban por qué tenías los ojos de colores distintos.

—Creí que lo habías olvidado —confesó con sinceridad.

—Claro que no. ¿Cómo podría? Eso era una característica tuya. El color de los ojos y el mechón de cabello blanco que tenías a la derecha del flequillo.

—Vaya, de veras no has olvidado nada de nuestra infancia.

—Pero ¿qué tiene que ver esto con Haydock? Hace unos cuantos días, cuando al fin te reconocí y supe quién eras, supuse que te habías teñido el cabello y que usabas lentes de contacto para enmascarar la particularidad de tus ojos.

—Padezco el síndrome de Waardenburg. Es una condición poco frecuente que afecta a uno de cada cuarenta mil nacimientos, aproximadamente. Por fortuna, a mí me tocó el tipo dos b, que no presenta complicaciones sistémicas. Los rasgos característicos incluyen los ojos de color azul intenso o heterocromía del iris, o sea, un ojo de

cada color, mechón de pelo blanco, encanecimiento prematuro antes de los treinta, estreñimiento y sordera neurosensorial congénita. En mi caso, la sordera fue muy leve y pude manejarla con tratamiento. La piel suele ser blanca, como un albinismo parcial, e ir acompañada de manchas acrómicas y máculas hiperpigmentadas, pero no en todos los casos.

—Vaya, no tenía idea.

—No te alarmes, tuve mucha suerte de no padecer ninguna condición grave, llevo una vida completamente normal. Sin embargo, te preguntarás qué tiene que ver todo esto con lo que está sucediendo aquí en Ambleside. Verás, el síndrome de Waardenburg es una patología hereditaria. Suele transmitirse como un rasgo autosómico dominante, esto significa que uno de los padres debe transmitir el gen defectuoso para que su descendencia resulte afectada. Aunque los síntomas pueden ser muy diferentes entre padres e hijos.

—Espera un minuto. ¿Aquí en el hotel hay otra persona con el mismo síndrome?

—Cuando viajé a Ambleside, me puse lentes de contacto castaños y me teñí el cabello para no llamar la atención. Si yo pude tomar esos recaudos, cualquiera pudo también haberlo hecho.

—Dame un nombre —le rogué.

—Después de lo que me dijo Lynelle, mi mente no paró de volar a la velocidad de la luz. Si uno de mis padres estuvo o está aquí, podría llegar a reconocerlo. Después de todo, tener un ojo de cada color o un mechón de pelo blanco no es muy común que digamos.

—Lamento ser aguafiestas, pero no he visto aquí a nadie con esas características.

—Insisto. Si yo pude ocultarlo, también otro pudo hacerlo. —Su mirada elocuente estaba cargada de expectativa—. Por lo que estuve averiguando, al parecer aquí nadie usa lentes de contacto. Pero algo en mi interior me trajo hasta aquí, a la habitación de Alistair Haydock. Encontré varios estuches de lentes de contacto en la mesa de luz —me interrumpió—. Sus ojos eran azul intenso, tenía el cabello muy rubio, podría estar teñido, y la piel blanca con algunas máculas oscuras que se le veían a través del escote de la camisa.

—¿Estás diciendo que Haydock tenía Waardenburg?

—Creo que Haydock era mi padre —declaró sin más preámbulos —. Alguien me reconoció como su hija, alguien que conocía muy bien su secreto, y por algún motivo intentó asesinarme.

Nos quedamos sumidos en el silencio, contemplando el abanico de posibilidades que aquel ataque implicaba.

De pronto, un crujido metálico llegó a nuestros oídos. No

estábamos solos.

—¿Qué fue eso? —susurró Hope y clavó los ojos en el picaporte de la puerta—. ¿Alguien nos ha estado escuchando?

—Shh —ordené.

Me puse de pie de inmediato. Con sigilo, tomé a Hope del brazo y la conduje al enorme ropero que se hallaba junto a nosotros. Esquivamos los abrigos del perchero para escondernos dentro y cerramos las puertas de madera con sigilo. Segundos más tarde, alguien entró a la habitación. Hope estaba de pie, inmóvil frente a mí. A pesar de la oscuridad, vi con claridad la forma en la que sus ojos me escrutaban; ella estaba ansiosa, dubitativa, desconfiaba de todos y de todo. Intenté mirar por la cerradura, pero me resultó imposible entrever qué sucedía en el lugar.

Alguien había entrado. Una vez más, volví a arrepentirme de no llevar la Glock encima, y me juré que no volvería a caminar desarmado por este hotel maldito.

La luz se desvaneció de pronto. Instintivamente, las manos se me cerraron en tensos puños.

Cuando la vista se me acostumbró a la oscuridad, mis otros sentidos se potenciaron. La respiración de Hope se oía acelerada; se le estremecía el cuerpo de miedo. Sin pensarlo, le cubrí la espalda con mi brazo derecho y la atraje hacia mí.

Entonces, oímos que la puerta de la habitación se cerraba. El peligro había pasado. Hope encendió la linterna del móvil de inmediato, jamás pudo superar el miedo a la oscuridad.

—Se ha ido —murmuré—. Tal vez alguien escuchó voces en una habitación que debía estar clausurada y entró a dar un vistazo.

Aguardé unos instantes, potenciando mi audición; nada se oía en derredor. Estábamos solos. Antes de salir del ropero, Hope me tomó del brazo y me dijo:

—Joaquim, yo ya te conté por qué viajé a Ambleside. Ahora tú dime por qué estás aquí. Y no me vengas con ese cuento chino de que eres bioquímico y viniste a visitar a tu familia. Aquí no hay ninguna familia Hutcherson.

—No puedo decirte —repliqué sin más para proteger mi secreto.

—¿Por qué no? —me preguntó.

Me miró con impaciencia. ¿Y si de verdad Haydock no padecía síndrome de Waardenburg? ¿Me está mintiendo? Sabe que me tiene a sus pies. James sigue desaparecido y no he visto a Mitzi desde que despuntó el alba. Hope Mellark no es la única que está mintiendo.

—¿Por qué estás aquí? —volvió a preguntarme.

—Porque tú eres mi principal sospechosa —le susurré al oído,

antes de partir.

Hermana Mitzi al oficial Harbord

Es mi culpa, oficial. Lo que pasó con Hope Mellark es mi culpa. Intenté llamarlo para poder darle una explicación, pero aquí la señal telefónica es pésima. Por medio de este correo, quiero hacerme cargo de lo que ha sucedido esta noche. Yo, y nadie más que yo, soy responsable de lo sucedido. Y, para serle franca, no me arrepiento de lo que hice.

Era una noche cerrada. La nieve caía sin cesar sobre Ambleside, una vez más el pronóstico meteorológico se había equivocado; parecía que la nevada nunca iba a llegar a su fin. Hacía mucho tiempo se había instalado en mí un sentimiento de desesperanza que me despertaba por las noches. La falta de fe me invadía y me hacía sentir vulnerable en un mundo repleto de depredadores. La nevada no me había permitido regresar a la capilla, por lo que no tuve más remedio que pasar la noche en una habitación del hotel. Cerré la puerta con llave y tomé asiento en la cama, enmarcada por un bello dosel. Yo sabía que no iba a lograr conciliar el sueño, sabía que el estrépito de mis pensamientos me atormentaría.

Tomé entonces el rosario y comencé a rezar. Cuenta tras cuenta, mi alma alcanzó cierto sosiego que me permitió descansar. No obstante, cerca de las cuatro de la madrugada, me desperté abrumada y sudorosa a causa de las pesadillas. Me temblaban las manos. La duda fue corroyendo cada centímetro de mi cuerpo hasta acabar apoderándose de mí. Ludwig no estaba. James no estaba. Haydock había muerto envenenado. Carla, sospecho, había corrido una suerte similar. Y, sin embargo, ellos eran mis terrores nocturnos; ellos seguían vivos en mi inconsciente, reclamando justicia, exigiendo que su sangre fuera vengada. Me torturaban, me perseguían; ponían en duda mis valores y principios, me convertían en un animal medroso. Los muertos solo querían reclamar lo que les correspondía por derecho. Pero su vida ya había acabado, al menos en esta tierra.

Oí susurros, murmullos ininteligibles. Había voces en mi habitación, pasos también. Un par de hormigas caminaban por la piel desnuda de mi mano derecha. Buscaban sangre, se habían convertido en carroñeras. El aliento tibio de los muertos me llegaba al rostro desfigurado de terror. Un par de labios me rozó los oídos y dijo con voz de ultratumba: “Venimos por tu alma”.

Me incorporé de inmediato y miré a mi alrededor espantada. ¿Era

la voz de James? ¿De Haydock? ¿De Carla? ¿Era Ludwig Ellis? “No. Ellos no están vivos. No pueden hablarme. Los muertos no hablan”, me respondí a mí misma, con el corazón contraído.

La oscuridad me dio pánico; no podía acostumbrarme a ella. Salté de la cama, encendí todas las luces de la habitación y me vestí con el hábito. Había algo en el piso alfombrado. Nieve, agua, gotas de sangre roja rutilante. Restos de globos negros. “No, globos negros no. No otra vez –me dije para intentar tranquilizarme–. Están muertos, no puede haber globos negros”.

Sin embargo, los globos eran reales. Yo podía verlos, estaban allí para atormentarme, para burlarse, para hacerme sentir despreciable. Más susurros, más sangre a mi alrededor, incluso en mi cama, en mis manos, en mis uñas, en mi cabello. Mis fantasmas tenían nombre y apellido: venganza. Alguien más iba a morir, alguien más debía hacerlo. Antes de que acabase el día, habría otro fantasma en mi lista de verdugos. El juego de esa niña italiana estaba maldito.

—Alguien morirá está noche —dije convencida, en el preciso instante en que la nieve, la sangre y los globos negros desaparecieron de mi habitación.

Esa era la señal que estaba esperando. Mi mente vio entonces con claridad a través de la humareda negra que hervía entre las paredes de mi cabeza. Fue un rayo de luz en medio de cenizas volcánicas. Debía hacerlo. La barca de Caronte estaba llena. Tal vez yo debía conseguir un par de dádivas para pagar mi viaje. Pero, a pesar de todas mis faltas, sabía que Dios jamás me abandonaría.

Caminé en silencio hasta la habitación de Hope Mellark arrastrando el hábito que me había puesto con ligereza. Golpeé la puerta sin demasiada rudeza, pues no quería despertar al resto de los huéspedes. Fui paciente y esperé; sabía que ella saldría. Mi misión entonces estaría cumplida. Me aferré al rosario con todas mis fuerzas. Él era mi escudo, mi roca, mi arma. Aún sentía el cosquilleo de las hormigas en mis manos. Ya no tenía control sobre ellas. Volví a llamar a la puerta. Tarde o temprano, Hope abriría. Ella estaba en peligro. El silencio era abismal, me pareció que solo el palpitar frenético de mi corazón retumbaba en los pasillos.

Minutos más tarde, la puerta se abrió con lentitud. El rostro confuso y dubitativo de Hope se pintó frente a mis ojos. Su mirada brillaba con fuerza y su cabello castaño era un torbellino de rulos. Hope Mellark es idéntica a su padre. Puedo verlo a él a través de sus peculiares ojos.

Sin darle tiempo a que reaccionara y se despabilara, la tomé de los hombros con fuerza y comencé a sacudirla. Me sentía aturdida, me

zumbaban los oídos como si estuviera reviviendo una vieja otitis. Con voz firme, exclamé:

—¡Huye, Hope! ¡Huye!

—¿Qué está pasando? —inquirió, anonadada.

—¡Debes irte ahora mismo! ¡Escucha lo que te digo!

—¡Quítame las manos de encima! —bramó y me empujó lejos de ella—. ¡Sé muy bien lo que has hecho! ¡Tú mataste a Haydock y a James! ¡Tú los mataste! ¡Confiésalo!

—Yo, yo no puedo…

—Quieres embaucarnos a todos con esa figura maternal y piadosa. Pero ¿adivina qué? Yo no me trago ni una sola de tus palabras. No eres más que una farsante —me espetó enfurecida—. ¿Te crees muy santa por cuidar a esa pobre anciana senil que tienes escondida en la capilla? Sé por qué lo haces. La culpa te carcome.

—Basta. Basta.

—Los mataste a todos. A Ludwig Ellis, a Haydock, a James. Y a esa pobre chica inocente que no tenía nada que ver. Solo lo hiciste para limpiar tus huellas y confundir a Harbord.

—Tú no tienes idea. No sabes las cosas que yo he pasado —argumenté, en un intento desesperado de justificar mis faltas—. No todo fue mi culpa. No todo.

—La policía lo sabrá —amenazó sin tapujos.

—¡Huye! ¡Huye de aquí! ¡Debes oírme!

—¿Cómo puedo confiar en las palabras de una asesina? Todo lo que digas se lo llevará el viento. ¿Quién eres realmente, Mitzi? En el fondo de tu corazón, ¿quién eres? —La mirada de Hope Mellark se tornó siniestra—. Un día el mundo conocerá tus pecados. Sabrá que los mataste…

Abrumada, corrí lejos de allí en medio de un océano de lágrimas. No podía enfrentarme a la realidad, no podía enfrentarme a ella; su alma es demasiado fuerte. No sé si Hope dejará o no el hotel. A decir verdad, no creo que lo haga. Ella es igual de obstinada que su padre.

De una forma u otra, Hope tiene razón. Ya no puedo seguir ocultando la verdad mucho más tiempo. Todo se sabrá. Y los muertos cobrarán su venganza. Para eso han regresado.

Antonietta Di Benedetti a Lyla Di Benedetti

Querida mami:

Aquí me estoy divirtiendo muchísimo. ¡Jugar en la nieve me fascina! Este lugar es maravilloso, pero estoy enojada con la vieja

Lynelle, ella siempre se está quejando de Scully. Él se está portando muy bien. Aunque cada día está más gordo. Ayer vomitó sobre el acolchado de la cama, pero papá limpió todo para que nadie se enterase. Tengo el mejor papi del mundo. No digas nada, pero Scully se robó un bife de cerdo de la cocina. Supongo que eso no le habrá caído muy bien.

Nadie sospecha de mí, nadie conoce mi secreto; puedes estar bien segura de eso. Todos creen que solo soy una niñita boba que recoge lagartijas del bosque. No saben de lo que soy capaz, no saben nada de mí. ¿Quién dudaría de mi inocencia?

Soy la mejor, mami, la mejor de todas. No te defraudaré. Este juego es divertidísimo. Nuestro secreto está bien escondido. No se lo contaré a nadie, lo prometo. Y no tienes de qué preocuparte. Estoy bien y ya soy una niña grande. Como te dije, nadie sospecha de mí. No sospecharán jamás.

Te amo, mami.

Cuarta parte

A continuación, se exhiben los últimos correos electrónicos y declaraciones que aportan datos concluyentes para la resolución del caso.

He aquí lo que el ser humano es capaz de hacer con tal de esconder un secreto.

Leonard Hutcherson a Adele Grant

Querida Adele:

Quiero narrarte algo curioso que ha sucedido hoy, hace apenas un rato. Querría conocer la opinión de alguien tan astuta e inteligente como tú.

Al despertarme, descorrí las cortinas y me quedé mirando a través de las ventanas unos minutos. Desde allí podía observar el bosque, que se veía como una masa oscura envuelta en tinieblas. Recordé los globos negros. ¿Qué crees que los globos negros significaban? ¿Qué venían a anunciar? Las tenues luces del hotel no lograban contrarrestar la oscuridad que nos rodeaba.

Por primera vez, luego de días enteros de encierro, noté que había dejado de nevar. Creí que la vista me estaba jugando una mala pasada, tal vez seguía dormido. Pero no, mi querida Adele, la tormenta por fin había cesado. Me vestí rápido y salí a desayunar. Debían de ser las ocho de la mañana. Siempre me gustó madrugar, aunque sospecho que este lugar no me deja descansar tranquilo. Me pregunté si Hope seguiría durmiendo, siempre era de las últimas en levantarse en el orfanato.

Estaba de camino a la escalera del corredor, cuando oí que una puerta se abría. Giré en el recodo del pasillo y contemplé en silencio la frialdad que impera en este hotel. Los dorados apliques de la pared me hicieron sentir inmerso en un cuento; te aseguro que, si alguien escribiese una historia sobre este lugar, sería una tétrica historia de suspenso.

Di unos cuantos pasos; todo yacía en absoluta quietud. Enseguida, me di cuenta de que los ruidos venían del piso de arriba. Allí estaba la habitación de James y había dos más que, en teoría, estaban desocupadas. Una idea vino de inmediato a mi mente: James debía de haber aparecido. Me pregunté si Hope estaría revisando la habitación; ella está llena de sorpresas.

El segundo piso era más angosto y desolado; sobre él se hallaba un altillo, una parte de mí no confiaba en que fuera un lugar seguro. Llegué a la puerta de la habitación doscientos diecinueve. Estaba abierta. Aclarándome la voz, pregunté:

—James, ¿eres tú?

Silencio. Todo estaba en el más arcano silencio. Empujé un poco la puerta. Un olor a encierro y a un perfume desconocido me recibió.

La luz de la habitación –cálida y de poca intensidad– permanecía encendida.

—James, ¿estás ahí?

Tomé una bocanada de aire y cerré los puños con fuerza; el silencio me crispaba los nervios. Con determinación, abrí la puerta de madera y me adentré en la habitación.

—¡Oh, Leonard! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Lynelle, haciéndome reaccionar—. Qué gusto que estés aquí. Quizás tú puedas ayudarme.

—Creí que James había regresado.

—No. No sé nada de mi hijo.

Adiviné en sus ojos azules un agotamiento que iba creciendo conforme pasaban los días. Profundas ojeras le surcaban la severa mirada; la zozobra estaba envejeciéndola mucho más que el propio paso de los años.

—Debí suponer que tú tenías las llaves de la habitación. Toda esta situación nos ha sensibilizado a todos.

—Qué puedo decirte. James jamás se habría marchado sin una explicación. Admito que tenemos nuestras diferencias y que he pensado de la peor manera posible. Pero ahora que él no está comienzo a creer que algo terrible le ha sucedido. Tal vez yo no fui la mejor madre. Los bebés no nacen con un manual de instrucciones, ¿sabes? Pero hice las cosas lo mejor que pude. Uno hace lo que sea por sus hijos. —Un par de lágrimas indeseadas le empañaron la vista, por el peso del dolor, ella abría su alma conmigo—. Ningún padre debería enterrar a un hijo —afirmó, fulminándome con la mirada—. No existe ninguna pena que pueda siquiera compararsele.

—¿En qué crees que podría ayudarte? —le pregunté.

—Con esto. Acércate, por favor. Estoy intentando abrir la caja de seguridad, pero no lo he conseguido. No posee un sistema tan sofisticado. No se abre con huellas digitales ni con lector de iris. No, nada de eso. Es una simple caja fuerte, casi tan vieja como este hotel o su dueña. El reumatismo grave que sufro no me permite oprimir bien las teclas. Están duras y desgastadas como mis dedos. ¿Podrías abrirla por mí? Tengo mucha debilidad en las manos y, entre el estrés, el sedentarismo y el clima gélido de estos días, mis síntomas han empeorado.

Esta versión de Lynelle débil y afligida no me convence. Algo en ella me resulta falso.

—¿Estás segura de que deseas abrirla?

—Sí, claro. ¿Qué crees que encontraremos? ¿Pepitas de oro? ¿La fórmula de la Coca-Cola?

Bajé la mirada y caminé hacia la caja de seguridad, que se hallaba dentro del ropero de roble, fija sobre un estante.

—Qué bueno que me encontraste. ¿Te digo algo? De todas las personas que están en el hotel, tú eres la que más me simpatiza. Aunque Collins me cae de maravilla, es tan jovial y relajado. Luciano también me agrada, lástima que siempre se lo ve triste y absorbido por esa niñita endiablada.

—¿Conoces la clave? —inquirí, con la única intención de frenar sus engañosos halagos.

—Prueba con 0308, la fecha de cumpleaños de James.

—No funciona —repliqué al cabo de presionar los dígitos.

—Veamos… 1211. Mi cumpleaños —propuso mientras se rascaba la barbilla.

La caja de seguridad seguía sin abrirse.

—Prueba con 0312 —dijo entonces con mayor seriedad.

—¿Y esa fecha? Si puedo preguntar…

—Es el cumpleaños de Mitzi. Nunca se la sacará de la cabeza.

Asimilando aquellas palabras, introduje el código numérico y la caja se abrió al instante.

—Adelante. Procede —le dije a la dueña del hotel, apartándome del ropero.

Con un silencio expectante, la señora abrió la tapa metálica y retiró el contenido de la caja.

—Qué extraño —comentó finalmente, con evidente decepción—. Son papeles en blanco.

—¿En blanco?

—Sí, míralos tú mismo. —Lynelle me los extendió. No eran más que unas cuantas hojas sin ningún tipo de inscripción—. Vaya sorpresa desalentadora. Creí que aquí podría encontrar algo que me condujera a mi hijo. Esto no tiene sentido.

—Lo lamento. No te preocupes. Él aparecerá. Tarde o temprano, aparecerá con vida.

Jamás dudé tanto de una afirmación. Por un momento, la mayestática señora Pendleton me dio pena.

—Discúlpame. Debo hacer una llamada —me excusé para abandonar la habitación.

Salí más tarde hacia la zona del estacionamiento, meditando sobre el asunto; necesitaba captar buena señal telefónica y salir del radar de Lynelle. Insisto en que ella no es lo que parece.

Y tú, Adele, ¿qué serías capaz de hacer por ocultar un secreto?

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Mi muy querida hija:

¿Cómo has estado? Lamento que tengamos que comunicarnos por correo electrónico, pero aquí la señal telefónica es muy inestable. En este momento estoy sentada a la mesada de la cocina, escribiéndote estas líneas mientras se hornea el pastel de carne que hice para almorzar. Sí, se nos ha retrasado el horario de la comida. Pero tengo una razón más que suficiente. Aquí, en el majestuoso Hotel Lansbury, ha surgido un personaje inesperado que nos trajo un montón de jugosas novedades. Algunas son buenas; otras, discutibles.

Nicholas Harbord se presentó en la entrada del hotel cerca de las doce del mediodía; golpeó la aldaba con tanta vehemencia que creí que era James, que había regresado. Casi se me quema el puré. Sin embargo, Harbord resulta inconfundible: un hombre de estatura mediana, de cara redonda y barba completa pelirroja. Al igual que la última vez que lo había visto, llevaba un traje a cuadrillé de color ocre que parecía sacado de una tienda de disfraces. Me figuro que el oficial tiene complejo de Sherlock Holmes. Una joven agente, una bonita mujer de unos treinta y tantos años, alta y corpulenta, lo escoltaba.

Con su altivez característica, Harbord ingresó a la biblioteca y me solicitó que mandase a llamar a los huéspedes. Al parecer, no pensaba dar ninguna información hasta que no estuviésemos todos reunidos. Los zapatos de charol le brillaban tanto como la calvicie. Todo en él es incómodo, desde su ridículo aspecto externo hasta sus mordaces palabras.

—Al fin las reglas de este tétrico juego se tornan a mi favor —comenzó a decir Harbord mientras caminaba frente a la chispeante chimenea—. Este pinot noir es delicioso. ¿Dices que es un añejo vino cosecha argentina? Estoy impactado —le dijo a Collins, muy interesado.

—¡Oficial Harbord! ¡Oficial Harbord! ¡Gracias al cielo ha venido! —exclamó la señora Lynelle, quien entró en escena teatralmente—. ¿Ha encontrado a mi hijo? ¿Sabe algo de él?

—Me temo, señora, que no he venido hasta aquí para hablar de su hijo.

—Pero lo encontrarán, ¿verdad? Ya ha pasado un día entero y no sabemos nada de su paradero.

—Estamos trabajando en eso —le respondió el oficial de manera automática, como habrá hecho otros cientos de veces—. Por favor, tome asiento. Hay varias novedades que deseo contarles. En realidad, tengo tres buenas noticias. La primera es en verdad una primicia. En cuestión de minutos, u horas quizás, el Gobierno anunciará que hoy se

da por finalizado el aislamiento debido a la tormenta de nieve. Como habrán notado, hoy es el primer día en semanas que ha dejado de nevar y los meteorólogos se muestran muy optimistas al afirmar que lo peor ya ha pasado. Al menos por el momento, el clima se tornará a nuestro favor. Aseguran que tendremos algunas horas de luz solar y las enormes montañas de nieve que cubren las entradas de las casas y veredas comenzarán a derretirse. Se está montando un esfuerzo máximo por parte de las barredoras y se suministrará sal a todos los pobladores. Por lo tanto, queridos huéspedes, a partir de mañana tendrán mi total aprobación para que dejen el Hotel Lansbury y continúen con sus vidas. Hoy será el último día que permanecerán aquí retenidos. —Un gran revuelo se generó en el lugar, pues nadie se imaginaba tan alentadora noticia—. Sin embargo, no crean que todo esto es gracias al fin de la nevada. Ya sabemos quién asesinó a Alistair Haydock.

La conmoción grupal se volvió un murmullo de sonoridad creciente que se expandió por toda la biblioteca. Hubo quejas, festejos, opiniones encontradas y todo tipo de comentarios.

—No puedo darles la información en este momento. Solo diré que hemos identificado al autor material del crimen. Luego de una negociación con su abogado, hemos llegado a un acuerdo que beneficia a ambas partes. Mañana a primera hora, el acusado hará una declaración formal y revelará al autor intelectual del crimen, quien será encarcelado de inmediato. Esta confesión aliviará la pena del homicida; es un trato común. Por esta razón, hemos decidido otorgarles libertad a partir de mañana. En caso de que necesitemos hacerles preguntas o quede algo pendiente, nos comunicaremos como es debido.

—Entonces hay un cómplice… ¡Son dos asesinos! —clamó Lorianne y cayó en brazos de Collins como si estuviera a punto de desvanecerse.

—¡Debe decirnos algo más! No puede jugar así —lo increpó Lynelle, poniéndose de pie.

—¿Están aquí? ¿Los asesinos están aquí? —indagó Luciano.

—Ya les revelé lo que puedo revelarles —replicó Harbord, ganándose la rabia de todos los presentes.

—No estoy de acuerdo con este manejo —alegó Raymond Collins mientras sostenía los brazos temblorosos de su prometida—. Nos han tenido aquí encerrados como si todos fuéramos criminales y no nos han proporcionado protección. Fue una resolución injusta y deshonesta. ¿O acaso se olvida de que Haydock no fue el único asesinado? La señorita Carla Webster imaginamos que murió en

circunstancias de lo más sospechosas. Y también hay una niña que sufrió las consecuencias de sus decisiones. La hija de Luciano Di Benedetti estuvo aquí encerrada y se ha enterado de todo lo sucedido. No pudimos evitarlo. El accionar de la ley fue desmedido.

—Señor Collins, toda medida tiene un precio. Pero le recuerdo que, gracias a los métodos que usted tanto critica, hemos hallado al asesino. Nuestra misión se alcanzó con éxito.

—De todas formas, creo que debería darnos más información —agregué, sumándome al colectivo de descontento—. ¿Sabe lo que fue estar aquí encerrados, imaginando que alguno de nosotros quería asesinarnos? Nadie se siente a salvo en este lugar. Merecemos explicaciones.

—Hemos hecho un acuerdo con el criminal. Por el momento, no revelaremos su identidad —replicó brioso; nadie podía hacerlo dudar.

—¿Y cuál es la tercera noticia? —le preguntó Leonard, quien estaba muy concentrado en la conversación—. Dijo que tenía tres buenas noticias para darnos.

—Oh, claro. Espero que esto los alegre un poco. —El oficial hizo una pequeña pausa que nos resultó tan innecesaria como exasperante —. Es de mi agrado informarles que Carla Webster no ha muerto. El equipo médico le ha salvado la vida.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Lorianne, en un exagerado ademán de agradecimiento—. Todos creímos que había muerto.

—¿Qué le pasó? ¿Le envenenaron la comida? —preguntó Leonard.

—Si bien la joven Webster mostraba signos de intoxicación, no se encontró adulterado su desayuno, que fue lo último que ingirió antes del suceso. En la habitación de Webster se halló un humidificador ultrasónico. Como tal vez sepan, se trata de un pequeño aparato que va cargado con agua. Datos científicos demostraron que el contenido líquido del vaporizador estaba contaminado con ricino. Fue una operación silenciosa, con un arma homicida versátil y portátil.

—Hay humidificadores en casi todas las habitaciones. ¡Todos estamos en peligro! —clamó Lorianne, recurriendo a su habitual aspaviento.

—Supuse que a los huéspedes les agradaría tener un pequeño difusor en sus habitaciones. Son pequeños, redondos y simpáticos. Y, en mi opinión, son excelentes para la salud. Añadir humedad al aire ambiental tiene muchas ventajas. El aire frío del invierno seca los pulmones, y la calefacción central también. Además, ayuda a la piel seca, la tos, las alergias y el dolor de cabeza. Yo misma los he puesto. No tengo problema en decirlo porque no fui yo quien intentó asesinar

a Carla Webster —declaró Lynelle.

—Señora Pendleton, nadie está acusándola de nada. Y recordemos que cualquiera de ustedes pudo haber entrado a la habitación de Webster y contaminar el humidificador. Pero las buenas noticias no se acaban aquí. Como les dije, Webster está viva. Si bien no existe un antídoto específico para revertir el envenenamiento, las medidas de sostén del equipo médico han logrado la recuperación de la joven.

A continuación, un revuelo de objeciones y teorías descabelladas inundaron el ambiente. Todos intentaron hacer hablar al oficial, pero su hermetismo era inquebrantable. Deberías haberlo visto: caminaba por la sala como una prosaica imitación de Holmes, recibiendo las súplicas y quejas de sus interlocutores sin inmutarse en lo más mínimo. Es un cínico por gozarlo. Ya veremos a dónde lo lleva su orgullo.

¿Qué me dices ahora? El confinamiento se ha levantado; Carla Webster está viva y al fin se ha resuelto el crimen. No sé si continuaré trabajando aquí mucho más tiempo. Veo el futuro un tanto incierto. Antes de tomar cualquier decisión, debo saciar la enorme ansiedad que Harbord ha sembrado. Debe de haber algún punto en común entre la muerte de Haydock, el envenenamiento de Webster y la desaparición de James. Además de ser huéspedes del Hotel Lansbury, por supuesto.

Estoy escuchando gritos. Vienen de afuera, del bosque. Es una mujer, una mujer que está pidiendo ayuda. No logro entender qué dice. ¿Acaso no se puede estar en paz en este lugar? Ya regreso.

¡Es Lynelle Pendleton! Viene trotando del bosque de abetos. Dice que encontró a su hijo tirado en la nieve. ¡Dice que está muerto! Luciano salió a su encuentro, estaba con Scully en la entrada del hotel.

Oh, Dios santo. No puede ser cierto. Debe de ser un error. Debo irme, hija. Perdóname. Debo irme ya mismo.

Suzanne Hinchcliffe a Conny Bratt

Tengo que contarte muchas cosas, Conny. Eso me ayudará a desatar este horrible nudo que me está oprimiendo la garganta. El pastel de carne no se quemó de milagro. Y aunque sé que muchos huéspedes lo encontrarán desagradable, no me importa en absoluto. A todos se nos ha cortado el apetito. ¿Quién puede tener hambre después de lo que pasó en el bosque?

Lynelle Pendleton llegó a la puerta del hotel casi sin aliento. Se le

había corrido el maquillaje de los ojos a causa de las lágrimas que no había logrado contener.

—¡Encontré a James! ¡Lo han asesinado! ¡Lo han asesinado! —decía desesperadamente.

Todo el cuerpo le temblaba con violencia; parecía una hoja de otoño en medio de una tempestad. Harbord apareció en escena enseguida y la obligó a tomar asiento hasta que se repusiera. Ella insistía en que quería estar con su hijo. "El machete, el machete", repetía una y otra vez sin poder formar una oración coherente. Sé que he criticado a la vieja Pendleton un centenar de veces, pero de veras me rompió el alma verla en ese estado. Lloraba y gritaba, y no dejaba que nadie se le acercase. Lorianne le ofreció una bebida caliente, pero la taza de té casi termina en el suelo.

—¡Debo estar con él! ¡Quiero estar con mi hijo! ¡Usted debía protegernos! —le espetó al oficial con fuego en la mirada—. Pero ahora James está muerto.

Unos minutos más tarde, Lynelle nos apartó de su lado. No pudimos retenerla y finalmente salió hacia el bosque con todos nosotros detrás. El corazón me tamborileaba en el pecho; la sola idea de imaginar lo que estaba a punto de ver me generaba pánico y desesperación. Y, entonces, hallamos el cuerpo de James a merced de la muerte, en medio de un grupo de abetos que habían crecido muy próximos entre sí.

El hombre se hallaba tendido de costado sobre la nieve. A juzgar por la posición de los brazos y las piernas, podría decirse que el pobre hombre había caído desde su altura. Estaba muy cerca del tronco de un árbol, no había viento que pudiera mover las ramas nevadas. Pero lo más horroroso fue ver varios manchones de sangre un tanto coagulada sobre la nieve. A unos cuantos centímetros del cuerpo caído, se hallaba el machete Sheffield que había pertenecido al padre de Lynelle. El arma había desaparecido del hotel hacía unos días. Me dio pánico mirar más en detalle, me daba mucha impresión ver qué le habían hecho a James.

Me acerqué a Lynelle y entre Mitzi y yo la ayudamos a mantenerse en pie, pues su equilibrio pendía de su débil fuerza de voluntad. El oficial Harbord se inclinó sobre la víctima, lo tendió boca arriba y lo examinó.

—¡Está vivo! ¡Tiene pulso! —anunció y nos dejó a todos boquiabiertos—. Hay que llevarlo al hotel de inmediato. Está muy frío. No sabemos hace cuánto está aquí a la intemperie.

—¡Ahí está el machete Sheffield de la biblioteca! —añadió Luciano, impresionado—. ¡Debieron de haberlo golpeado con el

mango!

—Es un milagro que no estuviera boca abajo, pues podría haberse asfixiado con la nieve —comentó Mitzi, con un dejo de emoción.

—Las ramas de los árboles forman una especie de carpa natural. Eso debió de mantenerlo a salvo —observó Hope—. Realmente es un milagro que esté con vida.

—El asesino debió de creer que estaba muerto, pero solo estaba inconsciente. No toquen el machete. Mandaré a que lo recoja la agente. Lo golpearon en la nuca, así que dudo mucho de que haya visto a su agresor —explicó el oficial.

—Mi James, mi James… —balbuceaba Lynelle, entre espasmos de llanto.

Harbord, Luciano y Collins se llevaron el cuerpo, y Mitzi se ocupó de Lynelle, quien no mostró ni una pizca de su hosco temperamento; la anciana se había convertido en una versión frágil y abatida, y no era para menos. Leonard Hutcherson, que apareció en el lugar unos minutos más tarde, se quedó mirando el tronco del abeto como si en él se encontrara un acertijo indescifrable.

—¿Qué has visto? —le preguntó Hope con curiosidad.

—No es nada —repuso sucintamente, y se llevó consigo el secreto.

Una vez repuesto, James decidió bajar a la biblioteca junto con Harbord a fin de tranquilizar a todos los huéspedes y, por supuesto, responder nuestras preguntas. Después de un baño caliente, James había recuperado el tono rosado del rostro. Se sentía muy agobiado y decaído, pero al menos estaba con vida y eso, después de todo lo acontecido, era mucho.

—¿Qué ha sucedido? ¿Puedes recordar algo? —le pregunté con real intriga.

—No lo sé. Todo es muy confuso. Ayer por la mañana me desperté algo tarde y salí al invernadero sin desayunar. Permanecí allí un largo rato. Volví al hotel después del mediodía, comí algo y volví a salir. No vi a nadie. Debía de ser la hora de la siesta. No sé qué me sucedió. Todo lo que recuerdo es que alguien me golpeó la cabeza con algo muy duro, nada más. Me golpearon por la espalda. No pude ver quién lo hizo.

—Me lo imaginaba. El agresor se aseguró de no ser visto. Si tenemos suerte, encontraremos alguna huella en el machete, pero lo dudo. Quien está detrás de todo esto es muy astuto —aseveró el oficial mientras se servía una taza de té de limón.

—Tuviste mucha suerte. Estabas muy abrigado con ropa térmica y te encontrabas en un lugar reparado del bosque. Los árboles te

protegieron de la cruda noche. Además, hoy ha dejado de nevar después de tantos días de mal tiempo ininterrumpido. Aun así, estás vivo por milagro divino —afirmó Mitzi, con las manos temblorosas sobre su regazo.

—Les propongo, también como un modo de celebrar que James esté con vida, tener una última cena. Todos juntos, aquí mismo, como la primera noche en que llegaron al hotel. Pero, esta vez, contarán con mi presencia. Les aseguro que mañana, cuando despierten, todas sus preguntas sobre la muerte de Haydock y los intentos de homicidio de la señorita Webster y del señor Pendleton estarán resueltas. Mañana, su pesadilla se termina y podrán abandonar el hotel.

—Pero James está vivo de milagro, ¿y usted propone hacer una comilona para celebrar en lugar de buscar al responsable? —inquirió Mitzi, con comprensible indignación—. ¿Qué clase de actuación policial es esta?

—Le aseguro, hermana, que ni uno solo de los actos criminales que aquí han sucedido quedarán impunes. Tenga fe, hermana. Tenga fe.

Los huéspedes del Hotel Lansbury nos miramos uno por uno con una enorme tensión imposible de ocultar. El oficial estaba muy seguro de lo que hacía, pero yo, al igual que Mitzi y tantos otros, me sentía sumamente escéptica. Minutos más tarde, la pequeña Antonietta irrumpió en la biblioteca corriendo como un tornado. A los gritos, clamó:

—¡*Alguien morirá esta noche*! ¡*Alguien morirá esta noche*! ¿Quién quiere jugar conmigo?

Leonard y Hope se encontraron en una mirada íntima; solo ellos sabían en qué estaban pensando. Lynelle tomó la mano de su hijo, quien le devolvió el gesto con ternura, ya fuera fingida o no. Collins y Luciano depositaron su atención en la bella Lorianne, quien no soportó el peso de las miradas y desvió los ojos hacia la niña. Mitzi bajó la vista compungida y comenzó a jugar con las cuentas de su tembloroso rosario. Harbord, por su parte, curvó los labios en una sonrisa y nos miró a todos con aire de superioridad.

Lo sabíamos, no teníamos dudas; eso era lo que decían nuestros ojos. Estoy convencida de que algo pavoroso nos espera en esta última cena. Lo siento en los huesos, Conny. Ese desdichado juego está maldito. Todos lo sabemos. Alguien morirá esta noche.

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida hermana:

Espero que todos estén muy bien. Los extraño mucho. Aquí los días se están haciendo largos y tediosos, fríos en todos los aspectos posibles.

En mi correo anterior te conté sobre el oficial Harbord y James Pendleton. Yo no he dejado de pensar en el asunto. No sé a quién creerle, ¿quién de los presentes dirá la verdad? Para mi sorpresa, se ha dejado de hablar del asunto, y todo por un partido de fútbol. Aquí hay muchos fanáticos de la Premier League. En las últimas fechas, hubo un sorpresivo empate entre Newcastle y Southampton, y el Tottenham venció al Liverpool. Todo esto lo sé gracias a Luciano, quien ama el torneo nacional y declaró que no iba a perderse el partido de hoy por nada del mundo. Jugará el Manchester United con el Manchester City. Collins apostó por el primero y Luciano, por el segundo. Leonard se negó a apostar, pero predijo que el Chelsea se quedaría afuera de la copa, cosa que nadie le creyó; solo consiguió que lo abuchearan.

Cansada de oír hablar de jugadores, puntos o goles, salí del hotel a pesar de que debería haberme quedado en la cama. Suzanne tuvo la gentileza de prepararme un té bronquial y Antonietta me ofreció jugar con su *bulldog* para que me sintiera mejor. Sin embargo, preferí alejarme un momento de ese nido de áspides.

Pese a todo, no puedo dejar de pensar que este lugar es un paraíso congelado. La nieve forma montañas que crecen como colinas de cristal. Tan solo algunas piñas o restos de hojas y cortezas cortan con la blancura. Aproveché que no estaba nevando y me adentré en el bosque que está entre el invernadero y las ruinas. La soledad no me asustaba, más bien me dejaba oír mi voz interior.

Me desvié un par de metros del único sendero transitable para encontrarme con un inmenso roble solitario de tronco ancho y copa prominente. Las ramas brotaban hacia el cielo como los dedos de la mano de un gigante. Lo acaricié fascinada por su imponente presencia y oí en el susurro del viento una invitación para que me subiera. Con cuidado de no resbalarme, escalé emocionada hasta alcanzar las ramas más gruesas y me recosté en una. El árbol frenaba el viento y el aluvión de pensamientos que me atormentaban. Allí estaba a salvo, pero no sola.

—Siempre supe que tenías complejo de mono, porque no había árbol al que no te subieras. —Oí de pronto mientras él se subía al roble también.

—¿De dónde rayos saliste? ¿Me estabas siguiendo? —inquirí indignada.

—Qué hermosa vista hay desde aquí. Pronto anochecerá y la

ciudad de Ambleside brillará como un árbol de Navidad.

Gozando de mi ofuscación, Leonard se recostó sobre una de las ramas y clavó los ojos en el cielo.

—¿Quién te adoptó? —le pregunté sin poder ocultar mi curiosidad.

—Eran buenas personas, no eran perfectas. Pero ¿quién lo es? Mis padres se casaron cuando ya eran bastante mayores. Él era un almirante adinerado y afecto a las reglas. No sabía cómo ser padre, y mucho menos con un niño que no era su propio hijo. Creo que él siempre me vio como a uno más de sus cadetes. Nunca fui el muchacho correcto y disciplinado que él esperaba. Él era frío y poco comunicativo, no sabía entablar lazos humanos ni estaba interesado en hacerlo. Vivía en su propio mundo regido por la doctrina rígida de la milicia, las órdenes y los mandatos sociales. Era un buen hombre, insisto, pero solo sabía cómo comandar un barco; ser padre de familia no entraba en su currículum. Mi madre, en cambio, es todo corazón, un ángel puro y bondadoso. Lamento haberles traído tantos disgustos. Jamás quise al almirante, pero mi madre era suficiente para suplir su carencia afectiva. Tenían una hija biológica, Adele. Siempre la quise muchísimo; es una gran persona. ¿Qué hay de ti? Espero que hayas tenido más suerte.

—Pues sí. No me puedo quejar. Mis padres se casaron muy jóvenes y creo que la ansiedad de agrandar la familia no les permitía concebir. Pero después de adoptarme tuvieron dos hijos biológicos. Mamá dice que ellos no habrían nacido si yo no hubiera llegado a casa antes. Son personas generosas y desinteresadas. Siempre estaré en deuda con ellos.

—Siempre supe que te esperaba un hogar maravilloso, una de esas familias donde comienzan a celebrar la Navidad desde noviembre, donde todos son amorosos y donde nadie discute con nadie.

—Eso no existe, Leonard. Y mucho menos en una familia de cinco. Pero sí es cierto que tuve mucha suerte. Nos peleamos tan rápido como nos reconciliamos. Y, sí, tienes razón con lo de las fiestas. No puedo aguantar la tentación y armo el arbolito a fines de noviembre.

—Lo mismo que hacías en el orfanato.

Leonard se sentó sobre la rama y yo me puse de pie con la idea de bajar pronto; tenía que sostenerme para no perder el equilibrio. En definitiva, estábamos solos y muy lejos del hotel. Si algo malo pasara, nadie podría oírme.

—Esta última noche será interesante. ¿No lo crees?

—Al parecer hay mucha expectativa. Todo el mundo está ansioso por abandonar el hotel y recuperar su vida, pero yo prefiero mantenerme escéptica. Creo que será nuestra despedida, Leonard.

—Es una pena —afirmó, acercándose a mí—. No querría volver a perderte.

—Está anocheciendo. Regresaré al hotel —repliqué cortante.

—Me dio mucho gusto encontrarte. Jamás creí que estarías en este hotel —me dijo, bloqueándome la salida.

—Ya no somos los niños que solíamos ser. Espero que la realidad de ser adultos no haya destrozado la inocencia que teníamos. La vida nos hizo madurar a los golpes; nos lastimaron y nos traicionaron, nos transformaron en las personas que somos hoy. Solo soy parte de tu pasado. Y tú eres parte del mío.

—Intentas convencerte —repuso con altanería, devorándome con la mirada.

—¿De qué hablas?

La situación se estaba yendo de rumbo. La nieve que yacía sobre el árbol hacía que mis pasos fueran resbaladizos y poco seguros. No tenía a dónde ir porque la única salida para descender del roble estaba bloqueada por el sujeto del sobretodo negro y, como si todo eso no fuera suficiente, mi corazón no dejaba de latir fuerte.

—Me refiero a que no solo soy tu pasado. Ahora también soy tu presente —me respondió.

Levantó el brazo derecho y se sujetó de una de las ramas superiores, haciéndome sentir aún más pequeña de lo que soy.

—Jamás he visto el futuro tan incierto —declaré nerviosa.

Me estaba tornando estúpida e indefensa, pero debo admitir que me encantaba. Ser su presa me encantaba.

—No tendrías que encariñarte conmigo. No puedo darte una historia de cuentos.

Su sinceridad me hizo volar la cabeza, me llevó de viaje a lugares impensados. Sé que estaba perdida en un laberinto, un laberinto de deseo.

—¿Y qué puedes darme, entonces? ¿Un romance oscuro con sangre y cicatrices? —lo instigué, pero me arrepentí al instante.

—Mi querida Hope, tú sola te estás metiendo en la boca del lobo. Yo podría dejarte marcas que nadie más podría borrarte, marcas que te verías al espejo el resto de tu vida y te harían recordar para siempre con quién has estado.

—No eres un príncipe. Eres un maldito y sucio embustero.

—Y eso te encanta. Dilo —me ordenó, presionándome con más fuerza—. Di que te encanta.

Me dejé embaucar por su mirada fueguina, olvidándome de todo por un instante.

—Sí… Sí, me encanta —susurré, con mi voluntad de alejarme de él completamente truncada.

Sin darme tiempo a reaccionar, Leonard me tomó el rostro con las manos y me devoró a besos sin que le ofreciera resistencia. Durante aquellos minutos en los que me sentí a mil metros de la tierra, me albergó una paz y un regocijo que hacía años no sentía. Leonard sabía cómo poner mi mundo de cabeza; con él me sentía a salvo. Estar en sus brazos era como estar en el hogar. Había soñado con besarlo. Y comprendí entonces que los años que habían transcurrido no significaban nada, que yo era dueña de mi propio destino, que estaba dispuesta a aceptar las rosas y las espinas. Él me inundaba de regocijo, era un huracán de éxtasis que ponía mi mente en blanco y mi corazón en llamas.

Aunque seguía tan sedienta de él como el primer día en que lo vi enfundado en su abrigo negro, algo me obligó a despegarme de él. Crucé los brazos alrededor de su cuello. Su seriedad borró mi sonrisa. Una parte de él me daba miedo, pero otra me atraía con fuerza. Mi mirada fue para Leonard toda una invitación; no teníamos forma de separarnos. Así, volvimos a fundirnos el uno el otro como si nada raro estuviese pasando en nuestras vidas. Gravísimo error.

—Pero de todas formas, si fuera un príncipe, te rescataría de la torre, aunque no lo haría con métodos ortodoxos —me susurró al oído —. Insisto. No podemos estar juntos, Hope. No debemos.

—¿Por qué?

—Por dos motivos. En primer lugar, porque sé que no estás limpia. La policía te está buscando. Interpol te tiene en la mira, no podrás escaparte de ellos. Ambleside está sitiada. No me mires como si no lo supieras. Eres una excelente criminal, la más astuta de todas. Al final, tú y yo no somos tan diferentes como creía. Tenías razón, ya no somos niños inocentes. Ambos nos hemos convertido en monstruos.

No supe qué responder. No sé qué me había dejado más anonadada, si sus increíbles besos o lo que acababa de escuchar.

—¿Crees que tienes las respuestas a todos los acertijos? —le pregunté sonriente, decidida a no dejarme vencer por sus encantos—. Por favor, sácame de mi ignorancia y respóndeme: ¿cuál es el segundo motivo?

—El segundo motivo por el cual no deberías encariñarte conmigo es porque soy un asesino —afirmó con descaro—. Lo sabías, muy en el fondo de tu corazón lo intuías. Sé que me has descubierto. Lo sabes, pero no te importa, ¿verdad?

Hope Mellark a Ann Mellark

Querida hermana:

Perdóname por haberte enviado el correo anterior sin explicarte cómo terminó todo. La luz comenzó a titilar, por lo que supuse que pronto habría un apagón. Te envié entonces lo que había redactado antes de que la electricidad nos abandonase. No puedo llamarte por teléfono porque aún no hay señal, pero me reconforta saber que podemos comunicarnos por correo electrónico.

Algo más ha sucedido. Luego de que Leonard confesó ser un asesino, comencé a oír los gritos de Antonietta y de Luciano. Scully se había vuelto a escapar, por lo que ambos lo estaban buscando hasta debajo de las piedras. En ese momento, decidí que ya había tenido suficiente dosis de Leonard y bajé del árbol, aprovechando la confusión. No quería que me vieran con él.

Me quedé un poco sorprendida con su confesión, pensé que nunca lo haría. Aunque no me mintió, tampoco dijo toda la verdad. Todos tenemos un muerto en el armario, ¿no? Pues yo acabo de descubrir el suyo.

Durante el corte de luz, el hotel se sumergió en una oscuridad absoluta. Encendí la linterna del móvil y fui en busca de Suzanne, tal vez ella sabía qué había sucedido. Pero, aquí entre nosotras, admito que no me hacía gracia quedarme encerrada a oscuras en mi habitación. Abandoné el piso de las habitaciones y bajé las escaleras con cuidado guiándome con la luz del móvil.

En un instante que apenas percibí, una delicada figura pasó frente a mí. Solté un grito de espanto y me vi forzada a sostenerme de la baranda de la escalera para no terminar rodando. Mi corazón amenazó con salirse del pecho. Estaba convencida de que acababa de ver un fantasma. Pero no, hasta ahora aquí todos los peligros fueron reales; los demonios son reales. Todo fue tan fugaz que apenas recordaba una melena rubia pasar frente a mis ojos como si estuviera levitando. ¿La misma melena rubia que me había atacado en las ruinas?

—Hope —me llamó alguien a mis espaldas, tocándome el hombro derecho.

Volteé de inmediato y me encontré entonces con la mirada desabrida de Lorianne Miller. Se la veía apesadumbrada y penosa, algo estaba ensombreciendo su usual buen aspecto.

—¡Qué demonios! ¡Casi me matas de un susto! ¿Qué estabas

haciendo en las escaleras? —le pregunté, tomando distancia.

—Estaba buscando a Leonard. Suzanne me pidió que le entregara este sobre —me respondió y lo mostró.

—¿Acaso vino el correo? Creí que estaba suspendido temporalmente por las condiciones climáticas.

—No, nada de eso. Hace un rato, Leonard estuvo limpiando su camioneta. Suzanne me dijo que olvidó esto junto al vehículo y me pidió que se lo devolviera. ¿Lo has visto? No lo encontré en su habitación. Este corte de luz me tiene muy fastidiada. Raymond me aseguró que se restauraría pronto. Las autoridades locales advirtieron que esto podría pasar. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Leonard?

—No te preocupes. Ve con Suzanne. Siento olor a cúrcuma. Estoy segura de que debe de necesitar unas manos extras que le ayuden en la cocina. Yo le daré esto a Leonard. Sé dónde está —mentí.

—De acuerdo. —Me entregó ese sobre que tanto me interesaba—. Collins estaba revisando los fusibles con Suzanne. Iré con ellos.

Se alejó hacia el ala derecha del hotel y yo me apresuré en buscar un escondite. Me sorprendí de lo buena mentirosa que podía ser y me regocijé por ello. Siento que aquí solo se puede sobrevivir si eres astuto y estás siempre un paso adelante. ¿Qué puedo decirte, querida hermana? Hago lo posible por disfrazarme de cordero.

De inmediato, corrí escaleras abajo y entré en uno de los baños que está cerca de la recepción. Luego de ponerle traba a la puerta, apoyé el móvil en la encimera del lavabo y suspiré profundo. Por alguna razón, quizás una pizca de intuición o sexto sentido, sabía que lo que contenía aquel sobre no era nada bueno. Despegué la cinta con cuidado, procurando no romper el papel.

—Veamos qué escondes, Joaquim Hofstadter —murmuré.

Mi respiración se detuvo unos segundos, sentí una náusea. Había fotos, decenas de fotos. No podía entenderlo, me negaba a creerlo. “No puede ser. Esto no puede ser de él”, me repetí, al tiempo que intentaba convencerme de que tenía que haber un error.

Recordé los besos en que nos habíamos fundido, aquellos deliciosos besos que me hicieron sentir altruista y liberada, y sentí de pronto un sabor agrio en la boca. Esto es mucho peor que ser un asesino, mucho más enfermizo. Eran fotos, Ann. Fotos de niños en el baño de una escuela, donde nadie debería estar viéndolos. Me entiendes, ¿verdad? No hace falta que sea más explícita. Guardé de inmediato aquellas ominosas imágenes dentro del sobre. Temblé.

La luz volvió de pronto, debí encender el interruptor al entrar al cuarto de baño sin darme cuenta. Oí una voz masculina que gritó “eureka” más allá de las paredes de aquel pequeño cuarto. Me

encontré entonces allí encerrada, horrorizada.

Leonard es un monstruo. Leonard se ha convertido en un ser abominable. Y debe pagar, debe pagar por todo lo que ha hecho. Sé que todo terminará esta noche, al precio que sea. Y que pase lo que tenga que pasar. Ya no le temo a nada. Ni a nadie.

Declaración de Luciano Di Benedetti

Se me ha pedido que exprese de forma clara y simple los sucesos que tuvieron lugar durante el último día de mi hospedaje en el Hotel Lansbury. Aquella última noche trazó la verdad con letras de sangre escarlata. Intentaré ser objetivo y no desvirtuar el relato con mi torpe sentimentalismo. Les aseguro que, cuando uno ve la muerte a los ojos, solo puede esconderse en los buenos recuerdos que atesora el alma.

Luego de un aburrido empate entre el Manchester City y el Manchester United, Suzanne anunció que la cena estaba lista. Collins y yo no dejábamos de discutir sobre lo sucedido en el partido, que acabó con un polémico tres a tres entre penales y grescas. Leonard y el oficial Harbord se sumaron más tarde a nuestro debate. James fue el último en unirse a nuestro improvisado club de la Premier. A pesar de sentirse débil y poco hablador, se notaba que se estaba recuperando con gran empeño. Antonietta había cenado más temprano, por lo que no participó de nuestra cena. Suzanne tuvo la amabilidad de prepararle un menú infantil especial.

No perderé tiempo mencionando los triviales temas de conversación que tocamos: el clima, las consecuencias de la nevada, la situación económica global, el siguiente mundial de fútbol, los beneficios de comer ajo, etcétera. De entrada, se sirvieron unos deliciosos bocaditos de pastel de pollo y champiñones; y para agasajarnos y despedirnos como reyes, el plato principal fue pavo relleno al horno. Según Suzanne, todas las verduras provenían de la huerta del invernadero. Acompañaban el pavo varias ensaladas, salsas y puré de cebolla y manzana. Todo transcurría con total normalidad, más allá de los rostros serios y desabridos de varios comensales. Sin embargo, cuando acabamos la comida y Lorianne comenzó a retirar los platos, nos percatamos de la trampa en la que habíamos caído.

—Insisto —le dije a Suzanne, tan satisfecho como un cerdito—. Es una de las mejores recetas de pavo que he probado. Te contrataría para que trabajases en mi casa.

—Oh, tonterías —replicó la aludida mientras se servía un poco de vino rosado—. La receta pertenecía a mi abuela; es un clásico que

nunca falla. Pero no podría haberlo hecho sin la ayuda de Lorianne, Mitzi y Collins.

—Fue un gusto ayudarlas. Me divertí muchísimo —aseguró Collins, frotándose el abdomen—. Incluso creo que me he excedido, me duele la barriga.

—Yo tampoco me siento bien —declaró Hope un tanto pálida—. Es como si me hubiese subido a uno de esos endiablados juegos giratorios de los parques de diversiones.

—Qué extraño. Como les dije, las verduras son frescas. Aquí no se exponen a agrotóxicos o a esos herbicidas que se usan sin control —remarcó Suzanne, defendiendo con pasión su invernadero.

—Es cierto, las verduras no están contaminadas. Aunque yo también me siento algo mareado —dijo James.

El resto de los huéspedes se asustaron.

—Discúlpenme —se excusó la hermana Mitzi y abandonó la sala a gran prisa para correr hacia los sanitarios.

—¡Pero qué demonios le han puesto a la comida! —exclamó Lynelle, con la frente perlada de sudor y los ojos rabiosos—. Se la han pasado haciendo chistes y hablando estupideces mientras cocinaban y ahora estamos todos intoxicados. ¡Bien hecho, Suzanne! Ya veo qué buena administradora eres.

Ante semejante agravio de parte de la dueña del hotel, se inició una guerra de comentarios mordaces en donde las acusaciones iban y venían en todas las direcciones. Todos los comensales aseguraron estar indispuestos. Algunos vomitaron; otros sentían una profunda indigestión y otros tantos se sentían débiles y con la presión por el piso. Incluso el oficial de policía tenía dolor abdominal. Fue entonces cuando me alegré de que Antonietta no hubiera comido ese pavo.

—James, ¿te encuentras bien? —le preguntó Leonard mientras los demás seguíamos discutiendo.

—¿Lavaron las verduras con vinagre? ¿Saben la cantidad de bacterias que se pueden transmitir si las verduras no están bien lavadas? De todas formas, ese puré de manzanas me revolvió el estómago. ¡Es asqueroso! —sentenció Lynelle sin notar que su hijo se ponía cada vez más pálido.

—Apártense —ordenó Harbord, abriéndose paso hacia James—. Señor Pendleton, ¿puede oírme?

—No soporto el dolor —repuso James, retorciéndose en la silla; con cada minuto que pasaba, la piel se le tornaba más pálida.

—¡Pronto! ¡Denle agua! —dijo el oficial, al tiempo que abría una ventana para que entrara aire en el salón—. Esto es increíble, francamente increíble.

—¿De qué está hablando, oficial? —sentenció Lynelle.

Mitzi regresó un segundo después y llamó a una ambulancia de inmediato.

—Mis queridos amigos, fíjense con atención en lo que acaba de suceder —comenzó a decir Harbord, caminando erguido con las manos cruzadas sobre la espalda—. Todos comimos y bebimos lo mismo. Y, a pesar de sentirnos descompuestos, James es el más afectado de todos.

—¿Qué está queriendo decir? —inquirió Lynelle con impaciencia.

—Todos comimos lo mismo, incluso algunos comimos más que James. Pero él parece ser el más dolorido. ¿Por qué? —me cuestioné en voz alta.

—Porque alguien quiere verlo muerto. Uno de nosotros —declaró Leonard sin que le temblara la voz.

—¡Eso es una estupidez! De ser así, el asesino también estaría intoxicado —protestó Collins.

—Ya intentaron matarme una vez. ¿Por qué no habrían de intentar dos veces? —argumentó James con débil voz.

—¿Cómo podría haber hecho el asesino para impartir una dosis letal en James sin perjudicar a los demás? —se cuestionó Suzanne—. Si todos comimos lo mismo que él. Todos nos servimos de las mismas fuentes.

—Es cierto. No parece una opción viable. Supongamos que alguien envenenó el pavo para matar a James; el resultado habría sido catastrófico. Pudieron haber afectado a otras personas de manera colateral. Sería una locura —afirmó Hope.

—¿Entonces es cierto? ¿La cena estaba envenenada? ¿Nos envenenaron a todos? —Lorianne estaba a punto de tener un síncope.

—Tranquila, tesoro —la serenó Collins—. De alguna manera, James recibió una dosis mayor que los demás. Lo que no logro entender es cómo.

—Pero ¿estamos seguros de que todos comimos lo mismo? ¿Exactamente lo mismo? —se cuestionó Harbord, dejándonos sin respuestas—. Solo hay una manera de saberlo: recreando la escena.

A continuación, mientras Lynelle abanicaba a su hijo y miraba la hora para calcular cuánto más tardaría en llegar la ambulancia, el oficial solicitó que se volvieran a servir uno a uno todos los platos y las bebidas que se consumieron durante la cena. Cada vez que una fuente se ponía sobre la mesa, los comensales decidíamos si la habíamos probado o no. Lo mismo se hizo con cada jarra y con cada trozo de alimento, desde el pavo hasta las paneras. Hasta que llegó el turno de las especias; un poco de sal y de pimienta había sido añadido

por algunos. Sin embargo, al poner sobre la mesa el frasco de sal especiada, todos nos miramos boquiabiertos.

—¿Cómo no nos dimos cuenta antes? ¡La sal de James! —exclamó Lynelle, al borde de un ataque de nervios.

—Es cierto. Apenas le puse al pavo una pizca, prefiero mil veces la sal común —alegó Suzanne, quien se sentía responsable de nuestra intoxicación por haber preparado la cena.

De inmediato, la asistente de Harbord tomó el salero con una servilleta y lo guardó con cuidado en una bolsa transparente de examinación. Creo que allí estaba lo que pudo haber causado la intoxicación. Un escalofrío me recorrió la espalda y me erizó el vello de la nuca, pues era muy consciente de lo que aquello implicaba.

—¡Maldita costumbre! —proclamó James, aún sudoroso—. Quien hizo esto conocía bien mis hábitos. Fue alguien que tuvo tiempo de sobra para analizar mis movimientos.

—Saben lo que esto significa, ¿verdad? ¿O es necesario que lo explique? —Harbord hablaba con una mezcla extraña de gozo y superioridad—. El asesino de Alistair Haydock está aquí, en esta habitación. Intentó matar a la joven Webster y ahora hizo lo mismo con el señor Pendleton. Me pregunto qué otro paso dará ahora.

—¿Está aquí? ¡Debe capturarlo de inmediato! Está locura ha llegado demasiado lejos —sentenció Collins encendido, aferrándose a Lorianne.

—Yo no noté nada extraño en la sal, ni en el color ni el aroma. Por favor, oficial. Debe creerme —suplicó Suzanne, retorciendo una servilleta de tela.

—Tranquila, señora Hinchcliffe. Ustedes quieren respuestas, ¿verdad? ¿Por qué no dejamos que hable la persona que sabe más que los demás?

—¿Quién? ¿Quién sabe más que los demás? —preguntó Hope. Ella miró a Leonard como si estuviese esperando que él respondiese, pero Leonard se mantuvo inescrutable.

—La señorita Lorianne Miller, por supuesto. Aunque ese nombre sea un tanto inexacto —espetó Harbord.

El brillo de su calvicie me distrajo por un momento, pero la temblorosa voz de Lorianne me arrastró a la cruda realidad.

—¿Disculpe? ¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo que ya es hora de que diga la verdad. ¿O quiere que la llame por su otro apellido? Usted y los cómplices que aquí la acompañan tienen mucho que contar. ¿Va comenzar a hablar o quiere que le traiga un micrófono?

La sangre se me heló dentro de las venas. Ella no podía ser una

asesina. No ella.

Declaración de Lorianne Miller

—Es un hermoso y refinado hotel, ¿verdad? —comentó Harbord, ante el silencio colectivo—. Nos hace sentir que estamos inmersos en la época victoriana de hace dos siglos. O incluso nos hace rememorar el magnífico castillo de Hogwarts, repleto de secretos y magia oscura.

—Oficial, le ruego que no dilate más este suplicio y nos diga de una bendita vez qué es lo que está sucediendo en mi hotel. Siempre supe que la señorita Miller no era trigo limpio —arremetió Lynelle, tan viperina como de costumbre—. Le dije que la investigaran desde el primer día. Veo que mis sospechas han sido acertadas.

—Por favor, señora Pendleton. Le suplico que mantenga la compostura —intervino Collins en mi favor—. Todo esto es un terrible malentendido. Ella jamás le haría daño a nadie.

—Bueno, eso es en verdad discutible —continuó diciendo el policía mientras caminaba por el salón con las manos en la espalda—. Ya que el público se encuentra tan impaciente, creo que es un buen momento para que comparta con nosotros sus verdaderas intenciones, señorita. Díganos su verdadero nombre. ¿O quieres decirlo tú, Leonard?

—Mi nombre es Lyla Lorianne Miller. Puede verlo en mi documento —repliqué de inmediato, antes de que Leonard respondiera.

—Me refiero a su apellido de casada. ¿O acaso lo ha olvidado? —insistió el oficial, crispando mis nervios.

—Eso es ridículo. ¡Yo jamás me he casado!

—Basta. Habla de una vez, Lorianne —me dijo Leonard, irritado. Hope empalideció.

—Di Benedetti. Su nombre completo es Lyla Lorianne Miller Di Benedetti —contestó Luciano.

Mi marido tenía los ojos vidriosos. La situación había llegado mucho más lejos de lo que jamás hubiéramos podido imaginar. Collins intentó fingir y hacerse el sorprendido, pero ya nadie creía su actuación. Me sentí desahuciada, desnuda, desprotegida.

De pronto, unos fuertes brazos me rodearon y me encontré entonces atrapada en un abrazo que había añorado demasiado. Luciano me miró con nerviosismo, trémulo, dubitativo. Jamás había existido un desamor tan grande que pudiera atacar nuestros abrazos. Al menos durante aquellos efímeros y míseros segundos, volví a

sentirme en paz. Volví a sentirme en casa.

—¿Cuánto tiempo llevan separados? —nos preguntó Harbord.

Todos nos miraban boquiabiertos. Nadie había sospechado de lo nuestro. Habíamos sido dos extraños que ocultaban una pena que nos desgarraba por dentro.

—Poco más de un año —contesté sin poder retener las lágrimas.

—Lo siento. Lo siento tanto —declaró Luciano, sujetando mis temblorosas manos entre las suyas.

—No debimos separarnos. No sabes lo que han sido estos meses.

—Lo sé. Y por eso estoy aquí.

No sé si pasaron segundos o decenas de minutos. Solo sé que ambos estallamos en llanto mientras los demás nos observaban con la mayor de las extrañezas.

—¿Tú lo sabías, Collins? ¿Supiste durante todo este tiempo que Lorianne estaba aquí con su exesposo? —inquirió Hope, ante la falta de sorpresa que su rostro expresaba.

Raymond desvió la mirada del resto de los huéspedes y asintió con la cabeza; estaba avergonzado, con el peso de la guillotina sobre el cuello.

—Ya que estamos aclarando los tantos, contemos más verdades —nos dijo Harbord con altanería—. Raymond Collins no es el adinerado joven que dice ser. Raymond Miller, quien los ha estado embaucando durante todo este tiempo, no es más que un astuto y experimentado ladrón.

—¿Miller? —preguntó Mitzi tan confundida como los demás.

—Así es —afirmó Harbord con indiscutible deleite—. He aquí a los hermanos Miller, los reyes del engaño.

Las protestas y los improperios volaron por los aires. Todos habían caído en nuestra trampa; no puedo juzgarlos. Nadie había notado nuestra farsa. Me pregunté cómo pudieron habernos descubierto, en qué habíamos fallado. Más tarde, cuando Harbord logró apaciguar el tremendo alboroto que habíamos producido, el oficial me pidió que explicase con claridad la naturaleza de nuestro engaño. Pero yo estaba demasiado aturdida, ¿en serio creían que podía mantener una actitud pasiva cuando todo el mundo me había descubierto? Aunque, para ser honesta, en ese momento la opinión de los demás me importaba un bledo. Mi alma se reconfortaba con saber que Luciano aún me seguía amando. A pesar de todo, me seguía amando. Eso es amor verdadero.

—Hace un par de años, Scotland Yard viene recibiendo reportes de robos a hoteles cuyo *modus operandi* se repite —explicó Harbord—. En todos los casos, hubo un joven y adinerado huésped que se

enamoraba perdidamente de una de las empleadas, una empleada que se destacaba por su exótica belleza. Eran casos aislados, algunos en Irlanda, en Gales y finalmente en Londres. Con el correr del tiempo, estos robos lograron unirse para sacar en limpio un denominador común: dos jóvenes simpáticos y embelesados que se juraban amor eterno. El botín ha sido muy jugoso, desde joyas hasta dinero.

—Mi hermana es inocente —bramó Raymond, aumentando la tensión del ambiente—. Todo comenzó hace un tiempo. Mi novia y yo iniciamos un estúpido juego en donde yo me convertía en un hombre rico y ella, en empleada de hotel. Comenzamos con robos menores, un par de sortijas o billeteras. Pero admito que, con el tiempo, nuestra ambición fue acrecentándose. La ruptura con mi pareja coincidió con la separación de Lorianne y Luciano. Mi hermana estaba deprimida y se sentía muy sola, así que viajamos a Irlanda juntos. Allí le confesé lo que había estado haciendo con mi ex. Lorianne no robó nada; ella solo fue una pantalla. Puedo jurarlo.

—¿Qué hay de mi prendedor? Estoy convencida de que quisieron hurtarlo —señaló Lynelle, ansiosa por devorar su carroña.

—No es cierto —afirmó Luciano, defendiéndome con capa y espada—. El prendedor fue encontrado en la boca de mi *bulldog*, por lo que no pueden inculpar a Lorianne.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú llamaste a la policía luego de que mataran a Haydock. Ahora lo entiendo. Fuiste tú —dije en voz alta sin pensarlo.

—Sí, es verdad —admitió mi esposo—. Yo llamé a la policía sin que nadie me viese. Me enteré de la muerte de Haydock porque escuché a Suzanne hablando con Lynelle y con su hijo. El señor Pendleton les aseguraba que debían mantener la compostura y evitar que los otros huéspedes del hotel se enterasen de lo sucedido. Pero yo entré en pánico de inmediato. Sabía que Raymond y tú estaban aquí con malas intenciones, y que un homicidio tan cerca de ustedes era sumamente peligroso, porque se arriesgaban a tener a la policía encima, por eso quise ser precavido y efectué la denuncia sin pensarlo. Quería protegerte. Estaba furioso, pero quería resguardarte. Supuse que la llegada de la policía te amedrentaría y te haría romper con la farsa, pero el miedo solo empeoró las cosas. También fui yo quien te envió aquella carta anónima tan atada a mis sentimientos; solo quería recuperarte.

—No sabía que vendrías aquí con Antonietta —añadió Raymond, compungido—. Nunca planeamos involucrarla a ella.

—¿Y qué creían que iba a hacer? ¿Dejar a mi hija en una guardería? —respondió Luciano mientras se aflojaba la corbata—. Le

inventamos una ridícula historia, le hicimos creer que todo esto era un juego y que nadie debía enterarse de que Lorianne era su madre. Esa es la ventaja de tener una hija con ínfulas de actriz y sumamente obediente. Al menos sé que la educamos bien. Vine hasta aquí con el único propósito de que no terminaras tras las rejas. No podía permitirlo. Por eso viajé hasta Ambleside y fingí ser un turista.

—Pero ¿cómo lo descubrieron? No logro entenderlo —Raymond estaba impactado, nunca antes alguien lo había desenmascarado—. Hicimos todo perfecto. ¿Cómo se dieron cuenta?

—No fui yo quien los descubrió.

—Si la policía no lo hizo, ¿quién fue? —preguntó mi hermano, desorientado por la duda.

—Joaquim Hofstadter, desde luego —respondió Harbord.

—¿Quién? —pregunté.

—Leonard —susurró Hope, como si ella supiera algo que los demás desconocíamos.

—¿A qué están jugando ahora? ¡Ya basta de tanto misterio! —ordenó Lynelle furiosa.

—Oh, le ruego nos disculpe, señora Pendleton. Se lo explicaré —la atajó Harbord—. Toda esa historia de que Leonard Hutcherson es un bioquímico que viajó a Ambleside para pasar las fiestas con su familia no es más que un cuento. Su verdadero nombre es Joaquim Hofstadter, y es, déjenme decirles, uno de los mejores detectives privados que conozco.

—¿Detective privado? Entonces ¿por qué está aquí? ¿Quién lo ha contratado? —quiso saber Mitzi.

—¿Me das permiso para abreviar la historia? —Leonard apartó la vista del oficial, como si creyera que, con o sin su consentimiento, Harbord haría lo que quisiera—. Hofstadter era un excelente policía. Scotland Yard estaba fascinado con él. Me atrevo a decir que era uno de los mejores agentes del cuerpo policial. Tenía el olfato criminal de un auténtico sabueso y no temía a los enfrentamientos. Él poseía astucia y valentía, dos cualidades que cotizan en esta profesión, pero las cosas no resultaron bien para él. A menos, claro, que matar a un hombre a sangre fría no fuese un delito.

—¿Qué fue lo que pasó? —inquirió Suzanne, con indiscutible estupor; el resto de los oyentes estábamos tan atónitos que no podíamos pronunciar palabra.

—Lo premeditó, hubo preparación y cálculo. Scotland Yard no tuvo más alternativa que expulsarlo del cuerpo policial. Las consecuencias de aquel acto cambiaron su destino para siempre.

Creo que a Leonard le molestaba que Harbord hablase como si él

no estuviera presente.

—Me figuro que debió de tener una buena razón para cometer el crimen. De lo contrario, no lo habría hecho —aseguró Hope, como si conociera a Leonard de toda la vida.

—El hombre que maté era un violador, un pervertido. Mi hermana Adele fue atacada por él, y yo no estuve con ella para protegerla —espetó Leonard. Sentí un nudo en la garganta y me invadió un escalofrío, no podía respirar; todos quedamos absortos ante semejante revelación—. ¿Saben lo que se siente? La impotencia, la desesperación, la ira… Todo era un torbellino diabólico que me mantenía despierto de noche y de día. En cuanto supe quién era y dónde estaría, no dudé en hacerlo. En lo único que pensaba era en mirarlo a los ojos y apretar el gatillo, era mi obsesión, mi destino, mi ruina. Al menos me aseguré de que ese maldito no volviera a destruir a ninguna familia. Hubo muchos testigos, así que no pude escaparme de las consecuencias. Por fortuna, mis abogados convencieron al jurado de que fue un homicidio en estado de emoción violenta. Eso actuó como atenuante de la pena, y las circunstancias me hicieron excusable. La psiquiatría forense estuvo de mi lado. Mi defensa se basó en parámetros de naturaleza ética, social y cultural. Alegaron que me invadió un estado de conmoción del ánimo en donde mis sentimientos se exacerbaron hasta alcanzar una intensidad tan grande que resultaron desordenados e incontrolables. El síndrome de estrés postraumático que tuve me generó una conmoción afectiva que inhibió mi capacidad intelectual. Quedé a merced de mis impulsos y automatismos, al margen de la voluntad. Los médicos dijeron que observaron en mí los signos clínicos esperables: palidez, sudoración, taquicardia, llanto, confusión, conciencia parcial. Lo único que sé es que solo tenía una idea directriz en la cabeza, y era imposible de inhibir. A veces me arrepiento, a veces me digo a mí mismo que hice lo que correcto. No pude actuar con claridad; fue un acto súbito, irreflexivo. No le deseo esa encrucijada ni a mi peor enemigo. Pasé de ser un hombre de ley a un asesino de la noche a la mañana.

Estábamos tan impactados por la confesión que Leonard acababa de hacer que nadie se atrevió siquiera a juzgarlo. De manera sorpresiva, Hope lo rodeó con sus brazos y Leonard, con los ojos humedecidos, se dejó contener. Me figuro que aquella repentina reacción nació de lo más hondo de su alma. Siempre creí sospechar cierta química entre ambos. La expresión del expolicía comenzó entonces a suavizarse. Me atrevo a decir que todos los allí presentes sentimos lo mismo hacia él: compasión.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó

Raymond sin poder relacionar los diferentes sucesos—. ¿Cómo llegaron a descubrirnos? Además, si eres un detective privado, ¿qué es lo que viniste a investigar al Hotel Lansbury?

—O tal vez podamos preguntar… —intervino Harbord, sugestivo—. ¿A quién viniste a investigar al Hotel Lansbury?

Silencio. Leonard, ceñudo, recibió un aluvión de miradas inquisitorias. Todos queríamos respuestas, todos ocultábamos nuestros verdaderos deseos; queríamos desentrañar la verdad, conocer los secretos de los demás, pero ocultar los propios. Todo estaba en silencio, a excepción de la mente de Leonard; casi podía oírsele el pensamiento. En cuanto me cuestioné qué más estaría ocultando, respondió:

—Está bien. Merecen saberlo. De todas formas, tarde o temprano se enterarán.

Después de un largo suspiro, Leonard comenzó a caminar alrededor de la mesa con las manos en los bolsillos.

—La agencia para la que trabajo no suele tener casos muy importantes, pero actualmente estamos trabajando en algo muy grande. Se trata de un asunto de pornografía infantil que atraviesa varias naciones en África y Europa occidental. Como se imaginarán, esta clase de crímenes no conoce fronteras, por lo que hay mucha gente implicada en la investigación. Interpol está detrás de los responsables, pero su red es demasiado extensa, así que es muy complicado llegar a cada rincón. A medida que los meses fueron pasando, comenzamos a aunar fuerzas con Scotland Yard e Interpol, sabiendo que, si nos manteníamos unidos, podríamos sincronizar nuestras estrategias. Un viejo contacto que aún tengo en la policía me aseguró que habían identificado a un hombre de mediana edad y a una mujer joven como posibles sospechosos. El hombre en cuestión era Alistair Haydock, pero el nombre de la mujer era un misterio, puesto que la comunicación virtual que mantenían se encontraba encriptada. Así fue como me enteré de que Haydock y esa mujer misteriosa pasarían por Ambleside. Y por esa razón vine hasta aquí. Después de que Haydock murió, revisé su *laptop* y encontré material incriminatorio de sobra, así que hice una copia de los documentos. Además, hallé un sobre con imágenes que es evidencia pura. Interpol estaba en lo cierto: él era un criminal. Era cuestión de días para que lo atraparan, pero su repentina muerte y la tormenta de nieve no ayudaron.

—Te vi en su habitación cuando él estaba agonizando. ¿Lo mataste? Di la verdad —le preguntó Hope, estupefacta.

—Tu interpretación de la situación es relativa. No sé qué viste esa

mañana, pero soy detective, no sicario.

—Haydock me resultó un sujeto soberbio y arrogante desde que lo conocí. No me sorprende que tuviera problemas con la ley. Toda la perfección que transmitía no era más que una pantalla —comentó Suzanne mientras jugaba con el guardapelo de su collar.

—Y entonces, ¿cómo llegaste a descubrirnos? —preguntó mi hermano; una gota de sudor perlada le surcaba la frente.

—Descubrir a Haydock fue sencillo. La policía ya había hecho todo el trabajo, lo único que yo hice fue recabar un poco más de evidencia. Él no tenía salida, ya no podía seguir huyendo. Sin embargo, aún me faltaba deducir quién era su socia, su colaboradora. Mis principales sospechosas eran Carla, Hope y Lorianne.

—¿Por eso siempre me estabas siguiendo cuando salía del hotel o cuando estaba con Antonietta? Desconfiabas de mí —aseguró Hope, quien lucía muy nerviosa.

—Sí, así es. Seguir a las personas es el eje de mi profesión. Al investigar a Lorianne, supe su nombre completo. Aún no están divorciados, por lo que el apellido "Di Benedetti" sigue figurando en los registros. Además, cuando Luciano llegó al hotel, informó en recepción que no tenía documentos ni pasaporte porque le habían robado la billetera en la ciudad y que había hecho la denuncia. Eso se lo contó Suzanne a Harbord en la primera ronda de declaraciones. Esto es lo primero que a la policía le hizo sospechar. No fue muy difícil descubrir que nunca existió tal denuncia. También pudimos averiguar que él no es italiano, sino inglés. Mentir los hizo poner bajo los reflectores cuando era precisamente lo que no querían.

—Fue una mentira estúpida —admitió Luciano, mirándome apenado—. Solo pretendía que no me relacionaran con Lorianne, por eso me hice pasar por italiano. Mis padres eran calabreses, tengo su aspecto y domino el idioma a la perfección. Jamás creí que las cosas irían tan lejos.

—Lorianne era la sospechosa perfecta, incluso la vi fotografiando a Antonietta mientras jugaba con el *bulldog* en la nieve. Investigando a su prometido, descubrimos que él era en realidad su hermano, Raymond Miller, quien lleva una larga lista de delitos menores.

—Pero entonces ¿quién de ellas trabajaba para Haydock? —indagó James, recobrando su color habitual.

—Veamos. Tenemos a Carla, a Lorianne y a Hope —intervino Harbord, con sus insufribles ínfulas de Sherlock Holmes—. Sabemos que Carla era su pareja, por lo que bien podría ser su cómplice. También sabemos que Lorianne coqueteaba con él y con la delincuencia. Un delito lleva a otro; los robos a hoteles podrían ser la

imagen visible de crímenes mucho más turbios, como el tráfico de pornografía. Pero ¿qué hay de Hope Mellark? Al parecer, nadie sabe mucho de ella. Yo me pregunto cuál es su verdadera relación con Alistair Haydock. ¿Por qué viniste a Ambleside, Hope? —le preguntó con malicia—. ¿Viniste hasta aquí solo por la nieve y las casitas medievales?

—No —replicó Hope tajante, con las pupilas dilatadas—. Y no me avergüenza decirlo. Viajé hasta aquí en busca de mis padres biológicos. No soy alasqueña. Mentí, mentí para que nadie conociera mi pasado. Vine a Ambleside con el único propósito de encontrar a mis verdaderos padres. Me abandonaron en la capilla María Reina de la Paz cuando solo tenía un año y medio. En la capilla del hotel, en este mismo predio. Sé que mis padres vivieron aquí, en Ambleside. O, incluso, aquí mismo.

—Me pregunto entonces quién habrá sido tu madre —continuó Harbord, saboreando su inminente triunfo—. O si estará aquí, oculta entre nosotros.

Lynelle empalideció de inmediato y, de forma instantánea, me di cuenta de lo hermosa que debió de haber sido en su juventud. Mientras el silencio volvía a apoderarse de la sala, recordé lo que vi mientras preparaba la cena de esa noche. Guardé aquel recuerdo. Debí habérselo confesado a la policía desde el principio, pero no tuve el coraje. Me acerqué a Harbord con sutileza y le revelé en un susurro lo que había visto. En ocho palabras, le dije todo. Nadie nos escuchó.

Todos habíamos mentido; desde el primer día que pisamos el hotel, todos mentimos.

—Sé que la madre de Hope está aquí, en este hotel. ¿Nadie piensa confesarlo? —arremetió el oficial, invitando a la aludida a hablar.

—No comprendo —declaró Raymond, presa de la confusión reinante—. La madre biológica de Hope está aquí escondida. De acuerdo. Puedo llegar a entenderlo, pero ¿quién mató a Haydock? ¿Cuál es la relación entre su homicidio y el intento de asesinato de Carla y de James?

—Hay un denominador común para todas esas respuestas —aseveró el oficial—. Y ese denominador común es Joanne Burke. La participante silenciosa.

Declaración de Raymond Collins

Es curiosa la facilidad con la que se puede desviar el curso de una

vida de un momento para el otro. A pesar de haberme creído superior a la ley, algo en mi interior me susurraba que, tarde o temprano, la policía me atraparía. El juego fue fantástico mientras duró, incluso me atrevo a decir que fui un digno jugador; para ser franco, me alegra saber que mi hermana no se verá afectada. Sin embargo, no me han llamado a declarar para ahondar en mis sentimientos, sino para que exponga cómo fue la historia del Hotel Lansbury.

—Mis queridos amigos —comenzó a decir Harbord, con una sonrisa en su rostro de arpía—, hay una cuestión que es necesaria que salga a la luz, y es un relato que conjuga el presente con el pasado.

Mientras el oficial sembraba el misterio, tomó de su saco una vieja fotografía. La exhibió como un trofeo.

—He aquí la clave para responder todos los interrogantes que nos hemos estado planteando. Les puedo asegurar que en este papel están todas nuestras respuestas. Le agradezco a Leonard por haberme confiado este tesoro.

—¿De dónde lo sacó? —inquirió la hermana Mitzi con disgusto.

—Vaya, tenemos el primer aludido de la noche —comentó Harbord.

—Oficial, aún no nos ha dicho quién es Joanne Burke —expuse con impaciencia.

—Al contrario de lo que deben de pensar, no quiero ser el protagonista de esta noche. ¿Por qué no dejamos entonces que hablen los verdaderos partícipes del caso? —Una vez más, se hizo un profundo silencio; al parecer, todos estaban dispuestos a revelar lo mínimo—. Empecemos por lo básico. Mitzi, ¿podría ser tan amable de decirnos quién es Joanne Burke?

—Joanne es una señora mayor, se está hospedando temporalmente conmigo en la capillita —respondió con cautela, como si estuviera escogiendo con cuidado qué palabras utilizar.

—Cuéntenos más, por favor. ¿Qué vincula a la señora Burke con una suelta de globos negros, con una fogata de piñas y con muñecos ensangrentados?

—Yo… No lo sé. Ella a veces hace esas cosas con los elementos que encuentra porque le hacen recordar a personas que ya no están. Sé que son actos tétricos y sin sentido, pero es la forma que ella tiene de conectarse con su pasado. Uno de sus familiares adoraba los globos negros y también hacía muñecos con piñas. Yo solo procuro que no le falte nada, que esté bien, que se sienta acompañada, que tome todos sus remedios.

—¿Y por qué tanta generosidad? ¿Es solo un abnegado acto de compasión? ¿Por qué está aquí, en el Hotel Lansbury?

—Pues… Ella siempre vivió en Ambleside, cerca del hotel. Su hija está de viaje. Yo suelo cuidarla en su ausencia. La señora Pendleton fue muy amable al ofrecerle cobijo.

—Lynelle Pendleton… Otra caritativa y desinteresada alma bondadosa —comentó el oficial con sarcasmo.

—¿Qué está insinuando? Como Mitzi ha dicho, le ofrezco a esa pobre mujer un techo, comida y protección sin cobrarle ni una libra —protestó Lynelle, y luego bebió un largo trago de agua.

—¡Cuánta bondad veo por aquí! —espetó Harbord con cizaña—. Me pregunto si tanta caridad tiene algo que ver con que el hijo de Joanne Burke esté enterrado aquí mismo.

Lynelle casi se atora con el agua.

—Ludwig Ellis —susurró Hope con voz de ultratumba.

—Habla ya, Mitzi. Dinos cómo murió Ludwig —le pidió Leonard a la hermana.

—Yo no lo sé.

—No des más vueltas, Mitzi. Joanne nos contó que Ludwig y tú eran novios.

La insistencia de Hope nos dejó a todos atontados.

—Joanne está senil, la pobre padece Alzheimer.

—Tal vez a ti no te conviene que le creamos, pero sí lo hacemos —le espetó Leonard, impertérrito—. No solo nos contó de su hijo y de ti, sino que también nos dijo quién lo asesinó.

—Eso es absurdo. Su hijo murió en un accidente. No pueden tomar al pie de la letra nada de lo que les diga.

—¿Como que Haydock mató a Ludwig? —arremetió Hope.

—¿Estamos hablando de Alistair Haydock? ¿El mismo señor Haydock que fue asesinado hace un par de días? —arremetió Lorianne tan aterrada que no se despegaba de los brazos de Luciano.

—No tiene sentido que sigas mintiendo. Tú sabes cómo murió Ludwig y también sabes qué fue lo que pasó con Haydock. Confiesa de una vez.

Debo admitir que Leonard sí tenía talento como detective.

—Por favor, no tienen por qué ser tan crudos —intervino James, tratando de hacer a un lado su malestar—. Todo esto debe de ser un complicado malentendido. Mitzi ha tenido mucho trabajo en los últimos días; todos nos hemos puesto desquiciados con tantos inconvenientes. Le ruego, oficial, que deje a la hermana tranquila. Aclarará sus dudas cuando la situación se haya enfriado. No hay nada de gran utilidad que ella pueda revelarles.

—Es fantástico que intentes protegerla. ¡El amor nos hace perder la cabeza! —exclamó Harbord sin dejar de caminar por el recinto—.

Les pido a todos que miren esta fotografía con atención. Como verán, junto a la casita del puente de Rydal Road, hay cinco niños sonriéndole a la cámara. El del medio, el más menudo, el que está sosteniendo un globo negro, es ni más ni menos que Ludwig Ellis. A su derecha, en un extremo, pueden ver a una bella niña de largo cabello rubio y ojos verdes. ¿Adivinan quién es?

Mi cabeza comenzó a tejer los hilos de la historia a la velocidad de la luz.

—¡Está bien! —estalló la hermana Mitzi, abandonando su asiento con brusquedad—. Se lo contaré. Se lo contaré todo.

—¡Mitzi…! —intentó frenarla James.

—Está bien. Confía en mí; puedo con esto.

James no pareció muy convencido, pero Mitzi estaba decidida a romper el silencio; tras un largo suspiro, cobró el valor que necesitaba y comenzó el relato.

—Éramos un grupo muy unido, compañeros de escuela desde jardín, vecinos, cómplices inseparables. Éramos eso y mucho más. No había nada que no hiciéramos juntos. Esos cinco niños que ven en esa vieja foto no eran un simple grupo de amigos, eran hermanos de la vida. Lo fuimos hasta que la noche sobrevino a nuestras vidas y todo lo que algún día fue bueno y sincero se tornó violento y criminal. Todos, en menor o mayor medida, nos convertimos en nuestra peor versión. Todos, en menor o mayor medida, nos convertimos en asesinos. La verdadera amistad, como el verdadero amor, es sincero y desinteresado. Estar juntos era invaluable. Compartíamos risas y travesuras, teníamos nuestros propios juegos y mascotas en común. ¿Cómo pasamos de buscar zorros en la nieve a ensuciarnos con sangre? ¿Cómo pasamos de cuidarnos y respetarnos a clavarnos un puñal en la espalda? Aún hoy me lo sigo preguntando. Añoro las épocas en que recorríamos la ciudad con nuestras bicicletas, que pasábamos por la panadería más grande para robarnos bollos con crema, añoro estar los cinco juntos sin la malicia que crecía en silencio en nuestras almas. Todo parecía perfecto.

»Conforme pasaba el tiempo, la adolescencia llegó. Aparecieron entonces los primeros conflictos, las rabietas en la escuela, los cambios y, por sobre todas las cosas, surgió el amor. Ludwig cometió la estupidez de enamorarse de alguien como yo, alguien que, aunque al mundo entero le parezca extraño, no estaba interesada en el amor romántico de un amigo de la infancia. Jamás fuimos novios, amigos especiales tal vez sí, pero nunca novios. Nuestros padres siempre nos veían juntos y todos sabían que Ludwig estaba enamorado de mí, por esa razón, yo siempre fui y seré para Joanne la novia de su hijo.

Crecer hizo añicos nuestra amistad, y me refiero a destruir nuestra relación de todas las formas posibles. Al cumplir los dieciséis, ya se habían generado muchas enemistades en el interior de aquel grupo perfecto que solíamos ser.

—¿Por eso murió? ¿Por estar enamorado de ti? —Leonard había dado en el blanco.

—Aquel trágico día, una compañera de clases cumplía años. Su familia era una de las más adineradas de Ambleside, por lo que habían organizado una fiesta a puro derroche. Ludwig estaba algo ebrio, ya nada quedaba en él del niño dulce y amable que solía ser. Con el tiempo se había convertido en un joven insoportable, acostumbrado a tener todo lo que quería y a quien él quisiera. Yo, su amiga de toda la vida, había sido la única chica en rechazarlo. Y eso lo puso furioso. Alcoholizado, me llevó a uno de los baños del salón de fiestas. Me dijo que se sentía muy mal, que necesitaba mi ayuda, y yo acudí sin pensarlo. Nos habíamos distanciado mucho en el último tiempo, habíamos tomado caminos diferentes, pero aun así intenté ayudarlo. Sin embargo, acabé llevándome una sorpresa cuando comprendí que lo que quería era abusar de mí. Me atacó con violencia, como si en el fondo de su corazón me odiara. No sé si él era consciente de lo que hacía. Logré zafarme de milagro. Sin poder entender qué acababa de suceder, salí corriendo y llamé a mis amigos. Nos reunimos entonces en la cascada que había sido nuestro punto de encuentro para contarles lo sucedido. Creo que Ludwig tan solo estaba bajo los efectos del alcohol; él jamás se habría atrevido a hacerme daño.

»La noche no terminó ahí. Estábamos debatiendo sobre lo que había pasado cuando Ludwig se hizo presente. Comenzó entonces una estúpida pelea entre los cinco. Era de noche; los ánimos estaban alterados y todos habían estado bebiendo. Afloraron todo tipo de reproches, viejos rencores y conflictos irresueltos. Para cuando nos dimos cuenta, Ludwig estaba muerto.

—Haydock estuvo allí, ¿verdad? ¿Haydock era otro de los miembros del grupo? —Hope lo había entendido todo.

—Sí. Haydock era uno de nosotros. Él propuso hacer un pacto de silencio. Así fue como inventamos la historia de que Ludwig, alcoholizado, había muerto ahogado en la cascada. Todos creyeron nuestro relato, menos la familia de Ludwig. En los últimos tiempos, Haydock había tenido muchos problemas de conducta en la escuela y también en su casa, manifestaba su descontento adolescente con la vida con violencia y más violencia. Por eso los padres de Ludwig apuntaron hacia él. No me sorprende que Joanne te haya dicho que él fue el asesino.

—Valoro su relato, hermana Mitzi. Pero me gustaría más que usted pudiera ser del todo franca con nosotros —le lanzó Harbord con las cejas levantadas.

—Nada de lo que he dicho es mentira —repuso tajante.

—No es mentira, pero está omitiendo tal vez algo de información. ¿James Pendleton y usted eran compañeros de escuela?

La pregunta de Harbord nos dejó mudos, excepto a Leonard, quien había atado cabos sueltos con presteza.

—James estuvo presente la noche en que Ludwig murió. James era parte del grupo —dedujo Leonard.

—Sí, no tengo problema en decirlo —expuso James con franqueza—. No es ningún secreto que deba ocultarse. Mitzi y yo nos conocemos de toda la vida. Siempre fuimos muy cercanos. Nuestros padres mantenían una sólida amistad y nosotros teníamos la misma edad, por lo que no es sorprendente que hayamos forjado un vínculo desde pequeños.

—¿Presenciaste la muerte de Ludwig? —insistió Leonard.

—Sí, yo estuve allí. Era, quizás, el mejor amigo de Mitzi. Fui uno de los primeros en llegar a la cascada.

—¿Y por qué no lo dijiste desde el principio? —lo apuró Leonard.

—Pues, no lo sé. No lo creí necesario.

—Me temo que no todo lo que estamos por escuchar será ameno para nuestros oídos —aseveró Harbord, gozando del misterio—. Hay una cuestión clave que he estado meditando desde que Leonard me contó la historia de Joanne Burke y su difunto hijo. ¿Quién mató a Ludwig esa noche?

—Sucedió hace mucho tiempo. Era de noche; no se veía bien y la mitad del grupo estaba alcoholizado. Fuimos prisioneros de la confusión y la tragedia se apoderó de nosotros. Todo fue un desventurado accidente.

Debo admitir que las palabras de Mitzi no me parecían sinceras.

—Yo no creo que haya sido un accidente. Usted nos dijo que Ludwig murió, pero jamás dijo cómo. Y ¿sabe qué pienso? —Harbord la miró como un tigre a su presa—. Que usted sabe bien quién lo mató.

—Éramos niños. No teníamos conciencia de nuestros actos —añadió James.

—Desde luego que la tenían. ¿Qué piensan ustedes? ¿Ya adivinaron quién es el asesino? —preguntó el oficial al resto de los presentes.

—Creo saber lo que sucedió —declaró Hope—. Ludwig había estado manifestando su interés hacia Mitzi, pero ella no lo

correspondía. Sabemos, sin embargo, que había otra persona enamorada de Mitzi, alguien que habría hecho cualquier cosa por ella. Su propia madre lo ha dicho varias veces.

Todas las miradas se dirigieron hacia James.

—¿Mataste a ese niño? —Suzanne estaba horrorizada.

—¡Fue un accidente! ¡Yo no lo hice! ¡Él era mi amigo! ¡Era mi amigo!

El rostro de James se enrojeció; una pesada gota de sudor le surcó las facciones desfiguradas por la ira.

—Está bien, está bien. Dejemos esa cuestión de lado por un segundo. Luego de la muerte de Haydock, tanto la hermana Mitzi como James declararon que jamás habían visto al difunto en sus vidas. Me atrevo a decir que esto se relaciona con el crimen de Ludwig y el consecuente pacto de silencio. No obstante, gracias a lo que Joanne Burke les dijo a Hope y a Leonard, nos enteramos de que ambos mintieron. James, por favor, ¿serías tan amable de explicarnos por qué ocultaste que conocías a Haydock y cómo fue que regresó a tu hotel después de tantos años?

—La noche en la que murió Ludwig fue un infierno —empezó—. Todo se salió de control; no pudimos contener la furia que nos consumía por dentro. Estábamos dolidos y envenenados por viejas disputas, y todo acabó de la peor forma. Aunque juramos guardar silencio y todos coincidimos en el relato de que Ludwig se había ahogado por accidente, la familia de Haydock terminó yéndose de Ambleside por los rumores que corrían por los pasillos de la escuela. Supimos que ese era el fin de nuestra amistad. No había vuelto a ver a Alistair desde los dieciséis años. Décadas después, él reapareció. Consiguió mi teléfono y me llamó desesperado. Me dijo que su vida era un auténtico desastre, que estaba quebrado y con problemas con la ley.

—¿Nunca antes se había contactado contigo?

—No, jamás. A pesar del tiempo que había trascurrido, yo sentí que era el mismo niño bruto y testarudo que solía conocer. Fue como volver el tiempo atrás, como cuando me contó que había robado los exámenes de la profesora de química o cuando le incendió el cabello a una compañera durante una misa. Era él, el Haydock de siempre, solo que con problemas de adultos.

—¿Te dijo qué clase de problemas con la ley tenía?

—No, no me lo dijo. Por lo que hablamos, deduje que se trataba de problemas financieros. Sí me habló de su pareja, Carla. Me dijo que tenía que sacarla del país con urgencia y que precisaba un lugar de confianza donde los dos pudieran esconderse. Haydock había pasado

su infancia en esta ciudad, así que la conocía como la palma de la mano. También me dijo que Interpol estaba detrás de Carla y que ya no podía seguir ocultándola. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaban metidos en algo gordo. Aun así, decidí ayudarlo. Carla llegó a Ambleside primero y se inventó esa historia de que era maestra y que tenía un esposo que estaba de viaje. Haydock llegó más tarde, un día antes que yo.

—Ahora que ya sabemos cómo se relaciona la historia del pasado con la del presente, yo los desafío a que usen sus no oxidadas neuronas y me respondan: ¿quién mató a Haydock?

Las propuestas que se oyeron fueron por demás interesantes. Hope fue la primera en usar su imaginación.

—Por dinero, Haydock pudo haber chantajeado a James con revelar que él asesinó a Ludwig, y por eso James lo mató. No olvidemos que, según nuestras teorías, Haydock tenía serios problemas económicos.

—¡Maldita niña! —bramó el acusado, y no sin motivos—. ¿Olvidas acaso que él era mi amigo? ¿Qué otra barbaridad dirán ahora? ¿Maté, también, a alguien más?

—Le ruego, señor Pendleton, que se abstenga de interrumpir. Si usted es inocente, no tiene por qué exaltarse. Solo estamos intentando llegar a la verdad —lo frenó el oficial.

—En un escenario similar, Lynelle pudo haber matado a Haydock para proteger a su hijo. Creo que cualquier madre es capaz de cometer una locura así —comentó Luciano.

—La señora de la que hablaban, Joanne Burke, pudo haber visto a Haydock en el hotel. Quizás ella lo reconoció y decidió asesinarlo. No nos olvidemos de que creía que él le había arrebatado a su hijo. Joanne conoce el lugar, pudo haberlo hecho sin complicaciones.

La teoría de Suzanne me resultó muy plausible.

—Algo similar sucede con Mitzi —continuó Leonard—. Ella pudo haberlo reconocido y asesinarlo en busca de justicia. En definitiva, conoce este lugar a la perfección. Además, hay algo que no saben; lo que hicimos no es muy ortodoxo, pero puede que arroje luz a este enjambre de incógnitas. Un par de noches atrás, Hope y yo nos metimos en la habitación de Lynelle.

—¡¿Que hicieron qué?! —Los enormes ojos azules de la señora estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—¡Por favor, señora Pendleton! Deje que el detective hable. —La forma en la que Harbord imponía autoridad era un tanto ridícula.

—Aquella noche, encontramos una conversación entre ella y su hijo que nos resultó muy sugestiva; se dio luego de que Haydock

apareciera muerto. En los mensajes, James decía: “Tengo miedo de que Mitzi haya cometido una locura: ella reconoció a Haydock”. Como verán, Hope fue la primera en conjeturar que Mitzi podría ser la asesina. Más tarde, Hope fue atacada en el bosque.

»Esto no lo comentamos porque creímos más prudente mantenerlo en secreto. El agresor intentó asesinarla, pero no lo logró. Aunque Hope no pudo ver el rostro de su atacante, pudo distinguir con claridad que aquella persona tenía el cabello rubio. Al principio pensamos que había sido Lorianne, pero no encontrábamos una razón que justificara aquel acto. Más tarde, Hope se dio cuenta de que Lorianne no era la única rubia de pelo largo que estaba en el hotel. Mitzi también tiene una larga y blonda cabellera, pero, como siempre está oculta por el velo, no pudo asociarla de inmediato.

»Lo siguiente que aconteció fue la desaparición de James. Alguien lo había atacado por la espalda, lo golpeó en la cabeza sin que nadie lo viera. Para mí, fue Mitzi, porque quería deshacerse de las personas que sospechaban de ella. La tormenta no iba a durar mucho más y Harbord llegaría de un momento a otro para seguir con sus interrogatorios. Mitzi no podía perder más tiempo.

—¡Oh! ¡Qué horror que hayan desconfiado de mí! —estalló Lorianne, exagerando sus movimientos—. No soy más que una víctima en este juego. Cuánto lamento que te hayan atacado, Hope, pero te aseguro que yo no fui. ¿Por qué habría de hacerlo? Si me lo permiten, yo también tengo una teoría sobre la muerte de Haydock. Por lo que sabemos, Carla y él tenían una relación bastante turbulenta. De lo contrario, él no la habría ocultado. Eso me lleva a pensar que *ella* pudo haberlo asesinado. Podría haberse tratado de un crimen pasional.

—Todo lo que dicen es en verdad interesante —advirtió Harbord —. En mi opinión, creo que la hermana Mitzi es muy sospechosa. El día de ayer, me escribió un correo electrónico en donde se la notaba claramente consternada, abatida por sus fantasmas. Decía que ya no podía seguir ocultando la verdad, que todo se sabría y que los muertos cobrarían venganza. En su relato, mencionaba a Ludwig, a Haydock, a Carla y a James, a quien, por lo visto, consideraba muerto. Todas estas personas a las que creía fallecidas la atormentaban y, según ella, venían a saldar una deuda pendiente. Una deuda de sangre.

—¿Por qué te sientes tan culpable, Mitzi? ¿Por qué? —le preguntó Suzanne.

—¡Es obvio! ¡Ella los mató! —sentenció Hope, embravecida y llena de convicción—. ¡A Ludwig, a Haydock y a Carla! James siempre la encubrió, pero, cuando la situación se salió de control, decidió que

debía atar los cabos sueltos para que nadie descubriera sus pecados. Por eso intentó asesinarme y luego intentó acabar con James.

—Sin embargo, hay algo que no me cierra —repuso el oficial—. En el correo de Mitzi, ella afirma que fue a buscarte a tu habitación y te apremió a que huyeras del hotel. Tú te enfureciste y la acusaste de asesina, pero ella insistió en que dejaras el hotel de inmediato. A pesar de tus reproches e incriminaciones, ella estaba empecinada en que la escucharas. Eso es lo que no me cuadra. Primero intenta asesinarte y después te suplica con desesperación que dejes el hotel. ¿Cómo se explica esta ambigüedad?

»Para serles franco, todos tuvieron motivos para cometer el crimen y la posibilidad de hacerlo. Sin embargo, solo uno de ustedes lo concretó.

—¿Qué es lo que usted sabe que nosotros ignoramos? —indagó Leonard.

—Detective, en verdad es una pena que ya no trabajes para Scotland Yard, pues tienes el talento para hacer las preguntas precisas. —A continuación, Harbord se dirigió a los presentes mientras tamborileaba los dedos en los bolsillos del saco—. Hay una confesión que debo hacerles, y espero que no se enfaden al escucharla. Tengo que decirles que les he tendido una trampa.

—Es usted un cínico —bramó Lynelle—. No puede tratarnos de esa forma. ¿No ve que estamos tocando temas extremadamente delicados? Pienso elevar una queja formal a su superior.

—En su lugar, yo prestaría atención a lo que les contaré —comenzó—. Esta mañana, cuando llegué al hotel, les dije que habíamos descubierto al autor material del crimen de Haydock y que mañana esa persona delataría al autor intelectual. Sin embargo, todo eso no fue más que una mentira, también lo de la negociación con los abogados. —El disgusto se pintó en el rostro de todos—. Al decir esto, sabía que el autor intelectual intentaría matar al material para que no lo delatase y que el material intentaría matar al intelectual porque sabía que todo era una mentira. Esa es la razón por la que les propuse tener una última cena antes de que todos pudieran dejar el hotel; sabía que esta noche intentarían asesinarse.

—Nos engañó y jugó con nosotros —arguyó Lorianne.

—Oh, por favor. No es para tanto —repuso el oficial, restándole importancia al asunto—. Además, hemos llegado a conclusiones asombrosas.

—¿Y cómo llegaron a la conclusión de que había un autor intelectual y otro material? ¿Cómo dedujeron que no se trataba de una sola persona?

—Eso no es mérito mío, sino del señor Hutcherson, así que él debe explicarlo.

Leonard permaneció callado unos segundos. No quería revelar lo que había descubierto. Me atrevo a decir que su mutismo se debía a que aquello que estaba ocultando era una bomba que nos llevaría directo hacia la cruda verdad.

—Trataré de ser claro y expedito. Esta mañana, Lynelle y yo encontramos papeles en blanco en la caja fuerte de James. Lynelle estaba muy decaída, pues solo intentaba hallar una pista que la guiara hacia su hijo perdido. Sin embargo, mi cabeza no dejó de darle vueltas al asunto. No lograba entender por qué unas cuantas hojas en blanco serían relevantes para alguien. ¿Qué es lo que, usualmente, se guarda en una caja de seguridad? Dinero, joyas, oro. Esa era la clave del asunto, el valor. Y no todo está determinado por el valor monetario. Fue entonces cuando me di cuenta de que no solo se puede ocultar un tesoro financiero, sino también un secreto, algo que intimida, que abochorna, algo que no debe ser visto por nadie.

—Tú lo has dicho: solo eran hojas en blanco. Se me habrán traspapelado con algún documento importante, algún contrato o archivos de accionistas —se defendió James.

—De inmediato, salí al estacionamiento y me comuniqué con Harbord —continuó Leonard—. Ambos llegamos a la misma teoría: aquellos papeles ocultaban algo. Volví a la habitación de James, abrí la caja fuerte y tomé dos hojas. Ahora, quiero que vean con atención el pequeño espectáculo que tengo para mostrarles.

Para ser sincero, no sé qué esperaba ver, pero, definitivamente, no lo que vi. El asunto me resultó fabuloso; sentí que estaba presenciando un intrincado truco de magia. Leonard sacó un papel que guardaba en el saco. Cada lado era blanco inmaculado. Leonard tomó un encendedor del bolsillo. Lo prendió y, conforme la llama del encendedor acariciaba la hoja de papel, comenzaba a evidenciarse una inscripción; el calor del fuego era suficiente para revelar una imagen.

—¡Es increíble! —exclamé maravillado—. De niños solíamos jugar a los espías y a las comunicaciones ocultas con mi hermana. ¡El espionaje nos fascinaba! El olor a vinagre quemado es fuertísimo.

—¿Qué dice? ¡¿Qué es lo que dice?! —gritó Lynelle.

Pese a las angustiosas situaciones que habíamos vivido, nunca había visto a la dueña del hotel tan desbordada emocionalmente. En cuestión de segundos, el mensaje fue revelado. Los papeles se transformaron en cartas que se volvían legibles al someterlas a un simple efecto químico. Una por una, las palabras se distinguieron con claridad: “Si quieres que nadie sepa tu secreto, mata a Haydock esta

noche”.

El silencio desgarraba el aire; no había más que espanto en nuestros ojos.

—¡Tú mataste a Haydock! ¡Lo mataste! —estalló Lorianne, señalándolo con desprecio.

—No, no es posible… —balbuceó Lynelle, buscando respuestas en los ojos de su hijo.

—¡Yo no lo hice! ¡No lo hice! Deben creerme —afirmó James, tan asustado como un animal herido.

—Pero esa nota estaba en tu caja fuerte. ¿Por qué la tenías escondida? —inquirió Suzanne.

—La carta es anónima. No sabemos quién la envió ni a quién la enviaron. Solo sabemos que exigía la muerte de Haydock a cambio de no revelar un secreto. Esto es extorsión. Ergo, James pudo haber sido el chantajista o el chantajeado. Eso no lo sabemos —explicó Hope, mostrando un punto de lo más interesante.

—¡Esa es la cuestión! —subrayó Harbord—. Sin embargo, la pequeña trampa que les tendí a todos nos acercó a la verdad. Al descubrir que la sal de James había sido envenenada, confirmé mi hipótesis de que él estaba relacionado con la muerte de Haydock. Lo que no queda claro es si él es el autor intelectual o el material del crimen.

—¿Qué has hecho, James? Jamás creí que fueras capaz. No pareces esa clase de persona —confesó Suzanne.

—No es lo que parece.

James intentaba vendernos una imagen de la que no podía fiarme. En realidad, no podía fiarme de nadie en absoluto.

—Entonces —continuó Luciano—, eso quiere decir que no solo uno de nosotros mató a Haydock, sino que también esconde un secreto. ¿Qué clase de secreto puede ser?

—Un secreto por el cual alguien sería capaz de matar —respondí, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Cada uno de nosotros se sumió en sus propias cavilaciones. Las preguntas sobraban; las respuestas latían bajo la superficie. Y, a pesar de que yo seguía cuestionándome por qué alguien había atacado a Carla y a Hope, algo me decía que la solución de aquel acertijo era más simple de lo que parecía.

—Agatha Christie dijo en uno de sus libros: “Es con los ojos de la mente con los que uno ve en realidad”. —La voz de Hope fue un relámpago.

—La foto, Harbord. ¿Podrías darme esa vieja foto? —La voz de Leonard sonaba nerviosa, inquieta.

El oficial le entregó la fotografía sin dudarlo. Expectante, estudió las facciones de Leonard en busca de respuestas. Todos queríamos saber qué era lo que él estaba viendo en aquella añeja imagen, pero nadie más que Hope parecía comprenderlo. Ambos se miraron con una suficiencia intrínseca que me resultó envidiable. Me atrevo a decir que sus pensamientos estaban unidos por puentes invisibles, como si con solo mirarse pudieran adivinar el razonamiento del otro. Con un halo sombrío que hacía estremecer, Leonard habló al fin:

—Hemos tenido la respuesta frente a nuestras caras durante todo este tiempo y recién ahora me doy cuenta. ¿Cómo pudimos no haberlo notado? La respuesta está aquí, en esta foto. Aquí está el engranaje que une todas las piezas de este misterio, el eslabón que une el pasado con el presente.

Declaración de Raymond Collins

Lamento haber interrumpido mi relato. Me urgía tomar un vaso de agua para poder seguir mi declaración. Les ruego me perdonen.

Mitzi y James cruzaron una mirada desazonada; creo que tenían miedo de lo que Leonard pudiera decir. El detective, con férrea determinación y mostrando la vieja fotografía, dijo:

—¿Qué vemos en la foto? Cinco niños juntos en la casita del puente de Rydal Road. El del medio, el que está sosteniendo el globo negro, es Ludwig Ellis. A su derecha, pueden ver a una hermosa niña de cabello rubio. Esa niña es Mitzi. Sin embargo, hay un niño entre Mitzi y Ludwig, y me atrevo a decir que es James. ¿Es cierto?

—Sí, soy yo —afirmó con desgano.

Hope le dedicó a Leonard una mirada de lo más extravagante, parecía que los ojos se le saldrían de las órbitas. Me cuestioné qué estarían viendo, pero el relato de Leonard me mantuvo abstraído.

—No me sorprende que James estuviera entre Mitzi y Ludwig, creo que eso explica muchas cosas. Del otro lado de Ludwig, hay dos niños más. El del extremo izquierdo es un niño rubio de mediana estatura, pero fornido. Él es, sin duda, Alistair Haydock.

—En total, hay cinco niños en la foto —continuó Hope—. Tres varones y dos mujeres. Ludwig, Haydock, James, Mitzi y una niña desconocida. ¿Quién es esa niña?

—¡Oh, Dios mío! —clamó Mitzi, comprendiendo—. ¡Esa niña está aquí! ¡Está aquí!

—Por la edad que debería tener esa niña en el presente, solo uno de nosotros puede ser la desconocida… —El misterio de Leonard me

estaba devorando.

—Suzanne Hinchcliffe —respondió Hope—. La niña que está entre Ludwig y Haydock es Suzanne Hinchcliffe.

Leonard tenía razón. En esa vieja foto yacía el eslabón que unía todas las piezas dispersas del rompecabezas ensangrentado.

—Mallory, ¿eres tú? Mallory… ¿Por qué nos mentiste? —Mitzi estaba quebrada, lucía como un alma en pena buscando respuestas—. Nos has engañado durante todo este tiempo.

—Mallory, niña… En verdad eres tú —afirmó Lynelle sin poder contener las lágrimas.

James había quedado estupefacto; cualquier palabra que podría haber dicho se fue con el viento. Si me preguntaran cuál fue la reacción de Suzanne, diría que, simplemente, su máscara se había desvanecido. Pocas veces vi un rostro tan desfigurado por el odio y la venganza. El resto de nosotros nos quedamos en silencio, pintados en un cuadro que nos era ajeno.

—Mitzi y Ludwig no eran novios, claro que no —empezó a decir Suzanne, abriendo una represa de veneno acumulado—. Pero como él estaba enamorado de ella, Joanne siempre decía que eran novios. El que sí estaba perdidamente embelesado por Mitzi era James, siempre lo ha estado y siempre lo estará. No había nada que no hiciera por ella, no había nada que pudiera interponerse entre ellos. Estaba obsesionado, era un niño de clase alta acostumbrado a saciar cada capricho que se le antojaba. Lo que quería lo tenía y, si eso no pasaba, su mami Lynelle se encargaba de cumplir sus antojitos.

»El resto de nosotros no éramos como los Pendleton, pero nuestras diferencias emergieron recién en la adolescencia. Ludwig era todo lo opuesto a James, sencillo, bondadoso, simple, humilde. Con el paso de los años, las discrepancias entre James y Ludwig se volvieron más y más visibles. Ludwig venía de una familia sufrida de la campiña; los Pendleton siempre los habían mirado con desprecio y lástima. James no toleraba que un niño sin recursos como Ludwig tuviera mejores calificaciones, fuera el favorito de los profesores o el mejor jugador de críquet. Sin embargo, lo que en realidad volvió loco a James fue sentir que Ludwig le arrebataría a Mitzi. Aunque ella jamás se mostró interesada por nadie, era más parecida a Ludwig que a James, y eso lo enfurecía. Yo amaba a Ludwig, él era todo para mí, pero lo nuestro era un secreto, nadie sabía que estábamos juntos. Déjenme ser clara con ustedes, ese hermoso grupo de cinco niños que recorría la ciudad en bicicleta se convirtió en un grupo de asesinos adolescentes. Y todo, todo, fue culpa de James Pendleton y su repugnante altanería.

—¿Qué fue lo que en verdad pasó esa noche en la cascada? —indagó Harbord.

—James mató a Ludwig, lo mató sin piedad alguna. Mitzi, Haydock y yo lo vimos, los tres fuimos testigos. Ludwig estaba ebrio, se había propasado con Mitzi y ella se había quedado espantada. Cuando nos reunimos en la cascada, James se había encolerizado. Estaba loco por los celos, enfermizamente celoso. En cuanto llegó Ludwig, ambos empezaron a golpearse con brío y odio. Haydock nos retuvo a Mitzi y a mí, y nos impidió que interviniéramos. Era una maldita riña, no creí que acabaría como acabó.

»Entonces vi la monstruosa expresión en los ojos de James, el odio, la envidia que lo carcomía, su necesidad de sacárselo de encima. James era más alto y corpulento, no tardó en ganar la pelea. Pero eso no fue todo. Cuando Ludwig estaba tendido sobre las piedras, completamente derrotado, James lo empujó una y otra vez hasta que cayó por la cascada. Mitzi y yo gritábamos, le imploramos que se detuviera, que no lo arrastrara hacia la vertiente. Pero no nos escuchó, estaba decidido a matarlo. Ya no éramos niños, sabíamos lo que hacíamos. Habíamos explorado muchas cosas, nos portábamos mal en los baños de las fiestas. No me pregunten cómo pasamos de una cosa a la otra. Haydock, por su parte, se dedicó a retenernos. Intentamos liberarnos de él y buscar ayuda, pero se encargó de que James pudiera cometer su crimen sin ningún impedimento. Haydock siempre había sido un maldito machista, lamento haberme dado cuenta de eso tan tarde. Era un bastardo, la misma calaña que James; los dos eran capaces de cubrirse el uno al otro sin importar las consecuencias. Con el correr de los minutos, Ludwig terminó muriendo. Sí, se ahogó, pero no por accidente ni por estar alcoholizado. Sus amigos, quienes se suponía que debían cuidarlo, fueron sus asesinos.

»Cuando al fin nos libramos de Haydock, bajamos a través de la pendiente, luchando contra la oscuridad y contra el destino, pues el reloj de vida de Ludwig ya se había detenido. Encontramos su cuerpo golpeado sobre las rocas. Ensangrentado, muerto. Mejor dicho, asesinado. La pobre Joanne se apagó desde entonces. ¿Cómo puede un alma soportar tanta pena?

Nadie supo qué decir, pues el relato que estábamos oyendo desgarraba el alma. Al parecer, Suzanne guardaba un inmenso dolor que había estado ocultando desde hacía años.

—“¡Está muerto! ¡Está muerto!”, gritó Mitzi, presa del pánico. Pero James se apresuró a abrazarla y asegurarle que fue un accidente. Él, entre falsos sollozos, dijo que jamás había querido asesinarlo. ¡Basura! ¿Qué iba a decir? Por supuesto que quiso matarlo, pero no

era tan estúpido como para inculparse a sí mismo. Aprovechando la confusión, Haydock habló de inmediato con el único afán de calmar los ánimos. Dijo que, por el bien de todos, debíamos mantener un pacto de silencio. Nos convenció de decir que, alcoholizado, Ludwig había caído por la cascada y había muerto ahogado. Y que los golpes se los había hecho con las piedras. Esa fue la versión que le vendimos al mundo. Deberían haber visto el falso llanto de Haydock y de James en el entierro. Ludwig no era más que su trofeo, la prueba de que nada ni nadie podía anteponerse a sus deseos.

—¿Por qué no lo denunciaron? ¿Por qué no dijeron la verdad? —preguntó Lorianne.

—Mitzi había muerto junto a Ludwig. Sentía que todo había sido su culpa —explicó Suzanne—. ¿No es así?

—Debí haber confesado, pero no pude. ¡No pude! Me convencí de que James en realidad no había querido matarlo. Me negaba a pensar que él, el niño dulce con el que había compartido toda mi infancia, se había convertido en un monstruo. ¡Me negué a aceptar la verdad! ¡Me negué a abrir los ojos y cargué con esa culpa toda mi vida! ¡Toda mi vida!

—Intenté expandir el rumor de que James y Haydock habían matado a Ludwig —dijo Suzanne—. De James nadie dudó, pues era el hijo perfecto de la familia más rica del lugar, la que generaba puestos de trabajo y se ufanaba de hacer las obras de caridad. Haydock no tuvo tanta suerte: tenía problemas en la casa y en la escuela. Su conducta iba de mal en peor, pero, a pesar de eso, nadie quería creer que era un asesino. Sin perder tiempo ni hacer muchas preguntas, los Pendleton convencieron a todos de que había sido una tragedia. Por entonces era un pueblo chico, así que nadie se puso a investigar y todos creyeron la historia del accidente.

»Un tiempo después, los Haydock abandonaron Ambleside y mi familia lo hizo más tarde. A Joanne siempre le quedó la duda de si su hijo murió por un accidente. Tal vez por su instinto de madre o por la simple necesidad de encontrar un culpable, no volvió a mirar a Haydock de la misma forma. Como si nada inusual hubiese sucedido, los Pendleton permanecieron en el lugar, pavoneándose como reyes. Y Mitzi no supo hacer otra cosa que encontrar consuelo en la vida monacal. Mitzi jamás supo ver la maldad en las personas, se negaba a hacerlo. Yo, por mi parte, intenté continuar con mi vida lo mejor que pude. En parte, alejarme de Ambleside me devolvió la paz.

—Sin embargo, la impunidad con que mataron a Ludwig siempre fue una daga en tu corazón —la increpó Harbord—. Conforme los años pasaban, tu deseo de venganza se hacía más y más grande. Hasta

que un buen día decidiste tomar cartas en el asunto.

—En cuanto Suzanne se acercó a Ambleside para averiguar cómo estaban las cosas después de tanto tiempo, descubrió que los Pendleton querían contratar a alguien que administrara el hotel —explicó Leonard con el brillo de la verdad en sus ojos—. Fue entonces cuando vio la oportunidad. Cambió de nombre y de aspecto físico, y así consiguió que nadie la reconociera. Después de muchos años, maquillaje y tintura, logró pasar desapercibida. Suzanne es gerenta hotelera y tiene un excelente currículum. Me figuro que no le resultó difícil conseguir el puesto. Más tarde, cuando se enteró de que James y Haydock estarían en el hotel, advirtió que era el momento propicio para cobrar su venganza. Al estar al tanto de las reservas y los lugares disponibles, no me extraña que el propio James le pidiera que reservara una habitación a nombre de Alistair Haydock. Así, hizo aquellas notas amenazantes en las que obligaba a James a matar a Haydock para que su secreto –el asesinato de Ludwig– no saliera a la luz. Su plan era tapar un crimen con otro. Jamás lo habría imaginado.

»Hace unos días, Suzanne mintió al decir que no había habitaciones disponibles en el hotel; supongo que no quería que más personas se vincularan con los crímenes. Lo que no entiendo es por qué atacaron a Carla Webster. Después de todo, ella nada tenía que ver con el asunto de Ludwig.

—Matar a Carla fue porque era lo correcto. —La sinceridad de Suzanne fue un choque eléctrico para nuestras fibras más sensibles—. ¿Recuerdan que la primera noche en el hotel Leonard vio a Haydock besándose con una mujer? Esa mujer era Carla; yo también los vi. Pero, a diferencia de Leonard, también escuché lo que estaban diciendo. Hablaban de sus negocios, se burlaban de Interpol y Carla decía que tenía mucho material nuevo. ¿Sabían que había puesto cámaras en los baños de la escuela en donde trabajaba? Cámaras en donde se suponía que los niños estaban a salvo, donde nadie debería estar viéndolos. Esa mujer debía morir. Matarla fue un acto de justicia. ¿O me van a decir que ustedes no habrían hecho lo mismo?

Nadie respondió. En el fondo, todos le dábamos la razón a la pobre Suzanne, aunque nadie lo admitiese. Harbord dijo luego:

—Cuando Carla se desvaneció, sus últimas palabras fueron: "Ellos no tienen sentimientos". Me figuro que debió de pensar que algún traficante la estaba borrando del mapa para que no le diera información a Interpol cuando la atrapasen, por eso dijo eso. Jamás se habría imaginado que había sido Suzanne quien la envenenó. Pero hay otra cuestión. Esta misma noche, luego de que hiciéramos la reconstrucción de la cena y de que nos enterásemos de que la sal de

James había sido adulterada, Lorianne me susurró al oído un par de palabras muy valiosas.

—¿Qué es lo que sabe Lorianne? —pregunté.

—La pregunta no es qué sabe, sino qué vio.

El oficial miró entonces a mi hermana, para indicarle que ya era el momento para hablar.

—Hoy, mientras cocinábamos, vi que Suzanne le agregó algo a la sal de James. Lo vi de casualidad y no le di importancia. Después de todo, ella era la cocinera. ¿Cómo me iba a imaginar una cosa así? Pero, luego de que James se descompusiera y de que llegáramos a la conclusión de que había algo en su sal, lo recordé y se lo conté al oficial.

—Eso fue lo que pasó —susurró Hope con voz de ultratumba.

—¿Qué cosa? —le preguntó Leonard intentando comprenderla.

—James mintió sobre la hora en que llegó al hotel. Había dicho que había arribado a las diez, pero me figuro que llegó más temprano, tal vez alrededor de las seis. Suzanne ya le había dejado las cartas en su habitación porque sabía que él llegaría. En cuanto James decidió que debía matar a Haydock, llamó a su madre para preguntarle en qué habitación se hospedaba su amigo. Recordemos que Lynelle y Carla eran las únicas que sabían del cambio de habitación.

—También mintió al decir que Suzanne era la única que tenía las llaves de todo el hotel, puesto que él también tenía un juego y así logró entrar antes de que abriera —agregó el oficial.

—Luego de matar a Haydock, mintió sobre su horario de ingreso y fingió llegar tarde para tener una coartada que lo desvinculara del crimen. Por eso nadie dudó de él en un principio, pues todos dábamos por sentado que el homicidio había sucedido antes de su llegada. —Las palabras de Hope eran irrefutables, James Pendleton no tenía escapatoria.

—¡Saben lo que fue llegar y ver toda la maldita habitación repleta de papeles y encendedores! —exclamó el acusado—. ¡Estaban sobre la cama, sobre el escritorio, en el piso, en todo el lugar! Comprendí de inmediato que contenían un mensaje secreto. Nosotros también jugábamos a los espías con esos viejos trucos. ¡No tuve más alternativa!

James buscó consuelo en los ojos de Mitzi, pero las lágrimas que asaltaron a la hermana fueron más fuertes que su intento de empatía.

—Lo que nadie esperaba era que apareciera Hope en la ecuación —remarcó Leonard.

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto? —indagó Hope.

Leonard estaba listo para responder.

—Más de lo que piensas. Tú viniste a Ambleside en busca de tus padres biológicos. Y, a pesar de que solo sabías que alguien te había abandonado en la capilla del Hotel Lansbury, tenías otro dato fuerte a tu favor. Para los que no lo sepan, les cuento que Hope tiene síndrome de Waardenburg, una patología poco común con características bien marcadas. ¿Qué rasgos físicos nos pueden hacer pensar que una persona padece Waardenburg? Ojos azules o un ojo de cada color, piel blanca y, lo más llamativo, un mechón de pelo blanco. Ahora, miren esta vieja fotografía una vez más. Mírenla con atención. ¿Quién, de los cinco niños, tiene un mechón de cabello blanco en el flequillo? ¿Quién de ellos es familiar de Hope?

—¡James! —clamó la hermana Mitzi, horrorizada—. ¡James es tu padre!

—Dios mío… Tú lo sabías, Lynelle. —Había odio en los ojos de Hope—. Lo supiste desde un principio. Por eso dijiste que Mitzi no era mi madre. ¡Habla de una vez! ¿Quién es mi madre? ¿Quién es?

—¡Yo sé quién es! ¡Yo sé qué hicieron con ella! —intervino Mitzi.

—Mitzi, detente. No sabes lo que dices. Ella no es mi hija —intentó frenarla James.

—Claro que lo es. Y no me sorprende que tengas una decena más de hijas desparramadas por el mundo. —Por primera vez, la expresión de Mitzi se cubrió de desdén—. Saben que James está divorciado, ¿verdad? ¿Por qué piensan que su esposa le pidió el divorcio? Ella era una mujer extraordinaria. Leal, fiel, trabajadora, simpática. Solo cometió el error de enamorarse de un mujeriego empedernido. Cuando su madre enfermó, la pobre viajó a Hampshire para cuidarla. James vio entonces la oportunidad de instalar a su amante en la casa. Qué bajeza. Esa fue la gota que rebasó el vaso. Los amigos íntimos de la familia Pendleton lo sabíamos, sabíamos qué clase de hombre era James, pero nadie se metía en su vida privada. Yo misma los veía pasear por el hotel como si no estuviesen haciendo nada malo. Era tan vergonzoso como lamentable. Cuando su esposa regresó y encontró a *la otra* muy flamante por su casa, la pobre estalló en cólera. Se marchó para siempre y solicitó el divorcio de inmediato. Todos sabíamos que, tarde o temprano, ella se cansaría del desprecio constante de su esposo. Después de eso, yo pensé que se casaría con Luján Estravados, la amante. Qué ingenuas somos las mujeres. Eres igual a ella, Hope. Eres igual a Luján. Jamás pude olvidarla.

—¿Quién es ella? —insistió Hope.

—Solo puedo decirte que desapareció de la noche a la mañana, como por arte de magia. —Las palabras de Mitzi me hicieron estremecer—. Pero antes de que eso pasara, pude darme cuenta de

algo. Luján estaba embarazada.

—¡La mataron! ¡La mataron! —gritó Hope con desesperación—. ¡Tú la mataste! ¡Confiesa de una vez, maldito desgraciado!

—¡Fue un accidente! ¡Yo no la maté! Discutimos, me exigió que nos casáramos y que reconociera a su bebé como una Pendleton. ¡Solo fue un simple empujón! Se golpeó la cabeza con la mesa y ya no volvió a levantarse.

—¡Eres un monstruo! —estalló Hope enfurecida.

—Luján Estravados suena un nombre extranjero. Supongo que la muchacha no era de aquí —opinó el oficial Harbord, pensando con malicia.

—¡No era más que una astuta y vividora extranjera! —replicó Lynelle sin poder contener su lengua viperina—. ¡Una latina de no más de veinte años provocativa que creyó que podría dominarnos a todos solo por embarazarse! Luján no tenía ni una libra, vino a Inglaterra para cazar fortunas. Aquí estaba sola, no tenía a nadie más a quién molestar; su familia estaba en América. Los hombres se comportaban como unos idiotas con ella, perdían la cabeza por un par de curvas. ¡Y yo no podía permitir que mi hijo arruinara su vida por culpa de esa mujerzuela! ¡Estaba haciendo una carrera excelente!

—Lynelle, tú sabías lo que sucedió con la madre de Hope, pues nada de lo que estamos diciendo te sorprende —alegó Leonard—. Me temo que no habrá sido difícil deshacerse del cuerpo de una extranjera pobre y sin recursos a quien nadie extrañaría. Tú misma lo dijiste: aquí no tenía familia. Por lo que nadie debió de abrir una investigación sobre su repentina desaparición. Finalmente, la bebé acabó en un orfanato y el crimen quedó oculto.

—¡Es increíble! Estaba convencido de que aquí estaría la madre de Hope; incluso llegué a sospechar que Mitzi o Lynelle podrían haber sido la mujer en cuestión. Pero me equivoqué, aquí no está su madre, sino su padre. ¿Quién lo habría imaginado? Estuve ciego todo este tiempo —aseguró con sinceridad Harbord.

—Así fue como Hope acabó en la puerta de la capilla. Ustedes, los Pendleton, que siempre se consideraron la sangre más noble de la sociedad, abandonaron a su propia descendencia como a una bolsa de ropa vieja. No me sorprende que las hermanas la hayan llamado Hope, pues ese nombre significa 'esperanza'.

Mitzi me hizo emocionar, pues esa niña se había salvado de milagro.

—Estoy convencido de que Lynelle reconoció a Hope de inmediato —alegó Leonard—. No es una idea descabellada, pues ella debe de ser un calco de Luján y de James. Esa debe de ser la razón por

la que Hope siempre le generaba tanta antipatía y rechazo. Cuando Hope llegó al hotel, Lynelle debió de escribirle a su hijo con desesperación para pedirle con urgencia que tomara cartas en el asunto. Lynelle sabe que su hijo es en el fondo un asesino, pero aun así lo encubre en todo. Después, cuando James llegó al hotel y vio todas aquellas cartas de chantaje, debió de suponer que, claramente, su hija ilegítima había venido a Ambleside para sobornarlo y sacarle dinero. James había asesinado a su amante y abandonado a su hija, y esos pecados lo perseguían. Por esa razón James intentó asesinar a Hope, pues creyó que ella lo estaba extorsionando con las cartas anónimas. Por eso, cuando la atacó, quiso saber por qué había viajado a Ambleside, él quería confirmar su teoría.

—Eso es mentira —lo refutó James—. Hope dijo que su atacante tenía el cabello rubio y largo.

—Antonietta tiene una larga peluca de Rapunzel que estuvo paseando por el hotel —comentó Luciano, ganándole la pulseada a James—. Todos la hemos visto jugar con eso. Pero, ahora que lo pienso, cuando empaqué sus cosas, no encontré la peluca por ninguna parte.

—¿Ven cómo, al fin, todo cierra? —dijo Leonard, airoso—. Lynelle también debió de creer que Hope intentó asesinarla y debió de suponer que también fue ella quien intentó matar a James por venganza. Como dije, nadie esperaba a Hope en la ecuación, y eso desestabilizó todo el juego. Ellos debieron de creer que la muerte de Haydock había sido un error, una equivocación de Hope al intentar matar a Lynelle. Es increíble las cosas que la mente humana puede imaginar cuando se está desesperado.

—Entonces —agregó Luciano—, la desaparición de James no fue más que un engaño de su parte para que los demás pensáramos que él era una víctima y no un asesino.

—Pero, cuando encontramos a James, vimos que estaba golpeado en la nuca. Estaba lastimado, tenía sangre. Si nadie lo atacó y no tuvo ningún cómplice, todo apunta a que fue un truco —dedujo Lorianne.

—¡Exacto! —aseveró Leonard—. Cuando hallamos a James supuestamente desmayado en la nieve, algo llamó mi atención. Encontré sangre en el tronco del árbol que estaba junto a su cuerpo mientras que el machete con el que se supone que lo habían golpeado estaba limpio. Así me di cuenta de que él mismo se había golpeado la cabeza con el árbol hasta sangrar para fingir que lo habían atacado. Nadie lo atacó con el machete.

—Algo similar sucedió con los mensajes que James le envió a Lynelle luego de la muerte de Haydock. En los mensajes, James decía:

“Tengo miedo de que Mitzi haya cometido una locura. Mitzi reconoció a Haydock”. Todos creímos entonces que Mitzi había sido la asesina, pero nos equivocamos. James estaba cubriéndose. Sabía que se avecinaba una investigación policial y estaba decidido a salir indemne a cualquier precio. Todo lo que hizo fue para despistarnos. Desde un principio, cuando hallaron a Haydock muerto, James no quiso llamar a la policía, alegando que no quería abrumar al resto de los huéspedes. Además, Lynelle comentó una vez que James tenía problemas cardíacos, una arritmia, para ser precisos. Y, casualmente, Haydock murió envenenado con digoxina, una droga antiarrítmica.

Hope estaba en lo cierto. Por fin cada pieza encajaba a la perfección. Sin embargo, la verdad me había dejado un sabor amargo en la boca, a mí y a todos. ¿Cómo se supone que debíamos reaccionar ante semejantes declaraciones?

Hope estaba desencajada. Se lo vi en los ojos, se palpitaba en el aire. “Pobre niña”, pensé. Ella no eligió a sus padres. La vida no viene con un manual de reacciones; cada uno afronta la adversidad de la mejor manera que puede. Yo temí lo peor. Miró a su padre con la frente en alto y le dijo con desprecio:

—Mataste a Ludwig, un niño inocente. Lo mataste porque lo envidiabas, porque no tenía recursos, porque era de la campiña y, aun así, era mejor alumno, mejor amigo, mejor hijo que tú. Mataste a mi madre porque te estorbaba, ya te habías aburrido de ella, y te importó un comino qué sería de mí. Mataste a Haydock, tu compañero de la infancia, quien te consideraba un amigo y confiaba en ti, e intentaste matarme a mí, a tu propia hija. ¿Qué clase de ser humano es capaz de derramar tanta sangre? No tienes sentimientos. ¡Eres un monstruo! —gritó encolerizada—. ¡Un asesino!

—¡No fue mi culpa! ¡Suzanne me obligó! —James buscó la defensa más absurda del planeta.

—¿Te obligó también a matar a Ludwig? ¿Te obligó también a matar a Luján Estravados? ¿Te obligó a dejarme tirada en la puerta de una iglesia? Me das lástima. Estás enfermo y te pudrirás para siempre en una celda. Todo el mundo sabrá lo que hiciste. Ya no tienes a dónde ir. Y al fin los muertos tendrán justicia. El infierno te está esperando.

—¡Maldita! ¡No debiste haber venido! ¡Debí matarte cuando pude! —exclamó James, y nos dejó consternados—. ¡Viniste aquí para torturarme! ¡Naciste para torturarme!

Leonard fue el primero en reaccionar; supongo que todos esos años al servicio de Scotland Yard lo habían dejado bien adiestrado.

James tomó un cuchillo de la mesa y se impulsó con violencia

sobre su propia hija.

—¡Detenlo, Harbord! —gritó Leonard, al tiempo que se abalanzaba sobre Hope.

Todo sucedió muy rápido. Se escucharon gritos; Luciano empujó a mi hermana hacia atrás y Mitzi se arrojó contra James para impedir que la asesinara. Pero cuando Harbord y yo logramos reducir a James, ya era tarde: Mitzi tenía un cuchillo clavado en el pecho.

—¡No! ¡Tú no! —gritó James una y otra vez mientras Harbord y su ayudante le ponían las esposas—. ¡Perdóname! ¡No quise lastimarte! —sollozaba a viva voz.

Suzanne estaba conmocionada; su amiga de la infancia acababa de ser apuñalada. Lynelle no paraba de llorar, tal vez al fin se había dado cuenta de que había estado protegiendo a un psicópata durante toda su vida, aunque ese psicópata fuese su hijo. Hope se apresuró en recoger el moribundo cuerpo de Mitzi entre sus brazos. Lorianne, Luciano, Leonard y yo no dispusimos a su alrededor. Con voz trémula, la hermana nos dijo:

—Fui una tonta al pensar que James cambiaría. No se aparten del camino, no malgasten su tiempo. No desperdicien su vida en cosas materiales como hicieron Haydock y James. Vivan la vida que quieran recordar, que los enorgullezca, y que brille para ustedes la luz que no tiene fin. —Con un último esfuerzo nos exhortó—: Y, si van a morir, mueran por algo que valga la pena. Por ideales, por convicción. Mueran por amor… Vivan libres.

Epílogo

Hope Mellark a la hermana Mitzi

Después de mis aventuras en el Hotel Lansbury, me pregunté qué había aprendido de todo eso. Aprendí que la vida no siempre nos da las cartas que queremos jugar, pero está en nuestras manos renunciar a nuestros sueños y abandonar el juego o seguir hasta el final. La vida no es perfecta, nos da una cucharada de cal y otra de arena. Pero ya lo dice el dicho: “Si la vida te da limones, haz limonada”.

A pesar de los horrores de Ambleside, no todo fueron espinas. Gracias a ese viaje, me reencontré con Joaquim Hofstadter, Leonard, mi gran amor de la infancia. Él y yo nos hemos vuelto inseparables. Es mi mejor amigo, mi amante, mi compañero de aventuras, el faro que me guía a casa todos los días. Incluso la oscuridad más insondable puede mostrarnos un sendero de salida si estamos dispuestos a ver con atención.

Tal vez no tuve la familia amorosa que todo niño debería tener, tal vez encuentre rocas y precipicios en mi camino, pero no dejaré que hayas muerto en vano. Tendré la vida que quiera recordar. Hallaré la felicidad en esos pequeños detalles hogareños del día a día.

Caeré, pero voy a levantarme. Lloraré, pero me secaré las lágrimas. Me golpearán, pero me repondré. Ya no tengo que seguir corriendo, ya no tengo que ser un conejo que vive persiguiendo su zanahoria. En Ambleside aprendí que las batallas internas son las más difíciles de pelear, que nosotros mismos podemos ser nuestros peores enemigos y que el mundo siempre intenta convencernos de qué es lo mejor para nosotros. Pero al fin me di cuenta de que felicidad es sinónimo de paz. Y ser feliz es una decisión que debemos tomar todos los días. No podemos poner esa responsabilidad en los hombros de nadie. Soy dueña de mi destino, de mis decisiones, de mis principios. No soy la marioneta de nadie, ni del miedo ni de falsos dioses. Se requiere un gran valor para nadar contracorriente, pero también se requiere de un espíritu libre y desapegado.

Cuanto más abajo me arrastre la vida, más alto te prometo que saltaré. Ya no me atan los monstruos del pasado. Tuve que soltar mis errores y mis miedos para al fin estar en paz. Tuve que confiar, tener fe, ver la vida con una mirada trascendental. Tuve que animarme, arriesgarme, amarme y ver la belleza que nos rodea. ¿Te has puesto a

pensar en lo lejos que podríamos llegar si nos atreviéramos a romper las murallas que nos limitan? Todos tenemos un ancla que nos lleva a la zozobra, pero estoy convencida de que una férrea fuerza de voluntad puede romper cualquier cadena.

Ya lo dijo Agatha Christie: “Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. La vida, en realidad, es una calle de sentido único”.

Gracias por haberme salvado, Mitzi. Eres la prueba de que la luz siempre brilla en las tinieblas.

Agradecimientos

A mi esposo, mi mejor amigo, trabajador incansable de mi felicidad. Al amor incondicional de mis padres y mi hermano. Como dijo Dumbledore sobre las palabras, ustedes son mi más inagotable fuente de magia.

A Vestales, por confiar en mis crímenes y darles alas para volar.

A ustedes, lectores, que se atreven a adentrarse en cada misterio y que se han convertido en mis fieles cómplices. Gracias infinitas por ser parte de mi mundo.

A todos los que me apoyan en cada paso literario que doy: familiares, amigos, libreros, escritores, difusores y *bookstagrammers*.

A la maravillosa ciudad de Ushuaia, Tierra del Fuego, cuyos paisajes pincelados de mágico albor inspiraron los escenarios de esta novela.

A mi buen Dios y a mis seres amados que me miran desde el cielo. Ellos me enseñaron que no existe ningún sueño imposible si lo cultivamos con todas nuestras fuerzas en el corazón. ¿Quién puede pararnos cuando hacemos lo que amamos?

Gracias.

Playlist

Querido cómplice, para una experiencia completa e inmersiva en la novela, te invito a compartir conmigo esta playlist que me acompañó durante la escritura. Con los códigos QR se puede acceder a la lista de reproducción. ¡Que la disfrutes!

As it was, Harry Styles
Bella's lullaby, Carter Burwell
Can't fight city Halloween, Michael Giacchino
It's raining vengeance, Michael Giacchino
Last Christmas, Wham!
Look to the stars, Hans Zimmer
Marry me, Hans Zimmer
Mayoral ducting, Michael Giacchino
Meow and you and everyone we know, Michael Giacchino
Sent here for a reason, Hans Zimmer
Something in the way, Nirvana
Stranger things, Kyle Dixon and Michael Stein
Tesla, Corvad
The Mandalorian, Ludwig Göransson
Way down we go, Kaleo





A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)